



***VUELTA, NEXOS Y EL DISCURSO DE LA
MODERNIZACIÓN: UNA HISTORIA INTELECTUAL
DEL MÉXICO DE FIN DE SIGLO (1988-1994)***

TESIS

que para obtener el grado de maestro en Ciencia Política presenta:

Yael David Verty Velasco

Asesor: Humberto Beck

Mayo de 2022

Índice de contenidos

INTRODUCCIÓN	1
El final del siglo XX mexicano: panorama general y breve revisión de literatura	1
De historia intelectual y algunas cuestiones metodológicas	7
Modernidad/modernización y otras aclaraciones conceptuales	13
El fin de siglo y sus revistas: un esquema para la historia intelectual de este periodo	19
CAPÍTULO 1: LA CRÍTICA AL SIGLO XX MEXICANO	21
Antecedentes: Vuelta y Nexos en el debate público antes de 1982	23
SECCIÓN 1: EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO COMO OBJETO HISTÓRICO, LAS ELECCIONES DEL 88 Y LA RETÓRICA REVOLUCIONARIA	28
Paz: nacionalismo revolucionario, mito, revolución.....	30
Pasado autoritario y presente liberal: la teoría del péndulo de Krauze	33
Aguilar Camín: la izquierda entre élites modernizadoras y resistencias tradicionales	38
Revolución contra modernización: la teoría de las dos izquierdas en el fin de siglo	42
SECCIÓN 2: ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL: DEBATES Y REDEFINICIÓN DE CATEGORÍAS	45
Estado patrimonialista/propietario: Paz y los dilemas del antiestatismo	45
Los adjetivos del Estado: el antiestatismo y la apología de la sociedad civil en Krauze.....	50
La izquierda entre el Estado posrevolucionario y el modernizador	53
La izquierda y la sociedad civil: movilización y modernización.....	56
SECCIÓN 3: POR UNA NUEVA FORMA DE INTERVENCIÓN: EL DEBATE DEL INTELLECTUAL MODERNO EN LOS NOVENTA	59
Vuelta: la apología de la independencia y la crítica.....	60
Nexos: las encrucijadas del engagement.....	62
Continuadores de la modernidad versus agentes de la modernización	64
CAPÍTULO 2: LA CRISIS DE LAS ALTERNATIVAS SOCIALISTAS Y LAS TRANSFORMACIONES DEL CAMPO INTELLECTUAL MEXICANO	68
Antecedentes: Vuelta y Nexos en el debate internacional antes de los ochenta	71

SECCIÓN 1: EL DISCURSO ANTITOTALITARIO EN VUELTA: UN APARATO CRÍTICO PARA EL FIN DE SIGLO.....	76
El concepto de totalitarismo y los contextos de debate	77
Rasgos del discurso antitotalitario en la caracterización de la crisis soviética	78
La interpretación histórica del socialismo desde el lente antitotalitario	81
El antitotalitarismo y su instrumentalización en el debate de fines de siglo.....	83
La lectura antitotalitaria: apología negativa de los ganadores de la guerra fría.....	85
SECCIÓN 2: LA CRÍTICA AL SOCIALISMO REAL EN NEXOS Y EL COMPLEJO SUELO CATEGORIAL DE LA IZQUIERDA.....	87
El socialismo democrático y los criterios para una izquierda moderna.....	88
Democracia y socialismo desde los aparatos analíticos de la izquierda	91
Rescatar la memoria utópica: una lectura trotskista del declive socialista	94
La discusión sobre liberalismo y socialismo en el Coloquio de Invierno.....	97
SECCIÓN 3: LA CRÍTICA AL MARXISMO Y A LA IDEOLOGÍA EN VUELTA Y LAS VIRTUDES DE LA MODERACIÓN	99
Contra la ideología: las críticas al marxismo en Vuelta.....	101
El liberalismo defensivo y una genealogía intelectual contra el extremismo	104
La libertad como categoría no ideológica.....	108
SECCIÓN 4: DESPUÉS DEL MARXISMO: NEXOS ANTE EL RECELO A LA IDEOLOGÍA Y EL CONSENSO LIBERAL.....	110
La sospecha del dogmatismo ideológico: otro debate entre Pereyra y Echeverría.....	111
Nexos en los noventa: del balance del marxismo a la vía modernizadora.....	114
Chiapas, 1994: ¿el regreso de la ideología?	117
CAPÍTULO 3: LA MODERNIDAD MEXICANA Y LA SINCRONIZACIÓN DEL TIEMPO LOCAL Y GLOBAL	120
SECCIÓN 1: REFLEXIONES SOBRE LA MODERNIDAD MEXICANA EN VUELTA	121
Modernidad interior y exterior en el siglo XX mexicano	123
Krauze y la tesis de la modernidad inconclusa	126
Paz y la tesis de la modernidad correctiva	130
SECCIÓN 2: REFLEXIONES SOBRE LA MODERNIDAD MEXICANA EN NEXOS.....	134

La imposibilidad de la modernidad alternativa.....	136
El supuesto de la transición a la modernidad.....	140
El supuesto de la convergencia global	145
SECCIÓN 3: EL SALINISMO, LA MODERNIDAD MEXICANA Y EL DISCURSO	
MODERNIZADOR	150
El discurso modernizador desde el oficialismo: la tesis de la vía mexicana.....	151
¿La traición de los clérigos? Salinas y los intelectuales	156
Vuelta y la solución a “otro” trauma de la historia mexicana.....	157
Los nexos de Nexos: la racionalidad modernizadora.....	160
CONCLUSIONES.....	163
HEMEROBIBLIOGRAFÍA	168

Agradecimientos

Desde que comencé el programa de maestría y pese a la pandemia tuve todas las facilidades para desarrollar mi proyecto. En un contexto tan complicado esto fue un privilegio y no puedo dejar de reconocer al personal de El Colegio de México que me lo permitió.

Le agradezco a mis profesoras y profesores de quienes, sin excepción, aprendí mucho a lo largo de estos años: Fernando Nieto, Paola Encarnación, Reynaldo Ortega, Laura Flamand, Francisco Gil Villegas, Isabelle Rousseau, Rogelio Hernández, Mónica Serrano, José Luis Méndez, Fernanda Somuano, Ilán Bizberg.

A Roberto Breña por su clase de análisis histórico, un importante punto de partida para esta investigación. A Jean-François Prud'homme por su acompañamiento y sus valiosas observaciones en el seminario de tesis.

Debo mucho a los textos de Fernando Escalante y de Rafael Rojas, los cuales enriquecieron la tesis desde el planteamiento inicial. A ambos les agradezco, además, su amable lectura y sus comentarios.

Gracias en especial a Humberto Beck, mi maestro y asesor: su generosa guía e interés en mi trabajo comenzó aun antes de las asesorías formales, desde las conversaciones en los primeros semestres sobre historia intelectual y la idea del *the end of history* en México.

A mis colegas de la maestría y a las personas que conocí en el Colmex. A mis amigas y amigos, en especial a Carlos y a Melisa, por lo mucho que compartimos. A Monse y a Alan, por todo su apoyo. También a Enrique, a Arturo y a Carlos Sergio. Y a mis amigos de siempre: Memo, Daniel, Ciebel.

A mis padres y a mis hermanos.

INTRODUCCIÓN

El final del siglo XX mexicano: panorama general y breve revisión de literatura

Analizar un momento que se percibe como el final de una época supone un complejo reto historiográfico. Los últimos años de un siglo son un ejemplo claro: aunque distintos autores han logrado caracterizar el clima intelectual de determinados periodos —por ejemplo, el *fin-de-siècle*: el ocaso del siglo XIX— a partir de ideologías o formas de ver el mundo que le serían específicas,¹ aquello que representa un verdadero cambio y aquello que es más bien anecdótico siempre está a discusión. Pese a que la distancia aún es corta, ha habido recientemente esfuerzos notables por comprender las tendencias intelectuales rumbo al cierre del siglo pasado en México. Esta tesis trata de contribuir a dicha tarea: la interpretación histórica es un debate abierto de forma permanente, y aquel sobre el final del siglo XX mexicano está lejos de zanjarse.

Quienes han estudiado este lapso de la historia del país se han ocupado de aspectos muy diversos, pero la exploración de ámbitos diferentes no nos impide reconocer en dichos trabajos una base que los sostiene. En el caso de esta investigación, si bien me ocupo de una serie de polémicas y discusiones muy amplia, el eje articulador es la construcción del discurso de la modernización entre algunos de los intelectuales más destacados en el contexto del México de estos años: la mayoría de ellos agrupados, como es sabido, alrededor de las revistas culturales *Vuelta* y *Nexos*. Esto implica, de entrada, que no entiendo el discurso modernizador sólo en su acepción más convencional: es decir, como la retórica que los gobiernos mexicanos usaron para definir al conjunto de reformas políticas y económicas iniciadas en 1982.

Lo que entiendo como el discurso de la modernización es, en un sentido amplio, una orientación intelectual. Como menciona Fernando Escalante, durante las últimas décadas del siglo pasado se construyó en el espacio público un nuevo sentido común, un punto de referencia para tratar de entender sus cambios. Él lo ha denominado el consenso de los

¹ Pienso en conocidas interpretaciones sobre las transformaciones culturales del final de la época decimonónica en ciertos contextos: la ruptura con la perspectiva histórica de la cultura liberal en Viena, el sentimiento de la decadencia en Francia o los orígenes del fascismo en las revueltas intelectuales europeas de estos años. Véanse Carl E. Schorske, *Fin-de-siècle Vienna: Politics and Culture* (New York: Alfred A. Knopf, 1980); Michel Winock, *Décadence fin de siècle* (Paris: Gallimard, 2017), y Zeev Sternhell, “The Crisis of *Fin-de-siècle* Thought”, en *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*, ed. Roger Griffin (London-New York: Oxford University Press, 1988), 169-174.

ochenta: hecho de la imagen compartida de una forma concreta de la sociedad mexicana que parecía anticuada, históricamente rebasada.² Las fuentes del acuerdo son diversas, pero me parece que el supuesto de que se transitaba hacia una forma moderna de la sociedad mexicana es lo que define al clima intelectual de estos tiempos. El discurso de la modernización en los intelectuales alude, por lo tanto, no sólo a las políticas impulsadas por el gobierno: de manera más profunda, refiere a una serie de consensos a través de los cuales se leyó esta coyuntura y el pasado mexicano reciente.

Más adelante detallaré su composición, pero el argumento central de la tesis, que trata de dar respuesta a la pregunta de cómo se construyó este sentido común, tiene dos elementos principales: lo que propongo es que el discurso de la modernización entre los intelectuales nace de la crítica al siglo XX mexicano y de las transformaciones del campo intelectual a partir del declive del socialismo como alternativa política e ideológica a nivel mundial. Es decir, considero la dimensión interna y externa, pues sostengo que son interdependientes y trato de aproximarme a ellas de ese modo. En otro apartado aclararé cuestiones conceptuales, ya que el uso de categorías como modernidad y modernización suele ser confuso. Por ahora, comenzaré con un panorama general del México de fin de siglo, una breve revisión de lo que se ha escrito a propósito de este tema y la relación de la tesis con dichos textos.

Para entender lo que comienza a cambiar en 1982 es necesario tener una referencia del estado de cosas anterior. Describir la serie de arreglos que caracterizaban al régimen posrevolucionario, evidentemente, queda fuera del alcance de esta sección. Sin embargo, podemos partir de que, al margen de algunos lugares comunes, una de las bases de su fortaleza a lo largo del siglo pasado fue el desarrollo de un grupo de instituciones —tanto formales como informales— notablemente funcionales en términos de regulación del conflicto. La percepción de un presidencialismo omnipotente está vinculada a un contexto particular de crecimiento económico y equilibrio político: dos de los pilares de la efectividad de los canales del sistema para recibir demandas y de las redes de intermediación para darles solución. El presidente era la cabeza más visible de un entramado complejo que dependía fundamentalmente de la bonanza económica y la homogeneidad política.

² Fernando Escalante, “Prólogo: sobre el progreso de nuestra ignorancia”, en *Si persisten las molestias (Noticias de algunos casos de ceguera ilustrada)* (México: Cal y Arena, 2018). Edición electrónica.

Lo explica bien Escalante: el Estado mexicano tenía una capacidad limitada, la cual se compensaba con una masa de intermediarios que negociaban el orden y, aunque se valían de instituciones y recursos públicos, su trabajo requería algunas prácticas informales que no se correspondían con el funcionamiento estatal normal.³ En las últimas décadas del siglo pasado, y en algunos casos particulares desde los años setenta, ocurre una serie de cambios drásticos en las condiciones que hacían posible este ordenamiento. Como puede intuirse, los principales tienen que ver con el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y el avance del pluralismo. Hay, en general, una creciente dificultad para reconstruir la autonomía estatal y lidiar con la fragmentación política: Soledad Loaeza ha sugerido, entre otros factores, la crisis del nacionalismo, el aumento en la dispersión de recursos políticos y la internacionalización de la economía.⁴

Tras los intentos fallidos por renovar el arreglo posrevolucionario en los setenta, a la elección de 1982 le siguió un giro en varios ámbitos, especialmente en aquellos vinculados a las crisis más serias: la económica y la de legitimidad política, agravadas por los excesos de los gobiernos de la década pasada. Es difícil enlistar todos, pero algunos de los efectos de esta transición son conocidos: una creciente aceptación de los procedimientos democráticos, una confianza importante en la efectividad del mercado como mecanismo de asignación de recursos, así como las correspondientes medidas para orientar la vida política y social hacia estos nuevos acuerdos. Las pautas a nivel mundial rumbo al pluralismo y la liberalización de los mercados refuerzan la implementación de estas reformas.

En todo caso, me interesan sobre todo los efectos culturales de esta transformación. Por poner un ejemplo cercano en términos de inquietudes temáticas, Escalante ha estudiado algunos de los fenómenos intelectuales que acompañaron los cambios iniciados en los años ochenta: un marcado antiestatismo y la construcción de un polo opuesto en la noción de la sociedad civil; el reemplazo de la retórica política revolucionaria por discursos orientados a la ciudadanía, al ámbito empresarial y de la mercadotecnia; la consolidación del

³ Aunque sólo rescato esta parte del argumento, remito al texto completo: una de las lecturas más esclarecedoras a propósito del arreglo político del priismo y su descomposición en el fin de siglo. Fernando Escalante, "México, fin de siglo", en *Pensar en México*, eds. Héctor Aguilar Camín y Enrique Florescano (México: FCE, 2006). Edición electrónica.

⁴ Soledad Loaeza, "La metamorfosis del Estado: del jacobinismo centralizador a la fragmentación democrática", en *Los grandes problemas de México volumen IV, edición abreviada*, coords. Manuel Ordorica y Jean-François Prud'homme (México: El Colegio de México, 2012), 185.

lenguaje de la transición democrática y su narrativa épica en las interpretaciones del 68, la generación en la que se formó la mayoría de la élite intelectual del fin de siglo.⁵ Existe un corpus relativamente extenso de trabajos con una orientación similar: reconstruir el clima intelectual de este periodo o señalar algunas de sus características. Me referiré a unos cuantos a continuación e iré anotando algunas de sus particularidades en relación con otros estudios y con mi propia investigación.⁶

Por un lado, es habitual que los autores traten de aproximarse al espíritu de la época a través de los grupos intelectuales que predominan en la conversación pública, articulados en torno a las revistas *Vuelta* y *Nexos*. En artículos como el de Boris Caballero se ha estudiado la rivalidad entre ambos y la disputa por los espacios culturales abiertos en el salinismo,⁷ mientras que Maarten Van Delden o Carlos Illades y Rodolfo Suárez han puesto mayor atención a los consensos en el campo intelectual mexicano tras la caída del muro de Berlín y la aceptación tácita de lo que se ha conocido como la democracia liberal.⁸ Desde una perspectiva general, diría que a estos textos los une cierta proclividad a delimitar su objeto de análisis a controversias muy puntuales.

Algunos textos, por otro lado, comparten el interés por una mayor sistematización de las polémicas y los debates intelectuales de estos años: si bien Escalante señala, con razón, que no hay en el fin de siglo un sistema de ideas en un sentido riguroso sino un clima de opinión muy particular —cuyos principales rasgos acaso sean el moralismo y el descontento—,⁹ trata de sintetizar las discusiones en categorías y colocarlas en un contexto más amplio. Una tarea similar la han emprendido mexicanistas en la academia

⁵ Algunas de estas ideas están en los ya citados Fernando Escalante, “Prólogo. Sobre el progreso de nuestra ignorancia”, y “México, fin de siglo”, pero un texto particularmente interesante, dedicado al repaso de las ideas políticas del fin de siglo en México —o más bien al clima de opinión de estos años— es el siguiente: Fernando Escalante, “Los años amargos. Las ideas políticas en México a fines del siglo XX”, *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales* 11 (2004): 153-174.

⁶ Para empezar, las polémicas y debates de Octavio Paz y las revistas *Plural* y *Vuelta* son un tema por sí mismo amplio: véase John King, *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana. De Tlatelolco a “El ogro filantrópico”* (México: FCE, 2011) y la exhaustiva revisión en torno a este corpus bibliográfico en Malva Flores, *Viaje de Vuelta. Estampas de una revista* (México: FCE, 2011), 171-172.

⁷ Boris Caballero Escorcía, “Hegemonía cultural disputada en México. Las revistas *Nexos* y *Vuelta* enfrentadas (1990-1992)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 25 (2020): 149-186.

⁸ Maarten Van Delden, “Conjunciones y disyunciones. La rivalidad entre *Vuelta* y *Nexos*”, en *El laberinto de la solidaridad. Cultura y política en México (1910-2000)*, eds. Kristen Vanden Berghe y Maarten Van Delden (Amsterdam: Rodopi, 2002), 105-120 y Carlos Illades y Rodolfo Suárez, “La caída del socialismo y el campo intelectual mexicano”, *Revista Horizontes Sociológicos* 2 núm. 4: (Julio-Diciembre 2014): 59-69.

⁹ Escalante, “Los años amargos”, 153-155.

estadounidense, al estudiar estos discursos en el marco de lo que se suele llamar el giro neoliberal: por ejemplo, el trabajo de Rafael Lemus o Ignacio Sánchez Prado.¹⁰ Algo interesante en estos dos autores es que, aunque es debatible el rol protagónico del neoliberalismo para caracterizar posiciones que tienen fuentes más diversas, ambos han realizado una exploración sociológica muy iluminadora de la política cultural del salinismo y las dinámicas del campo intelectual en este sexenio.

Destaco, por último, un reconocido texto de Claudio Lomnitz: ubicado también en la transición neoliberal, su particularidad es que la sitúa en un contexto histórico, político e intelectual extenso. Es decir, explora la crisis de 1982 y sus efectos no sólo desde la implementación del neoliberalismo, sino a través del reconocimiento de una forma particular de entender la historia por parte de ciertos autores, las peculiaridades de la esfera pública y el mundo académico-editorial mexicano, así como los dispositivos intelectuales para leer estos cambios.¹¹ Posteriormente haré una descripción del enfoque metodológico que pretendo usar, pero en términos generales comparto más las inquietudes de este segundo grupo de investigaciones: ante todo, el interés por los dispositivos de lectura de los intelectuales y la contextualización de las polémicas y debates de la época en un horizonte vasto, tanto en términos políticos como culturales.¹²

Enumero brevemente algunas similitudes y diferencias entre la tesis y estos estudios. Como la mayoría, me centro en los dos grupos intelectuales con mayor visibilidad en el espacio público mexicano de fines de siglo. A pesar de que es un momento de intensa actividad intelectual, con una amplia circulación de publicaciones y una política cultural muy activa en el financiamiento y la producción editorial, es innegable que la conversación pública tiende a concentrarse en estas revistas, sus miembros y colaboradores. Autores como Escalante y Lomnitz lo han explicado a partir de la crisis del sistema de educación superior, la politización exacerbada de la época y la influencia de los medios de comunicación

¹⁰ Rafael Lemus, *La nación está en otra parte: cultura y neoliberalismo en México, 1977-1996* (New York: CUNY, 2017) e Ignacio Sánchez Prado, “The Democratic Dogma: Héctor Aguilar Camín, Jorge G. Castañeda, and Enrique Krauze in the Neoliberal Crucible”, en *Mexican Public Intellectuals*, eds. Debra A. Castillo y Stuart A. Day (New York: Palgrave Macmillan, 2014), 15-44.

¹¹ Hay distintas versiones, pero cito la más reciente, que es a la que me refiero a lo largo de la tesis: Claudio Lomnitz, “Narrando el momento neoliberal: historia, periodismo, historicidad”, en *La nación desdibujada. México en trece ensayos* (Barcelona: Malpaso Ediciones, 2016), 217-242.

¹² Aunque se limita a la figura de Octavio Paz, un buen ejemplo de la relación entre polémicas intelectuales y horizontes culturales e institucionales que trascienden la mera coyuntura es el libro de Armando González Torres, *Las guerras culturales de Octavio Paz* (México: El Colegio de México, 2014).

masiva.¹³ Es cierto que los intelectuales compiten con nuevas formas de intervención pública a partir del auge de los expertos y los programas de análisis en radio y televisión, pero esto no necesariamente redujo su influencia: de hecho, algunos participaron de estas nuevas pautas.¹⁴ Así que mi análisis se delimita a estos grupos, quizás con la distinción de que *Nexos* ha recibido poca atención en estudios anteriores.

Por otro lado, he tratado de fijar la investigación al sexenio de Carlos Salinas de Gortari. Inevitablemente, recorro a textos y eventos alejados de esta marca temporal, pero se trata de mi punto de referencia. En realidad, muchos de los cambios en la esfera pública se originan en el descontento hacia los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo, mientras que el giro neoliberal comienza con Miguel de la Madrid. No obstante, la elección de 1988 condensará los debates intelectuales que se venían gestando y que se desarrollarán con mayor profundidad a lo largo del sexenio, con la caída del socialismo a nivel mundial como telón de fondo. En contraste con el ánimo sombrío que le precedió, en el gobierno de Salinas la modernización tendrá un cariz más enérgico y se hará una reflexión más elaborada a su alrededor. De modo que, si bien la periodización coincide con otros autores, se diferencia por sus motivos de fondo y el énfasis en el salinismo.

Como es evidente, para concluir, comparto el interés por darle sentido a este periodo a través de un hilo conductor general. Ahora bien, en contraste con otros textos, y aunque recorro a una categoría principal como el discurso de la modernización, trato de no subordinar los rasgos intelectuales de la época a una sola variable. Me interesan los aparatos críticos y argumentativos, los supuestos y otros elementos que permiten ubicarlos en una perspectiva cultural, histórica y política que no se reduce a las controversias propias de la época. Por la misma razón, el discurso de los intelectuales no aparece como un efecto causal del discurso político, lo cual es un lugar común en torno a la vida intelectual de este periodo. Describo en el siguiente apartado las perspectivas y herramientas metodológicas que utilizo para llevar a cabo la tesis en estos términos: en general, aquellas propias de lo que se conoce como la nueva historia intelectual.

¹³ Escalante, “Los años amargos”, 155-156 y Lomnitz, “Narrando el momento neoliberal”, 224-226.

¹⁴ Un análisis interesante sobre la participación de Octavio Paz en televisión se encuentra en Claudio Lomnitz, “1984. Cuando el 68 quedó fijado como el ‘año axial’”, en *1968-2018: historia colectiva de medio siglo*, coord. Claudio Lomnitz (Ciudad de México: UNAM, 2018), 168-176. El rol de *Nexos* en esta nueva configuración del campo cultural se refleja en sus proyectos multimedia: la presencia de sus intelectuales en el Canal 22 y la fundación de la editorial Cal y Arena.

De historia intelectual y algunas cuestiones metodológicas

Aquellas investigaciones en las que reconozco objetivos similares tratan de entender el contexto de debate de la época: un propósito para el cual es necesario ir más allá del contenido referencial de los textos que se estudian. En general, esta es la tendencia que ha seguido la historia intelectual hace ya algunos años. Desde luego, en distintas vertientes: la pragmática de la escuela de Cambridge, la semántica de la historia conceptual alemana o *Begriffsgeschichte* y la gramática de la escuela francesa, por mencionar a algunas de las más conocidas.¹⁵ Al margen de sus diferencias, la renovación de esta práctica historiográfica, en su momento liderada por las corrientes mencionadas, proviene del interés por aproximarse de forma más contextual a los autores, libros y corrientes de pensamiento.¹⁶

Hay algunos estudios interesantes en torno a las polémicas y los comentarios sobre la vida política del país en revistas culturales.¹⁷ No obstante, y a contracorriente de su carácter marcadamente descriptivo, resulta indispensable preguntarse por la forma en la que se configuró el tablero sobre el cual la articulación de dichos discursos fue posible: trascender la superficie textual para llegar al aparato argumentativo que les subyace. Esta premisa tiene una razón de fondo: desde este punto de vista, las discusiones y las polémicas no se nos presentan sólo como un escenario en el cual actores individuales enuncian sus ideas, sino que se insertan en contextos de debate en donde lo que importa es observar las recomposiciones discursivas, los cambios categoriales y las problemáticas políticas en función de las cuales dichas ideas se articulan.¹⁸

Una de las ventajas de aproximarse de esta manera al objeto de estudio es que facilita la aprehensión de contradicciones, matices y consensos que suelen pasarse por alto cuando

¹⁵ Historiadores asociados a la vertiente gramática han definido su campo como la historia conceptual de lo político. Véase Pierre Rosanvallon, *Pour un histoire conceptuelle du politique* (Paris, Seuil: 2003).

¹⁶ Una síntesis mucho más detallada y una propuesta propia, que es la que sigo de manera general en este estudio, puede leerse en Elías Palti, “The Theoretical Revolution in Intellectual History: From the History of Political Ideas to the History of Political Languages”, *History and Theory* 49 (2010): 194-211.

¹⁷ A los citados anteriormente añado los trabajos sociológicos de Xavier Rodríguez Ledesma, *Escritores y poder: la dualidad republicana en México, 1968-1994* (México, UPN: 2000) y *El poder frente a las letras: vicisitudes republicanas, 1994-2001* (México: UPN, 2003), e incluso obras más divulgativas como Jaime Sánchez Susarrey, *El debate político e intelectual en México* (México: Grijalbo, 1993).

¹⁸ En otras palabras: “To make a history of political languages we must recreate contexts of debate. What matters here is not merely observing how individual political actors changed their ideas, but how the system of their relative positions was eventually rearticulated, resulting in the reconfiguration of the very field for their contention. This system is revealed only in the mutual opposition among contending views”. Palti, “The theoretical revolution”, 190.

sólo se repasa lo que escriben los autores.¹⁹ Una comparación es útil para entender aquello que es específico de este enfoque: la historia de ideas, tal como se practicó hasta buena parte del siglo XX, solía inclinarse hacia la comprobación de modelos o tipos ideales: se suponía que las ideologías eran un conjunto coherente de enunciados y que los autores se acercaban o se desviaban de ellos a través de sus textos. La distancia entre ese ideal y lo que enunciaban los autores era, en buena medida, el objeto de quienes practicaban la historia de ideas tradicional. Dicho ejercicio se convertía, de manera constante, en una historia de malentendidos en torno a definiciones supuestamente correctas, establecidas ellas mismas de forma arbitraria y a veces anacrónica.²⁰

Recientemente, en la historiografía latinoamericana se han manifestado los desacuerdos entre estas dos visiones. El debate sobre el siglo XIX latinoamericano entre José Antonio Aguilar Rivera y Elías Palti es un buen ejemplo. En síntesis, Aguilar Rivera critica la excesiva atención de Palti al lenguaje político, la cual conduciría a un tratamiento descuidado de la acción individual y del funcionamiento concreto de las instituciones de la época.²¹ En su réplica, Palti argumenta que la distinción entre el lenguaje y las instituciones —o bien entre texto y contexto— es artificial, pues de otro modo uno lidiaría solamente con la aplicación incorrecta de determinados modelos a la realidad.²² Hay en la polémica algunas particularidades que mi caso no comparte, pero nos funciona bien para ilustrar la diferencia de perspectivas entre estudiar modelos y estudiar discursos.

Algo similar puede decirse sobre los análisis de ciertas ideologías en la última década. Hace unos años se publicaron casi al mismo tiempo dos compilaciones sobre el tema del liberalismo en América Latina: una de Javier Fernández Sebastián y otra de Iván Jaksic y Eduardo Posada Carbó. Mientras el primer libro traza el sentido de los conceptos políticos

¹⁹ Hay pocos ejemplos de esta renovación metodológica centrados en México, salvo dos estudios de historia conceptual de la democracia: Christian Gallegos Cruz, *La escritura de la democracia. Un estudio sobre las transformaciones de lo político y los discursos intelectuales en las revistas Vuelta y Nexos, 1976-2000* (Ciudad de México: Instituto Mora, 2018) y Javier Contreras Alcántara, *La experiencia de la democracia. Cambio político y conceptual en el México contemporáneo* (San Luis: El Colegio de San Luis, 2014).

²⁰ La historia de ideas en América Latina tiene ciertas particularidades, pero los ejemplos europeos son bastante ilustrativos: piénsese en el clásico de Isaiah Berlin, *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas* (México: FCE, 2006).

²¹ José Antonio Aguilar Rivera, “El tiempo de la teoría: la fuga hacia los lenguajes políticos”, *ISTOR: revista de historia internacional* 9, 35 (2008): 129-136. Se trata de una reseña crítica del libro Elías Palti, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007).

²² Elías Palti, “El pecado de la teoría: una respuesta a José Antonio Aguilar”, *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* 6, 1 (2008): 188-209.

en su contexto histórico,²³ el segundo sigue una historia todavía fundada en la comprobación de tipos ideales.²⁴ En los dos casos a los que remito, una diferencia crucial es la forma en la que se entiende el lenguaje: para la nueva historia intelectual no es un grupo de ideas coherente, sino un modo de articular enunciados. Esto permite centrarse menos en malentendidos y más en contextos de debate que, como un tablero de ajedrez, permiten el despliegue de diversas corrientes de pensamiento que pueden antagonizar o llegar a acuerdos. El contenido de los enunciados, diverso y contradictorio, no representa tanto un problema como un punto de interés.

Las implicaciones de estas premisas en mi trabajo son múltiples. Para no extenderme mucho, destaco solamente dos. En primer lugar, salvo las excepciones que he señalado, la historia intelectual del México de estos años ha girado más en torno a modelos que a problemas: se asume que hay determinadas ideologías y que los intelectuales de la época se acercan o alejan de ellas, lo cual dificulta entender matices y contradicciones del periodo. En segundo lugar, hay una tensión entre lenguaje y realidad que en la controversia de Aguilar Rivera y Palti se agudiza por el hecho de que los letrados del siglo XIX eran los encargados de construir la nación. Lo que quiero subrayar, en cualquier caso, es que hay cierta confusión entre lo que llamaría la lógica interna y la lógica externa de la explicación histórica que, como deja entrever Palti, algunos críticos suponen mutuamente excluyentes.

Creo que para entenderlo mejor debe señalarse que, aunque la revolución teórica de la historia intelectual tuvo un carácter contextualista, su objetivo más bien era romper la distinción entre lenguaje y realidad, texto y contexto. En años recientes algunos autores han criticado, de hecho, el “principio de la mónada” detrás de algunos de los enfoques más contextualistas de la historia intelectual: es decir, la propensión a ver el pasado como algo autocontenido y cerrado, lo que restringe cualquier intento por hacer conceptualizaciones transhistóricas.²⁵ Quiero señalarlo porque en este caso usaré algunas categorías —tales como

²³ Javier Fernández Sebastián comp., *La Aurora de la libertad. Los primeros liberalismos en el mundo iberoamericano* (Madrid: Pons, 2012). Recientemente, Fernández Sebastián ha reunido su trabajo de historia conceptual iberoamericana en *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones* (Madrid: FCE, 2021).

²⁴ Iván Jaksic y Eduardo Posada Carbó comps., *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX* (Santiago de Chile: FCE, 2011).

²⁵ La crítica completa al contextualismo excesivo está en Peter E. Gordon, “Contextualism and Criticism in the History of Ideas”, *Rethinking Modern European Intellectual History*, eds. Darrin McMahon y Samuel Moyn (Oxford: Oxford University Press, 2014), 32-55.

modernidad o modernización— como una especie de marco hermenéutico para el periodo que me interesa estudiar, sin que eso implique ignorar sus especificidades como solía hacerlo la historia de ideas tradicional. Al contrario: pautar las formas en las que se entiende la modernidad y la modernización en otros periodos y en la época que estudio será una parte fundamental del argumento.

Volvamos a la cuestión anterior: como señala François Dosse, si durante un tiempo el énfasis en el contexto fue necesario para darle un espacio propio a las prácticas que conformaban la nueva historia intelectual, hoy en día la tendencia es sobreponerse a la falsa alternativa entre las explicaciones internalistas —a partir de la lógica endógena de los textos— y las externalistas —a partir de las reacciones intelectuales a determinados eventos—. ²⁶ La historia intelectual comienza en donde se entrelazan ambas perspectivas: tanto la actividad de los intelectuales en relación con sus compromisos en la conversación pública como las representaciones, prácticas y discursos asociados a escuelas de pensamiento, paradigmas y orientaciones propias de un momento de la vida intelectual. Metodológicamente, como afirma Dosse, esto implica preguntarse no qué es el estructuralismo —por usar su propia obra como ejemplo—, sino cuándo y cómo comenzó a funcionar como objeto histórico. ²⁷

Un espíritu similar anima esta investigación. Historizar el fin de siglo en México es más enriquecedor a través de un enfoque tanto internalista como externalista, que es lo que hacen las investigaciones a las que me siento más cercano. En otros casos se suele omitir una de estas dimensiones: o se subordinan las reacciones de los intelectuales a hechos exteriores, o bien los estudios se limitan a recorrer la lógica interna de sus textos. Más que buscar la expresión de ciertos modelos o tipos ideales, el énfasis en el discurso nos deja atender ambas lógicas: no le adjudico a los intelectuales una ideología coherente —es una época, en general, muy emocional— sino que trato de desplazarme entre el contexto intelectual y algunos hechos y eventos en la vida pública que dan cuenta de sus compromisos.

Por último, la investigación también se inserta en el diálogo que se ha desarrollado en tiempos recientes entre la historia intelectual y la global. El giro de la historiografía hacia

²⁶ François Dosse, “Afterword: For Intellectual History”, *After the Deluge: New Perspectives on the Intellectual and Cultural History of Postwar France*, ed. Julian Bourg (Maryland: Lexington Books, 2004), 356-357.

²⁷ François Dosse, “Afterword”, 358. La referencia es a su estudio sobre este tema: François Dosse, *Histoire du structuralisme*, 2 vols. (Paris: La Découverte, 1991-92).

esta perspectiva ha sido muy comentado, al romper con el nacionalismo metodológico que, como en otras ciencias sociales, la había limitado: ya no se asume que los objetos de estudio tienen que estar definidos por las fronteras entre las naciones y sus formas de organización estatal, sino que se miran desde lentes más amplios. Hay quienes suelen diferenciar entre por lo menos cuatro vertientes de este enfoque: la internacional, centrada en relaciones entre distintos países; la transnacional, que rastrea elementos que sobrepasan los límites territoriales; la comparativa, en la que los objetos históricos tienden a definirse en conjunto; y la global, que lidia con etapas de la globalización, objetos que se universalizan y la interacción entre regiones subglobales.²⁸

La relación de la historia intelectual con este cambio ha sido ambigua. Por un lado, debido a la naturaleza de sus temáticas de estudio, algunos de los componentes de la historia global siempre han estado presentes en su desarrollo: las ideas suelen ser vistas como entidades móviles y con capacidad de traspasar umbrales espacio-temporales, en contraste con la estabilidad y rigidez de otros objetos clásicos en la historiografía. Por otro lado, es probable que esta seguridad en sus raíces globales la haya alejado del llamado giro internacional, el cual ha tenido un marcado carácter materialista. Esto ha obligado a quienes siguen esta línea de investigación a replantear lo que ambas corrientes pueden llegar a aportarse. Los hallazgos que han surgido a partir de estas discusiones han sido fundamentales para la tesis.

Por ejemplo, si bien la historia global podría correr el riesgo de ver iteraciones de ideas a la manera de los enfoques tradicionales, el desarrollo de metodologías más sofisticadas para estudiar cuestiones de recepción en historia intelectual ayuda a mitigar este problema.²⁹ Si en algo se refleja la colaboración entre ambos subcampos es en la atención al complejo vínculo entre ideas o conceptos y las condiciones locales que median en su paso a otros contextos. En el caso de la tesis, tenemos un conjunto amplio de elementos que provienen de otras latitudes y ambientes intelectuales, desde lenguajes políticos hasta marcos teóricos y herramientas de determinadas disciplinas. Los intelectuales mexicanos no sólo llevaron a cabo todo un proceso de intermediación y traducción cultural, sino que sus interpretaciones del cambio nacional se nutrieron de lo que ocurría en el exterior.

²⁸ David Armitage, “The International Turn in Intellectual History”, *Rethinking Modern European Intellectual History*, eds. Darrin McMahon y Samuel Moyn (Oxford: Oxford University Press, 2014), 232-233.

²⁹ Armitage, “The International Turn”, 242-243.

Autores como Moyn y Sartori han señalado que este proceso no puede entenderse sin el establecimiento de ciertas redes intelectuales, una de las aproximaciones más reconocidas en la historia intelectual tanto en sus modalidades tradicionales como en su orientación global.³⁰ Revistas como *Vuelta* y *Nexos* tuvieron un rol protagónico en la difusión y traducción de intelectuales extranjeros cuyos puntos de vista ayudaron a forjar consensos y desacuerdos, al interior de cada una y en sus intervenciones en el debate público. Saber qué es lo que leían y traducían los intelectuales mexicanos, con quiénes discutían y a quiénes respaldaban en controversias de carácter más internacional nos ayuda a esclarecer muchas de sus posiciones. En cierto sentido, los encuentros que cada una organizaría para discutir la situación mundial, en 1990 y 1992 respectivamente, sería la materialización de las conexiones y redes que habían ido estableciendo desde sus políticas editoriales y su relación con ámbitos intelectuales en el exterior.

Como cabría esperarse, uno de los resultados de la historia global ha sido la descentralización de nuestras perspectivas. La historia intelectual no ha sido la excepción en términos del eurocentrismo que ha caracterizado a muchas disciplinas, y aun cuando ha puesto el foco en otras regiones, lo ha hecho a través de un enfoque lineal basado en los supuestos desarrollistas de la posguerra.³¹ Las polémicas del fin del siglo XX mexicano nos muestran que, además de seguir con atención las grandes transformaciones del mundo durante esta época y los paralelismos de este cambio con el proceso nacional, los intelectuales cuestionaron y discutieron críticamente muchos de sus resultados. Tanto el triunfalismo liberal como la obstinación con el compromiso comunista trataron de complejizarse y matizarse, siempre con el trasfondo de las circunstancias mexicanas y la discusión sobre su compleja relación con la modernidad occidental. En este sentido, el campo intelectual fue más que la disputa entre las dos grandes plataformas políticas del México de la época: se convirtió en todo un laboratorio de la posguerra fría a nivel global.

³⁰ Samuel Moyn y Andrew Sartori, “Approaches to Global Intellectual History”, *Global Intellectual History*, eds. Samuel Moyn y Andrew Sartori (Nueva York: Columbia University Press, 2013), 9-16. En América Latina, este enfoque ha sido impulsado por autores como Aimer Granados, quien también ha contribuido a los estudios sobre edición, impresos y vida intelectual. Véanse Aimer Granados coord., *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura* (México: UAM Cuajimalpa-Juan Pablos Editor, 2012); Aimer Granados y Sebastián Rivera Mir coords., *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX* (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2018).

³¹ Andrew Sartori, “Intellectual History and Global History”, *A Companion to Intellectual History*, eds. Richard Whatmore y Brian Young (Sussex: Wiley-Blackwell, 2016), 201-212.

Modernidad/modernización y otras aclaraciones conceptuales

Las premisas anteriores también nos permiten arrojar algo de luz sobre dos conceptos problemáticos: modernidad y modernización. Muy en boga entre los años cincuenta y los sesenta, es cierto que en el fin de siglo fueron desplazados por debates como el de la globalización o la posmodernidad.³² Sin embargo, como menciona Georg Iggers en su recorrido a la historiografía del siglo XX, en realidad no se fueron del todo: más bien cambiaron las circunstancias en las que se utilizaban estas categorías, enfrentadas ahora a un contexto definido por las tensiones originadas entre lo nacional y la integración global.³³ En otras palabras, más que darles un sentido definitivo, es necesario entenderlos en su momento histórico particular.

Ahora bien, es importante tener un trasfondo sobre las formulaciones más clásicas de la modernidad y la modernización. En la literatura sobre el tema se suele sugerir que la modernidad tiene dos sentidos, lo que en ocasiones ha vuelto confusa la discusión: la modernización social y la modernidad cultural. A grandes rasgos, podríamos decir que la primera está vinculada a transformaciones sociales como el desarrollo de economías industriales o la representación política popular, así como sus consecuencias cognitivas: la secularización de la vida pública, el desarrollo de la conciencia científica y la primacía de la racionalidad.³⁴ Este proceso de diferenciación estructural es el punto de partida de los teóricos clásicos de la modernización de mediados de siglo. La metáfora del paso de las sociedades cerradas a las abiertas resume bien su perspectiva.³⁵

La modernidad cultural, la otra cara del concepto, se relaciona sobre todo con el ámbito estético, aunque eventualmente ha ido permeando la vida cotidiana: a través de los medios de comunicación, el entretenimiento, el arte. En su vertiente estética es posible

³² Jean Franco, *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War* (Cambridge: Harvard University Press, 2002), 16.

³³ Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX. De la objetividad científica al desafío posmoderno* (México: Fondo de Cultura Económica, 2013), 250.

³⁴ Dilip P. Gaonkar, "On Alternative Modernities", en *Alternative Modernities* (Durham: Duke University Press, 2001), 1-4.

³⁵ Los términos son de Karl W. Deutsch, "Social Mobilization and Political Development", *APSR* 55, no. 3 (September 1961): 493-502. Otros textos representativos son Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East* (New York: Free Press of Glencoe, 1958) o Seymour M. Lipset, *Political Man* (New York: Doubleday, 1960), por mencionar unos cuantos.

rastrearla en el siglo XIX, cuando al orden idealizado de la modernidad burguesa que se asocia al surgimiento del capitalismo en occidente se le opone la exploración y la realización del yo.³⁶ Esta perspectiva no tiene un referente único y puede manifestarse en grupos muy distintos, aunque sin duda el romanticismo es su movimiento más representativo: contra el *ethos* de la modernidad en su visión idealizada, basada en la razón y lo práctico, se reivindica la imaginación, el reencantamiento del mundo.

Estas categorías tienen una fuerte carga normativa: mientras la modernización social es la fuente primaria de las teorías de la convergencia —según las cuales la marcha hacia la modernidad hará similares a las sociedades—, la modernidad cultural es la base de las teorías de la divergencia —que contraargumentan que las experiencias de la modernidad dependen de los contextos en los que se despliega—. Dicho esto, la relación de los intelectuales con este tipo de conceptos tiene que entenderse principalmente a través de su uso público, más que en su desarrollo académico: piénsese en el caso de los escritores mexicanos que, al tiempo que incorporaban las premisas y artefactos de la modernidad estética occidental a sus obras, no dejaban de ser críticos de muchos de los efectos de la modernización, como aquellos ligados al capitalismo estadounidense.³⁷

Ya que los intelectuales pueden ser a la vez defensores y críticos de la modernidad, y debido a que en la conversación pública estas categorías se usan indistintamente con sus diferentes sentidos, propongo la siguiente distinción: la modernidad es una referencia histórica que puede tener distintos orígenes y componentes para los intelectuales, mientras que la modernización es el proceso social y político en el cual se realiza. Un aspecto del discurso intelectual que me interesa en particular es la comparación entre ambos elementos, pues es uno de los ejes de las polémicas alrededor de debate. Por poner un ejemplo: los teóricos de la modernización, como apunta Habermas, separaron al concepto de modernidad de sus orígenes —como una referencia a un periodo específico de la historia europea— con el fin de convertirlo en un modelo espacial y temporal neutral para el desarrollo social, en el marco de la guerra fría y la prosperidad estadounidense.³⁸

³⁶ Gaonkar, “On Alternative Modernities”, 3.

³⁷ Van Delden desarrolla este argumento a propósito de la obra de Carlos Fuentes, pero es aplicable para otros intelectuales mexicanos. Maarten Van Delden, *Carlos Fuentes, Mexico, and Modernity* (Nashville: Vandervilt University Press, 1998).

³⁸ Jürgen Habermas, *The Philosophical Discourse of Modernity* (Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press, 1987), 2.

No es extraño, por lo tanto, que nuestros principales intelectuales del siglo pasado hayan entrado en la disputa por el sentido de la modernidad: al estándar europeo y estadounidense, Octavio Paz le opuso elementos alternativos ligados al romanticismo y al surrealismo, mientras Carlos Fuentes reivindicó aspectos de la modernidad hispanoamericana como el barroco. En resumen, una de las principales modalidades críticas del discurso intelectual de dicho periodo descansa en esta operación: contrastar un determinado concepto de modernidad con proyectos de modernización específicos. Muchos libros clásicos como *El laberinto de la soledad* están atravesados por la oposición entre una determinada noción de la modernidad —por ejemplo, sospechosa de la ideología del progreso— y ciertas etapas de modernización del país —en ese momento, la industrialización alemanista—.

Por supuesto, me interesa captar este componente del discurso intelectual en el contexto particular del final del siglo XX en México, con énfasis en aquellos consensos que definen, según propongo, la orientación intelectual de esta época marcada por la retórica modernizadora. Describiré más adelante el esquema que sigue el argumento de la tesis, pero adelanto algo importante: mientras dedico los dos primeros capítulos al repaso de ciertas polémicas intelectuales nacionales e internacionales a la luz del supuesto de que la sociedad mexicana tenía que transitar a una forma moderna, termino con un tercer capítulo en el que coloco dichas discusiones en el marco de la comparación entre ciertas ideas de modernidad y el proyecto de modernización de fin de siglo, donde también contrasto el discurso intelectual y el político.

El concepto de intelectual o intelectuales también requiere de algunos apuntes. Se ha escrito mucho respecto a este tema y parece poco útil intentar dar otra respuesta a la pregunta de qué es un intelectual. Puede ser más fructífero vincular el término al contexto específico de esta investigación. Como señalaron en un influyente ensayo Charles Kurzman y Lynn Owens, no es coincidencia que las nociones de mayor tradición en el estudio de los intelectuales estén ligadas tan estrechamente a momentos particulares de la historia política en la que los formularon sus principales teóricos: desde Gramsci hasta Benda, pasando por Mannheim.³⁹ La categoría del intelectual es, en primer lugar, propia del siglo XX, con

³⁹ Charles Kurzman y Lynn Owens, “The Sociology of Intellectuals”, *Review Literature and Arts of The Americas* 28 (2002): 63–90.

especificidades que la distinguen de algunos de sus antecedentes conceptuales tales como el *philosophe*, más extendido en los siglos XVIII y XIX.⁴⁰

De aquí se originó un debate muy extendido entre dos perspectivas: la de Gramsci, que ve a los intelectuales como representantes de una clase, y la de Benda, para quien estos constituyen una clase en sí misma. Vale subrayarlo porque los intelectuales mexicanos invocarán estas nociones al reflexionar sobre su papel en la vida pública. Sin embargo, consideremos para nuestro caso el contexto latinoamericano y sus implicaciones para esta conceptualización. De acuerdo con Guillermo Zermeño, a pesar de que el *affaire* Dreyfus se ha establecido como la marca por excelencia del nacimiento del intelectual moderno, no se trata de un modelo universal sino de un evento específico de la historia intelectual y cultural francesa. Trasladarlo acríticamente a otros países y regiones supone perder de vista las circunstancias propias de dichos escenarios.⁴¹

Para empezar, encontramos dos diferencias evidentes: el papel de los letrados durante el siglo XIX y la falta de una tradición crítica como lo fue la Ilustración francesa. Ya que la segunda cuestión es más debatible, me limitaré a la primera por su relación con la tesis. Como lo ha descrito Schmidt-Welle, los letrados tuvieron un rol fundamental en la creación y consolidación del Estado-nación en América Latina: por sus circunstancias históricas, participaron de manera activa en los procesos de independencia y después en la función pública.⁴² El papel cultural y social de dicho grupo, muy específico, no cambia prácticamente durante todo el siglo XIX: los letrados actúan como políticos y militares más que como artistas o académicos, una actividad que realizan en segundo plano. Sus posturas artísticas y literarias están ligadas, en general, a su propio compromiso con los procesos de construcción de la identidad nacional.

La especificidad del intelectual, surgido en el siglo XX, vendría del desarrollo de nuevas condiciones gracias a las cuales las competencias artísticas o literarias ganan autonomía. El modernismo es el movimiento artístico y cultural que sirve de trasfondo para esta transición, pues la estética del arte por el arte coincide con un proceso de diferenciación

⁴⁰ Véase Guillermo Zermeño, *El concepto de intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución* (País Vasco: Universidad del País Vasco, 2004).

⁴¹ Guillermo Zermeño, “El concepto *intelectual* en Hispanoamérica: génesis y evolución”, *Historia Contemporánea* 27 (2003): 777-798.

⁴² Friedhelm Schmidt-Welle, “Letrados e intelectuales en Argentina y México”, en *La historia intelectual como historia literaria*, coord. Friedhelm Schmidt-Welle (México: El Colegio de México, 2014), 26.

en el que los letrados de fines del siglo XIX compiten con el auge del positivismo y de otros perfiles intelectuales, como el de los científicos durante el porfiriato.⁴³ Entre el modernismo, la creciente división del trabajo y también de los campos sociales se propicia el cambio: a diferencia de los escritores-letrados, los intelectuales de principios del siglo XX no subordinan la estética a la pedagogía propia de los nacientes estados nacionales, lo cual, al margen de sus consecuencias artísticas, se convierte en un mecanismo de legitimación a través del cual intervendrán en el espacio público.

Es este un aspecto decisivo en la medida en que, como propone Andrea Pagni, la especificidad del concepto del intelectual radica en su intervención política: no todos los escritores, artistas o académicos son intelectuales, pues lo que los define es su participación en la esfera pública.⁴⁴ Ahora bien, este último concepto también puede ser problemático. De manera esquemática, la definición clásica de Habermas sostiene que se trata de un ámbito de la vida social donde se debaten asuntos de interés general, por lo que sus participantes actúan no como profesionistas privados, burócratas estatales o bajo cualquier otra restricción, sino como cuerpo público.⁴⁵ Algunos matices son importantes: filósofas como Nancy Fraser han criticado la visión idealizada de este concepto y el papel de la exclusión de grupos oprimidos en su configuración histórica,⁴⁶ sin mencionar que en contextos de autoritarismo político esta definición no se sostiene por obvias razones.

Para fines prácticos, digamos que la esfera pública es, en efecto, el espacio donde se debaten asuntos de interés general, pero con las restricciones propias de los arreglos del régimen posrevolucionario y su relación con los intelectuales mexicanos. A grandes rasgos, estas limitaciones tienen que ver con el modo en que el gobierno administraba los márgenes de la disidencia. Entre algunos de los autoritarismos del siglo pasado no es raro encontrar un margen relativamente flexible para la conversación pública y la crítica.⁴⁷ Los intelectuales en

⁴³ Schmidt-Welle, “Letrados e intelectuales”, 30-31.

⁴⁴ Andrea Pagni, “Los intelectuales escritores y la importación cultural en Argentina y México entre mediados de los años treinta y fines de los cuarenta”, en *La historia intelectual como historia literaria*, coord. Friedhelm Schmidt-Welle (México: El Colegio de México, 2014), 129-130.

⁴⁵ Esta versión, más o menos simplificada, la ofrece el propio Habermas en Jürgen Habermas, Sara Lennox y Frank Lennox, “The public sphere. An encyclopedian article”, *New German Critique* 3 (1974): 49.

⁴⁶ Nancy Fraser, “Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy”, en *Justice Interruptus: Critical Reflections on the “Postsocialist” Condition* (New York: Routledge, 1997), 69-98.

⁴⁷ Lo describe bien Samuel P. Huntington, “Social and Institutional Dynamics of One-Party Systems”, en *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Established One-Party Systems*, eds. Samuel P. Huntington y Clement H. Moore (New York: Basic Books, 1970).

México cumplían un rol importante para mostrar cierta apertura política por esta vía. No es que este grupo estuviera subordinado, a pesar de que la incorporación de algunas figuras al régimen era común y la relación entre intelectuales y gobierno tendía a ser cercana, ya que los mecanismos de prestigio cultural pasaban por las instituciones oficiales.⁴⁸ En todo caso, la presencia de los intelectuales en la vida pública era funcional al régimen y bajo ese parámetro la alentaba o delimitaba: por eso hay tanto ejemplos de debates intelectuales autónomos y críticas libres como casos de represión o censura abierta.⁴⁹

Por último, y para dar cuenta de la relativa autonomía del debate intelectual, recorro al concepto de campo intelectual o cultural.⁵⁰ En estudios recientes sobre América Latina ha servido para estudiar las dinámicas propias de este ámbito: es decir, sus estructuras y relaciones de poder específicas, sin perder de vista su vínculo con otros campos como el económico o el político.⁵¹ Aunque se ha criticado su reduccionismo al sugerir que la posición en el campo determina por completo a los actores,⁵² me parece que la atención a los textos mitiga este sesgo. Lo que me interesa del concepto es poder moverme entre la lógica interna y la lógica externa de la historia intelectual a la que he aludido anteriormente: frente a los cambios en la vida cultural mexicana de las últimas décadas del siglo pasado, es inevitable hacer referencias a las disputas por cierto capital cultural, si bien es necesario no reducir toda la explicación a este hecho.

Esto me permite cerrar con un recordatorio importante: los conceptos que he revisado se despliegan en un contexto específico. Si bien interesa definirlos para tener una referencia, a lo largo de la tesis exploraré algunas cuestiones que los pondrán en tensión: las problemáticas que subyacen al debate sobre la modernidad mexicana y su vínculo con un nuevo proceso de modernización; las polémicas entre ambos grupos intelectuales a propósito de su papel y la definición del intelectual en medio de la transformación del país en el fin de

⁴⁸ Claudio Lomnitz, “1984”, 173.

⁴⁹ Incluso coexisten en determinados momentos: en el convulso 1968, el gobierno prácticamente no intervino en la polémica de la renovación de la catedral mexicana, Octavio Paz renunció a la embajada en la India como protesta ante la represión estudiantil e intelectuales como José Revueltas fueron presos políticos; todo en un espacio de pocos meses.

⁵⁰ A grandes rasgos, el campo es “un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha o, si ustedes lo prefieren, de la distribución del capital específico que ha sido acumulado durante luchas anteriores y que orienta estrategias ulteriores”. Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, ed. Néstor García Canclini (México: CONACULTA-Grijalbo, 1992), 36.

⁵¹ Véase Ignacio M. Sánchez Prado, “Introduction”, en *Pierre Bourdieu in Hispanic Literature and Culture*, ed. Ignacio M. Sánchez Prado (London: Palgrave Macmillan, 2018), 1-13.

⁵² Jeremy Lane, *Bourdieu's Politics. Problems and Possibilities* (London: Routledge, 2006), 168-69.

siglo; las aproximaciones del salinismo a la esfera pública y las modalidades del autoritarismo tardío para lidiar con la disidencia y el debate intelectual, o las reconfiguraciones del campo intelectual mexicano en relación con una nueva política cultural, la crisis de la educación superior y los cambios en el sistema de medios y la comunicación masiva. Seguramente irán surgiendo más temas. Por lo pronto, dejo estas aclaraciones conceptuales como punto de partida.

El fin de siglo y sus revistas: un esquema para la historia intelectual de este periodo

El argumento principal de la tesis gira en torno al clima intelectual de fines del siglo pasado en México. Durante esta época tiene lugar la conformación de un nuevo sentido común, cuya premisa básica es que la transformación del país en esos años conduce a la sociedad mexicana hacia una forma moderna. A partir de este núcleo se construirán consensos desde los cuales una parte de los intelectuales agrupados en *Vuelta* y *Nexos* interpretará las reformas y los cambios iniciados en los ochenta. No se trata de un sistema riguroso o coherente, sino de una orientación que se refleja en sus discursos. Para entender cómo se construyó este dispositivo de lectura en la intelectualidad mexicana, que aquí he llamado el discurso de la modernización, propongo dos variables principales a las que dedico dos capítulos: la crítica del siglo XX mexicano y la caída del socialismo a nivel mundial.

En el primer capítulo describo y analizo algunas de las controversias que definieron el contexto de debate de este momento, con especial atención a aquellas que sirvieron de base para la caracterización crítica del pasado mexicano y su reinterpretación en clave antiautoritaria. La primera tiene que ver con la lectura que se le dio al nacionalismo revolucionario como forma histórica del México del siglo XX, en el marco de debates intelectuales más específicos como las elecciones de 1988 y su interpretación o el declive del concepto de revolución. A la segunda la conforman las discusiones en torno a la relación del Estado y la sociedad, articuladas en términos confrontacionales y bajo la idea de contener la preeminencia estatal. La última parte de las polémicas sobre el papel del intelectual en un México en transformación, en las que cada grupo utilizará los vínculos de los intelectuales y el régimen en el pasado para construir una nueva imagen de lo que debería ser la intervención pública de estos actores.

El agitado cierre del siglo XX mexicano coincide con la crisis de las alternativas socialistas a nivel mundial, por lo que las consecuencias de este hecho en el campo intelectual marcan la pauta general del segundo capítulo. Por una parte, me ocupo de la recepción y reproducción de discursos críticos hacia el socialismo, sobre su crisis y su caída: el discurso antitotalitario en *Vuelta* y la crítica al llamado socialismo real desde *Nexos*. Más que enfocarme en textos que establezcan afinidades entre el caso mexicano y el proceso de decadencia del socialismo, trato de captar algunos elementos del clima intelectual de la época a través de estos debates, con el trasfondo de la revisión del pasado autoritario y la lucha por la democracia a nivel nacional. Por otra parte, reviso algunas críticas en torno al marxismo y a la noción de ideología tras el derrumbe socialista, así como el papel de estas en la configuración de un consenso intelectual liberal.

Por último, analizo la yuxtaposición entre la reflexión intelectual sobre México y la modernidad y el marco de entendimiento propuesto por el gobierno respecto al proceso de modernización. Es en este capítulo donde rastreo las vías de la afinidad del discurso intelectual y el político. En el caso de *Vuelta*, a través de su reflexión sobre la modernidad mexicana y su posterior lectura del proceso de modernización de acuerdo con supuestos asociados a lo que entendían como el carácter liberal de la modernidad. En el caso de *Nexos*, mediante dos respuestas distintas a las reformas iniciadas en los ochenta: por un lado, desde la crítica alternativa de la modernidad y el proceso de modernización mexicano, y por otro lado, desde la reivindicación de las transformaciones de finales de siglo como defensa de la alineación del país con una nueva ola de modernidad mundial.

Hay diferentes formas en las que el estudio de revistas y los grupos intelectuales que las rodean contribuye a la historia intelectual. Me he detenido poco en ellas porque otros textos han tratado esta cuestión con suficiente profundidad.⁵³ Lo que quiero resaltar, para terminar esta introducción, es que en el caso de esta tesis lo que ha tomado forma es una aproximación a las revistas como *retrato de época*, o al menos esa ha sido mi inclinación: captar algunos elementos de un clima intelectual apasionante y, aunque no es el tema de este estudio, quizás pertinente para nuestra actualidad.

⁵³ Aimer Granados, "Introducción", en *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, coord. Aimer Granados (México: UAM Cuajimalpa-Juan Pablos Editor, 2012), 9-16.

CAPÍTULO 1: LA CRÍTICA AL SIGLO XX MEXICANO

Hay un rasgo que destaca en la historia intelectual de fines del siglo XX en México: se parte del supuesto de que el país transita hacia una forma histórica moderna. Esta premisa es una manifestación —acaso previsible— de la retórica general de la época, y al mismo tiempo tiene motivos específicos: en el siglo pasado, la compleja relación entre la historia nacional y la modernidad había sido una preocupación constante de los intelectuales mexicanos. Lo importante es que este es el núcleo a partir del cual se trata de dar sentido al proceso de cambio de estas décadas: una lectura que se convertirá en una suerte de nuevo sentido común. Mi interés principal es analizar cómo se construyó este discurso, y en este capítulo me ocupo de uno de sus parámetros: la relectura crítica del siglo XX mexicano.

La de los ochenta es una década donde el pasado adquiere una relevancia algo inusitada en el discurso intelectual. En el contexto europeo, el historiador Enzo Traverso se ha referido a estos años como la transición hacia un “momento de memoria”, del cual las discusiones sobre el holocausto en Francia —a partir de la película *Shoa* de Claude Lanzmann— o el debate sobre el pasado nazi en la historiografía alemana son dos conocidos ejemplos. Por supuesto, son eventos muy particulares. Lo que nos dice algo del México del fin de siglo es la otra cara de este fenómeno, relacionada con la interacción entre la historia y el presente, incluso el futuro. El surgimiento de la memoria se vincula de forma estrecha con el ocaso de la utopía,⁵⁴ y en el caso mexicano hay una correspondencia similar: la obsesión con el pasado y cierta clausura del futuro son dos de las disposiciones más claras del clima intelectual de este periodo.

A primera vista, no hay mucho misterio en dicha imagen: desde cualquier ángulo, los cambios de las últimas décadas se anunciaban como el final de una época, por lo que la predilección histórica era esperable. La coyuntura internacional ofrecía, además, una narrativa general en la cual situar la propia transformación del país. No obstante, hay aspectos poco estudiados, como la propensión en el discurso intelectual a releer el pasado según consensos contemporáneos. Asimismo, el hecho de que este tipo de caracterización histórica, generalmente negativa, se volverá la clave de interpretación para el proceso de reforma iniciado en los ochenta. Es decir, este discurso opera en un doble sentido: mientras

⁵⁴ Enzo Traverso, *¿Qué fue de los intelectuales? Conversación con Régis Meyran* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2014), 78-79.

determinadas polémicas y nuevos consensos se utilizan para revisar de manera crítica el pasado, los elementos de esa relectura conforman un esquema para entender el cambio presente, que se plantea como una lucha entre tradicionalismo y modernidad.

En este capítulo examino este proceso a través de la crítica del siglo XX mexicano. De entrada, analizo la construcción del nacionalismo revolucionario como forma histórica del país en dicho periodo. Más que un estudio preciso del régimen, lo que se desarrolla es una serie de tópicos en torno a algunas de sus características principales: el autoritarismo, la mitología revolucionaria y otros elementos. Reviso esta representación histórica en el marco de dos polémicas en especial: el debate posterior a las elecciones de 1988 y su interpretación, así como el agotamiento conceptual y estratégico de lo revolucionario. En otras palabras, trato de mostrar el desenvolvimiento de este discurso intelectual en sus dos vertientes: como una reconstrucción crítica del pasado mexicano y en su proyección en el análisis de los cambios contemporáneos.

Después repaso el papel de las categorías de Estado y sociedad civil en la conformación de este dispositivo de lectura. Si hay un consenso evidente en el clima de opinión de estos años es la concepción negativa del Estado, visto como la fuente de la mayoría de los problemas nacionales.⁵⁵ Al igual que en el caso anterior, las controversias alrededor de estos temas dan cuenta de una interpretación particular de la historia mexicana, marcadamente antiestatista, y una recepción en general positiva de los acuerdos sobre la reorientación estatal de las reformas modernizadoras. Las implicaciones de este cambio en el contexto de debate son múltiples, pero la más considerable es la elevación de la sociedad civil: si el Estado es el enemigo, en la narrativa confrontacional esta adquiere un matiz heroico que servirá a distintos propósitos.

Para terminar, analizo las discusiones sobre el rol del intelectual mexicano de principios de los noventa. En sintonía con la revisión crítica del siglo XX nacional, este debate se caracteriza por un intento de distanciarse de los modelos intelectuales que se entienden como los predominantes en el régimen posrevolucionario. Aunque cada grupo planteará su crítica desde posiciones distintas, ambos tratarán de proyectar su propia forma de intervención en el espacio público como el prototipo del intelectual moderno: ya sea en el sentido de cumplir un papel histórico asociado a la modernidad, o en el sentido de ser agentes

⁵⁵ Fernando Escalante, "Los años amargos", 172-173.

activos en el proceso de modernización de fines de siglo. Estos son, en resumen, los tres componentes claves en la crítica al pasado mexicano que hace del siglo XX un objeto histórico anticuado en relación con los consensos de la modernización.

Antecedentes: *Vuelta* y *Nexos* en el debate público antes de 1982

Para contextualizar las polémicas en las que participan estos grupos a finales de siglo, repaso de forma breve su perfil político e intelectual previo a 1982. Marco esta fecha con el fin de resaltar algunos fenómenos que la anteceden, pero que adquirirán mayor peso y visibilidad tras la crisis de este año y lo que suele denominarse el giro neoliberal en México. Haré referencia, sobre todo, a aquellos cambios con mayores implicaciones en el contexto de debate intelectual: pienso en la interpretación crítica de los sexenios de los setenta, la gradual inserción de *Nexos* en la discusión pública, o la concentración de esta última precisamente en revistas culturales y las redes intelectuales a sus alrededores.

Se ha escrito mucho sobre la relación del intelectual con el Estado mexicano a lo largo del siglo XX. Antes que nada, me parece necesario reconocer la complejidad de este vínculo, aun sin menospreciar las reconocidas prácticas de cooptación. Normalmente, la interacción entre ambos se definía por mecanismos de acercamiento o distanciamiento en función de ciertas circunstancias y la lógica de administración del disenso del priismo; sin contar que hay razones específicas que alentaban la incorporación, o por lo menos la participación de los intelectuales en el gobierno: como lo describió Gabriel Zaid, era normal aceptar puestos públicos ante la falta de instituciones de educación o un espacio cultural autónomo.⁵⁶ Dicho esto, y aunque es probable que este cambio haya sido exagerado de forma retrospectiva, la ruptura de 1968 es un buen punto de partida para los antecedentes.

Es conocido el gesto de protesta de Octavio Paz al renunciar a su puesto diplomático tras la represión al movimiento estudiantil de ese año. Simbolismo aparte, es innegable que después de Tlatelolco la división entre intelectuales críticos y la vieja guardia, alineada con el oficialismo, se hizo más evidente que antes.⁵⁷ A pesar de que la reaproximación de Luis Echeverría mostrará que no había cambiado mucho la dinámica de encuentro y desencuentro entre el Estado y los intelectuales, el descrédito del régimen ampliará el margen de acción de

⁵⁶ Gabriel Zaid, “Tres momentos de la cultura en México”, *Plural* 43 (abril de 1975).

⁵⁷ Véase Xavier Rodríguez Ledesma, “1968. La reconfiguración de las fronteras entre intelectuales y el poder en México”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 234 (septiembre-diciembre 2018): 133-152.

estos últimos: cobijados por una renovada imagen de independencia, asumirían en los setenta un rol mucho más activo en la sociedad, en medio del clima de efervescencia crítica que suele acompañar a las crisis.

La revista *Plural* —antecedente de *Vuelta*— surge en este contexto de intensa vida intelectual. Acaso un año más significativo para la historia de los intelectuales en México sea, por esta razón, 1971: el nacimiento de dicha publicación transformó en el espacio público nacional, al darle un nuevo protagonismo a estos actores y a sus críticas al nacionalismo revolucionario.⁵⁸ Por encima de las rutinas propias de estas controversias, este es el trasfondo de polémicas como la de Gabriel Zaid y Carlos Fuentes a propósito de los compromisos políticos del novelista y su defensa de Echeverría. De la mesa de debate titulada “Los escritores y la política”, organizada por *Plural* en 1972, provendrá lo más cercano a un manifiesto de este grupo por la independencia del intelectual frente al poder y en favor de su deber con la crítica.

Estos son los actos inaugurales, por decirlo de algún modo, de una nueva forma de intervención intelectual en el espacio público post-68 a la que desde *Vuelta* se tratará de dar continuidad. Hay al menos otras dos cuestiones que, si bien se remontan a la etapa de *Plural*, resurgirán en algunos posicionamientos de este grupo intelectual en discusiones posteriores. Por un lado, el antagonismo con ciertos sectores de la izquierda mexicana, refugiada en instituciones universitarias y espacios editoriales tras la represión en Tlatelolco. Por otro lado, los influjos del debate internacional. Las críticas al socialismo real en la revista *Plural* fueron pioneras en la región y sus intelectuales participarían en algunas polémicas destacadas de la guerra fría cultural. Una notable fue el caso Padilla, crucial para la defensa de la independencia intelectual en América Latina.

Junto con estos precedentes, el evento que produjo el cierre de *Plural* y la transición a *Vuelta* es una huella originaria por sí misma: el golpe a *Excélsior* en 1976. Entre otras razones, no puede obviarse este dato al considerar, como lo sugiere Jaime Perales Contreras, que *Vuelta* tendrá una posición política mucho más definida que la de su antecesora. Si no dejó de ser heterogénea ideológicamente, al menos sus preferencias eran algo más

⁵⁸ Fernando Escalante, “1971. Año del halconazo y de *Plural*”, en *1968-2018: historia colectiva de medio siglo*, coord. Claudio Lomnitz (Ciudad de México: UNAM, 2018), 51-53.

identificables.⁵⁹ En su nueva etapa, la revista buscó alternativas de financiamiento para su actividad que no dependieran sólo de subvenciones estatales. Por si fuera poco, es en este tiempo cuando Paz y Zaid escribieron dos de las obras más representativas de la crítica al régimen posrevolucionario reanimada en los setenta: *El ogro filantrópico* y *El progreso improductivo*, ambos de 1979, un momento en el que el sistema político mexicano dejaba de leerse desde la democracia social para acercarlo a las variantes del autoritarismo.⁶⁰

Entrados los años ochenta el escenario es más o menos el siguiente: la crítica política, esencial desde los inicios de la revista, se orienta a la caracterización del sistema político mexicano como un sistema en crisis, cuya intensidad se agudiza durante el sexenio de López Portillo. Muchos de los artículos más recordados de *Vuelta* se escribieron durante este sexenio o en sus años inmediatos.⁶¹ La crisis de 1982 refuerza algunas de las pautas intelectuales ya reconocibles en la publicación: la crítica a la intervención estatal, el retrato autoritario del Estado mexicano y la constatación de la decadencia del nacionalismo revolucionario. Al agregar la expansión en el debate público del concepto de sociedad civil, tras el sismo de 1985, encontramos varias de las líneas de las que se nutrirán los consensos de fines de siglo y la narrativa del tradicionalismo contra la modernidad.

Nexos surge en enero de 1978, por lo que sus orígenes están ligados al mismo contexto histórico. Sin embargo, su genealogía intelectual es diferente: el antagonismo con la revista de Paz será importante en su definición, pero antes hay que colocar su trayectoria en el marco de la reconfiguración de las publicaciones de la izquierda mexicana durante esta época. Al concentrarse en la academia y otras instituciones culturales tras el 68, la actividad editorial de este sector intelectual también cobró fuerza: en los años setenta nacen múltiples proyectos editoriales como *Historia y Sociedad*, *Punto crítico*, *Estrategia* y, uno de los más reconocidos en Latinoamérica, *Cuadernos políticos*. Varios de los consejeros editoriales de *Nexos* a

⁵⁹ Jaime Perales Contreras, *Octavio Paz y su círculo intelectual* (México: Coyoacán-ITAM, 2013). Algo similar percibe John King en su estudio sobre *Plural*: véase en particular el último capítulo, “De *Plural* a *Vuelta* (1976-1978)”, en *Plural en la cultura política y literaria latinoamericana. De Tlatelolco a “El ogro filantrópico”* (México: FCE, 2011), 285-319.

⁶⁰ Así lo demostraban, por ejemplo, dos libros clásicos de principios de esa década: Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México* (México: Era, 1972) y, del mismo año, Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano* (México: Joaquín Mortiz, 1972).

⁶¹ Por ejemplo, la serie de artículos que Enrique Krauze reuniría posteriormente en *Por una democracia sin adjetivos* (México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1986).

finales del siglo pasado se habrán formado en estas revistas, todas con distintas orientaciones al interior de la izquierda mexicana.

Además de estas publicaciones, de corte más teórico y académico, los suplementos culturales y el periodismo serán vitales en los aprendizajes de muchos intelectuales de la revista. Destaca, por supuesto, *La Cultura en México* del semanario *Siempre!*, uno de los ejes de la vida intelectual de los años setenta. Lejos tanto de la izquierda oficialista como del comunismo mexicano, figuras como Carlos Monsiváis abrirían desde sus páginas un camino distinto para la crítica social y el compromiso intelectual: ligado a la izquierda pero separado de sus expresiones más ortodoxas. La combinación de política, filosofía, medios y cultura popular propia de estas publicaciones dejará una impronta clara en proyectos de los años ochenta como *Sábado*, *La Jornada Semanal* y *Nexos*.⁶²

Situar el proyecto de *Nexos* aquí es relevante en dos sentidos. Para empezar, tras la desaparición de *Cuadernos políticos* a principios de los noventa, la revista ocupará el espacio de la izquierda en el espectro intelectual, si bien ya contaba desde sus inicios con la colaboración de algunos militantes socialistas. La tensión entre este grupo y quienes se acercan al salinismo será, junto con la caída del socialismo a nivel mundial, una de las causas del repliegue de la izquierda en el campo intelectual mexicano.⁶³ En segundo lugar, es difícil separar el proyecto de *Nexos* de las escisiones ocurridas en *La Cultura en México* a finales de los setenta. Como otras publicaciones de la época, *Nexos* se nutre del grupo que se va alejando del suplemento: de hecho, el apoyo a Monsiváis tras su polémica con Paz en 1977 es una de sus primeras irrupciones en el debate público.

Aunque los inicios de *Nexos* trascienden la polarización del campo intelectual de los ochenta, no se puede negar que el papel de la revista en la discusión pública estará definido en de distintos modos según su relación —de rivalidad durante algunos años— con *Vuelta*.⁶⁴ De entrada, la conformación de ambos grupos acusa diferencias considerables. La más señalada tiene que ver con el perfil intelectual predominante en *Nexos*: pese a la cercanía con el periodismo cultural más tradicional, una buena parte de sus intelectuales provienen de la

⁶² Ryan Long, “The Institution of Fiction: From Yáñez, Rulfo, and Fuentes to Pitol and Del Paso”, *History of Mexican Literature*, eds. Ignacio M. Sánchez Prado, Anna M. Nogar y José Ramón Ruisánchez (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), 263.

⁶³ Illades y Suárez, “La caída del socialismo”, 60.

⁶⁴ Los primeros números de *Nexos* incluyen respuestas indirectas a algunas posiciones de *Vuelta*. Van Delden, “Conjunciones y disyunciones”, 119.

academia, tiene una formación en diversas ciencias sociales y un vínculo directo con instituciones culturales. Las divisiones ideológicas del campo intelectual, donde podríamos situar a *Nexos* en el centro-izquierda, son siempre debatibles. El contraste más claro con *Vuelta* probablemente se origina de esta redefinición en el perfil del intelectual mexicano de la segunda mitad del siglo anterior.⁶⁵

Detrás de este cambio se encuentra el desplazamiento de la literatura, en tanto saber que legitima la intervención pública, por disciplinas de las ciencias sociales. Aunque no es el único factor, es útil para entender la sospecha de los intelectuales de *Vuelta* —extendida hasta hoy— hacia la cultura universitaria, mayormente de izquierda y en plena expansión en esas décadas. La cuestión del compromiso intelectual reflejará este enfrentamiento: mientras la reivindicación del escritor independiente se opone no sólo a las ideologías sino a la excesiva especialización, algunos intelectuales de *Nexos* encontrarán en el argumento de la independencia una actitud veladamente conservadora, al evitar posicionarse o desdeñar el servicio en la función pública.⁶⁶

Cierro esta sección con un sugerente texto de Monsiváis de principios de los ochenta. El escritor parte de la imagen de 1968 como fractura: en ese momento era clara la disyuntiva entre los intelectuales del régimen —Agustín Yáñez, Salvador Novo, Martín Luis Guzmán— y sus críticos —un grupo heterogéneo con Octavio Paz y Carlos Fuentes a la cabeza—. Para Monsiváis, el desarrollo de la vida intelectual en los setenta cambiaría los términos de esta división: rumbo a los ochenta prefiguraba un campo partido entre los intelectuales que se distanciaban de las ideologías y comenzaban a hacer demandas como el cambio democrático y aquellos que tendían a apoyar aún ciertos ideales de la revolución mexicana.⁶⁷ No es una perspectiva del todo errónea, aunque es mejor matizarla: al margen de las diferencias entre *Vuelta* y *Nexos*, en el clima intelectual del fin de siglo hay más consensos de los que esta lectura bipolar sugeriría. Este es el terreno que trato de explorar a continuación.

⁶⁵ Luciano Concheiro, Ana Sofía Rodríguez y Álvaro Ruiz Rodilla, “De la academia al espacio público”, en *Las décadas de Nexos. Tomo I. 1978-1997. Memoria de Director Enrique Florescano, Luis Miguel Aguilar*, coords. Luciano Concheiro, Ana Sofía Rodríguez y Álvaro Ruiz Rodilla (México: FCE, 2018), 17-20.

⁶⁶ Más adelante analizaré con más detalle estas cuestiones, pero un texto que ilustra bien la disputa es la crítica de Aguilar Camín a Paz en uno de los números inaugurales de *Nexos*: Héctor Aguilar Camín, “El apocalipsis de Octavio Paz”, *Nexos* (octubre de 1978).

⁶⁷ Carlos Monsiváis, “Deberes, obligaciones, postulados, hipótesis. Notas sobre un tema difícilmente inédito”, *La Cultura en México* 931 (enero de 1980).

SECCIÓN 1: EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO COMO OBJETO HISTÓRICO, LAS ELECCIONES DEL 88 Y LA RETÓRICA REVOLUCIONARIA

Uno de los parámetros del discurso de la modernización es la crítica del siglo XX mexicano, la cual se manifiesta, en primer lugar, en la construcción del nacionalismo revolucionario como forma histórica del México de este periodo. A grandes rasgos, se trata de una reinterpretación del pasado reciente en clave antiautoritaria: más que a su funcionamiento real, la caracterización de los intelectuales responde a la desacreditada imagen del gobierno tras el 68 y las crisis de los setenta y ochenta. Esta relectura del pasado se proyectará en polémicas intelectuales contemporáneas: en el balance de las elecciones de 1988 y en el desplazamiento general de la retórica revolucionaria en la esfera pública. En el fondo, la reconstrucción crítica del pasado y su instrumentalización en el debate de fin de siglo se sustenta en la idea del paso de un México tradicional a uno moderno.

A pesar de que su análisis no es tan sistemático y el nacionalismo revolucionario es una referencia a veces opaca en el discurso intelectual, empecemos por tener una orientación general del concepto. Como propone Rogelio Hernández, no se trata de una ideología coherente y su formulación provino de reflexiones a posteriori por parte de académicos e intelectuales, más que de un adoctrinamiento partidista. En líneas generales, a lo que refiere es a una explicación histórica de la nación mexicana y a un conjunto de instituciones características del Estado posrevolucionario.⁶⁸ La narrativa histórica nos es familiar: en síntesis, es la épica de liberación nacional hecha de los supuestos momentos fundacionales del país: la independencia, la reforma y la revolución.⁶⁹ Tras la revolución, la nación mexicana delegaría la búsqueda de ese objetivo histórico en el Estado, que cumpliría su compromiso mediante instituciones específicas.

Por esta razón el nacionalismo revolucionario se vincula tanto a ideas y relatos como a instituciones concretas: tiene un componente ideológico y uno organizacional, en palabras de Lomnitz. El primero descansa, en buena parte, en la nacionalización del mestizo: una visión particular de la modernidad en la que esta no es el resultado de las fuerzas del libre mercado o el respeto a los derechos del hombre, sino de la guía por parte del Estado

⁶⁸ Rogelio Hernández, “La persistencia de una idea: el nacionalismo revolucionario del PRI a López Obrador”, *Foro Internacional LX*, núm. 2 (2020): 501-536.

⁶⁹ El modelo es, esencialmente, el de Vicente Lombardo Toledano, “Definición de la nación mexicana”, en *La revolución mexicana, 1921-1967* volumen 1 (México: INEHRM, 1988).

nacionalista de este sujeto homogéneo. Organizacionalmente, su base se funda en la definición de una serie de objetos inalienables, comunes a la nación, cuya defensa por parte del Estado responde al interés público: la autoridad estatal ante las relaciones de propiedad, su papel de arbitraje en el conflicto de clases, el dominio sobre los recursos y la tierra, la vigilancia de cuestiones públicas como la educación. Todas ellas facultades identificables en los artículos icónicos de la constitución de 1917.⁷⁰

En el discurso intelectual de fin de siglo, la lectura crítica del nacionalismo revolucionario se ocupará de ambas cuestiones: desde la revisión de su fundamento histórico hasta la de su institucionalización en el papel del Estado posrevolucionario. Para intelectuales de *Vuelta* como Octavio Paz y Enrique Krauze, las elecciones del 88 impulsarán sus bosquejos críticos del régimen: vistos desde su presente, los llevarán a interpretar el fin de siglo como un referéndum continuo entre el antiguo régimen y un proyecto moderno, mientras que el retroceso del lenguaje revolucionario refuerza esta posición. Algunos intelectuales de *Nexos* harán un diagnóstico similar, donde la crítica al nacionalismo revolucionario y a la revolución como vía política marcará una división implícita entre una izquierda tradicional y otra cercana a los consensos de la modernización.

Las elecciones del 88, el triunfo de Carlos Salinas de Gortari y la postura de los intelectuales han sido temas muy debatidos. Hasta ahora, la discusión ha girado —quizás demasiado— alrededor de la supuesta legitimación intelectual del fraude, más que del trasfondo de este evento.⁷¹ No sólo son comentarios sobre la vida política del país: los textos posteriores a la elección dan cuenta de los rasgos del discurso intelectual de fin de siglo; en particular, de la relectura crítica de la historia mexicana reciente y su establecimiento como un parámetro para leer el proceso de cambio. Comienzo con esta controversia entre los intelectuales de *Vuelta*: una revista que llega a las últimas décadas del siglo pasado afianzada en el contexto de exaltación crítica posterior a 1968.

⁷⁰ Claudio Lomnitz, “Hacia una antropología de la nación mexicana”, *Revista Mexicana de Sociología* 5 (abril-junio 1993): 169-172.

⁷¹ Esta es la perspectiva, por ejemplo, de Rodríguez Ledesma, *Escritores y poder*, 234-239. Una posición más matizada, que subraya desacuerdos sobre este evento entre Paz, Zaid y Krauze, está en Flores, *Viaje de Vuelta*, 245-251.

Paz: nacionalismo revolucionario, mito, revolución

En el caso de Paz no sobra recordar, como apunta Yvon Grenier en su estudio sobre los escritos políticos del poeta, que resulta difícil encasillar sus posiciones en categorías políticas en sentido estricto, a pesar de que se suele asociarlo al liberalismo democrático en los últimos años de su vida.⁷² Al definir la libertad, por ejemplo, él mismo reconocería entenderla no como una serie de postulados, sino como un movimiento de conciencia.⁷³ Su crítica es, ante todo, moral, filosófica y estética. Si muchas de las posiciones del Paz tardío han sido controvertidas, puede ser esclarecedor tratar de verlas no como un cambio de ideas, sino a través de rearticulaciones discursivas. Es decir: problematiza viejos y nuevos temas, mediante categorías no del todo coherentes y enunciaciones no siempre explícitas.

Paz había intuido relativamente temprano la crisis del nacionalismo revolucionario. A finales de los ochenta, plenamente consolidado en el debate político, su distanciamiento crítico tiene ya un largo historial. Por su análisis del centralismo burocrático y del carácter patrimonial del régimen posrevolucionario, *Postdata* es uno de los libros más representativos del ánimo posterior a 1968 en el espacio público.⁷⁴ Es cierto: desde su publicación, la última sección fue objeto de una larga serie de críticas por su visión mitológica de la historia. El argumento, aunque más elaborado, se puede resumir en que Paz interpreta el 2 de octubre como una manifestación del inconsciente mexicano, caracterizado por la visión jerárquica de la sociedad y su propensión al sacrificio, rasgos simbolizados en la cultura azteca y el arquetipo piramidal.⁷⁵ De cualquier modo, este es un texto fundamental para entender su lectura de la historia nacional y de las reformas iniciadas en el 82.

Quisiera resaltar dos aspectos en particular. En primer lugar, un ligero cambio en la concepción histórica basada en la dialéctica entre pasado y presente en la obra de Paz. La relación del país con el pasado había tenido un rol central en el argumento de *El laberinto de la soledad* dos décadas atrás: un libro donde la concepción circular del tiempo era un poco más marcada y que veía la revolución como la conciliación de México con un pasado

⁷² Yvon Grenier, *Del arte a la política. Octavio Paz y la búsqueda de la libertad* (México: FCE, 2004), 86-87.

⁷³ Octavio Paz, "Poesía, mito, revolución", *Vuelta* 152 (julio de 1989), 8-12.

⁷⁴ Octavio Paz, *Postdata* (México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1970).

⁷⁵ Tal vez la crítica más sólida a esta visión sea la de Jorge Aguilar Mora, *La divina pareja: historia y mito en Octavio Paz* (México: Era, 1978). Para un resumen crítico de las polémicas en torno a *Postdata* véase Maarten Van Delden, "Psychoanalysis", en *Reality in Movement: Octavio Paz as Essayist and Public Intellectual* (Nashville: Vanderbilt University Press, 2021). Edición electrónica.

reprimido. Concebido como un apéndice de esta última obra, en *Postdata* la revelación del pasado tiene un carácter distinto. Diana Sorensen ha notado que, mientras la violencia revolucionaria tiene una connotación por momentos festiva en el primer ensayo, en el segundo la violencia fundacional muestra una cara conservadora: da cuenta de un reencuentro ya no en un sentido de autodescubrimiento, sino bajo una luz más negativa, ante la permanencia de esa estructura repetida —la de la pirámide— en la historia mexicana.⁷⁶

En segundo lugar, quizás este es el libro clave en la caracterización del régimen posrevolucionario de Paz: un recuento lúcido que comienza desde la fundación del Partido Nacional Revolucionario y recorre las distintas etapas de la historia contemporánea mexicana. Se ha remarcado poco el equilibrio del análisis: pese a sus carencias, las virtudes y defectos del nacionalismo revolucionario aparecen por igual. Ahora bien, sus ideas centrales no dejan de ser los tópicos del sistema político mexicano de la época: hiperpresidencialismo, dominación burocrática sobre los grupos populares, corrupción.⁷⁷ La explicación se simplificaba aún más en segundas plumas: como señala Escalante, la crítica de la pirámide se volvió, finalmente, una metáfora de la concentración del poder y de una supuesta tendencia histórica al autoritarismo.⁷⁸

Vienen al caso este par de cuestiones, decía, para entender el desarrollo de la interpretación histórica de Paz y sus intervenciones políticas del fin de siglo. Los ensayos reunidos en 1979 en *El ogro filantrópico*,⁷⁹ casi una década después, reflejan la ambivalencia sobre la relación entre México y su pasado manifiesta en *Postdata*: comúnmente, aparece en la dicotomía tradición-modernidad. Paz no toma una posición definitiva: es más, tiende a ser crítico con la adopción del paradigma modernizador en el siglo XIX, al que pide integrar con tradiciones menos orientadas al progreso.⁸⁰ Sin embargo, al analizar las coyunturas esta división adquiere un carácter más normativo. Por ejemplo, aunque reconoce los intentos de

⁷⁶ Diana Sorensen, “Tlatelolco 1968: Paz and Poniatowska on Law and Violence”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 18, no. 2: (Summer 2002): 307.

⁷⁷ Véase en especial la segunda sección: “El desarrollo y otros espejismos”, en Octavio Paz, *Sueño en libertad. Escritos políticos* (México: Editorial Planeta, 2001), 101-124.

⁷⁸ Complementada, además, con las metáforas monárquicas de Daniel Cosío Villegas. Escalante, “Los años amargos”, 166-167.

⁷⁹ Para Van Delden, este es el libro que marca su ruptura con la izquierda. Maarten Van Delden, “Octavio Paz: Literature, Modernity, Institutions”, *History of Mexican Literature*, eds. Ignacio M. Sánchez Prado, Anna M. Nogar y José Ramón Ruisánchez (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), 280.

⁸⁰ Octavio Paz, “El ogro filantrópico”, en *El ogro filantrópico* (México: Joaquín Mortiz, 1979), 99-100. Un espíritu similar recorre “El espejo indiscreto”, un ensayo de 1976, en *El ogro filantrópico*, 53-69.

los partidos por modernizarse, los ve atados a un pasado nocivo: al PAN, al PCM y al PDN los recorrería la sombra de Maurras, Stalin y Mussolini, nos dice.⁸¹

En cuanto al régimen, en el ensayo que da título al libro Paz resalta casi los mismos elementos: la burocracia, el patrimonialismo, la corrupción. Como en sus genealogías partidistas, hace del nacionalismo revolucionario y sus paradigmas —debatibles— un objeto histórico que condensa un pasado reprobable. Al replicarlo en la coyuntura del 88, este esquema coloca a los actores de un lado u otro entre una tradición indeseable y el camino a su superación. Lejos de su postura sobre el controvertido resultado, los artículos postelectorales de Paz, publicados en *La Jornada*, parten de una separación implícita entre una suerte de antiguo régimen y un proyecto moderno. Al neocardenismo se le reconoce su legitimidad como movimiento, pero se le caracteriza como un grupo afectado por las reformas de modernización y con los rasgos distintivos de lo que Paz nombraba el patrimonialismo: el populismo, el culto al Estado, la retórica revolucionaria.⁸²

De ninguna manera esto implica una defensa absoluta del proyecto modernizador. Paz es crítico con sus primeros resultados, marcados por sus efectos desiguales, y recurre constantemente al elogio de ciertas tradiciones. En *Pequeña crónica de grandes días*, su recepción positiva del primer informe de gobierno de Salinas convive con el recordatorio, persistente en su obra, de la necesidad de que México no sólo imite paradigmas externos.⁸³ No obstante, su modelo interpretativo descansa en esa construcción histórica negativa: de este modo, si el arreglo del nacionalismo revolucionario en el siglo XX mexicano se caracterizó por el estatismo y la proliferación burocrática, la modernización iniciada en el sexenio de Miguel de la Madrid aparece como su reverso: la renuncia al “populismo, la ineficacia y el despilfarro”.⁸⁴

El declive del lenguaje revolucionario confirma su lectura. Desde esta perspectiva histórica la oposición, en particular el PRD, se muestra como un resabio tradicionalista: se le relaciona con el culto a la intervención del Estado y con lo que Paz alcanza a percibir —con

⁸¹ Paz, “El ogro filantrópico”, 94-96.

⁸² Octavio Paz, “Ante un presente incierto”, en *Sueño en libertad. Escritos políticos* (México: Editorial Planeta, 2001), 222-223.

⁸³ Desde *El laberinto de la soledad* es patente la preocupación de Paz por la naturaleza derivativa de los proyectos de las élites mexicanas: es decir, la imitación del modelo occidental.

⁸⁴ Octavio Paz, “México: modernidad y tradición”, en *Pequeña crónica de grandes días* (México: FCE, 1990), 59.

cierta exageración— como un germen totalitario en el corporativismo revolucionario cardenista.⁸⁵ En parte, esto responde a una concepción gradualista del cambio político acentuada por la inestabilidad posterior a la elección, pero se trata también de una reformulación más profunda en el concepto de revolución del Paz tardío.⁸⁶ Quizás lo anticipaba esa visión negativa sobre la revelación del pasado en *Postdata*. Al recibir el premio Alexis de Tocqueville en 1989, Paz se referiría a la doble y contradictoria condición de la revolución: como historia y mito, como acto histórico y restauración del tiempo original; en términos políticos: la revolución como acto emancipador y opresor.⁸⁷

De este juego de oposiciones proviene la ambivalencia del poeta hacia el salinismo y la reforma modernizadora. La complicada relación de México con la modernidad no hace que Paz reniegue de todo el pasado —incluso apela a cierto tradicionalismo—, mas en la coyuntura de fin de siglo le permite distinguir a modo entre los elementos que asocia al régimen autoritario y los que provocarían un cambio. A la vez que reconocía la eficacia del arreglo posrevolucionario, leería su decadencia como el fin del Estado despótico que solían engendrar las revoluciones: lo siguiente era su democratización, o incluso su reajuste modernizador en un sentido más amplio.⁸⁸ En última instancia, esta lectura se sostiene en una interpretación histórica del nacionalismo revolucionario desde lo antiautoritario: al aplicarla al fin de siglo, todo lo que esté ligado a ese objeto histórico es el statu quo, como se intuye en el texto del aniversario quince de *Vuelta*.⁸⁹

Pasado autoritario y presente liberal: la teoría del péndulo de Krauze

Los textos de Enrique Krauze son de los más representativos del clima intelectual de la época. Por un lado, su participación en la coyuntura del 88 fue la habitual: firmó el desplegado de los intelectuales mexicanos por una salida pacífica a las movilizaciones que siguieron a la

⁸⁵ Paz, “México: modernidad y tradición”, 65-67.

⁸⁶ Hay, en general, consenso en torno al gradualismo de Paz. Véase, por ejemplo, Yvon Grennier, “Paz y el antiliberalismo”, en *Aire en libertad. Octavio Paz y la crítica*, coord. José Antonio Aguilar Rivera (México: FCE-CIDE, 2015), 236.

⁸⁷ Paz, “Poesía, mito, revolución”, 9. Véase Rafael Rojas, “La Revolución en Paz”, en *La polis literaria. El Boom, la Revolución y otras polémicas de la guerra fría* (México: Taurus, 2018), 23-46.

⁸⁸ Sobre el reconocimiento de Paz a Salinas, véase Carlos Monsiváis, “Octavio Paz y la izquierda”, *Letras Libres* 4 (abril de 1999). La autocritica de Paz, años después, puede verse en Octavio Paz, “Tela de Juicios”, en *Miscelánea II, Entrevistas* (Barcelona: Círculo de lectores, 2002), 574.

⁸⁹ Paz se congratula de causar la irritación, con su artículo “Hora cumplida” (en *Vuelta* 103, junio de 1985), tanto del PRI como de la izquierda: Octavio Paz, “Repaso”, *Vuelta* 180 (noviembre de 1991), 10-11.

elección y escribió algunos textos con este mismo propósito.⁹⁰ Lo distintivo es que es a partir de este sexenio cuando delinea mejor su análisis particular del pasado reciente mexicano, desde una perspectiva antiautoritaria y abiertamente liberal. Este modelo de lectura, basado en un juicio igualmente severo sobre el nacionalismo revolucionario como forma histórica del México del siglo XX, implica una interpretación favorable de la modernización de fin de siglo y se instrumentaliza en algunas polémicas intelectuales de la época, en especial contra la izquierda.

Como en el caso de Paz, hay que situar las intervenciones de Krauze en un contexto previo al salinismo. El relato del agotamiento del nacionalismo revolucionario aparece temprano, en 1982, en un conocido ensayo titulado “El timón y la tormenta”. Se trata de un texto muy sintomático: a partir de este, Lomnitz ha descrito el surgimiento de una nueva genealogía del Estado mexicano en el espacio público del fin de siglo. Escrito a raíz de la nacionalización de la banca, al final del accidentado sexenio de López Portillo, para Lomnitz representa la versión liberal de una serie de nuevos marcos históricos interpretativos que proliferan con el derrumbe del régimen de la posrevolución. En pocas palabras, Krauze propone una lectura de la crisis mexicana que, desde dicho ángulo, se entiende como la deriva corrupta del nacionalismo revolucionario, el cual habría olvidado los ideales de la república restaurada, donde residiría su alternativa.⁹¹

Hay toda una sección del ensayo dedicada a la corrupción, uno de los ejes de este dispositivo de lectura. En la época era común: como lo ha remarcado Escalante, fue la denuncia de su arbitrariedad y de su carácter corrupto lo que articuló la crítica del Estado posrevolucionario en el fin de siglo.⁹² Como clave de interpretación del pasado reciente —se atribuye en especial a los gobiernos de los setenta— tiene otras implicaciones que me interesan: es el énfasis en la corrupción lo que da legitimidad al despliegue del olvidado liberalismo y a la recepción optimista del diagnóstico de la renovación moral de Miguel de la Madrid.⁹³ La interpretación histórica, sesgada negativamente, denuncia el pasado del

⁹⁰ El desplegado se tituló “Ganar lo principal”, *La Jornada* (22 de agosto de 1988).

⁹¹ Claudio Lomnitz, “Narrando el momento neoliberal: historia, periodismo, historicidad”, en *La nación desdibujada. México en trece ensayos* (Barcelona: Malpaso Ediciones, 2016), 234-238. El artículo de Krauze apareció en *Vuelta* en septiembre de 1982, pero remito a la versión recopilada: Enrique Krauze, “El timón y la tormenta”, en *Por una democracia sin adjetivos* (México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1986), 17-43.

⁹² Escalante, “Los años amargos”, 173.

⁹³ Krauze, “De pirámides y arquetipos”, en *Por una democracia sin adjetivos* (México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1986), 12.

nacionalismo revolucionario mientras sirve para deslizar una preferencia política vinculada al proceso de modernización de estas décadas.

Los mismos supuestos recorren el comentado ensayo de 1984, “Por una democracia sin adjetivos”: fundamental para la introducción del tema democrático en la esfera pública⁹⁴ y el cual conduciría a una polémica bastante extendida con la izquierda que adjetivaba a la democracia como “burguesa” o “formal”.⁹⁵ Se ha subrayado menos, en cambio, su papel en la relectura del pasado reciente mexicano y sus connotaciones para el debate político de su época. Como el propio Krauze reconoce, la tesis principal del texto parte de una idea de Cosío Villegas sobre la “naturaleza pendular” de la política mexicana, según la cual interpreta la historia del país a través de una dialéctica de agravios y desagravios. De la independencia y hasta la época contemporánea, el péndulo se mueve por un agravio y su reacción inmediata. Para Krauze, los gobiernos de los setenta serían el último agravio y la iniciativa democrática la reacción que le corresponde.⁹⁶

Cosío Villegas no desarrolló del todo esta teoría, como lo admite Krauze. Es probable que su origen sea la interpretación cíclica de la historia mexicana patente en su *Historia moderna de México*, un rasgo que notó Charles Hale.⁹⁷ En cualquier caso, el modelo se popularizó incluso en la academia estadounidense, donde se aplicó a las presidencias del siglo XX para explicar una presunta oscilación entre izquierda y derecha en el balance de poder de cada sexenio.⁹⁸ Los extremos del péndulo histórico de Krauze, en contraste, no se definen políticamente sino que se toma al agravio y al desagravio en un sentido moral. Esta preocupación moralista forma parte de su conocido método biográfico, como se advierte en *Biografía del poder*,⁹⁹ pero al llevarla al debate contemporáneo se traduce en un esquema de

⁹⁴ Jesús Silva-Herzog Márquez, “Enrique Krauze, ensayista”, en *El temple liberal. Acercamiento a la obra de Enrique Krauze*, comp. Fernando García Ramírez (México: FCE-Tusquets Editores, 2009), 154-156.

⁹⁵ Para esta dimensión del debate véase Gallegos Cruz, *La escritura de la democracia*, 99-107.

⁹⁶ Enrique Krauze, “Por una democracia sin adjetivos”, en *Por una democracia sin adjetivos* (México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1986), 46-53.

⁹⁷ Charles A. Hale, “The Liberal Impulse: Daniel Cosío Villegas and the Historia moderna de México”, *The Hispanic American Historical Review* 54, no. 3: (August 1974): 485-486). Krauze añade el concepto del agravio de una cita de Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida política* (México: Editorial Hermes, 1959).

⁹⁸ Martin Needler, *Mexican Politics: The Containment of Conflict* (California: Praeger, 1982). Véase la crítica de George Philip, *The Presidency in Mexican Politics* (New York: St. Martin’s Press, 1992), 178-179.

⁹⁹ Javier Garcíadiego, “Relectura de *Biografía del poder*”, en *El temple liberal. Acercamiento a la obra de Enrique Krauze*, comp. Fernando García Ramírez (México: FCE-Tusquets Editores, 2009), 119.

evento y reacción algo teleológico: al pasado se le da una representación conveniente y su proyecto de cambio se valida en tanto desagravio.¹⁰⁰

Dicho de otro modo: la caracterización del pasado es negativa y la reacción del presente tiende a ser su opuesto deseable. Por lo demás, el resto del ensayo reproduce la imagen desfavorable del nacionalismo revolucionario: para Krauze, los autoritarismos del siglo XX encontrarían en el paradigma de la posrevolución una expresión nacional equiparable a regímenes extremistas. Sus componentes son los tópicos que encontramos en Paz y otros intelectuales: elecciones fraudulentas, centralismo, falta de prensa crítica; así como una deriva despótica en los setenta, que acentuó el presidencialismo y la subordinación de todo el sistema al ejecutivo.¹⁰¹ Lo principal, el sustento de este aparato argumentativo, es la referencia a esa corriente del pensamiento liberal que habría sido opacada por el prestigio del Estado como instrumento de la modernización y la justicia en el siglo XX.¹⁰² Ya que es la respuesta a los agravios estatales, es ante todo una concepción ética.

Esta dimensión es crucial, pues separa a dicho liberalismo, ligado a la república restaurada, de aquel de Reyes Heróles, cercano a la revolución.¹⁰³ Si bien Krauze tendrá menos entusiasmo por el salinismo del que reflejaban sus comentarios sobre De la Madrid,¹⁰⁴ utilizará esta rígida interpretación histórica para desacreditar a la izquierda mexicana y a otras resistencias al colocarlos en un polo opuesto al de la modernidad. Al pedir abandonar el paradigma de la revolución, Krauze se refiere al marco histórico que había esbozado como modelo institucionalizado en México: centralizado, autoritario, burocrático. Al mismo tiempo, convierte esta imagen en una clave de lectura del fin de siglo con fines políticos: la revolución es, según plantea, una sombra de violencia propia de la izquierda, asociada de este modo a un modelo arcaico que se ilustra con los extremos de la revolución cubana y el discurso echeverrista.¹⁰⁵

¹⁰⁰ No exagero la importancia de la teoría pendular en Krauze: él mismo reconocería su vigencia en 1994. Enrique Krauze, "Autoexamen", *Reforma* (23 de enero de 1994).

¹⁰¹ Krauze, "Por una democracia sin adjetivos", 50-52.

¹⁰² Krauze, "De pirámides y arquetipos", 11.

¹⁰³ Para dar una idea: en términos ético-políticos, nos dice Krauze, la revolución estaría más cerca del porfiriato que de la república restaurada. Enrique Krauze, "Jesús Reyes Heróles: cambiar para conservar", en *Por una democracia sin adjetivos* (México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1986), 172-173.

¹⁰⁴ De cualquier modo, las críticas de Krauze a Salinas se encuadrarán en este paradigma ético más que en su proyecto: mientras reprueba su estilo discrecional, reconoce el "realismo" de su programa en el marco de un mundo moderno. Enrique Krauze, "Neoconservadores", *Reforma* (21 de abril de 1996).

¹⁰⁵ Enrique Krauze, "El Estado, la izquierda y la democracia", en *Por una democracia sin adjetivos* (México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1986), 82-84.

Más que sus textos posteriores a las elecciones del 88,¹⁰⁶ que siguen la lógica conciliadora de otras intervenciones, es revelador el polémico ensayo que Krauze publicó poco antes de los comicios: “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”.¹⁰⁷ Me parece que el texto admite una lectura menos superficial que la controversia que suscitó: en la crítica a la figura de Fuentes subyace una crítica al siglo XX mexicano y a ese objeto histórico construido por los intelectuales en torno al nacionalismo revolucionario. Desde luego, Fuentes es un personaje contradictorio, pero quizás fue el representante más conocido de ese polo del campo intelectual que se definió a partir de la recuperación del ideal revolucionario mexicano. En este texto, Krauze parte de una operación similar a las anteriores: como con el nacionalismo revolucionario, construye alrededor de Fuentes una figura negativa contrastada con un parámetro en teoría opuesto, es decir, los valores positivos del liberalismo.¹⁰⁸

Tras 1989 se consolidaría la asimilación del siglo XX mexicano —en particular de los gobiernos de los setenta— a la categoría del nacionalismo revolucionario. En una reflexión sobre la caída del muro de Berlín, Krauze compara este hecho con el proceso de cambio en América Latina a partir del ocaso de ciertos paradigmas históricos: el militarismo, el marxismo revolucionario y universitario, el caudillismo populista y la economía cerrada.¹⁰⁹ Los gobiernos de Echeverría y López Portillo habrían sido el epítome local de este tipo de regímenes, cuya decadencia explica con el descrédito del ideal mesiánico y el repliegue del marxismo. Además de ser un marco histórico, la realidad política se lee desde este prisma de un pasado negativo, al que se asocia a la izquierda: Krauze advertiría que las elecciones del 88 supusieron un riesgo de reversión a estas tendencias a causa del neocardenismo y su alianza con la intelectualidad universitaria “antiliberal”.

Pronto este esquema se repetiría con ligeros cambios conceptuales. El nacionalismo revolucionario integraba, como lo muestra este último artículo, desde la configuración de la economía política hasta paradigmas académicos. Con el tiempo, la referencia podía cambiar mientras remitiera a algún aspecto de ese pasado: la categoría de populismo comenzaría a

¹⁰⁶ Enrique Krauze, “Oráculos de Tocqueville”, *La Jornada* (13 de agosto de 1988).

¹⁰⁷ Enrique Krauze, “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”, *Vuelta* 139 (junio de 1988).

¹⁰⁸ Incluso en un texto mucho más afable, como lo es la reseña de *Después del milagro*, una de las principales objeciones de Krauze es que el autor asuma el “mayor fetiche ideológico de nuestro siglo XX”: la revolución como hecho central nacional. Enrique Krauze, “*Después del milagro*, de Héctor Aguilar Camín”, *Vuelta* 146 (enero 1989), 38-41.

¹⁰⁹ Enrique Krauze, “América Latina: el otro milagro”, *Vuelta* 169 (diciembre 1990), 25-28.

utilizarse como arma de debate en esta época. En los artículos sobre el PRD de Jaime Sánchez Susarrey, analista político de cabecera en *Vuelta* a partir de 1988, este concepto es uno de los principales vehículos para articular los lugares comunes de esta interpretación histórica, con el fin de acomodar ciertas oposiciones en el terreno del devaluado siglo XX mexicano a partir del elemento negativo más conveniente: un programa político, posiciones económicas, escuelas de pensamiento.¹¹⁰

Aguilar Camín: la izquierda entre élites modernizadoras y resistencias tradicionales

Un sector de *Nexos* reproduce la crítica al paradigma de la posrevolución, caracterizado como un proceso histórico en crisis cuya resolución radicaría en modernizar al país. Como es obvio, las implicaciones de dicha lectura son distintas para este grupo intelectual. Las identidades políticas en México, como bien lo describe Soledad Loaeza, se han definido a partir de problemas diferentes a los que le dieron su contenido original a la clásica oposición entre izquierda y derecha: un elemento clave es que, al otorgarle tal protagonismo al Estado el nacionalismo revolucionario, el estatismo se volvió una de las principales líneas de fractura para definir estas representaciones.¹¹¹ Así, el posicionamiento contra el Estado de la revolución, históricamente asociado con la derecha y el conservadurismo, se desplaza a un terreno de mayor indefinición a finales de siglo: se realiza desde *Vuelta* y el liberalismo; desde *Nexos* y algunas izquierdas mexicanas.

Esto obedece a la pluralidad de ambos grupos y a una causa menos superficial: la redefinición del lenguaje político en estos años. En este proceso hubo al menos una coincidencia primordial: el antiestatismo, aunque su fuente no fuera la misma para derechas e izquierdas. En la derecha, este discurso podía representar la disputa clásica contra la revolución y la educación pública, o bien el ánimo libertario y la defensa de la iniciativa privada.¹¹² Lo mismo en la izquierda: el ánimo antiestatista, y en este caso el balance histórico del nacionalismo revolucionario, formaban parte de una misma narrativa de lucha contra el poder hegemónico del PRI. Sin embargo, tiene enfoques distintos: uno abreva de tradiciones

¹¹⁰ Véase, por ejemplo, Jaime Sánchez Susarrey, “La izquierda: ¿emisario del pasado?”, *Vuelta* 140 (julio de 1988), 65-66.

¹¹¹ Soledad Loaeza, “Izquierda y derecha en el México de hoy”, *Nexos* (1 de enero de 2020). El estudio de Loaeza sobre las clases medias y la batalla por la política educativa muestra otro ejemplo de una línea de fractura entre izquierda y derecha en el caso mexicano: Soledad Loaeza, *Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963* (México: El Colegio de México, 1988).

¹¹² Escalante, “Los años amargos”, 171.

revolucionarias o socialistas, y otro de una nueva orientación más liberal. El salinismo y la declinación del lenguaje revolucionario serán dos puntos de quiebre en esta disputa por la crítica al régimen.

Apresuro una conclusión: es evidente que esta segunda perspectiva tendrá más visibilidad en el espacio público de fines de siglo. Es probable que *Después del milagro*, la obra de 1988 de Héctor Aguilar Camín, sea el mejor ejemplo del marco histórico interpretativo de esta tendencia intelectual, que ocuparía de cierto modo el espacio de la izquierda en estos años. Desde *Saldos de la revolución*, Aguilar Camín anticipaba el ocaso del modelo posrevolucionario,¹¹³ pero la visión aún positiva sobre el Estado y la revolución contrasta con el espíritu de su estudio de la transición, el cual tiene afinidades con algunas posiciones de *Vuelta*. A propósito de las disputas electorales del 88, Aguilar Camín saludaría la postura conciliadora de Paz y se negaría a hablar de fraude.¹¹⁴ Sobre el cardenismo en general, sostendría argumentos similares a los del poeta: mientras reconoce su validez en tanto oposición, no le parece una alternativa moderna de proyecto de nación.

El juicio sobre el cardenismo forma parte de las conclusiones del libro: una vía para cuestionar el camino modernizador del gobierno a través de un pasado populista e ineficiente.¹¹⁵ Desde luego, Aguilar Camín llega a este razonamiento por un camino muy distinto: lejos de los paralelismos de Krauze con la historia inglesa o las estructuras mitológicas de Paz, su explicación descansa en un minucioso repaso de los cambios sociales propios del siglo XX y sus consecuencias en el arreglo político de la posrevolución. En lo que coincide con otros discursos de la época es en la aplicación de este marco histórico a la coyuntura contemporánea: los cambios de fin de siglo serían otra reforma modernizadora a la revolución como lo fueron aquella institucional-corporativa de los veinte y treinta, o bien la industrializadora de los años cuarenta. La quiebra del viejo modelo de desarrollo sería la causa de la transformación más reciente.¹¹⁶

Dicha periodización del cambio nacional tiene sentido y el argumento es sólido a la luz de la lectura de la historia mexicana de Aguilar Camín: el mecanismo de *Después del*

¹¹³ Héctor Aguilar Camín, *Saldos de la revolución* (México: Océano, 1984).

¹¹⁴ Héctor Aguilar Camín, "Alba, con nubes", *La Jornada* (16 de agosto de 1988).

¹¹⁵ Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro* (México: Cal y Arena, 1988), 293-295.

¹¹⁶ El capítulo VI de su libro trata este tema con más profundidad; este esquema resumido se presentó en el Coloquio de Invierno. Héctor Aguilar Camín, "La obligación del mundo", *Nexos* (abril de 1992).

milagro puede resumirse como el desfase entre la modernización de la sociedad y lo arcaico de su arreglo político y económico. Su aplicación como modelo interpretativo del fin de siglo, en cambio, tiene ciertas connotaciones. Naturalmente, uno de los temas que recorre gran parte de los textos de Aguilar Camín durante esta época es la atención al conflicto entre élites modernizadoras y resistencias tradicionales.¹¹⁷ Desde esta perspectiva, la periodización y el modelo adquieren cierta dirección final, en tanto las transformaciones de los ochenta constituyen otro episodio de un conflicto pretendidamente mexicano: la resistencia a la revolución bajo los valores de la época porfirista se equipara con la resistencia a la nueva modernización liberal, ahora detrás de los valores revolucionarios.

Es difícil no advertir en esta oposición un polo positivo y otro negativo. El primero, donde se ubica a la modernización liberal, se caracterizará con una épica similar a la de la crítica al nacionalismo revolucionario de *Vuelta*. Una noción que recorre *Después del milagro* es la de las subversiones silenciosas de François-Xavier Guerra,¹¹⁸ que remite a procesos de cambio estructural que rebasan las coyunturas de movilización popular, como el frente cardenista del 88. Aguilar Camín identifica, para empezar, una serie de tendencias superestructurales relacionadas con los cambios en las formas del sistema de dominación política: entre ellos, el declive del Estado contra el auge de la sociedad civil y el paso del presidencialismo absoluto al presidencialismo constitucional, dos motivos recurrentes de las críticas clásicas al sistema político.

Las subversiones silenciosas son las tendencias estructurales, ligadas a cambios en un nivel más arriba que el anterior: entre ellas, la emergencia de un “pueblo nuevo” o una nueva sensibilidad, opuesta a la nacionalista revolucionaria, de un corte liberal que superaría al sujeto nacional construido por las ideas y los procesos posrevolucionarios.¹¹⁹ Es justo decir que, pese a este barniz positivo, Aguilar Camín no describe acriticamente esta tercera reforma modernizadora: como sostendrá en una polémica con Arturo Warman, quien criticaba el carácter de futuro inevitable con el que aparecían estas transformaciones en *Después del milagro*, no le parecía un proceso de cambio perfecto ni una modernidad deseable.¹²⁰ En todo

¹¹⁷ Ignacio M. Sánchez Prado, “The Democratic Dogma: Héctor Aguilar Camín, Jorge G. Castañeda, and Enrique Krauze in the Neoliberal Crucible”, *Mexican Public Intellectuals*, eds. Debra A. Castillo y Stuart A. Day (New York: Palgrave Macmillan, 2014), 20.

¹¹⁸ Ver François-Xavier Guerra, *Le Mexique. De l’Ancien Régime à la Révolution* (Paris: L’Harmattan, 1985).

¹¹⁹ Aguilar Camín, *Después del milagro*, 16-17.

¹²⁰ Héctor Aguilar Camín, “Los reflejos del corto plazo”, *Nexos* (julio de 1988).

caso ese nuevo pueblo, hijo de la modernización mexicana y sus cambios —con énfasis en el desplazamiento de lo rural a lo urbano—, habría perdido la nostalgia del nacionalismo revolucionario a pesar de enfrentar un presente duro.¹²¹

Planteado así, el problema no lo constituye tanto el paradigma, adecuado por reemplazar a un modelo rebasado por el final de la guerra fría y la aparición de potencias económicas supranacionales, sino el ritmo de su aplicación. Aquí hay una diferencia sustancial con la izquierda que se negará a abrazar la modernización durante el salinismo, la cual se vislumbra desde los instrumentos de análisis y la bibliografía a la que recurre Aguilar Camín. Aunque figuras como Roger Bartra o Pablo González Casanova habían renovado los aparatos críticos de la izquierda desde los setenta, la categoría central de Aguilar Camín proviene de François-Xavier Guerra y en sus citas recurre a los maestros de la generación del 68 como Luis González. La superación del nacionalismo revolucionario no sigue las críticas postsocialistas a la nación del propio Bartra o de un Bolívar Echeverría, sino que se encuadra en los debates sobre la integración comercial con Estados Unidos.¹²²

Como afirma Sánchez Prado, esto reorienta las reivindicaciones clásicas de la izquierda: Aguilar Camín no pierde de vista la cuestión social característica de esta corriente, reconoce en la desigualdad uno de los principales problemas del país. Su particularidad es que logra situar estas preocupaciones en el marco de un paradigma intelectual que se desliza de la retórica revolucionaria, del marxismo o de otras corrientes, hacia una noción de transformación social más pragmática e institucional. Este nuevo paradigma altera las posiciones del debate intelectual: “One could argue that *Después del milagro* foresees a paradigmatic change in the discourses of non-regime Mexican intellectuals in some portions of the Left, where the goals of justice and equality would be reached not by traditional

¹²¹ Como señalaría Jorge Castañeda, hay elementos de *Después del milagro* —y en general de la lectura de Aguilar Camín del proyecto salinista— que en realidad eran excluyentes en ese contexto: modernización, democracia y reducción de la desigualdad. Jorge G. Castañeda, “Los saldos del milagro”, *Nexos* 136 (abril de 1989).

¹²² Por ejemplo, José Antonio Aguilar Rivera, “La nación de Proteo: nacionalismo y Estado en México al final del siglo XX”, *Nexos* (julio de 1994). Pese a la coyuntura mencionada, la reflexión no carece de profundidad. En otros textos se establece un diálogo notable con la historiografía mexicana: David Brading, Jacques Lafaye, Charles Hale, Jean Meyer y especialmente Edmundo O’Gorman. Véase Héctor Aguilar Camín, “La invención de México. Notas sobre nacionalismo e identidad nacional”, en *Subversiones silenciosas. Ensayos de historia y política de México* (México: Aguilar, 1993), 19-56.

socialist dogma but by the construction of a new paradigm of modernity that would respond to the new historical conditions of a country that had been structurally transformed”.¹²³

Revolución contra modernización: la teoría de las dos izquierdas en el fin de siglo

La tensión entre modernización, nacionalismo revolucionario y revolución es más notable en la izquierda mexicana formada en corrientes nacionalistas o socialistas. Por un lado, el distanciamiento de la retórica revolucionaria contrasta con la restauración del cardenismo como una de las banderas de parte de la izquierda de fin de siglo: a contracorriente de las interpretaciones críticas tradicionales, que veían en los años treinta la subordinación de las masas populares, surgirán visiones más apologéticas.¹²⁴ Otro sector de la izquierda, cercano a *Nexos*, fluctuará en cambio entre la crítica al paradigma revolucionario, base de la lucha contra el autoritarismo y de la aceptación de la vía electoral, y la necesidad de contrarrestar el entusiasmo modernizador. La caracterización crítica de la izquierda revolucionaria, anclada en ciertas mitologías reanimadas por el neocardenismo, se vuelve difícil de conciliar con visiones realistas que no se acerquen al consenso de la modernización.

Con la publicación a principios de los ochenta de *México: la disputa por la nación*, Rolando Cordera y Carlos Tello anticipaban esta aporía. En esta obra, los autores distinguían entre el proyecto nacionalista y el proyecto neoliberal como dos plataformas antagonistas a las que los complejos años setenta darían paso. El proyecto neoliberal no se reducía al giro al libre mercado que ya proponían algunos intelectuales: era leído críticamente, como un proyecto de adelgazamiento del Estado, integración desigual con Estados Unidos y precariedad laboral. Por el contrario, el proyecto nacionalista implicaría recuperar el pacto social entre el Estado y las masas, del cual la política del cardenismo en los treinta sería el antecedente más ejemplar.¹²⁵

Ahora bien, me interesa recalcar las reservas que Cordera y Tello muestran hacia el cardenismo, pese a reconocer su validez como experiencia histórica: en sus nuevos avatares, no descartan la posibilidad de que un proyecto de esta inspiración sólo reforzara la dominación corporativa del Estado mexicano sobre los trabajadores, una tendencia contraria

¹²³ Sánchez Prado, “The democratic dogma”, 21.

¹²⁴ Escalante, “Los años amargos”, 170. Por ejemplo, Lorenzo Meyer, *La segunda muerte de la Revolución Mexicana* (México: Cal y Arena, 1992).

¹²⁵ Rolando Cordera y Carlos Tello, “Dos proyectos de desarrollo”, en *México: la disputa por la nación. Perspectiva y opciones de desarrollo* (México: Siglo XXI, 1981), 110-166.

a la lucha por la democracia y la libertad característica de la izquierda crítica del régimen. Desde los setenta, estudios como los de Arnaldo Córdova habían popularizado la lectura del cardenismo como el periodo donde se consolidó la incorporación corporativa de campesinos y trabajadores al Estado, uno de los pilares del autoritarismo mexicano.¹²⁶ Prácticamente era imposible separar la crítica al nacionalismo revolucionario hecha desde la izquierda de esta perspectiva histórica, a pesar de que la recuperación de los ideales de la revolución en estos años se basaba en la mistificación cardenista.

En general, la crítica al gobierno había evolucionado del reclamo del incumplimiento de objetivos de justicia social hacia el reclamo democrático, pero en la izquierda esto tiene un matiz distinto: el juicio contra el nacionalismo revolucionario y su veta antidemocrática se centra en los modos de dominación. Es una línea afín a distintos cambios intelectuales: la crítica heterodoxa de comunistas como Revueltas,¹²⁷ la pluralización de los saberes de la izquierda gracias a figuras como Bartra y las experiencias de democratización en espacios como el sindicalismo de intelectuales como Woldenberg —procesos muy marcados por los sexenios de Echeverría y López Portillo—. La inquietud —aun en quienes apoyan la vía cardenista— por la posibilidad de reproducir modelos autoritarios alentaría esa división problemática entre una izquierda tradicional y otra que buscaba modernizarse.

Con la caída del socialismo mundial se fortalecería la escisión de la izquierda implícita en la crítica hacia los llamados ideologismos revolucionarios. En los números de *Nexos* de 1989 hay múltiples ejemplos. Tras la caída del muro de Berlín y en la antesala de la unificación de la izquierda en el PRD, Gustavo Hirales, dirigente del Partido Mexicano Socialista, leería en el éxito del cardenismo el fracaso del tópico específicamente socialista de la izquierda, por su carga de milenarismo y su pretensión de ser el origen de un nuevo bloque social.¹²⁸ Luis Salazar, ex althusseriano, se referiría a la transición de una identidad doctrinaria hacia una democrática: aunque cuestionaba el exagerado pragmatismo de algunas fusiones partidistas, reconocía en la democracia el único horizonte para la redefinición del proyecto del socialismo en México, lejos de su carácter revolucionario.¹²⁹

¹²⁶ Ya mencioné *La formación del poder político*, pero también, en un sentido más amplio, Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución mexicana* (México: Era, 1974).

¹²⁷ Véase la lectura de Rodríguez Kuri sobre el Revueltas de *México: una democracia bárbara*, en Ariel Rodríguez Kuri, *Historia mínima de las izquierdas en México* (México: El Colegio de México, 2021), 108-119.

¹²⁸ Gustavo Hirales, “Adiós al comunismo mexicano”, *Nexos* (enero de 1989).

¹²⁹ Luis Salazar, “La democracia y la idea de revolución”, *Nexos* (mayo de 1989).

Si los obstáculos de la izquierda son claros, lo es menos la vía para superarlos: mientras Hiraes identifica afinidades entre el socialismo y el cardenismo, Salazar enfatiza la importancia de la democracia representativa y el reformismo. Hay en el discurso intelectual una tendencia a impulsar los ideales de justicia e igualdad en un paradigma de modernidad que trascienda al dogma socialista. A la vez, hay pocas certezas sobre su dirección. La recepción favorable de la privatización de la banca en 1990 por parte de intelectuales como Cordera o Aguilar Camín reflejaba estas tensiones. Resulta sintomático que analistas como Sánchez Susarrey interpreten con triunfalismo estos posicionamientos con el propósito de caricaturizar la crítica de la izquierda al neoliberalismo.¹³⁰ En realidad, la cuestión de los consensos intelectuales de fines de siglo es más compleja: en los debates sobre el Estado, Cordera será uno de los principales críticos de Salinas, por poner un ejemplo.

Del mismo modo, los cuestionamientos de intelectuales como Arnaldo Córdova o Adolfo Gilly al nacionalismo revolucionario no sitúan la búsqueda de la justicia social en el horizonte de la modernización salinista. En un ensayo sobre el PRI, Córdova criticaría la reinvidicación de Salinas y Colosio de su partido como uno de sectores, pues desvincular las organizaciones sociales del oficialismo era prioritario en la lucha democrática. Quiero decir: la ruptura del pacto corporativo no se lee desde la necesidad de un giro al mercado sino desde la liberación de la lucha organizada.¹³¹ Adolfo Gilly lo decía con claridad, pese a su posterior cercanía al cardenismo: el movimiento democrático no podía ponerse ni del lado del corporativismo oficial ni del lado de los modernizadores.¹³²

La crítica de la izquierda al nacionalismo revolucionario y a la mitología de la revolución tiene múltiples matices. En el espacio público, estos se difuminarían en la medida en que la división entre dos izquierdas, una tradicional y una moderna —ambas, en realidad, muy heterogéneas— adquiriría un carácter normativo más o menos explícito. Esbozada en la parte final del clásico *La utopía desarmada* de Jorge Castañeda, la teoría de las dos izquierdas era en principio una invitación a aprovechar la oportunidad de la vía electoral y parlamentaria para impulsar una agenda esencialmente socialdemócrata.¹³³ Gradualmente, se convertiría en

¹³⁰ Jaime Sánchez Susarrey, *El debate político e intelectual en México* (México: Grijalbo, 1993), 67-68.

¹³¹ Arnaldo Córdova, “Cómo modernizar al PRI”, *Nexos* (abril de 1989).

¹³² Adolfo Gilly, “Fin de régimen, fin de época”, *Nexos* (enero de 1989).

¹³³ Jorge Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina* (México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1993).

un parámetro para desacreditar o aprobar discursos, militancias y gobiernos de izquierda. La izquierda moderna, como el propio Castañeda admitiría años después, tendría que perseguir sus objetivos de justicia al interior del neoliberalismo: es decir, dentro de los consensos fijados en México a partir de las reformas de modernización.¹³⁴

SECCIÓN 2: ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL: DEBATES Y REDEFINICIÓN DE CATEGORÍAS

Ya que el Estado tenía un rol tan central en el ideario del nacionalismo revolucionario, polemizar sobre su papel era una tarea ineludible en la crítica al siglo XX mexicano. Como en el caso anterior, las controversias en torno a este tema se caracterizan por una lectura negativa, en clave antiestatista, de la historia mexicana del siglo pasado: uno de los principales ejes de los dispositivos de lectura del proceso de cambio de estos años. En el suelo categorial de la época esta tendencia tiene una contraparte, pues la crítica al Estado conduce a situarlo en términos confrontacionales en relación con la sociedad civil, a la que se presenta como un actor históricamente oprimido. El supuesto de la transición de un México tradicional a uno moderno recorre la veta antiestatista de este discurso intelectual.

La caracterización del Estado como entidad autoritaria es básica en la relectura histórica de los intelectuales de *Vuelta*. Proyectada en el debate contemporáneo, el predominio estatal se entenderá como un factor que ha alejado al país de la modernidad, y a la vez como un obstáculo casi total a la expresión de la sociedad civil. Este discurso atraviesa, con matices, las críticas al Estado de Octavio Paz y Enrique Krauze. Por su parte, aunque los intelectuales de *Nexos* comparten la lectura antiestatista de la historia mexicana reciente y la crítica a la fusión del PRI con el Estado, este marco interpretativo tiene distintas implicaciones: habrá quienes suscriban la reorientación estatal de los gobiernos neoliberales y quienes la critiquen; habrá quienes entiendan a la sociedad civil como un nuevo actor y quienes traten de acercarla a la izquierda tradicional.

Estado patrimonialista/propietario: Paz y los dilemas del antiestatismo

Hay una disposición antiestatista en el discurso de *Vuelta* que antecede a la generalización de este ánimo en las siguientes décadas. Tampoco se inscribe exclusivamente en la crítica al

¹³⁴ Patrick Iber, “Las dos izquierdas de Jorge Castañeda”, *Nexos* (mayo de 2016).

autoritarismo mexicano. Su fuente es sobre todo internacional: *Plural* había sido un espacio importante para las denuncias a la deriva autoritaria de la revolución cubana, la crítica al totalitarismo y la recepción de intelectuales del este europeo. Esta dimensión es particularmente relevante en el caso de Octavio Paz: aunque la represión estudiantil en 1968 o el golpe a *Excelsior* en 1976 fueron eventos decisivos en la conformación de su visión crítica del Estado, su perspectiva no puede reducirse a sus reacciones a la vida política mexicana. Es insoslayable, por ejemplo, la influencia en sus posiciones de críticos del socialismo real y del Estado burocrático como Cornelius Castoriadis.¹³⁵ Aunque no se puede sobreestimar el peso de Marx, las raíces de su crítica son tan diversas como el anarquismo de Kropotkin, las perspectivas trotskistas, el socialismo de Sorel y la sociología de Weber.¹³⁶

Dicho esto, la reflexión más acabada de Paz sobre el Estado aparece quizás en *El ogro filantrópico*, en 1979. Para Rafael Lemus, se trata de la obra que eleva la crítica típica de los años setenta sobre el sistema político mexicano a un nivel superior: la crítica del Estado como tal.¹³⁷ En realidad, *Postdata* había representado un primer acercamiento similar, pero hay dos aspectos de *El ogro filantrópico* que me parecen claves. Primero: los ensayos no se centran únicamente en la historia mexicana, sino que tienen de trasfondo la crítica al comunismo soviético: la preocupación de Paz por la reproducción irrefrenable del Estado se entiende como un fenómeno global. Segundo, y esto es lo más importante: pese a esta generalización, Paz identifica una particularidad en el Estado mexicano, que es tanto heredero del régimen patrimonial español como palanca de la modernización.¹³⁸

Algunas de las contradicciones del Paz tardío provienen de esa aporía fundacional del Estado posrevolucionario: ser el garante de la modernización sin ser, a su vez, moderno él mismo. Si bien frente a esta problemática será proclive a mantener una postura conciliadora, al proponer adoptar cambios contemporáneos sin abandonar por completo la tradición, el énfasis en la falta de modernidad del Estado mexicano en su interpretación histórica es una de las razones de su acompañamiento a algunas reformas del fin de siglo. El contexto es

¹³⁵ Hay una referencia explícita a Castoriadis y su concepción de la democracia en Octavio Paz, “América Latina y la democracia”, *Vuelta* 68 (junio 1982), sin mencionar que fue un autor muy traducido en la revista e invitado al Encuentro Vuelta en 1990. Véase Contreras Alcántara, *La experiencia de la democracia*, 147-148.

¹³⁶ Grenier, *Del arte a la política*, 67-69. El mismo autor es uno de los que más ha matizado las ideas sobre la influencia de Marx en Paz.

¹³⁷ Lemus, *La nación está en otra parte*, 16-17.

¹³⁸ Paz, “El ogro filantrópico”, 91-93.

crucial: como recuerda Soledad Loaeza, la mirada antiestadista de *Postdata*¹³⁹ tendría que haberlo hecho un texto de referencia para la generación que llegaba a la universidad en 1968, mas la reactivación del lenguaje revolucionario por los gobiernos de los setenta, el entusiasmo por Cuba, el sandinismo y las luchas del tercer mundo harían de la crítica de Paz un discurso sospechoso para amplios sectores de la izquierda.¹⁴⁰

La crisis del 82 abrió paso a una lectura del cambio nacional según la disputa entre prácticas modernas y resistencias tradicionales¹⁴¹ que empataba muy bien con la manera en la que Paz entendía el Estado mexicano. Al leer *Tiempo nublado*, publicado un año después de esta coyuntura, es claro que el curso de la historia reafirmaba algunas de sus posiciones políticas previas: en el plano internacional, la crítica del utopismo de izquierda por sus vínculos con el totalitarismo; en el nacional, el intento por darle sentido al rumbo del país tras las elecciones que abrieron la década.¹⁴² El texto dedicado a este tema, sin el cual es difícil entender los puntos de vista de Paz en los siguientes años, es ante todo una dura crítica del desastre económico de la administración anterior y de la nacionalización bancaria, su medida insignia, en cuya recepción sintetiza su crítica al Estado mexicano.¹⁴³

Paz descalifica tanto los reclamos empresariales como la recepción positiva de la izquierda mexicana. La causa: la relación histórica de ambos con la burocracia estatal, la clase que más se habría beneficiado de esta medida.¹⁴⁴ Acaso la base de la representación autoritaria del Estado por parte de Paz radique en la tendencia a la burocratización, por lo que es útil distinguir el contexto en el que la señala. Mientras en un nivel general su inquietud es la expansión estatal y burocrática como obstáculo a la vida privada,¹⁴⁵ el análisis del caso mexicano en *Tiempo nublado* apunta a una cuestión más concreta: la conformación de la

¹³⁹ Además de la conocida crítica de la pirámide, en *Postdata* se ponen en entredicho las tesis tanto liberales como revolucionarias a propósito del Estado: si ambas corrientes lo veían como realidad secundaria, el siglo XX lo mostraba como una realidad relativamente autónoma. Octavio Paz, “Postdata”, en *Sueño en libertad. Escritos políticos* (México: Editorial Planeta, 2001), 122-123.

¹⁴⁰ Soledad Loaeza, “Octavio Paz, el último intelectual mexicano”, *Nexos* (agosto de 1998).

¹⁴¹ Contreras Alcántara, *La experiencia de la democracia*, 195-196.

¹⁴² Véase Maarten Van Delden, “Revolution”, en *Reality in Movement: Octavio Paz as Essayist and Public Intellectual* (Nashville: Vanderbilt University Press, 2021). Edición electrónica.

¹⁴³ En concordancia con el ánimo del resto de ensayos, Paz leerá el proceso electoral de 1982 como el triunfo de la “solución democrática”: un contraste con la crítica a la llamada “solución revolucionaria” en *Postdata*.

¹⁴⁴ Octavio Paz, “Perspectiva latinoamericana”, *Tiempo nublado* (Barcelona: Seix Barral, 1983), 119-130.

¹⁴⁵ “[...] mientras que para autores como de Jouvenel el Estado es también un aspecto central del proceso civilizatorio de Occidente, para Paz esta construcción histórica era una fatalidad que había que combatir; un ente intrínsecamente perverso, sujeto a la racionalidad del poder y condenado a la burocratización, que tendía a invadir y anular amplias áreas de la vida privada”. Loaeza, “Octavio Paz, el último intelectual”.

burocracia como la clase dominante en el país. Dicho proceso, y esto lo muestra su lectura de la nacionalización de la banca, parte del entendimiento del sistema político mediante pactos entre élites y grupos cooptados, una modalidad crítica que había desplazado al tópico del presidencialismo en el sexenio de López Portillo.

Lo que quiero resaltar es que, implícita en esta perspectiva, encontramos la distinción entre dos lógicas en el seno del Estado mexicano planteada desde *El ogro filantrópico*: una de corte técnico y administrativo, y otra patrimonialista y cortesana, que ilustraría la noción del régimen como un sistema basado en acuerdos cupulares y valores como la lealtad o los lazos familiares. A fines de siglo esta concepción no había cambiado mucho. En uno de sus textos posteriores al conflicto electoral de 1988 el poeta se referiría al fenómeno de la burocracia dominante en términos similares: como un grupo social que domina el gobierno y la vida nacional, conformado por la clase política, los dirigentes de organizaciones, de la burocracia estatal y de las empresas paraestatales.¹⁴⁶ Al juzgar el cambio de las reformas de los ochenta, Paz reproduce prácticamente el mismo esquema: la lucha entre una lógica moderna y el viejo patrimonialismo del Estado posrevolucionario.

El artículo es claro: la impronta patrimonialista, base de un sistema de distribución de privilegios a cambio de favores, sería el principal obstáculo para la modernización. En función de este supuesto, como mencioné con anterioridad, Paz presenta la historia reciente del país como una lucha por superar el patrimonialismo que culminaría en el programa “realista” de Miguel de la Madrid. Ahora bien, este marco interpretativo, basado en la oposición entre tradición y modernidad, tiene connotaciones distintas en el marco de las polémicas en torno al Estado. Por ejemplo, hay momentos donde lo patrimonial tiende a equipararse con la intervención estatal: si bien sería erróneo atribuirle a Paz cualquier tipo de apología de la iniciativa privada¹⁴⁷ o ignorar el reclamo democrático del que nace su interpretación, llegaría incluso a saludar algunas reformas económicas como el desprendimiento de empresas estatales o la reducción del gasto público.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Paz, “Ante un presente incierto”, 216-217.

¹⁴⁷ Es en los ochenta cuando Paz escribirá algunos de sus textos más críticos sobre la tiranía del mercado en la sociedad contemporánea, como algunos de *Tiempo Nublado* o *Pequeña crónica de grandes días*, sin mencionar su obra poética o sus ensayos literarios.

¹⁴⁸ Paz, “México: modernidad y tradición”, 59.

Más que en un programa en particular, la lectura de Paz se basa en esta visión dual del Estado posrevolucionario. De hecho, lo más cercano a una definición del proyecto de modernización la ofrece a partir de una construcción negativa: propondría entenderlo como un intento por devolver a la sociedad la iniciativa que le fue arrebatada por el predominio estatal.¹⁴⁹ La diferenciación con el Estado es el núcleo de este dispositivo de lectura: por esta misma razón, la sociedad civil es sobre todo una contracara de la narrativa antiestatista, opuesta al relato del despertar social frente al autoritarismo mexicano. El proceso de cambio de estos años se formularía en el marco de una legítima oposición al Estado burocrático, generalmente a partir del establecimiento de conexiones con la memoria antiautoritaria posterior al 68: “la sociedad va adelante y los partidos y el gobierno atrás”, menciona Paz en una entrevista de 1989.¹⁵⁰

La distinción entre sociedad civil y política es antigua,¹⁵¹ de modo que da cuenta de distintos problemas según el contexto. En el caso del México de fin de siglo, nos habla de una crisis de representatividad muy característica de la época. Esto explica, en parte, el ánimo combativo de dicha retórica: la autonomía de lo social fue clave en la resistencia a los autoritarismos y las transiciones democráticas en varias partes del mundo. Como se advierte en los textos de Paz, sin embargo, esta tiene una relación ambigua con la interpretación del proceso de cambio del país y con el proyecto de modernización. Por ejemplo, hay quienes ven en algunas de sus versiones un talante antipolítico que terminaba por eludir el problema de mediación del que trataba de ser indicio: en estos casos, como señala Carlos San Juan, funcionaría como una “máscara de representación”, al ser un contrapeso más vistoso que operante frente a un gobierno con alta concentración de poder como el salinista.¹⁵²

Señalo este aspecto para dar cuenta de algunas de las problemáticas subyacentes a este discurso. El marco histórico del Estado excesivamente interventor y su instrumentalización en la épica de la sociedad civil es un consenso general, que en el caso de

¹⁴⁹ Paz, “Ante un presente incierto”, 219. Aquí, Paz insiste en nombrar al conjunto de reformas necesarias para el país simplemente como “democracia”. Esta dimensión –el reclamo democrático– en su crítica al Estado no puede subestimarse, pero es necesario explorar su relación con otros cambios.

¹⁵⁰ Octavio Paz, “En el filo del viento: México y Japón”, en *Obras completas* (México, FCE: 1994), 475.

¹⁵¹ La distinción aparece desde 1821 en la *Filosofía del Derecho* de Hegel. Michel Winock, “Introduction: Société et politique”, en *Le XXe siècle idéologique et politique* (Paris: Perrin, 2009). Edición electrónica.

¹⁵² Carlos San Juan Victoria, “Tendencias de la sociedad civil en México: la puja del poder y la sociedad a fin de siglo”, en *La sociedad civil: de la teoría a la práctica*, coord. Alberto J. Olvera (México: El Colegio de México, 2001). Edición electrónica.

Paz refleja bien la interacción entre un proyecto intelectual propio y su contexto. *Pequeña crónica de grandes días* es una de las últimas reflexiones de Paz sobre la dicotomía entre tradición y modernidad, a la que se refiere como el *leitmotiv* de la historia mexicana. En esta, pese a que insiste en separar la modernización económica de la política, sugiere que hay un vínculo entre el regreso de la iniciativa económica a la sociedad con la limitación del estatismo. No es extraño que, adelante en el texto, Paz salude el primer informe de Salinas, célebre por la distinción entre Estado justo y Estado propietario. Como el poeta admitirá, la crítica de este último se enlazaba con su crítica del Estado patrimonialista.¹⁵³

Los adjetivos del Estado: el antiestatismo y la apología de la sociedad civil en Krauze

Buena parte de la revisión crítica del siglo XX de Enrique Krauze apuntará a la construcción de una imagen negativa del Estado mexicano y con un trasfondo internacional dirigido selectivamente al socialismo. Su diagnóstico es más conclusivo. Desde las primeras tentativas de caracterización del régimen posrevolucionario advertiría que, con sus especificidades nacionales, el caso mexicano no era sino la expresión de un fenómeno general del siglo XX: la expansión estatal, cuya consecuencia primera sería su centralidad como instrumento de la modernización, en detrimento de la sociedad civil.¹⁵⁴ No sería raro encontrar en los textos de Krauze ecos de las visiones evolucionistas e individualistas del Estado más propias del siglo XIX latinoamericano: fueron los paradigmas rebasados por el consenso sobre el Estado interventor y modernizador de principios del siglo pasado, si bien este acuerdo tampoco era total.¹⁵⁵

Un artículo de comienzos de los noventa resume bien la interpretación histórica de Krauze sobre el Estado “proveedor” mexicano, que habría perdido su prestigio con las transformaciones de fines de siglo. El adjetivo no es gratuito: la crítica de Krauze se dirige con especial atención al elemento paternalista estatal, que entiende como su rasgo distintivo. Con la guía de algunas tesis de Richard Morse,¹⁵⁶ rastrea el origen de este componente en el carácter neotomista del Estado colonial: el corporativismo y el patrimonialismo del régimen

¹⁵³ Octavio Paz, “México: modernidad y patrimonialismo”, en *Pequeña crónica de grandes días* (México: FCE, 1990), 76-78.

¹⁵⁴ Krauze, “De pirámides y arquetipos”, 11.

¹⁵⁵ Nicola Miller, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-century Spanish America* (London: Verso, 1999), 41.

¹⁵⁶ Sobre la relación entre la obra de Krauze y Morse, véase Enrique Krauze, “Claves de Morse”, *Luso-Brazilian Review* 32, núm. 2 (Invierno, 1995): 93-96.

posrevolucionario provendrían de esas bases filosóficas, consolidadas en el siglo XIX con el desplazamiento de la iglesia por el Estado en el espacio simbólico vacío tras el final de la época colonial. Por supuesto, el esquema tiene un polo positivo implícito: el liberalismo, cuyo olvido o trasvase con otras tradiciones habría sido un obstáculo para la modernidad política e intelectual del país, pese a su éxito integrador.¹⁵⁷

De modo que la lectura antiestatista de Krauze está estrechamente ligada al presente. Por un lado, esto conduce a algunas imprecisiones historiográficas, como la tesis de que México se desvió del camino hacia la democracia a causa de cierto autoritarismo endémico, advertida por Alan Knight en su reseña de *Biografía del poder*.¹⁵⁸ Más problemático, en todo caso, es el uso de esta historia en el debate público. En su crítica de *Por una democracia sin adjetivos*, Aguilar Camín reprocharía la tendencia a utilizar el pasado liberal mexicano para compensar la poca modernidad del país,¹⁵⁹ pero la instrumentalización de este marco interpretativo no se queda en la reivindicación de un liberalismo supuestamente puro. Al reflexionar sobre la caída del muro de Berlín y el cambio en América Latina, Krauze saludaría la consolidación del nuevo paradigma económico menos por su funcionalidad que por su ruptura con el modelo de “la mano visible del Estado”.¹⁶⁰

A este tipo de apologías negativas de la modernización las acompaña el menoscabo de sus opositores de izquierda. Uno de los momentos donde más alusiones hace Krauze a la imagen negativa del Estado es en las polémicas que enfrentaron a *Vuelta* y *Nexos* entre 1990 y 1992. Hay un artículo particularmente antagónico, titulado “Falsos profetas”, donde la interpretación antiestatista de la historia mexicana juega un papel crucial: Krauze expone que los intelectuales socialistas no se presentan como tales, así que sugiere que se les puede reconocer por su fe en lo que de forma vaga llama el Estado benefactor y sus vínculos con la burocracia académica.¹⁶¹ Al margen del carácter muchas veces superficial de estas disputas, se trata de un ejemplo elocuente de un mecanismo argumentativo constante en sus debates y parte de su historiografía: se hace del Estado, en sus facetas interventoras, básicamente un sinónimo de autoritarismo.

¹⁵⁷ Enrique Krauze, “Nuevas inquisiciones”, *Vuelta* 185 (abril de 1992), 17-20.

¹⁵⁸ Alan Knight, “Biografías del poder”, en *El temple liberal. Acercamiento a la obra de Enrique Krauze*, comp. Fernando García Ramírez (México: FCE-Tusquets Editores, 2009), 204-211.

¹⁵⁹ Héctor Aguilar Camín, “Sin adjetivos: por una democracia liberal”, *Nexos* 106 (octubre de 1986).

¹⁶⁰ Enrique Krauze, “América Latina: el otro milagro”, *Vuelta* 169 (diciembre 1990), 26.

¹⁶¹ Enrique Krauze, “Falsos profetas”, *Vuelta* 171 (febrero de 1991), 52.

Este nexo arbitrario entre ciertas izquierdas y el fracaso del socialismo real para desacreditarlas de antemano es, a la vez, un posicionamiento respecto a la sociedad civil. Como es común en este contexto, el reverso de la crítica al Estado es una historia particular del despertar social en México. “Balance político”, un texto de 1991, es una versión corta de lo que puede denominarse la épica democrática: es decir, la periodización larga de la transición, por lo habitual en 1968 o en 1976, como en este caso. Al ligarla a las reformas políticas, Krauze reconoce en Reyes Heróles una figura central para la iniciativa democrática. No obstante, rastrea en la crisis de 1982 el verdadero arranque de esta ola: proveniente no del ámbito político y estatal, sino de la sociedad civil, implícitamente vinculada a los sectores de clase media más afectados por la crisis.¹⁶²

Las alusiones al descrédito del Estado mexicano bajo la modalidad de oponerle a actores no estatales y su rol en el avance democrático es algo recurrente en este periodo: probablemente el gesto fundacional de esta concepción de la sociedad civil sea la movilización social tras el terremoto de 1985. El hecho de que intelectuales tan diversos como Enrique Krauze, Carlos Monsiváis o Carlos Fuentes la repliquen nos muestra algunos de los supuestos compartidos en el contexto de debate de estos años. La diferencia es que en el caso de Krauze, y en el de otros intelectuales, este discurso está respaldado por una revisión antiestatista de la historia mexicana que, por su naturaleza, sirve tanto para el activismo de oposición al régimen priista en la defensa de las elecciones limpias¹⁶³ como para una lectura apologética de ciertos cambios del fin de siglo.

Este es un dispositivo de lectura que recorre también obras como *Biografía del poder*: como señala Lomnitz, la supuesta herencia —azteca y española— de tradiciones de poder absoluto se plantea ahí en la forma de un autoritarismo atemporal que combate la oposición liberal, una analogía velada de la lucha de la generación de Krauze contra las presidencias de los setenta.¹⁶⁴ He aquí esa lectura presentista que en la crítica al Estado cumple un rol similar, como arma para el debate político. De regreso a “Nuevas inquisiciones”, la herencia novohispana de la que habrían surgido los problemas del México contemporáneo —la

¹⁶² Enrique Krauze, “Balance político”, *Vuelta* 180 (noviembre de 1991), 68-70.

¹⁶³ “Balance político” es, de hecho, un artículo sobre las controvertidas elecciones de San Luis en 1991. Ya en 1986 Krauze había defendido el triunfo de la oposición en las elecciones para la gubernatura de Chihuahua. Enrique Krauze, “Chihuahua: ida y vuelta”, *Vuelta* 115 (junio de 1986), 32-43.

¹⁶⁴ Claudio Lomnitz, “An Intellectual’s Stock in the Factory of Mexican Ruins: Enrique Krauze’s ‘Biography of Power’”, *American Journal of Sociology* 103: (1998) 1052-1065.

concepción patrimonialista del Estado, el dogmatismo en la discusión pública— se le atribuye sobre todo a la izquierda. Tal uso del pasado dice mucho del clima intelectual de la época, donde se hace de los críticos de la modernización emisarios de un pasado negativo, ligado a un estatismo que ha sido estigmatizado de manera retrospectiva.

La izquierda entre el Estado posrevolucionario y el modernizador

La mayoría de los intelectuales ligados a *Nexos* compartirá la interpretación antiestatista del siglo XX mexicano, aunque con un mayor énfasis en la subordinación de los sectores obreros y campesinos al régimen. Por lo tanto, su lectura de los cambios del fin de siglo a través de este marco histórico seguirá distintos derroteros: muchos de ellos buscan desarticular el corporativismo y la sujeción al Estado sin que esto implique apoyar su reorientación neoliberal. En la cuestión de la sociedad civil también hay posturas distintas, o al menos cierta tensión entre quienes la entienden como un nuevo actor de clase media y quienes intentan acercarla a los sujetos históricos de la izquierda. Todos estos cambios tienen un trasfondo intelectual más general: la declinación del Estado como categoría de articulación política de la izquierda occidental, con ciertas particularidades en el caso mexicano.

Por supuesto, los matices al interior de estas posiciones son múltiples. A principios de los noventa hay una gran diversidad en el consejo editorial y entre los colaboradores de *Nexos*. Aunque persisten controversias de la guerra fría latinoamericana, y temas como Cuba suelen polarizar, la crítica al autoritarismo mexicano y al socialismo real es un punto de convergencia bastante sólido en estos años. También es amplio el consenso en torno a la democratización de la izquierda, que buscará entrar al gobierno o bien impulsar programas de corte progresista mediante la participación política. De este contexto surgen no sólo perspectivas como las que Aguilar Camín plasma en *Después del milagro*, pues la crítica al Estado mexicano de los intelectuales socialistas no apoya del todo las reformas modernizadoras: esta es parte de la lucha contra el autoritarismo y la subordinación de los grupos populares, así como reflejo del distanciamiento general de la estadolatría.

En resumen, el reto más complejo para este grupo es postular dichas críticas desde la izquierda: demandar un Estado moderno, distinto del posrevolucionario, sin apoyar los consensos del proyecto modernizador. Una polémica que ilustra bien estas tensiones es la que se da en *Nexos* a propósito del primer informe de gobierno de Salinas. Aquel discurso es

conocido: en defensa de las políticas de modernización, el presidente criticaría al Estado “propietario” del siglo XX, que habría incumplido sus objetivos de justicia por haberse convertido en empresario él mismo.¹⁶⁵ Varios intelectuales de la izquierda advertirían pronto las implicaciones de esta interpretación: por ejemplo, Rolando Cordera señalaría la falta de sustento histórico, analítico o constitucional de dicho argumento, por lo que lo denunciaba como una mera justificación del retiro estatal en proceso.¹⁶⁶

Meses antes, en vista de las primeras tentativas de privatización del gobierno salinista, el propio Cordera invitaba a que la cada vez más frecuente discusión sobre el tamaño del Estado se inscribiera en una reflexión más amplia sobre el papel estatal en la economía, con el fin de alcanzar objetivos nacionales.¹⁶⁷ Es decir, aunque parte de la izquierda convergía con el discurso predominante en las críticas al Estado autoritario, su horizonte era distinto. No era un tema sencillo: como recuerda Rogelio Hernández, el nacionalismo revolucionario había hecho del Estado el garante del cumplimiento del bienestar social inscrito en la constitución de 1917; fue Arnaldo Córdova, de hecho, quien mejor describió al Estado mexicano como la expresión misma de los propósitos revolucionarios.¹⁶⁸ La relación de la izquierda con el Estado, por lo tanto, era tan complicada como lo era con la revolución, como vimos en la sección anterior.

Hay diversos intentos por hacerle frente a estas contradicciones. Mientras algunos intelectuales reivindicaban la cuestión nacional, incluso por fuera de la nueva ola cardenista,¹⁶⁹ Adolfo Gilly encaraba esta situación al proponer distinguir entre la crítica al gobierno y la crítica al Estado en un artículo de comienzos de 1989. Por un lado, resulta interesante que Gilly parta de la descripción de un proceso de cambio en la mentalidad de la sociedad mexicana muy similar a algunas tesis de Aguilar Camín en *Después del milagro*. Donde se distancia es en su interpretación del 88: un momento, nos dice, en el cual se hizo del *régimen de Estado* el enemigo, por encima de cualquier político en específico.¹⁷⁰ La

¹⁶⁵ El discurso fue publicado en *Nexos* y se convocó a distintos intelectuales a debatirlo. Carlos Salinas de Gortari, “Reformando al Estado”, *Nexos* (abril de 1990).

¹⁶⁶ Rolando Cordera, “Estatolatría y Estatismo: del cielo a la tierra”, *Nexos* (enero de 1990).

¹⁶⁷ Rolando Cordera, “Privatizar: qué, con qué y para qué”, *Nexos* (junio de 1989).

¹⁶⁸ Arnaldo Córdova, *La Revolución y el Estado mexicano* (México: Era, 1989). Véase Hernández, “La persistencia de una idea”, 507.

¹⁶⁹ Además de Cordera y Tello, *México: la disputa por la nación*, destacan Arnaldo Córdova, Gerardo Unzueta y Jardón Arzate, *La revolución mexicana y la lucha actual por la democracia* (México: CEMOS, 1984) o Carlos Pereyra, *Sobre la democracia* (México, DF: Cal y Arena, 1990).

¹⁷⁰ Adolfo Gilly, “Fin de régimen, fin de época”, *Nexos* (enero de 1989). Énfasis mío.

simbiosis entre partido y Estado sería uno de los modos de articular la crítica a este sin suscribir necesariamente el recetario de los modernizadores.

Suele obviarse que la apropiación de la revolución por parte del partido dominante no sólo condujo a la asimilación de la izquierda, sino que creó una oposición crítica con aportes muy originales. Basta revisar la producción de los intelectuales marxistas de la generación del 68¹⁷¹ quienes, replanteando nociones como los aparatos de estado de Althusser o la hegemonía gramsciana, liderarían una parte importante del pensamiento crítico contra el nacionalismo revolucionario, sobre todo en su fase echeverrista.¹⁷² Este discurso antiestatista abreva de dichas tendencias, se dirige al PRI en tanto partido estatal: en su réplica a Salinas, Gilly sintetiza su programa como una reforma desde arriba que no pone en riesgo la hegemonía priista.¹⁷³ Ahora bien, como lo refleja el apoyo de Gilly al cardenismo, la distancia entre rescatar la centralidad del Estado y volver al nacionalismo revolucionario podía llegar a ser corta, lo cual era un problema serio.

Intelectuales como Arnaldo Córdova tratarían de cuidar ambos frentes. Referente del revisionismo histórico de la revolución, Córdova impugnaría en su réplica los argumentos de Salinas sobre el origen del Estado posrevolucionario, su tamaño y su eficacia, a partir de una premisa: de haber sido coherente, nos dice, el presidente habría criticado también a la revolución, pero necesita su fuente de legitimidad.¹⁷⁴ Alejarse de los discursos oficiales sobre la revolución es otro elemento clave para los críticos del Estado desde la izquierda: a final de cuentas, la tesis de la vía mexicana al desarrollo era uno de los sustentos ideológicos de las izquierdas al interior del régimen, del lombardismo al cardenismo. En una entrevista reciente, Córdova describe la lucha de la izquierda de los setenta como el intento por imaginar una hegemonía alternativa al Estado priista.¹⁷⁵ En el fin de siglo, sus críticas al Estado no se inscriben ni en el giro neoliberal ni en la recuperación cardenista.

¹⁷¹ Se trata de la generación del marxismo crítico: más afín a la democracia y cercana a la universidad; y a autores como Gramsci, Althusser o Poulantzas. Entre sus representantes están Arnaldo Córdova, Carlos Pereyra, Roger Bartra, entre otros. Véase Carlos Illades, *El marxismo en México: una historia intelectual* (México: Taurus, 2018), 167-208.

¹⁷² Ignacio M. Sánchez Prado, “La teoría de la democracia en el país de la hegemonía. Una lectura de *Las redes imaginarias del poder político*” en *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*, coords. Mabel Moraña e Ignacio M. Sánchez Prado (México: FCE-Conaculta, 2015), 121.

¹⁷³ Adolfo Gilly, “El régimen mexicano en su dilema”, *Nexos* (febrero de 1990).

¹⁷⁴ Arnaldo Córdova, “¿Un nuevo Estado?”, *Nexos* (enero de 1990).

¹⁷⁵ Mariana Bayle, “Arnaldo Córdova sobre la izquierda en los setenta”, *Nexos* (febrero de 2015).

No en vano Córdova remite a este concepto: él mismo reconocería en los noventa la importancia de Gramsci en el viraje democrático de la izquierda mexicana,¹⁷⁶ cuyas posiciones en esta época deben entenderse, también, a la luz de su historia intelectual. La crítica al Estado mezcla la lucha contra el priismo y la ideología de la revolución con los cambios categoriales en la política de izquierda. También críticos como Monsiváis señalarían que en el léxico salinista la modernización ocupaba el lugar simbólico de la revolución mexicana, en una versión que pretendía disminuir al Estado y aumentar el presidencialismo. Para una verdadera reforma del Estado, Monsiváis pedía que se representara plenamente a la sociedad.¹⁷⁷ No obstante, la misma paradoja que aparece en el tema del Estado se repite en el desplazamiento hacia la sociedad civil en el lenguaje de la izquierda: es una categoría que oscila entre la crítica al viejo régimen y los consensos de la modernización.

La izquierda y la sociedad civil: movilización y modernización

El concepto de sociedad civil había servido a distintas expresiones de la izquierda para alentar nuevas instancias de participación política, como el Movimiento de Liberación Nacional,¹⁷⁸ o bien para desarrollar su crítica al régimen, como lo harían intelectuales como Manuel Marcue Pardiñas, Carlos Fuentes y Pablo González Casanova.¹⁷⁹ La lectura de Gramsci fuera de la academia, en revistas como *La Cultura en México*,¹⁸⁰ también ayudó a darle esta connotación activista y figuras como Carlos Monsiváis lo utilizarían de manera recurrente. Con de los cambios de fin de siglo, el término implicaría distintos retos para el discurso de la izquierda. En primer lugar, evitar su asimilación en los lenguajes de las reformas de los ochenta que justificaban el retiro del Estado con el fortalecimiento de la sociedad. En segundo lugar, conservar su potencial movilizador en un momento en que tendía a superponerse tanto con el discurso modernizador como con la izquierda oficialista.

La nacionalización de la banca en 1982 fue una especie de prólogo a este dilema, si bien la alineación con la retórica revolucionaria de López Portillo fue mayoritaria en relación

¹⁷⁶ Arnaldo Córdova, “Gramsci y la izquierda mexicana”, NUSO 115 (septiembre-octubre de 1991): 160-163.

¹⁷⁷ Carlos Monsiváis, “A menor Estado, mayor presidencialismo”, *Nexos* (enero de 1990).

¹⁷⁸ Elisa Servín, *La oposición política. Otra cara del siglo XX mexicano* (México: CIDE-FCE, 2018). Edición electrónica.

¹⁷⁹ Agradezco a Rafael Rojas la referencia y su orientación en este tema.

¹⁸⁰ Rafael Rojas, “Gramsci en México”, *La Razón* (15 de mayo de 2021).

con posiciones como la de Bartra, sospechosas de la reconciliación con el Estado.¹⁸¹ Aunque la tendencia se iría invirtiendo y los intelectuales que apoyaron la medida —como Aguilar Camín— se volcarían al discurso de la sociedad civil, las tensiones persistirían. Un destacado promotor de esta retórica fue Carlos Fuentes, cercano al grupo de *Nexos*. A principios de 1991 se publicó en la revista una conferencia del novelista en Madrid que, en líneas generales, leía el proceso de cambio mundial de acuerdo con la mayoría de consensos de esos años: el paso del mundo bipolar al multipolar, y en el caso de América Latina, un nuevo episodio de la disputa entre modernidad y tradición.¹⁸²

Su premisa más atractiva, al menos para este caso, es la tesis de que en América Latina hay cierta continuidad cultural que contrasta con su tendencia a la fragmentación política: de hecho, es el espacio de resistencia ante este fenómeno. Frente a una nueva ola de modernidad, entendida sobre todo en un sentido económico y tecnológico, la emergencia de la sociedad civil sería el nuevo paradigma de la acción política, al ser la portadora de esa continuidad y su carácter subversivo. No sustituye al Estado, mas tiene el potencial para ofrecer desde abajo lo que este ofrecía desde arriba, de acuerdo con Fuentes. En una entrevista publicada un año después en *Nexos*, Rolando Cordera cuestionaría la idealización de este concepto, pues a pesar de su innegable expansión la sociedad también era heterogénea y estaba fracturada.¹⁸³ Fuentes insistiría en que la sociedad civil representaba lo más cercano a un espacio de mediación entre las fuerzas del sector privado y la fuerza del Estado.

Aun sin renegar del Estado o ver en su debilitamiento el potencial que llegan a intuir autores como Paz o Krauze, el optimismo de Fuentes contrasta con posturas de intelectuales más cercanos al socialismo crítico de fines de siglo, como el propio Cordera o Adolfo Gilly. Cada uno revela una inclinación distinta en la incorporación de esta categoría al lenguaje de la izquierda. Tras el final de la guerra fría y de la contraposición entre capitalismo y comunismo, la sociedad civil abría una posibilidad, al menos discursiva, de cuestionar el triunfalismo de la democracia liberal sin remitir al autoritarismo socialista.¹⁸⁴ Bajo otra

¹⁸¹ Roger Bartra, “El reto de la izquierda”, *Nexos* (octubre de 1982). Este debate lo estudia bien Lomnitz, “Narrando el momento neoliberal”, 227-234.

¹⁸² Carlos Fuentes, “Los hijos de Don Quijote”, *Nexos* (enero de 1991).

¹⁸³ Rolando Cordera, “La pasión del futuro: entrevista a Carlos Fuentes”, *Nexos* (julio de 1992).

¹⁸⁴ Véase la conferencia de Fuentes en el Coloquio de Invierno: Carlos Fuentes, “La situación mundial y la democracia. Los problemas del nuevo orden mundial”, *Nexos* (marzo de 1992). Algo similar plantea Dubiel al hablar de las razones del regreso de este concepto en los ochenta: Helmut Dubiel, “Metamorfosis de la sociedad civil: autolimitación y modernización reflexiva”, *Debats* 50 (1994): 109-123.

perspectiva, el concepto tendía a ser un sustituto de los discursos colectivistas más tradicionales. Una y otra operación no siempre eran compatibles: la primera podía acomodarse en el proyecto modernizador y la segunda se acercaba al neocardenismo.

Para Gilly, ejemplo de esta segunda tendencia, las reformas modernizadoras habrían consumado una doble ofensiva contra la sociedad civil al aprobarse sin discusión previa: un ataque tanto del mercado como del Estado.¹⁸⁵ Aquí lo social tiene una connotación distinta a la que enfatizan intelectuales como Aguilar Camín: este reconocía la gravedad de problemas como la desigualdad, pero ligaba el avance de la sociedad civil a cambios estructurales que acercaban a esta categoría ante todo a la clase media urbana. En cambio, Gilly denunciaba los primeros efectos de la modernización desde el punto de vista de los sujetos tradicionales de la izquierda: la caída de los ingresos campesinos, la precarización del trabajo, la pérdida de conquistas sociales. Un artículo previo nos clarifica su intención: al hablar de la exclusión de la sociedad de las decisiones del Estado lo que tiene en mente es la resistencia anticomunista y las movilizaciones propias de un fin de régimen.¹⁸⁶

Al final, la suerte de este discurso se decidió, en buena medida, con la compleja redefinición de las identidades políticas a partir del viraje del conflicto izquierda-derecha hacia el eje democracia-autoritarismo. Como sostiene Zapata, la transnacionalización de los mercados internos, la separación de la economía de la política y la implementación de los ajustes neoliberales requirieron de un contexto de desmovilización social al que contribuyó cierta izquierda, que llamó a renovar su discurso a partir de paradigmas que resultaron idóneos para este cambio.¹⁸⁷ Fueron los intelectuales cercanos a la modernización en México, para quienes la sociedad civil se ajustaba a dichos procesos, mientras aquellos más ligados al socialismo trataban de mudar hacia este concepto términos tales como pueblo o nación, desgastados por el nacionalismo revolucionario.

Que la categoría funcionara para oponerse indistintamente a varias cosas complicaría más esta cuestión. Se utilizaba contra el PRI, el Estado o los partidos políticos: recorría todo el espectro intelectual e ideológico.¹⁸⁸ Para Tony Judt, el discurso de la sociedad civil

¹⁸⁵ Adolfo Gilly, “El régimen mexicano en su dilema”, *Nexos* (febrero de 1990).

¹⁸⁶ Adolfo Gilly, “Fin de régimen, fin de época”, *Nexos* (enero de 1989).

¹⁸⁷ Francisco Zapata, “La cuestión democrática en la izquierda latinoamericana: Del dilema izquierda-derecha al dilema democracia-autoritarismo”, *Revista e Estudos e Pesquisas sobre as Américas* 2, núm. 1 (enero-junio): 2008.

¹⁸⁸ Escalante, “Los años amargos”, 170.

adquiriría, después de haber servido a las resistencias al autoritarismo en Europa del Este, una preocupante connotación antipolítica.¹⁸⁹ En el caso mexicano los procesos fueron simultáneos: alrededor de este concepto se articuló tanto la resistencia al autoritarismo como el acompañamiento a la modernización desde posiciones de izquierda. Como es obvio, los resultados fueron dispares. La sociedad civil constituida por una diferenciación exagerada con el régimen autoritario perduró en la vida pública, mientras sus expresiones más izquierdistas no progresaron o terminaron en el neocardenismo.

En su polémica con Arturo Warman, quien encontraba en *Después del milagro* un apoyo implícito de Aguilar Camín a la modernización, este último sostenía que lo ideal era mezclar lo mejor de ambos mundos: en el caso del Estado, no disminuirlo en favor de la sociedad independiente, sino fortalecer su capacidad de acción tanto como la participación social.¹⁹⁰ La disyuntiva entre ambas le parecía, como a la mayoría de los críticos del Estado desde la izquierda, un falso dilema. No obstante, mientras algunos buscaban una alternativa tanto al priismo como a la modernización, otros se inclinaban por adaptar las demandas de la izquierda al nuevo paradigma. La crítica del Estado se traducía entonces no en la movilización social, sino en una sociedad civil diseñada en los márgenes del consenso modernizador.

SECCIÓN 3: POR UNA NUEVA FORMA DE INTERVENCIÓN: EL DEBATE DEL INTELLECTUAL MODERNO EN LOS NOVENTA

Las polémicas de los noventa entre *Vuelta* y *Nexos* suelen leerse como una lucha por ocupar viejos y nuevos espacios culturales.¹⁹¹ Más allá de este aspecto, ciertamente relevante, la rivalidad entre ambos grupos se inscribe en un proceso más general: los cambios del fin de siglo también afectarán en cierto grado a la relación entre los intelectuales y el poder, por lo que darle sentido a esta transformación se convertirá en una tarea importante. Al margen de los detalles de las controversias, la crítica al siglo XX mexicano es completada por una interpretación histórica de este vínculo que les permite a algunos intelectuales tomar distancia y construir una imagen favorable para ellos de lo que debería ser su intervención en la esfera

¹⁸⁹ Tony Judt, *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century* (New York: The Penguin Press, 2008), 427-428.

¹⁹⁰ Héctor Aguilar Camín, “Los reflejos del corto plazo”, *Nexos* (julio de 1988).

¹⁹¹ Una reconstrucción muy completa de esta disputa es la de Caballero Escorcia, “Hegemonía cultural disputada en México”, 149-186.

pública. Me interesa cerrar con este tema porque permite captar, aun parcialmente, la relación entre discursos y prácticas: es decir, ayuda a entender la actividad intelectual del fin de siglo en México en un sentido amplio.

Desde caminos diferentes y con sus matices, la conclusión que subyace a este discurso es la necesidad de un intelectual moderno para un país que se percibe en vías de una transformación en ese sentido. Por supuesto, los involucrados en el debate representarían ese modelo, pero lo que le otorga su carácter moderno es distinto en cada caso. Para aquellos ligados a *Vuelta*, se trata de transitar un episodio histórico asociado a las nociones más clásicas de la modernidad, que la ubican en el siglo XVIII y por lo tanto resaltan su vínculo con la Ilustración y el espíritu crítico, el cual no habría florecido en el país por haber seguido un desarrollo diferente. Desde *Nexos*, por otra parte, se intenta encuadrar este cambio en una narrativa de madurez intelectual donde, en contraste con la distancia crítica y pasiva, los intelectuales se convierten ellos mismos en agentes de la modernización, al dialogar con el gobierno o incluso formar parte de este.

Cada grupo tiene una noción distinta del intelectual y sus discrepancias provienen de este hecho.¹⁹² En el fondo, sin embargo, coinciden en cuestionar la relación histórica de los intelectuales y el poder de manera que el principio de legitimidad para la intervención pública recaiga en ellos. Lo que propongo es, de entrada, revisar la concepción del intelectual en *Vuelta* y *Nexos* antes de los años noventa: en ambos casos se construirá a partir de la imagen negativa de una forma opuesta de intervención en la política. Posteriormente, esta construcción histórica se utilizará para polemizar en los debates de fines de siglo a propósito del rol del intelectual. En este contexto, pese a su abierta oposición, los dos grupos buscan proyectarse a sí mismos como representantes de un modelo intelectual que se ajusta a las nuevas circunstancias de un México en camino a la modernización.

***Vuelta*: la apología de la independencia y la crítica**

Recordemos brevemente la dinámica de la relación entre intelectuales y poder en México previo a esta época. Desde el siglo XIX las estrategias para incorporar a los intelectuales mexicanos al gobierno eran una práctica común,¹⁹³ mas no por ello debe entenderse que

¹⁹² Van Delden, "Conjunciones y disyunciones", 119.

¹⁹³ Abella ha rastreado esta práctica hasta 1867, al inicio del porfiriato: de aquí a 1967, de una muestra de 429 intelectuales, 209 habrían ocupado puestos públicos, sin considerar la extendida participación en instituciones

históricamente estuvieran supeditados al Estado: de hecho, su margen para negociar cierta autonomía frente al aparato estatal fue relativamente flexible durante el régimen de la posrevolución. Ni siquiera el parteaguas del 68 logró quebrar del todo este acuerdo pragmático, aunque sí cambió la imagen pública de los intelectuales: los dotó de un nuevo prestigio que les permitiría distanciarse del autoritarismo y dar paso a una década caracterizada por la crítica y el derrumbe simbólico del nacionalismo revolucionario. Revistas como *Plural*, *Vuelta* y *Nexos* nacen en este entorno, en medio de discusiones muy serias sobre el rol del intelectual en la vida pública.

Aquí es donde hay que rastrear sus concepciones del intelectual, pese a que no se formulan con tanta sistematicidad. En el caso de *Vuelta*, esta se va forjando en las dinámicas del campo cultural de los setenta y al interior de la obra de Octavio Paz, quien más se ocupó de esta cuestión. Por esta razón es entendible que, en general, su modelo descansa en la noción del arte y la literatura como un espacio independiente del Estado y la política.¹⁹⁴ Suele aludirse a Jorge Cuesta como una de las figuras señeras para el tipo de intelectual defendido por Paz y su grupo: quizás fue el primer intelectual mexicano en plantear la autonomía del campo literario y cultural —durante las polémicas nacionalistas de los veinte y treinta—, una lucha con la que se identificarán los colaboradores de *Vuelta*.¹⁹⁵

El carácter independiente del intelectual, y hay que insistir en esto, no supone un obstáculo para su intervención en lo público: su autonomía es lo que legitima su función como crítico en la sociedad. Las reflexiones de Paz forman parte de un argumento más elaborado en torno al papel de la crítica y la poesía en la modernidad: el poeta, y por extensión el intelectual, sería la conciencia crítica de su tiempo. No deja de cumplir un rol moderno: Paz insistía, al hablar de la “tradición de la ruptura”, en que el poeta puede negar la modernidad, aunque siempre lo hará desde sus márgenes.¹⁹⁶ A fin de cuentas, el fundamento de esta interpretación sobre los intelectuales es de carácter histórico y refiere un proceso que

culturales. María Isabel Abella, “Estado e intelectuales en México. Los escritores como servidores políticos o burócratas 1867-1967”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* 3 (1982): 65-88.

¹⁹⁴ Un texto paradigmático es Octavio Paz, “1972. Los escritores y la política”, *Plural* 13 (octubre de 1972).

¹⁹⁵ Si bien las posturas de Cuesta y Paz suelen vincularse a la concepción del intelectual trascendental de Julien Benda, Paz tuvo, en general, una posición más conciliadora con el Estado en comparación con el ensayista de *Contemporáneos*. Véase Ignacio M. Sánchez Prado, “El alquimista liberal: Jorge Cuesta y la invención del intelectual”, en *Naciones intelectuales: la modernidad literaria mexicana de la Constitución a la frontera 1917-2000* (Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2006), 75-127.

¹⁹⁶ Remito principalmente a Octavio Paz, *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia* (España: Seix Barral, 1974).

no se habría cumplido en México: la separación de cierta minoría pensante del Estado, pues la modernidad se entiende como el producto de un reducido grupo de individuos.¹⁹⁷

Durante los años ochenta y en el ocaso del siglo del compromiso, Paz distanciará al artista y al intelectual de cualquier tarea social específica para enfatizar su labor creativa.¹⁹⁸ Sin embargo, este marco de referencia es importante. La insistencia en la crítica y la independencia remite a una ausencia histórica desde el punto de vista de los intelectuales de *Vuelta*: el reverso negativo de este tipo de intelectual sería aquel comprometido con determinados programas políticos e ideológicos, un modelo que habría constituido el paradigma del siglo XX a nivel nacional y en otras partes del mundo. En las polémicas de los años noventa a propósito de este tema el peso de dicha interpretación será evidente en los argumentos esgrimidos por este grupo.

Nexos: las encrucijadas del engagement

Ante la falta de reflexiones sobre su propio rol por parte de los intelectuales de *Nexos*, podemos delinear su concepción a partir del contexto en el que las polémicas de los setenta tienen lugar. González Torres ha subrayado la distancia que, en este debate, se intenta marcar frente a un perfil intelectual que tendría un auge importante en la segunda mitad del siglo XX y en especial tras 1968.¹⁹⁹ En general, se trata de los intelectuales más cercanos a la academia, formados en las ciencias sociales, cuyo desarrollo previo había proyectado a muchas figuras universitarias a la esfera pública. Las discrepancias entre estos dos perfiles, que resonarán en los debates de los noventa, eran esperables: hasta la primera mitad del siglo, el discurso literario había gozado de un estatus privilegiado en la conversación pública, gracias a principios que se oponen inevitablemente a ciertas tendencias académicas: eclecticismo contra especialización, exploración libre contra método.²⁰⁰

La intervención de estos intelectuales en la conversación pública tiene, en consecuencia, otros horizontes. *Nexos* había surgido casi en paralelo al debate entre Paz y

¹⁹⁷ González Torres, *Las guerras culturales*, 99.

¹⁹⁸ Para un repaso de la evolución de la concepción del intelectual en Paz véase Yvon Grenier, "Octavio Paz and the Changing Role of Intellectuals in Mexico", *Discourse* 23, no. 2 (Spring 2001): 124-143.

¹⁹⁹ González Torres, *Las guerras culturales*, 100.

²⁰⁰ Es ilustrativa la caracterización de Malva Flores de este conflicto como la disputa de los críticos contra los teóricos. Aunque se enfoca sobre todo en las polémicas en el campo de la crítica literaria, también es aplicable hasta cierto punto a la crítica social y política, tan importante para los intelectuales mexicanos. Flores, *Viaje de Vuelta*, 131-146.

Monsiváis iniciado en 1977. Como lo refleja un conocido artículo de los primeros números de la revista —“El apocalipsis de Octavio Paz”, de Héctor Aguilar Camín—, sus reflexiones sobre estos temas están atravesadas por las vicisitudes de la noción del compromiso en la intelectualidad de izquierda, particularmente tras los fracasos de las experiencias revolucionarias en Europa y América Latina. Buena parte del texto de Aguilar Camín trata de lidiar con cierta estigmatización del compromiso intelectual izquierdista: puntualmente, se trata de una respuesta a una serie de artículos de Paz publicados en *Proceso* en el transcurso de agosto de 1978, en los cuales el poeta había reiterado sus críticas a la izquierda y a los intelectuales marxistas.²⁰¹

Algo que la respuesta de Aguilar Camín deja ver es que, para una parte de los intelectuales de *Nexos*, había un dejo de conservadurismo en el acto de resguardarse en la independencia y olvidarse de la transformación de la realidad. El reproche a Paz es muy explícito en este punto: Aguilar Camín le atribuye un desencanto generalizado, al grado de ver en el descontento del poeta una suerte de conversión a la derecha, al menos en comparación con su obra rebelde de la década pasada.²⁰² Lo que es importante retener aquí es la conciencia por parte de algunos intelectuales mexicanos respecto al carácter artificial, por decirlo de algún modo, de la crítica independiente: una postura que se relaciona con la evasión respecto a los procesos de cambio y sus consecuencias. Sin plantear el dilema sartreano de las manos sucias, reconocen la necesidad de intervenir en la política.

Hay que decirlo: así como *Vuelta*, *Nexos* era una publicación heterogénea y esta forma de compromiso no será suscrita por todos sus colaboradores.²⁰³ La actividad intelectual de algunos de ellos, no obstante, da cuenta de la búsqueda de una nueva forma de intervención en la esfera pública. Salvo ciertas figuras que gravitaban alrededor de la revista, como Fuentes o Monsiváis, una fracción considerable de sus miembros provenía de espacios institucionales ligados al gobierno, a la cultura y a la academia. Incluso su financiamiento contrastaba con el de *Vuelta*: en 1992 esta última tenía un 70% de anunciantes privados,

²⁰¹ Octavio Paz, “1978: Entre las convulsiones y la inmovilidad”, *Proceso* 92-95 (agosto de 1978).

²⁰² Héctor Aguilar Camín, “El apocalipsis de Octavio Paz”, *Nexos* (octubre de 1978).

²⁰³ A finales de 1990, con las polémicas entre Paz y la izquierda muy vivas a raíz de la caída del muro de Berlín, el cineasta Emilio García Riera defiende al poeta de los ataques de algunos intelectuales: “¿Dónde está el socialismo?”, *Nexos* 156 (diciembre de 1990). Sobre la pluralidad de *Nexos*, véase el repaso de las posturas en la revista hecho por Monsiváis: Carlos Monsiváis, “La disidencia crónica”, *Creación y poder. Nueve retratos de intelectuales*, eds. Pilar Jiménez Trejo y Alejandro Toledo (México: Joaquín Mortiz, 1994), 65.

mientras *Nexos* cubría un 83% de este rubro con instituciones estatales.²⁰⁴ La relación de la revista con el gobierno salinista sigue esta tendencia: desde los libros de texto para educación básica o estudios sobre temas de política educativa, promueven la interlocución con el gobierno como una modalidad de colaboración entre sociedad y Estado.

Continuadores de la modernidad versus agentes de la modernización

En las principales polémicas entre ambos grupos, de 1990 a 1992, se pondrán en juego estas interpretaciones del papel del intelectual en el pasado reciente mexicano. Ya unos años antes, en 1988, la controversia entre Enrique Krauze y Carlos Fuentes había dejado entrever dos concepciones distintas. Publicado originalmente en la *New Republic*, me he referido más atrás a la construcción negativa del intelectual de izquierda en el artículo de Krauze que lo autopromueve como intelectual liberal. Un aspecto clave en este retrato es el parámetro de la cercanía al poder, que le permite reivindicar su independencia y acusar a quienes, como Fuentes, tienen lazos con el gobierno. En síntesis, se trata de una variación del discurso del 68 como ruptura, donde Krauze opone una minoría de intelectuales críticos a aquellos que se habrían plegado al poder presidencial.

Krauze lleva su crítica al extremo de interpretar *Tiempo mexicano*, los ensayos políticos de Fuentes publicados en 1971, como una suerte de programa intelectual de la generación del novelista que sustentaría al régimen de Echeverría. Más allá de las exageraciones propias de estas polémicas, no sólo desde *Vuelta* se percibía esta polarización del campo intelectual. En su recuento del *affaire* para *Los Angeles Times*, Jorge Castañeda advertiría desde el título el verdadero trasfondo de la polémica: a partir del acercamiento de Echeverría, e incluso previamente, había una tensión en la esfera pública en relación con dos perspectivas respecto a la participación política del intelectual: quienes lo ven como un interlocutor del gobierno, incluso una especie de sustituto de instituciones no lo suficientemente fuertes en el país, y quienes abogan por su independencia.²⁰⁵

Con la lucha por la democracia esta controversia se dispara, pues si Castañeda veía en la interlocución con el gobierno un paliativo a la debilidad de los mecanismos democráticos en América Latina, quienes defienden la independencia verán en el vuelco

²⁰⁴ Caballero Escorcía, “Hegemonía cultural disputada en México”, 165.

²⁰⁵ Jorge G. Castañeda, “Mexico’s Literary War is Political”, *Los Angeles Times* (18 de septiembre de 1988).

parlamentario de la izquierda el reconocimiento implícito del carácter autoritario del socialismo.²⁰⁶ Las mesas de debate en el Encuentro Vuelta, realizado entre agosto y septiembre de 1991, reflejan bien el tono de la polémica: las temáticas son “Los intelectuales y la nueva sociedad” y “De la literatura cautiva a la literatura en libertad”, reunidas en un tomo titulado *La palabra liberada*.²⁰⁷ Aunque la discusión se centró demasiado en el ámbito europeo, con la participación de intelectuales como Jean-François Revel, Ferenc Fehér o Jorge Semprún, fue Carlos Monsiváis quien trajo a colación la relación histórica entre intelectuales y poder en México.

Ya que el debate se había concentrado en la crítica a los intelectuales que apoyaron al socialismo, Monsiváis propone rectificar lo que entiende como un lugar común: el papel desproporcionado que se le atribuye a los intelectuales estalinistas o marxistas en la región y en el país. Sin negar el fanatismo de este sector, Monsiváis contrasta su marginalidad con el papel más criticable de aquellos que no cumplieron con su labor crítica: “el papel devastador de los intelectuales fanáticos fue mínimo, en comparación con los que huyeron del fanatismo pero no hicieron ninguna crítica a la depredación del poder ni el menor intento de frenar lo que se veía ya como un desastre económico, cultural y moral”.²⁰⁸ Aunque se dirige también a quienes colaboraron con el gobierno —Monsiváis será un crítico de los intelectuales cercanos al salinismo—, el escritor ve en el pasado reciente mexicano una suerte de pasividad intelectual como la que criticaba Aguilar Camín.

Por parte de la izquierda, sólo Monsiváis y Adolfo Sánchez Vázquez participaron en estas mesas, así que es entendible que el resto de la conversación lo marcaran las críticas de Krauze y Paz. En general, ambos tratan de matizar el análisis negativo de Monsiváis sobre a las colaboraciones de los intelectuales mexicanos con el gobierno —quizás con la trayectoria diplomática del poeta en mente— y reafirmar la influencia nociva de la izquierda intelectual. Para Paz, la crítica al régimen mexicano había venido de liberales como Cosío Villegas o incluso conservadores como Vasconcelos o Gómez Morín, mientras la izquierda habría dejado un legado de colaboración con el poder: desde el muralismo y la vaga defensa de la

²⁰⁶ Este es un argumento central en Krauze, “Falsos profetas”, 52-53.

²⁰⁷ Vuelta, *La experiencia de la libertad 3. La palabra liberada* (México: Vuelta, 1991).

²⁰⁸ Carlos Monsiváis, *La experiencia de la libertad 3*, 28.

educación socialista, hasta la adhesión a la política estatista y populista de los gobiernos nacionales y el silencio ante el régimen soviético.²⁰⁹

De este modo, lo que se plantea es una historia de alianza de la intelectualidad de izquierda con el poder y sus modos de compromiso intelectual, cuyo reverso sigue un camino positivo: la historia de la emancipación intelectual que le permite ser esa conciencia crítica de la sociedad que Paz rastreaba en los orígenes de la modernidad occidental. Es normal que el poeta reivindique aquí a Albert Camus, cuya figura aparecería tras la guerra fría como el tipo ideal del compromiso moderado e independiente, una metáfora de la identidad política que trata de situarse al margen de las ideologías.²¹⁰ Trasladado al contexto de un México que busca pasar del tradicionalismo a la modernidad, el intelectual moderno es del mismo cuño: templado, crítico, apartidista. En el México de la modernización esa es la forma de intervención intelectual que *Vuelta* trata de representar.

Aunque la sospecha tácita de Monsiváis ante este tipo de intelectual refleja los trazos que definen al compromiso de izquierda, el modelo que le opondrán los intelectuales de *Nexos* será formulado con más nitidez hasta la polémica del Coloquio de Invierno en 1992. La controversia es conocida: tras la realización del evento, con casi nula presencia de colaboradores de *Vuelta*, el número de abril de 1992 de la revista —titulado *La conjura de los letrados*, un guiño transparente a *La trahison de clerics* de Julien Benda— dedicará múltiples críticas a la intelectualidad ligada a *Nexos*. En general, los textos tienen el mismo tono duro y reproducen temas ya conocidos: Krauze atribuirá a la izquierda un dogmatismo casi intrínseco y una relación con el Estado que compara con la integración de los letrados a la monarquía en la época virreinal,²¹¹ mientras que Paz reprochará la cercanía de algunos intelectuales con Salinas y el uso de recursos públicos para el evento.²¹²

En realidad, el tema del financiamiento es el centro de la polémica, aunque nos permite ver la construcción de *Nexos* del intelectual mexicano y su propuesta para el cambio de siglo. Un mes después, en mayo de 1992, los intelectuales de *Nexos* responderían con una larga carta editorial para matizar dichas críticas. El texto detalla muchas cuestiones —como

²⁰⁹ Octavio Paz, *La experiencia de la libertad* 3, 54-56.

²¹⁰ Traverso, *¿Qué fue de los intelectuales?*, 41.

²¹¹ Krauze, “Nuevas inquisiciones”, 17

²¹² Octavio Paz, “Coloquio o cuento de invierno”, *Vuelta* 184 (marzo de 1992), 70-71. Gabriel Zaid respaldará el comentario de Paz en la misma entrada de la revista: el problema fundamental era que los recursos de la UNAM hubieran financiado un proyecto que promovía a un grupo cultural en específico.

los trabajos de los colaboradores de la revista— con el fin de desmentir el argumento de una excesiva ocupación de puestos en el gobierno. Lo interesante, sin embargo, es la réplica a la postura de la independencia intelectual postulada por Paz, a la que se califica de maniquea y hasta infantil: esta posición conduce a un falso dilema, se dice, según el cual del gobierno sólo puede esperarse sujeción y de la sociedad nada más que independencia. El resto del argumento consiste en breves reflexiones que, en general, buscan trascender la dicotomía del gobierno corruptor y la sociedad purificadora.²¹³

Lo más contundente es el final de la carta, donde se hace explícita la pregunta que de fondo anima el debate entre *Nexos* y *Vuelta*: ¿a quién debe hablarle el intelectual en un contexto como el de finales del siglo XX? En la editorial se cuestiona que *Vuelta* sólo vea a los lectores y la sociedad, a todo aquello que no tenga un vínculo político, como el único interlocutor legítimo. De acuerdo con la postura de *Nexos*, el intelectual también debe hablar con el gobierno: si su interpretación histórica de la relación entre intelectuales y poder se basaba en el cumplimiento de ciertas tareas de la sociedad civil, en un entorno democrático los intelectuales no dejan de participar, sino que incluso se convierten en agentes del proceso de modernización de estos años. Más que de la independencia absoluta de *Vuelta*, el modo de intervención en el México de fin de siglo tendría que partir de este equilibrio desde el cual el intelectual dialoga o colabora con el gobierno, en una tradición de construcción activa que se propone rastrear en Vasconcelos y Reyes y que pasa por Paz y por Fuentes.

Se ha señalado la ironía de que las disputas entre ambos grupos ocurran en un momento donde sus posiciones políticas parecen acercarse. A pesar de las divergencias, en cierto sentido este proceso es parte de la crítica al siglo XX mexicano propia del discurso de la modernización de la época: ya sea a través de la crítica al compromiso o a la pasividad intelectual, tanto *Vuelta* como *Nexos* parten de una lectura particular del campo cultural tras los setenta cuyo desarrollo cobraría sentido con los cambios del fin de siglo, que impondrían una forma de intervención pública acorde con un país moderno. Dicha forma la representa cada grupo, aunque su carácter renovador provenga de fuentes distintas. La historia intelectual del fin de siglo se encuentra también en esta conjunción de cambios en el discurso y determinadas prácticas en la esfera pública, dos ámbitos que se cruzarán en las reflexiones de ambas revistas sobre su papel en el México de la modernización.

²¹³ Nexos, “*Nexos* y el Coloquio de Invierno. Coloquio de primavera”, *Nexos* (mayo de 1992).

CAPÍTULO 2: LA CRISIS DE LAS ALTERNATIVAS SOCIALISTAS Y LAS TRANSFORMACIONES DEL CAMPO INTELECTUAL MEXICANO

Vuelta y *Nexos* emergen en una época en la que el contacto del discurso intelectual con el exterior ha alcanzado cierta plenitud. No es que antes se limitara a la autoreflexión, pues incluso en los ensayos paradigmáticos sobre México y lo mexicano hay siempre alguna huella de lo que sucede fuera de las fronteras nacionales.²¹⁴ Sin embargo, para la década de los setenta resulta evidente que los debates sobre la identidad y el nacionalismo, enérgicos en la primera mitad del siglo, habrán sido desplazados o al menos redefinidos a causa de la creciente importancia de la dimensión internacional en la vida pública. El desarrollo de la guerra fría en América Latina, el retroceso del marxismo en Europa y el establecimiento de vínculos con la disidencia antisoviética son sólo algunos de los cambios que anticipaban ciertas tendencias del último cuarto del siglo pasado.²¹⁵

La organización del Encuentro Vuelta en 1990 y del Coloquio de Invierno en 1992 parece un desenlace casi natural tras las intensas discusiones sobre temas internacionales de años previos. No obstante, se ha atendido poco la vertiente exterior del discurso intelectual del fin de siglo y su importancia en la conformación de nuevos consensos y dispositivos de lectura para el proceso de cambio iniciado en los ochenta. Una excepción notable es la conferencia de Soledad Loaeza en el coloquio de *Nexos*, donde llama la atención sobre la ambivalencia de ese fenómeno al que llama el fin del narcisismo político mexicano: si la irrupción del contexto mundial rescató al debate interno de la parálisis nacionalista, su eventual giro hacia el individualismo y los discursos pro-mercado, con su correlato nacional en el nuevo proyecto de modernización, alteraría el lenguaje político y la discusión pública de maneras más insospechadas.²¹⁶

En este capítulo trato de captar algunos aspectos de esta transformación. Al final del siglo XX mexicano lo escoltan cambios mundiales como la caída del socialismo, por lo que

²¹⁴ Desde la temprana obra de Molina Enríquez y hasta mediados de siglo con Octavio Paz y los filósofos de lo mexicano, los trazos de una dimensión internacional en la reflexión sobre México son notables.

²¹⁵ América Latina ha jugado un papel central en la nueva historiografía de la guerra fría, tanto en términos políticos como culturales. Véase Hal Brands, *Latin America's Cold War* (Boston: Harvard University Press, 2010) o Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America* (Cambridge: Harvard University Press, 2015).

²¹⁶ Soledad Loaeza, "El fin del narcisismo político mexicano", en *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo* (México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992), 82.

el clima intelectual de la época se construye también con la recepción y reproducción de discursos vinculados al debate internacional. No es que haya una causalidad directa entre estos y la modernización mexicana: de hecho, más que en los numerosos textos de intelectuales mexicanos que trataban de establecer paralelismos entre la crisis nacional y la crisis de la Unión Soviética, me enfoco en autores extranjeros y artículos sobre temas exteriores. Tampoco trato de adscribir a las revistas determinadas posiciones: lo que me interesa es dar cuenta de los supuestos, categorías y aparatos críticos que, aunque parecen lejanos, forman parte del discurso intelectual del *fin de siècle* mexicano, así como sus implicaciones en el contexto de esas décadas.

Quiero subrayar la centralidad del final de la guerra fría a nivel global. Entre los rasgos que distinguen a la historiografía más reciente sobre este tema destaca el intento por ubicarla en una narrativa general y de carácter internacional del siglo XX.²¹⁷ Varias de las tendencias intelectuales de su periodo tardío, entre los setenta y ochenta,²¹⁸ resonarán en *Vuelta* y *Nexos*: en la primera, el antitotalitarismo francés, la nueva izquierda y otros socialismos democráticos europeos, y la política de los disidentes de Europa del Este; en la segunda, las polémicas sobre el marxismo, su crisis y su relación con la Unión Soviética. Además de estos procesos de circulación de ideas, que trataré con mayor detalle después, es importante entender la forma en que este contexto modifica el horizonte de las polémicas en el campo intelectual mexicano. Para dar un panorama general, son útiles los estudios que han incluido a América Latina y otras regiones en este marco analítico.²¹⁹

La caída de la URSS en diciembre de 1991 orilló a los países latinoamericanos a reevaluar sus propios paradigmas. Esto fue particularmente claro en el caso de Cuba que, al ser el aliado principal del régimen soviético en la región, padeció los efectos de la desintegración del bloque y se vio obligada a defender las metas de la revolución en un escenario complejo, caracterizado por la crisis económica y una creciente ruptura entre el

²¹⁷ Véase, por ejemplo, Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad eds., *The Cambridge History of the Cold War Vol. 1* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010), especialmente la introducción de Westad, 1-19.

²¹⁸ Aunque se centra en Europa y Estados Unidos, una buena síntesis de algunas de ellas está en Jan-Werner Müller, “The Cold War and the intellectual history of the late twentieth century”, *The Cambridge History of the Cold War Vol. 3* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010), eds. Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, 1-22.

²¹⁹ Me baso sobre todo en Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (México: El Colegio de México, 2018) y en Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of our Times* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007).

gobierno y la sociedad.²²⁰ Los proyectos de transformación, por lo tanto, se desplazaban lejos del radicalismo que ya había sido puesto en duda en el campo intelectual latinoamericano con algunas controversias de los setenta. Si bien México no alcanzaría la alternancia hasta la siguiente década, la desmilitarización que siguió a las reformas de Gorbachov y las presiones económicas al subir las tasas de interés de la Reserva Federal acompañaron un proceso de democratización regional imposible de ignorar.²²¹ Los intelectuales negociarían sus posiciones a partir de la compleja relación entre el descrédito revolucionario y la cuestionable apertura política de los gobiernos modernizadores.

Esta tensión no puede explicarse sin la desaparición de ese contrapeso político e ideológico que fue la Unión Soviética. Si el modelo de sustitución de importaciones ya había mostrado sus fisuras con las crisis de los setenta y principios de los ochenta, la falta de alternativas a los reajustes macroeconómicos neoliberales afectó a todas las plataformas basadas en la redistribución.²²² Para el sector de la intelectualidad que trató de mantenerse al margen de las reformas de modernización, había pocos referentes más allá de la experiencia del cardenismo, revitalizada en ciertos flancos y desgastada en otros. Quienes le dieron el beneficio de la duda a los gobiernos de los ochenta, en cambio, tendrían mayores certezas respecto al camino de las medidas adoptadas: vistas desde el mediano plazo, es decir, desde los años setenta y hasta el final de la guerra fría global, eran la única solución realista o, en los casos más optimistas, el camino a la modernidad una vez que se probó el fracaso de los modelos alternativos.

Para comenzar, analizo la reproducción de discursos críticos hacia el socialismo, sobre su crisis y posterior caída. En el caso de *Vuelta*, estos se despliegan mediante el lenguaje del antitotalitarismo, de trayectoria amplia en el debate europeo y cuyo aparato crítico permitirá la revisión de un pasado autoritario similar al del siglo XX mexicano. La relectura en clave antitotalitaria de los proyectos socialistas y la instrumentalización de dicho discurso reforzarán las posiciones de este grupo intelectual, para el cual la decadencia del nacionalismo revolucionario es comparable a la de la URSS. Los intelectuales de *Nexos*

²²⁰ Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría*, 233-235.

²²¹ Algunos estudios que consideran estos factores en la democratización en América Latina son Peter Smith, *Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective* (Nueva York: Oxford University Press, 2005) y Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán, *Democracies and Dictatorships in Latin America: Emergence, Survival, and Fall* (Nueva York: Cambridge University Press, 2013).

²²² Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría*, 236.

recurrirán menos a los tópicos del antitotalitarismo: tratarán de articular una crítica desde la izquierda y algunos intentarán separar el ideal socialista de su expresión soviética. Al revisar los saldos del socialismo a la luz de su pasado autoritario, sin embargo, enfrentarán un dilema entre admitir dicho fracaso y suscribir el triunfo capitalista, es decir, acompañar las tendencias modernizadoras impulsadas al amparo de esta victoria.

Más adelante, reviso otra transformación del campo intelectual mexicano del fin de siglo: con el derrumbe socialista habrá una revisión crítica del legado del marxismo y un distanciamiento de la noción misma de ideología. El resultado, en términos generales, es la formación de una suerte de consenso liberal. Para los intelectuales de *Vuelta*, el declive del pensamiento marxista y la desconfianza hacia lo ideológico son vías para confirmar las virtudes de lo que, en el final de la guerra fría, aparece como una forma de compromiso político moderado: lo interesante es que este oscila entre la recuperación del liberalismo en el marco de la lucha por la democracia y su afinidad con las políticas de modernización. En el caso de *Nexos* también se manifiesta esta tensión, con la salvedad de que el paradigma postsocialista quedará más indefinido: la democratización de la izquierda y su aproximación al liberalismo es difícil de conciliar con discursos opuestos al modernizador.

Antecedentes: *Vuelta* y *Nexos* en el debate internacional antes de los ochenta

Como en el capítulo anterior, es importante contextualizar la relación de ambas revistas con el debate internacional previo a los años ochenta, cuando se intensifique la crítica del socialismo y el marxismo iniciada años antes. Al igual que *Plural* en su momento, *Vuelta* se caracterizó por sus múltiples vínculos con publicaciones e intelectuales extranjeros, lo que hizo de la revista uno de los espacios en México que mayor atención prestaba al exterior. Hay una tendencia, bastante comprensible, a identificar este hecho con el propio itinerario intelectual de Octavio Paz: antes de su regreso al país en los años cincuenta, el poeta había seguido de cerca numerosas polémicas en el debate europeo, en particular las relacionadas con el socialismo y la URSS. Es conocido su artículo pionero en la revista *Sur* sobre los campos de concentración soviéticos, tras haber sido testigo del *affaire* Rousset en Francia a raíz de la publicación de *L'Univers concentrationnaire* en 1946.²²³

²²³ Véase Christopher Domínguez Michael, *Octavio Paz en su siglo* (México: Penguin Random House, 2019) y Maarten Van Delden, “Frente a frente: Alejandro Solzhenitsyn y Octavio Paz”, disponible en línea:

Durante los siguientes años, la crítica de Paz y su distanciamiento del socialismo no harán más que incrementarse, con momentos particularmente tensos en los setenta. El apoyo a Luis Echeverría había polarizado el campo cultural y, para una revista tan cercana a la vida intelectual de otros países, las circunstancias externas profundizaban esta división. Uno de los grupos a los que Paz se había acercado en su estancia en Francia fue a los marxistas heterodoxos griegos, entre ellos Kostas Papaioannou, y en su regreso a México continuaría relacionándose con disidentes exiliados como Víctor Serge. Que el artículo de Paz contra Sartre en 1973²²⁴ fuera paralelo a la recepción de *Archipiélago Gulag* en francés, evento fundacional del antitotalitarismo, es una coincidencia notable en esta historia de intercambio intelectual con el exterior. A través de *Vuelta*, el debate mexicano fue permeado por fenómenos como el “efecto Solzhenitsyn”.

Por supuesto, la heterogeneidad de la revista trascendía el sello personal de su director. En *Vuelta* circulaban discursos muy diversos, difíciles de encasillar. Si acaso hay algo que une a sus colaboradores internacionales es su carácter disidente.²²⁵ Aunque se defenderá el testimonio de Solzhenitsyn, habrá más afinidades con la disidencia soviética liberal y socialdemócrata, como Roy Medvedev y Andrei Sarajov. La crítica totalitaria vendrá no del tradicionalismo del escritor ruso, sino de sus lectores: Irving Howe o Daniel Bell en el mundo anglosajón; Leszek Kolakowski y otros opositores en el este europeo; también a través de la literatura, con Joseph Brodsky o Czeslaw Milosz.

La participación de intelectuales latinoamericanos y la atención de la revista a las distintas controversias de los años setenta en la región también es fundamental. Si bien algunas de las polémicas más recordadas —como el caso Padilla— tuvieron lugar en *Plural*, es en *Vuelta* donde se discuten eventos tan cruciales como el sandinismo. La revolución cubana había dejado una huella importante en el campo intelectual mexicano, así que estos debates no sólo refieren a los procesos políticos en sí, sino a la naturaleza misma del método revolucionario y su legitimidad. En general, con el horizonte del socialismo desplazado hacia la isla y la deriva autoritaria de la revolución, Cuba fue un tema crítico: entre 1977 y 1978

https://zonaoctaviopaz.com/detalle_conversacion/125/frente-a-frente-octavio-paz-y-alejandro-solzhenitsyn (consultado el 2 de febrero de 2021).

²²⁴ Me refiero al siguiente artículo: Octavio Paz, “El parlón y la parleta”, *Plural* 18 (marzo de 1973).

²²⁵ Sobre la acogida de la revista a los intelectuales perseguidos o exiliados, sobre todo del este europeo, véase Flores, *Viaje de Vuelta*, 147-169.

hay por lo menos seis artículos dedicados a la denuncia de prácticas como la censura y otras muestras del dogmatismo del régimen, en los que figuran colaboradores como Danubio Torres Fierro o Juan Goytisolo.²²⁶

Como lo constata John King en su estudio sobre *Plural*, la conflictividad con la izquierda será otro rasgo característico heredado por *Vuelta*. En el plano internacional, esta lucha de ideas tiene implicaciones diferentes: mientras hay una clara cercanía con publicaciones como *Socialisme ou barbarie* o *Dissent* —tanto Cornelius Castoriadis como Irving Howe son colaboradores asiduos en *Vuelta*—, habrá también simpatías más controvertidas, como lo ilustra la recepción de los *nouveaux philosophes* a finales de la década de los setenta, previo a su visita a México.²²⁷ La crítica al marxismo en Francia había sido una referencia importante en el discurso de la revista, en particular a través de ex comunistas como el escritor Claude Roy o el historiador Alain Besançon, pero la batalla contra la izquierda llegaría al punto de recibir favorablemente la polémica filosofía de André Glucksmann o Bernard-Henri Lévy.

Obviamente, la relevancia de cada tema cambiará según los acontecimientos. Aunque la cuestión del régimen de Castro surge en el debate de Paz y Monsiváis en 1977, la discusión se inclina aún hacia la URSS y el estalinismo. Con la revolución sandinista en 1979 las polémicas sobre América Latina se disparan, mientras *Vuelta* se convierte en un espacio de resistencia clave para la disidencia y el exilio cubano: desde la presencia de colaboradores cercanos como Guillermo Cabrera Infante o Severo Sarduy hasta el apoyo en coyunturas específicas, tales como los episodios de represión y fusilamiento de altos mandos del ejército en los noventa, a propósito de los cuales se publica una misiva.²²⁸ Rumbo a los últimos años del siglo, ya con el ánimo revolucionario más apagado, el socialismo y el régimen soviético vuelven a recibir atención, al menos desde mediados de los ochenta. Es en este momento donde quiero ubicarnos antes de estudiar el caso más adelante.

La publicación de intelectuales extranjeros también fue constante en *Nexos*, si bien menos definida: es decir, resulta más difícil elaborar un perfil amplio o al menos encontrar los parentescos que sí pueden hallarse entre los colaboradores de *Vuelta*. Si hubiese que esbozar una intención general en lo que se difunde en la revista, habría partir del lugar que

²²⁶ Van Delden, “Conjunciones y disyunciones”, 108.

²²⁷ Van Delden, “Conjunciones y disyunciones”, 110.

²²⁸ *Vuelta*, “Declaración de intelectuales cubanos”, *Vuelta* 178 (septiembre de 1991).

esta comienza a ocupar en las últimas décadas del siglo pasado. Como mencioné, *Nexos* se volverá una referencia para un sector de la izquierda intelectual mexicana a partir de la superación del marxismo, el final de publicaciones como *Cuadernos políticos* y la integración de intelectuales socialistas al consejo de la revista, dirigida en un principio por Enrique Florescano y desde 1981 por Héctor Aguilar Camín.

Este aspecto es relevante en términos de la relación de *Nexos* con el debate internacional. Previo a las reconsideraciones de fines de siglo sobre el marxismo, la URSS y los dispositivos retóricos de la izquierda en general, algunos intelectuales del grupo tenían ya un recorrido largo en su crítica del socialismo real. Lo mismo en la aceptación de la democracia: como lo ha mostrado Illades, los debates de la izquierda mexicana y sus críticas al régimen de la posrevolución fueron precursoras en el reclamo democrático en el país.²²⁹ No es coincidencia que la crítica al dogmatismo soviético y el giro democrático se consoliden en este periodo, una suerte de época dorada para las publicaciones de la izquierda: en el debate público participaban *Historia y Sociedad* con Roger Bartra, *Coyoacán* con Adolfo Gilly o la propia *Cuadernos políticos* con Carlos Pereyra y Bolívar Echeverría.

Con la excepción de Echeverría, todos los autores anteriores llegaron a coincidir en el consejo editorial de *Nexos* en diferentes momentos de los ochenta. El historiador Enrique Semo, otro miembro de *Historia y Sociedad* y uno de los principales impulsores de la crítica al socialismo real, también se volvería posteriormente un colaborador destacado y se integraría al consejo de la publicación. Otros antiguos miembros de *Cuadernos políticos* que pasarán por la revista serían reconocidos intelectuales como Rolando Cordera, Arnaldo Córdova y Adolfo Sánchez Rebolledo. En definitiva, *Nexos* se nutrirá de varias tradiciones de la izquierda intelectual mexicana, cuyo examen sobre el régimen soviético y la ortodoxia del marxismo, a diferencia de lo que suele pensarse, se encontraba relativamente avanzado para los años ochenta.

La conformación de *Nexos* es importante pues, como lo ha notado Christian Gallegos, sus cambios estructurales reflejan algunas transformaciones en las propias posiciones de sus intelectuales. En 1988, por ejemplo, las nuevas pautas en la asignación de cargos y la eliminación de la separación por áreas de la revista le darían una orientación distinta: *Nexos*

²²⁹ Véase Carlos Illades, *La inteligencia rebelde: la izquierda en el debate público en México, 1968-1989* (México: Océano, 2013).

tendría un corte más académico y un enfoque más centrado en la reflexión social y económica.²³⁰ En este contexto se mantiene la convivencia de posiciones políticas, sin que esto evite que se refuerce el consenso en torno a la crítica al socialismo real y a la política revolucionaria. Fuera del mundo editorial, basta recordar que el Partido Comunista Mexicano se había distanciado de Moscú desde principios de los ochenta. Para el año nodal de 1989, la fusión de las izquierdas en el Partido Socialista Unificado de México y su apertura a la competencia electoral llevaba casi una década.

Pese a no tener un rol tan central como en el caso de *Vuelta*, un breve esbozo de los autores extranjeros que aparecían en las páginas de *Nexos* nos permite redondear su perfil en el debate internacional. Es interesante que una figura recurrente sea la de Norberto Bobbio, uno de los intelectuales más comprometidos con la defensa de las instituciones liberales-democráticas y su compatibilidad con las metas del socialismo a finales de siglo. Hay un claro intento por reorientar los proyectos de la izquierda en esta época que no se inclina siempre al liberalismo, como lo muestra la difusión de otros intelectuales. Un colaborador regular será el español Ludolfo Paramio, uno de los principales polemistas en la revista sobre la vigencia del marxismo. También encontramos en *Nexos* figuras como Perry Anderson, quien en esta época sostendría una conocida polémica, precisamente, con la perspectiva liberal de Bobbio.

A lo largo de la década de los ochenta hay otras colaboraciones esporádicas, muchas de ellas críticas del socialismo y la Unión Soviética. Curiosamente, la mayoría proviene de intelectuales publicados con frecuencia en *Vuelta*: sobre este tema escriben, por ejemplo, los teóricos de la escuela de Budapest, Ágnes Heller y Ferenc Fehér, así como Timothy Garton Ash, Daniel Bell, Czeslaw Milosz o Noam Chomsky. Salvo este último, todos los anteriores participarían en el Encuentro Vuelta de 1990. En algunos casos estas coincidencias se explican porque las revistas atendían las mismas polémicas: François Furet aparece en *Nexos* en el auge del debate sobre la historiografía de la revolución francesa, por ejemplo. No deja de ser llamativo, en todo caso, que haya una coincidencia tan marcada en la recepción de discursos externos.

Es frente a las experiencias de la izquierda en América Latina donde la posición de los intelectuales en *Nexos* será más defensiva. Mientras a nivel nacional hay cierta

²³⁰ Gallegos Cruz, *La escritura de la democracia*, 78.

convergencia en las críticas al autoritarismo después de 1968, el posicionamiento frente al desarrollo de la revolución cubana y las insurgencias de los años setenta en la región será un motivo de divisiones durante algún tiempo: en los primeros números aparecen regularmente artículos que asumen la defensa de la izquierda latinoamericana con vehemencia. A finales de los ochenta, sin embargo, también se llegará a un consenso en las posturas sobre las coyunturas globales: hecho de la creciente sensibilidad liberal y democrática, así como de la crítica a los autoritarismos, al discurso revolucionario y al peso del socialismo y la teoría marxista en la intelectualidad de la región.

SECCIÓN 1: EL DISCURSO ANTITOTALITARIO EN *VUELTA*: UN APARATO CRÍTICO PARA EL FIN DE SIGLO

Rumbo a finales de los ochenta, lejos de los momentos de mayor polémica entre los defensores de la izquierda latinoamericana y los rivales de la política revolucionaria, la crítica al llamado socialismo real y a la URSS será casi unánime en el discurso intelectual en México. En las páginas de *Vuelta* esto no era una novedad. Lo interesante son sus modalidades, entre las que destaca la retórica del antitotalitarismo. La recepción de las obras y los acontecimientos que le dieron forma al lenguaje antitotalitario en el debate europeo fue más o menos inmediata en el círculo intelectual de la revista de Octavio Paz, así que es comprensible que este fuera uno de sus principales marcos interpretativos. Además, se trataba de un aparato crítico similar al que se había formado en torno al siglo XX mexicano: pienso en elementos como la revisión de un pasado autoritario, la denuncia del Estado o la crítica de la complicidad de artistas e intelectuales con regímenes no democráticos.

La lectura del socialismo en clave antitotalitaria refuerza las posiciones de este grupo intelectual, cuyos integrantes situarán la decadencia del nacionalismo revolucionario en el mismo esquema de la crisis del socialismo mundial. Por lo tanto, este es un dispositivo crucial en la interpretación del proceso de modernización en México. En este apartado repaso la historia del totalitarismo como concepto y parte de su trayectoria en el contexto de debate en Europa. Posteriormente, me ocupé de su recepción en *Vuelta*: en especial, me centré en la caracterización de la crisis de la URSS —el equivalente del socialismo para este grupo— a través de los tópicos antitotalitarios. Terminé con un breve apartado sobre su irrupción en el fin de siglo: como marco de interpretación histórica del socialismo y como un arma de debate

tras la caída del muro de Berlín, con el fin de desacreditar a la izquierda y a las resistencias a algunos de los paradigmas nacientes en estos años.

El concepto de totalitarismo y los contextos de debate

Previo a su resurgimiento en diferentes momentos de la guerra fría, el concepto de totalitarismo se forjará en una serie de debates definidos por las inercias de la primera guerra mundial y la crisis general del orden europeo. El caso italiano refleja bien algunas de las peculiaridades de este proceso ya que, después de haber sido un adjetivo que formaba parte de la política antifascista de grupos muy diversos en los tempranos veinte, sería transformado en sustantivo por el propio Mussolini y reivindicado por intelectuales de su régimen, con el filósofo Giovanni Gentile a la cabeza.²³¹ Los años treinta devolverían las aproximaciones críticas a la escena intelectual: antes que Hannah Arendt, Simone de Beauvoir o Simone Weil,²³² la filósofa María Zambrano se referiría a las tendencias totalizadoras en la política de la Europa de entreguerras en su *Horizonte del liberalismo*, un ensayo publicado en el primer año de dicha década.²³³ Zambrano continuaría utilizando críticamente el término en su obra de los cuarenta, y en esos mismos años aparecería con una orientación similar en autores como George Orwell o Víctor Serge.

En cualquier caso, la segunda guerra mundial y la escalada de la guerra fría intensificaría las tensiones de esta categoría con clivajes políticos e intelectuales como el propio antifascismo o, en ciertos contextos, el anticomunismo. Michael S. Christofferson, en una de las interpretaciones más sugerentes del momento antitotalitario en la Francia de los setenta —quizás la principal fuente de este discurso en *Vuelta*—, ha rastreado este componente en la forma en que la intelectualidad alemana exiliada en Estados Unidos modificó este término: si era un concepto difuso en las primeras décadas del siglo y para los años cincuenta había caído en un desuso notable, en esta misma década autores como Arendt o Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski le darían unas líneas generales más precisas al

²³¹ Enzo Traverso, *El totalitarismo: historia de un debate* (Buenos Aires: Eudeba, 2001), 29-37.

²³² Al respecto, es útil el libro de Wolfram Eilenberger, *El fuego de la libertad. El refugio de la filosofía en tiempos sombríos, 1933-1943* (España: Taurus, 2021).

²³³ Es evidente el nexo entre el ensayo de Zambrano y algunas ideas de Ortega y Gasset en su *La rebelión de las masas*. María Zambrano, *Horizonte del liberalismo* (España: Ediciones Morata, 2020 [1930]). Agradezco a Rafael Rojas por señalarme este detalle.

extender su alcance. De remitir al fascismo italiano y al nazismo alemán en sus polémicas iniciales, ahora se referiría también a la Unión Soviética y al comunismo.²³⁴

Para los sesenta estos autores, quienes se volverían referencias ineludibles en el tema, reevaluarían el concepto con el fin de mitigar algunos lugares comunes creados a su alrededor. Sin embargo, la tendencia a instrumentalizarlo se mantuvo y en su recepción en otros escenarios tendieron a pesar más sus connotaciones para el debate intelectual que su rigor analítico, aun si no desaparecían del todo determinados matices como la interacción entre una dimensión externa y una interna en el caso mexicano. Por una parte, su despliegue tiene como trasfondo la resistencia y la lucha contra la legitimidad revolucionaria del autoritarismo local, en distintas variantes. Por otra parte, está presente la relación entre sus difusores y la política interna de sus países: pensemos en la accidentada convivencia de algunos intelectuales con el Partido Comunista Francés o el cálculo de la acción política de la disidencia del Este.

Aunque la publicación de *L'Archipel du Goulag* en París en 1973 o el auge de los *nouveaux philosophes* y la crítica al marxismo trajeron parte de la ola antitotalitaria al país, a finales de los ochenta el panorama intelectual es distinto del europeo. Por ejemplo, mientras en Francia el republicanismo y otras corrientes desplazan al antitotalitarismo, al menos hasta la caída del muro del Berlín, en México es un discurso persistente: al interior, como escenario de fondo para un resurgimiento liberal-democrático, y al exterior, como uno de los modos de articular la crítica hacia el socialismo. Si las reformas de Gorbachov iniciadas en 1988 habían alentado los análisis del proceso de cambio soviético en revistas como *Vuelta*,²³⁵ ya desde antes de esta coyuntura la caracterización de la crisis del socialismo y la lectura de su desarrollo histórico comenzaba a hacerse en clave totalitaria. Esta tendencia intelectual crecería hasta la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética.

Rasgos del discurso antitotalitario en la caracterización de la crisis soviética

Quizás el ejemplo más claro de este discurso se encuentre en los artículos de Leszek Kolakowski, un intelectual cercano a *Vuelta*, como lo muestra el itinerario de la revista en

²³⁴ Michael S. Christofferson, *French Intellectuals Against the Left. The Antitotalitarian Moment of the 1970's* (New York: Berghahn Books, 2004), 1-21.

²³⁵ Por ejemplo: Fernando Cauchín, "Posibilidades de cambio en la URSS (Entrevista con Fernando Cauchín)", *Vuelta* 135 (febrero de 1988); Cornelius Castoriadis, "El interludio de Gorbachev", *Vuelta* 135 (febrero de 1988) e Isabel Turrent, "La dificultad de mover a Oblomov", *Vuelta* 135 (febrero de 1988).

los años ochenta. En 1985 Enrique Krauze lo había entrevistado a propósito del ocaso de la teoría marxista, tema del último tomo de *Corrientes principales del marxismo*. A finales de ese mismo año se publicaría también un fragmento de su artículo “¿Qué es el socialismo?”,²³⁶ un texto importante para algunos intelectuales de izquierda que se acercaron al liberalismo²³⁷ y que refleja bien la ambigüedad de lo antitotalitario. Por un lado, el ensayo se inscribe en la crítica filosófica y moral a Marx elaborada por los intelectuales griegos exiliados en Francia.²³⁸ Al mismo tiempo, es difícil aislarlo del antitotalitarismo en pleno ascenso de los setenta —fecha de su publicación original—, un rasgo de la obra de Kolakowski que se profundizará a finales del siglo, en el contexto de la crisis del socialismo.

Así lo constata una publicación en *Vuelta* de 1990²³⁹: “Incertidumbres de una era democrática”, fragmento de un texto que apareció en el recién creado *Journal of Democracy*²⁴⁰ y un ejemplo claro del uso de los tópicos del antitotalitarismo en la caracterización de la crisis de la URSS. El filósofo polaco trata de separar a la democracia de sus concepciones socialistas, pero son llamativos los rodeos que se permite mientras propone su propia conceptualización. Por ejemplo, Kolakowski le concede un lugar importante a la denuncia de lo que llama la fuerza del sovietismo: la principal amenaza al incipiente movimiento democrático global. Este es el núcleo de la interpretación de los cambios del fin de siglo desde el lente antitotalitario, una operación común en la temprana guerra fría: la oposición entre democracia y un totalitarismo ahistórico, basado en una diferenciación débil entre el estalinismo y el desarrollo posterior del régimen.

Aunque Kolakowski no parta de una concepción inmutable de la URSS, el módulo argumentativo del antitotalitarismo lo conduce a una visión algo estática. En primer lugar, la crisis de este modelo se verificaría en el fortalecimiento de la sociedad civil: una categoría importante para la lucha contra los autoritarismos en la segunda mitad del siglo, pero que en

²³⁶ Leszek Kolakowski, “La noche del marxismo. Leszek Kolakowski entrevistado por Enrique Krauze”, *Vuelta* 101 (abril de 1985) y Leszek Kolakowski, “Qué es el socialismo”, *Vuelta* 108 (noviembre de 1985).

²³⁷ José Woldenberg, “Liberalismo e izquierda”, en *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014)*, coord. José Antonio Aguilar Rivera (México: Taurus-CIDE, 2015), 105.

²³⁸ Originalmente, el ensayo de Kolakowski fue publicado en 1972, en Kostas Pappaioannou, *Marx et les marxismes* (París: Gallimard, 2001). La crítica de *Vuelta* a Marx y al socialismo será muy cercana a la de este grupo, de difícil clasificación en los círculos intelectuales franceses.

²³⁹ Este año, además, Kolakowski fue uno de los primeros autores publicados por la editorial de la revista, con *La modernidad siempre a prueba* (México: Vuelta, 1990) y participará en el Encuentro Vuelta.

²⁴⁰ *Journal of Democracy* fue una publicación del *National Endowment for Democracy*, controvertida por sus lazos con el sindicalismo polaco en los ochenta. Actualmente la publica la John Hopkins University.

este contexto indica una cuestionable relación entre Estado y sociedad en los países soviéticos. Desde los trabajos pioneros de Arendt o de Friedrich y Brzezinski, la idea de una relación basada en la dominación absoluta por parte del Estado sobre la sociedad fue una imagen poderosa en la confección del totalitarismo como concepto. El énfasis en la propaganda, el terror y el partido único dan cuenta de la influencia de esta perspectiva, complejizada por el revisionismo anglosajón y estudios del carácter desordenado de la colectivización o la movilidad social ofrecida por los cuerpos policíacos.²⁴¹

El segundo fundamento de la caracterización de la crisis por parte de Kolakowski es quizás el rasgo más clásico de la retórica antitotalitaria: la decadencia soviética se lee como el resultado del agotamiento de su legitimidad ideológica. Se trata de una tesis problemática en tanto exagera la relación entre las ideas y el régimen de la URSS. No me refiero a la falta de rigor de quienes atribuyen al marxismo las catástrofes políticas del siglo pasado, un aspecto en el que Kolakowski fue cauteloso.²⁴² Hablo de esa tendencia, amplificada por Arendt, a hacer de la supuesta misión del régimen por transformar el mundo a la imagen de su ideología un atajo para explicar todos sus componentes. Para Kolakowski, de hecho, el expansionismo es una consecuencia natural de la utopía ideológica: es decir, se trata de un régimen imperialista por definición. Tanto se pierde de vista el contexto en estas explicaciones que el artículo cierra transfiriendo la amenaza ideológica a oriente.

Al señalar las inconsistencias de la descripción de Kolakowski lo que me interesa es lo que revelan sobre la función sistemática de este concepto en su lectura del socialismo y la coyuntura del fin de siglo, pues forman parte del suelo categorial del México de esas décadas. Tomemos la última cuestión: el énfasis en la ideología como elemento explicativo de la crisis socialista y del colapso soviético. Con la caída del muro de Berlín aún fresca, es comprensible que en el Encuentro Vuelta el discurso antitotalitario irrumpiera con cierta fuerza. La intervención de Kolakowski en este debate no es muy diferente a sus artículos: en el prólogo al libro que reunió las primeras mesas del encuentro, con titulado significativamente *Hacia la sociedad abierta*, Eduardo Lizalde destacaba la originalidad del filósofo polaco por su atención a las mentalidades e ideologías por encima de los factores materiales.²⁴³ En efecto,

²⁴¹ Christofferson, "French Totalitarianism", 11.

²⁴² Leszek Kolakowski, "Filosofía marxista y realidad nacional", *Vuelta* 50 (enero de 1981), 4.

²⁴³ Eduardo Lizalde, "Prólogo", en *La experiencia de la libertad 1. Hacia la sociedad abierta* (México: Vuelta, 1991), 6-7.

la participación de Kolakowski es una versión extendida de la tesis de la crisis del socialismo a causa de un supuesto descubrimiento de su carácter ideológico.

La interpretación histórica del socialismo desde el lente antitotalitario

Es útil preguntarse de dónde viene el énfasis en el aspecto de la ideología, tan crucial en el antitotalitarismo clásico. Para empezar, pueden intuirse motivos relacionados con la política de los disidentes europeos, en especial en Polonia: para Andrzej Walicki, esta se explica por algunas referencias teóricas, como el nuevo evolucionismo, desplegadas en un contexto de activismo político muy específico.²⁴⁴ En general, a disidentes de los setenta como Kolakowski o Adam Michnick les interesaba evitar las tentaciones intrasistémicas de la oposición: muy arraigada en la coyuntura de 1956, esta tesis proponía que en el totalitarismo no había mecanismos interiores de cambio, así que la salida al sistema vendría de factores exteriores. Explicar la decadencia de estos regímenes a partir de un cambio de mentalidad, como lo hace Kolakowski, responde en parte a esta noción.

No obstante, también obedece a la carga política de estos argumentos en los debates del fin de siglo, en donde estaba en juego el escenario que seguiría a la guerra fría y la interpretación histórica del socialismo. Como observa Traverso, la explicación ideológica siempre fue una nota común de la historiografía conservadora. Su apogeo en el fin de siglo permitió ligar las experiencias revolucionarias con el terror y la dictadura, como si se tratara del desarrollo natural de ciertas ideas nocivas.²⁴⁵ Al igual que los detractores de la revolución francesa o de la rusa, Kolakowski invierte los términos del relato: la historia de la dominación de una ideología estigmatizada culmina con una nueva mentalidad, opuesta y emancipada. Si bien en esta narrativa la lucha por la democracia es un elemento que no puede obviarse, la aplicación del esquema tiene otras implicaciones, notables a lo largo de las discusiones del Encuentro Vuelta.

El caso de Ágnes Heller es interesante porque, pese a tener una trayectoria similar a la de Kolakowski, su antitotalitarismo tiene una veta más izquierdista que nos permite captar las problemáticas de este discurso. Ambos forman parte de una generación de intelectuales

²⁴⁴ Andrzej Walicki, "Totalitarianism and Detotalitarization: The Case of Poland", *The Review of Politics* 58, no. 3 (1996): 521-522.

²⁴⁵ Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX* (México: FCE, 2017), 81-85.

de Europa del Este en los cuales la recepción del concepto de totalitarismo en los setenta supuso un importante giro filosófico y político.²⁴⁶ No sólo comparten la cuestión generacional: el énfasis de Heller en la libertad al explicar las movilizaciones contra el aparato soviético da cuenta de una creciente adhesión liberal, como la del propio Kolakowski. La diferencia, además de no contar con los influjos religiosos del polaco, es que para Heller este proceso se encuadra en una transformación más general: las revoluciones de terciopelo a las que denominará revoluciones posmodernas en el sentido más literal, como rebeliones contra un experimento fallido de la modernidad —el totalitarismo—.²⁴⁷

A Heller le interesa rastrear el hilo del pensamiento totalitario. Dos pistas las encontraría en la deificación del hombre inscrita en el anhelo de libertad absoluta y en el intento por trascender el presente en aras de un modelo de futuro, ambas herencias de la Ilustración.²⁴⁸ En esta premisa subyace cierta ambivalencia que quisiera subrayar. Por un lado, Heller se acerca a ese corpus de reflexiones sobre la cuestión totalitaria que, como las de Arendt o Lefort, son valiosas como perspectivas de la experiencia moderna en general, más que como tipologías o retratos fiables de estos regímenes.²⁴⁹ Por otro lado, parte de un planteamiento similar al que los revisionistas de la revolución francesa utilizarán para explicar el Terror como el resultado inevitable de una matriz ideológica preexistente, de raíz también ilustrada y protototalitaria.²⁵⁰

He aquí la complejidad de este discurso, que tiene una vertiente que busca en la crítica a la experiencia del siglo XX y al socialismo real un horizonte emancipador: es la mirada de los exiliados europeos reticentes tanto al anticomunismo como al antifascismo acrílicos, o de la izquierda que transitó del antitotalitarismo hacia posiciones que conciliaban el ideal socialista con la democracia y los derechos humanos.²⁵¹ La perspectiva de Heller se ubica aquí: en las páginas de *Vuelta* llamaría, junto con Ferenc Fehér, a rescatar los elementos

²⁴⁶ Traverso, *El totalitarismo*, 123.

²⁴⁷ Ágnes Heller, *La experiencia de la libertad 1*, 16.

²⁴⁸ Ágnes Heller, *La experiencia de la libertad 1*, 17-18.

²⁴⁹ Samuel Moyn, “Modernity and the Specter of Totalitarianism”, *The Cambridge History of Modern European Thought 11: The Twentieth Century*, eds. Peter E. Gordon y Warren Breckman (Cambridge: Cambridge University Press, 2019), 437.

²⁵⁰ François Furet, “Terror”, *A Critical Dictionary of the French Revolution*, eds. François Furet y Mona Ozouf (Cambridge: Harvard University Press, 1989), 137-150.

²⁵¹ Traverso, *La historia como campo*, 263. Dick Howard, “From the Critique of Totalitarianism to the Politics of Democracy”, *The Specter of Democracy* (New York: Columbia University Press, 2002), 99-136.

positivos del socialismo y buscar la libertad en su interior.²⁵² Esto se aleja del compromiso antitotalitario más conservador que lo convierte en un fin en sí mismo. Sin embargo, en el debate público el centro de su argumento también podía llevar al antitotalitarismo más apologético, como vehículo para legitimar el orden occidental y la lucha contra sus supuestos enemigos, un dispositivo fácil de replicar en otros escenarios.

No se trata de asociar mecánicamente el discurso antitotalitario a una u otra perspectiva, sino de entender sus contradicciones y la forma que podían llegar a tomar en el contexto de debate del México de finales del siglo XX y en los dispositivos de lectura de sus intelectuales. Resulta significativo que Paz haya recibido con entusiasmo el reclamo de libertad al interior del socialismo de Heller: él mismo había pedido, al recibir el premio Alexis de Tocqueville en Francia en 1989, conjuntar socialismo y liberalismo como horizonte político. Las críticas al socialismo en el Encuentro Vuelta por parte de Cornelius Castoriadis, Daniel Bell o Irving Howe tienen un sentido similar, distinto de los convencionalismos antitotalitarios. Ahora bien, la ambivalencia de este aparato crítico no es un tema menor en el marco de la modernización mexicana, donde las demandas democráticas y la recepción favorable del retiro del Estado tienden a tocarse.

El antitotalitarismo y su instrumentalización en el debate de fines de siglo

Fuera de las excepciones que mencioné anteriormente, el tono general del Encuentro Vuelta se acerca más al ajuste de cuentas con la izquierda que al rescate de su horizonte emancipador. En la difusión de este antitotalitarismo en el fin de siglo, menos sofisticado, participan varios intelectuales con un pasado izquierdista. Muchos comentarios del evento servirían para mostrarlo. Uno de los casos más ilustrativos es el del filósofo italiano Lucio Colletti. En un punto de su trayectoria en donde se acercaba a posiciones más liberales, tras una temprana ruptura con el comunismo en los setenta,²⁵³ Colletti expone un marco argumentativo que ya nos es familiar: la equivalencia del nazismo y el comunismo como sistemas totalitarios, su particularidad en relación con los autoritarismos, entre otras de sus cualidades. A estas premisas básicas del antitotalitarismo Colletti añade una lectura de la realidad política y el horizonte del mundo postsocialista muy peculiar.

²⁵² Ágnes Heller y Ferenc Fehér, “¿Tiene porvenir el socialismo?”, *Vuelta* 154 (septiembre de 1989).

²⁵³ Colletti romperá con el marxismo en una interesante y polémica entrevista publicada por Perry Anderson en la *New Left Review*: Lucio Colletti, “A Political and Philosophical Interview”, *NLR* I/86 (july/aug 1974).

Colletti repasa la historia intelectual del marxismo desde el lente antitotalitario: para él, más que Arendt, los primeros analistas de este fenómeno fueron marxistas de la segunda internacional como Karl Kautsky o Rudolf Goldscheit. Reivindicar a los pioneros o incluso a quienes habrían anticipado el fenómeno totalitario era muy común en este tiempo, y Colletti encuentra en los años veinte y treinta el quiebre histórico hacia los totalitarismos. El complemento de esta narrativa es lo que Colletti llama las ideas ocultas: las de von Mises y Hayek, en quienes se apoya para resumir el siglo XX como la historia de la “hegemonía ideológica de la sociedad planificada frente al mercado”.²⁵⁴ Puede ser un caso atípico o exagerado, mas refleja bien la facilidad con la que en los noventa podían superponerse discursos como el antitotalitarismo con el viraje a la retórica neoliberal.

Probablemente la intervención de Mario Vargas Llosa sea el ejemplo más claro de la instrumentalización del discurso antitotalitario tras la caída del socialismo. En una respuesta velada a las críticas de Castoriadis y Howe al capitalismo, el escritor peruano se pronunciaría contra cualquier tipo de simetría entre la economía centralizada y la economía de mercado. Al margen de los términos, pues Vargas Llosa se refiere con indiferencia al sistema socialista como sistema totalitario o economía centralizada, él mismo reconoce el carácter político de su participación: denunciar el totalitarismo ante un auditorio —el mexicano— que, a diferencia de los países europeos, “profundamente vacunados contra el totalitarismo”, no lo está del todo.²⁵⁵ Vargas Llosa es transparente al respecto: “todavía no está clara la superioridad inherente a la democracia de tipo occidental, es decir, al capitalismo liberal, sobre el sistema de economía planificada, sobre el sistema totalitario”.²⁵⁶

Esta es la faceta más defensiva y controversial de este marco crítico. De entrada, hay ecos en su postura de un conocido discurso de Raymond Aron de 1952, pronunciado en un evento de *Amis de la liberté*, brazo del polémico *Congress for the Cultural Freedom*. Aron reprochaba que las evidencias y la propaganda no habían cumplido su efecto disuasorio en la vida intelectual francesa: por lo tanto, llamaba no sólo a denunciar las mentiras del totalitarismo, sino a defender la libertad.²⁵⁷ Esta posición caracteriza lo que Jan-Werner

²⁵⁴ Lucio Colletti, *La experiencia de la libertad 1*, 76-77.

²⁵⁵ Mario Vargas Llosa, *La experiencia de la libertad 1*, 112.

²⁵⁶ Vargas Llosa, *La experiencia de la libertad 1*, 114.

²⁵⁷ Iain Stewart, “Antitotalitarianism”, en *Raymond Aron and the Liberal Thought in the Twentieth Century* (London: University of College London, 2019), 119.

Müller ha denominado liberalismo de guerra fría, que se apoya en el discurso antitotalitario para hacer de la izquierda un grupo de antemano sospechoso. En el fin de siglo, la tradicional disputa de intelectuales como Aron, Berlin o Popper contra la filosofía de la historia marxista se complementa, en discursos como el de Vargas Llosa, con la diatriba contra la planeación burocrática más cercana a autores como Hayek.

Es decir, la *politics of knowledge* del liberalismo de guerra fría se combina con discursos pro-mercado y ataques sistemáticos a la izquierda, ya sea al marxismo más tradicional o a otras resistencias a la globalización y al neoliberalismo. El lenguaje antitotalitario es su vehículo principal: su persistencia en el debate público de fin de siglo se basa más en el rédito político del concepto que en su precisión histórica o teórica.²⁵⁸ Con la caída del bloque soviético adquiriría, además, un carácter normativo muy presente en quienes aplican este marco a los procesos de cambio en América Latina, como Vargas Llosa: la línea entre la denuncia antitotalitaria y el impulso de determinadas preferencias políticas es muy delgada en el discurso del escritor, que en apenas un par de años pasaría de definir al régimen cubano como socialismo autoritario a un totalitarismo a secas.²⁵⁹

La lectura antitotalitaria: apología negativa de los ganadores de la guerra fría

La ambigüedad del antitotalitarismo no puede entenderse sin la antinomia que lo sustenta: el totalitarismo como el polo opuesto de la democracia. Fue Claude Lefort quien exploró con mayor interés esta relación conceptual, pues le parecía que expresaba las dos claves del pensamiento político moderno: el conflicto inevitable entre la búsqueda de la emancipación democrática y aquello que llamaba la tentación totalitaria, un concepto que se vincularía con la intelectualidad francesa y sus intentos por trascender la democracia meramente formal y los límites del capitalismo.²⁶⁰

Esta relación antinómica es la base filosófica de empresas intelectuales muy distintas: desde la autonomía de lo político de Lefort y Castoriadis hasta el revisionismo histórico de la revolución francesa —y la crítica de lo revolucionario en general— por parte de François

²⁵⁸ Para Rabinbach, esta fue una constante en distintos momentos del antitotalitarismo, aunque estudia algunas diferencias interesantes entre algunos de ellos: véase Anson Rabinbach, "Totalitarianism Revisited," *Dissent* 53, no. 3 (summer 2006): 77-84.

²⁵⁹ Mario Vargas Llosa, *La experiencia de la libertad* 1, 130.

²⁶⁰ Samuel Moyn, "Antitotalitarianism and After", *Democracy Past and Future/Pierre Rosanvallon*, ed. Samuel Moyn (New York: Columbia University Press, 2006), 9.

Furet. Es en su vertiente defensiva, en la que el antitotalitarismo se entiende como un fin en sí mismo, donde este discurso tiende a posicionamientos más bien conservadores y a una defensa acrítica del orden existente: es el caso de los *nouveaux philosophes* o de los liberales de guerra fría. Con la caída del bloque soviético, en el fin de siglo la oposición democracia/antitotalitarismo se vuelve un mecanismo para validar ciertos consensos y deslegitimar a sus críticos. En el debate público se pierden los matices entre un extremo positivo asociado a lo democrático y su opuesto negativo ligado al autoritarismo.

Lo vemos en Vargas Llosa, así como en Krauze, Paz y otros intelectuales mexicanos. No es una ideología coherente, sino un aparato crítico, un discurso a veces hasta contradictorio. Tiene su simbolismo que uno de los últimos balances del socialismo en *Vuelta* lo haga François Furet. Ya en otros números habían aparecido artículos o entrevistas al historiador, como en el debate sobre la revolución francesa de los noventa. Para la edición de octubre de 1993, Danubio Torres Fierro le haría una entrevista, publicada junto con la traducción de un artículo suyo por Fabienne Bradu. El tema de ambos textos es, como cabría esperarse, la caída de la URSS. A propósito de este evento, Furet anticipa algunos de los hilos conductores de *Le passé d'une illusion*, publicado en 1995²⁶¹: la decadencia interna del régimen contra la tesis del colapso sorpresivo, el agotamiento de la doble ilusión de un sistema organizado y democrático, entre otros.²⁶²

Alumno de Lefort al fin y al cabo, el análisis de Furet parte de una pregunta implícita sobre el futuro de la democracia sin el horizonte revolucionario que la había acompañado como una sombra. Su respuesta, al menos en este artículo, es contundente y más política que filosófica: nos dice que el régimen soviético —identificado con el socialismo— no dejó ningún legado práctico y que las ideas e instituciones que irían llegando a los países de Europa oriental serían aquellas ya conocidas en el mundo occidental. Esta es una buena muestra del clima intelectual del fin de siglo: en el debate público hay un paso a veces corto entre la crítica en nombre de la democracia y cierto triunfalismo ahistórico, que usa el constructo del totalitarismo a conveniencia. Daniel Bensaïd caracterizaría la célebre obra de Furet como una apología negativa de la libertad.²⁶³ Con matices, el discurso antitotalitario en

²⁶¹ François Furet, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXème siècle* (Paris: Laffont/Calmann-Lévy, 1995).

²⁶² François Furet, "Las preguntas que nos dejó la URSS", *Vuelta* 203 (octubre de 1993).

²⁶³ Daniel Bensaïd, *Qui est le juge ? Pour en finir avec le tribunal de l'histoire* (Paris: Fayard, 1999).

Vuelta opera de forma similar, al ser un aparato crítico que valida de forma más o menos consciente los consensos de la modernización, muchas veces sin los contrapesos que tendrá *Nexos* gracias a la intelectualidad socialista y a perspectivas académicas más sofisticadas como las de algunos estudiosos de la ciencia política.

SECCIÓN 2: LA CRÍTICA AL SOCIALISMO REAL EN *NEXOS* Y EL COMPLEJO SUELO CATEGORIAL DE LA IZQUIERDA

Suele decirse que la crítica al socialismo por parte de intelectuales como Octavio Paz o Mario Vargas Llosa fue pionera en América Latina, lo cual es cierto si el parámetro es la izquierda más ortodoxa. En la izquierda intelectual mexicana, no obstante, el examen crítico del régimen soviético se había generalizado cada vez más en la segunda mitad del siglo. Hay múltiples razones y es difícil fechar esta tendencia, que se remonta al paulatino desgaste de la legitimidad del triunfo contra el fascismo en la segunda guerra mundial y la transferencia del ánimo revolucionario a Cuba y a otros países latinoamericanos. Como resultado de este último proceso las polémicas en torno al socialismo continuarían en la región, pero la incorporación de la izquierda partidista a la vida electoral y parlamentaria a principios de los ochenta es el mejor indicio de la brecha con el referente soviético.

Aunque se aleja del énfasis antitotalitario de *Vuelta* y sus tópicos, la crítica hacia el socialismo en *Nexos* descansará también en una relectura antiautoritaria que remite de diversas formas a la experiencia mexicana. En este contexto hay una tensión evidente: así como la crítica al régimen posrevolucionario ponía a prueba la relación de la izquierda con la revolución y otras de sus mitologías, sus intelectuales tendrán que evaluar el vínculo entre el ideal socialista y el llamado socialismo real, identificado con la URSS y otros autoritarismos. La aporía entre paz y libertad que había rondado la búsqueda de un socialismo más humano en las décadas pasadas parece extenderse al final de la guerra fría,²⁶⁴ traducida ahora entre reconocer el fracaso socialista —a la luz de su pasado autoritario— y suscribir el triunfalismo capitalista en su versión nacional y modernizadora.

En este apartado analizo la reproducción de discursos críticos hacia el socialismo que expresan la complejidad del suelo categorial de la izquierda de fin de siglo. En general, repaso

²⁶⁴ De acuerdo con Patrick Iber, la guerra fría cultural en América Latina estuvo marcada por la tensión entre las prácticas intelectuales a favor de la libertad o la paz y su canalización en los grupos que operaban en este conflicto para Estados Unidos o la Unión Soviética. Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom*.

tres perspectivas de este clima intelectual. Comienzo con el discurso de la izquierda que vira a un socialismo democrático por vías también cercanas a otros consensos. Después, me ocupo de quienes tratan de conciliar el socialismo y la democracia todavía en los márgenes izquierdistas, especialmente con ciertos marcos teóricos en boga. Termino con un breve repaso de las posiciones que más insistieron en preservar el socialismo, al tratarse de un ideal previo a la experiencia soviética. Ahora bien, estas sólo son orientaciones: más que una distinción precisa, me interesa un aspecto más general, que es el dilema de una izquierda que se debate entre la incorporación de posiciones democráticas y liberales a su aparato crítico y la proximidad de estos discursos al paradigma modernizador.

El socialismo democrático y los criterios para una izquierda moderna

Al revisar los primeros números de *Nexos*, durante 1978, hay textos en los que se desliza todavía el lenguaje del marxismo y la izquierda más tradicional.²⁶⁵ En general, son colaboraciones de intelectuales extranjeros sobre temas latinoamericanos, un año antes de la revolución sandinista. Para finales de los ochenta, la exaltación de estas discusiones ha disminuido y las herramientas analíticas del marxismo sólo persisten en versiones más renovadas. Muchos intelectuales cercanos a *Nexos* habían contribuido a la crítica de su ortodoxia y habían importado otros aparatos analíticos.²⁶⁶ Desde diferentes trincheras, además, habían ido distanciándose del socialismo real: entre 1989 y 1992, el ejercicio crítico sobre la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS en el debate intelectual en América Latina ocurriría de forma notable en las revistas mexicanas.²⁶⁷

Sin embargo, el modo de entender ese pasado y relacionarse con él no fue homogéneo. Un primer ejemplo es el de intelectuales como José Woldenberg, acaso quienes más cuestionaron el talante autoritario del socialismo para tratar de encuadrarlo en las luchas democráticas y en otros paradigmas del fin de siglo. En agosto de 1989 Woldenberg publicaría en *Nexos* un artículo titulado “¿Qué queda del ideal socialista?”, interesante por dos cuestiones. En primera, el texto parte de un reclamo hecho en *Vuelta* a la falta de atención

²⁶⁵ Van Delden, “Conjunciones y disyunciones”, 108.

²⁶⁶ Incluso intelectuales marxistas de las primeras generaciones, aún formados en el materialismo dialéctico como el filósofo andaluz Adolfo Sánchez Vázquez, trataron de hacer un marxismo no dogmático. Véase Stefan Gandler, “Introducción. Del marxismo eurocéntrico al marxismo periférico”, en *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría* (México: FCE, 2007), 29-40.

²⁶⁷ Rafael Rojas, “De la crítica a la apología. La izquierda latinoamericana entre el neoliberalismo y el neopopulismo”, *Nueva Sociedad* 254 (mayo-junio 2013): 41.

en la prensa mexicana a los desplantes autoritarios en Cuba,²⁶⁸ lo que es un buen indicio del acercamiento en las posturas de algunos intelectuales. En segunda, aunque su tema es América Latina y refleja bien el desplazamiento de las polémicas sobre el socialismo hacia la región, es posible distinguir en sus argumentos una reflexión histórica más amplia sobre el pasado autoritario y el socialismo real en la URSS.

El silencio ante el autoritarismo cubano se explica, según Woldenberg, por el idilio entre la izquierda mexicana y la revolución en la isla, un vínculo con implicaciones profundas en tanto muestra la dependencia de la izquierda mexicana —y de las propuestas socialistas— de la imagen de referentes exteriores.²⁶⁹ A pesar de ser relativamente breve, el texto contiene entonces toda una interpretación histórica de la relación entre el socialismo real y la izquierda en el país. El núcleo del argumento es la difícil convivencia entre las organizaciones y partidos de izquierda con determinados centros rectores que, al autoproclamarse como las supuestas encarnaciones del socialismo, se convierten en modelos incuestionables. Woldenberg reconoce en la difusa categoría del internacionalismo el origen de esta práctica, cuya expresión más reciente sería el encantamiento con el régimen cubano en sustitución del dogmatismo soviético.

No es exagerada la importancia de este factor en la determinación de las identidades políticas: la posición en torno a Cuba era una de las principales líneas divisorias entre las corrientes de la izquierda. Por otra parte, el caso nos deja ver algunas de las tensiones al interior de este campo intelectual a partir de los cambios del fin de siglo, entre ellos una nueva orientación democrática: mientras los avances de la revolución cubana le daban algo de legitimidad frente a un amplio sector de la izquierda, Woldenberg denunciaba su falta de institucionalidad democrática —que desvirtuaría los logros socioeconómicos—, así como la dependencia de ciertas organizaciones de los éxitos de regímenes autoritarios. Si la búsqueda de la autonomía de lo social y la renovación democrática en la política de la izquierda europea se había nutrido del balance de las huelgas del 68 y la primavera de Praga, la izquierda mexicana también construiría su identidad democrática contra el socialismo real.

Asimismo, el cambio en los aparatos analíticos y los conceptos de la izquierda es clave. Woldenberg será uno de los principales difusores en el debate público de las categorías

²⁶⁸ Editorial, “Polonia, Hungría, China, Cuba”, *Vuelta* 153 (agosto de 1989).

²⁶⁹ José Woldenberg, “¿Qué queda del ideal socialista?”, *Nexos* 141 (agosto de 1989).

de la ciencia política de la época, especialmente aquellas desarrolladas por los teóricos del autoritarismo y los estudiosos de las transiciones a la democracia.²⁷⁰ No es fácil definir el legado de esta recepción. Dichas herramientas contribuyeron a una mejor comprensión de la política y a matizar el anticomunismo en el campo intelectual latinoamericano: trascender la dicotomía entre totalitarismo y democracia no sólo permitía entender casos como el régimen mexicano, sino también contener los influjos de la guerra fría en estas controversias.²⁷¹ En todo caso, también pudieron haber tenido efectos menos esperados: la fuerte carga normativa de estos estudios²⁷² permitiría desestimar gobiernos o tendencias políticas que no se ajustaran a lo que la ciencia dictaba sobre categorías como la democracia, lo que propició un marco de entendimiento cerrado.

La forma en la que Woldenberg caracteriza al régimen cubano —extremo verticalismo político, bloqueo a la libre expresión y circulación de ideas, intolerancia en diversos órdenes de la vida social— da cuenta de esta perspectiva académica y de la creciente importancia de las preocupaciones en torno a la libertad y los derechos en los dispositivos retóricos de la izquierda mexicana, un hecho notable para la lucha democrática. A la vez, refleja una delimitación algo rígida a los marcos de la democracia representativa, el paradigma de la modernización política en esos años. Esto era entendible desde el punto de vista de una izquierda que luchó durante décadas por la creación y la consolidación de un sistema electoral mínimamente confiable y contra la estratagema autoritaria de la democracia social,²⁷³ pero esto no evitaría que muchos de sus criterios se convirtieran en un parámetro

²⁷⁰ Esta es la época de entusiasmo por el clásico de Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1986). Hay que señalar que Woldenberg siempre discutió críticamente estos enfoques: en una presentación de O'Donnell en la Flacso, de hecho, cuestionó su tesis sobre la “democracia delegativa”. Dichos comentarios fueron publicados en José Woldenberg, “¿Un nuevo animal?”, *Nexos* (mayo de 1993).

²⁷¹ Además de la reconocida serie de O'Donnell y Schmitter, habría que mencionar a Juan Linz y Alfred Stepan, quienes introdujeron la noción de régimen post-totalitario. Véase Juan Linz y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1996).

²⁷² Aunque debatible, una crítica interesante a este aspecto de la transitología es la de William I. Robinson, *Promoting Polyarchy: Globalization, US Intervention, and Hegemony* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

²⁷³ Fue la crítica que Bartra le hizo a los intelectuales de izquierda más cercanos a la revolución, quienes aceptaron diferir las formalidades democráticas por su carácter “social”. Roger Bartra, *La democracia ausente* (México: Océano, 2000).

normativo para desacreditar reivindicaciones igualitarias que no se correspondieran con los esquemas de la teoría.²⁷⁴

No siempre de forma deliberada, así se formaría el tópico de una izquierda moderna y una anticuada, que se descalificaba con facilidad. Sería erróneo minimizar el acercamiento a posiciones más liberales por parte de intelectuales críticos de los utopismos en nombre de los cuales se cometían crímenes —se insiste mucho en esto en el artículo— o se retrasaba el establecimiento de una institucionalidad democrática concreta, mas esta perspectiva podía llegar a ser inflexible e incluso un tanto ahistórica.²⁷⁵ Woldenberg termina su texto con una suerte de *checklist* para distinguir a la izquierda democrática de la autoritaria: el culto a la violencia, la clase obrera como portadora del porvenir, las pretensiones de los partidos vanguardia y la referencia a países rectores del socialismo se asocian al segundo grupo. Aunque útil en un sentido analítico, en el espacio público bastaría invocar estos rasgos para ligar determinados discursos al pasado autoritario.

Democracia y socialismo desde los aparatos analíticos de la izquierda

Otros intelectuales tratarán de conjuntar socialismo y democracia sin abandonar del todo el horizonte utópico y con una noción democrática menos procedimental. Uno de los mejores ejemplos de esta tendencia es Carlos Pereyra. Referente de la renovación teórica de la izquierda en México y crítico del socialismo realmente existente desde las páginas de *Cuadernos políticos*, Pereyra realizará contribuciones muy originales al debate de izquierda en el fin de siglo a través de la revisión de categorías históricamente dadas por hecho. Pienso en sus reflexiones sobre la cuestión nacional como espacio de disputa y reivindicación

²⁷⁴ Se trata de un desplazamiento similar al que ocurrió en la noción preponderante de los derechos humanos de las últimas décadas, la cual asimiló las variantes de los derechos sociales y económicos sin la meta igualitaria que los caracterizó en las luchas del siglo XX. Véase Samuel Moyn, *Not Enough: Human Rights in an Unequal World* (Cambridge: Harvard University Press, 2018).

²⁷⁵ Lo vemos, por ejemplo, en los balances de la transición mexicana: pienso en la poca consideración del conflicto —incluso la violencia— en el desarrollo democrático o la omisión de la izquierda —salvo la mención de la campaña de Valentín Campa— para privilegiar la genealogía de las reformas electorales de los setenta. Ver José Woldenberg, *La construcción de la democracia* (México: Plaza y Janés, 2002) y José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México* (México: El Colegio de México, 2012), respectivamente.

popular,²⁷⁶ a contracorriente del marxismo más cercano a la crítica de la economía política desarrollada vía las lecturas post-68 de *El capital*.²⁷⁷

Más que mediante la descripción de un régimen en particular y sus acciones concretas, Pereyra revisará el socialismo y su pasado autoritario desde un espacio teórico-intelectual específico, el cual tiene algunos paralelismos con la línea del reclamo de lo político: Lefort o Castoriadis y los críticos de la tentación de lo totalitario en Francia, por mencionar a algunos exponentes. Por supuesto, el caso de Pereyra, como ocurre con la izquierda mexicana, tiene ciertos matices: mientras en Europa esta tendencia se confrontará con Althusser por sus pretensiones científicistas, el filósofo recurrirá al prisma althusseriano en su enfrentamiento con los conceptos del marxismo humanista basado en las filosofías del sujeto *à la Sartre*. Se trata de una cuestión importante, pues una de sus principales críticas al socialismo real se centrará en la noción del sujeto histórico: una secularización de tesis religiosas que sustituye al sujeto divino por la clase obrera, según Pereyra.²⁷⁸

Dicha crítica cumple dos propósitos: separar al movimiento socialista de su manifestación soviética y preparar el terreno para la conjunción entre socialismo y democracia que recorre su obra tardía.²⁷⁹ Es comprensible que sea en los ochenta, la etapa en la que se refleja su asimilación de Gramsci tras un periodo más cercano a Althusser, cuando formule con más claridad este argumento: de acuerdo con el filósofo, si el sujeto del movimiento socialista no era un sujeto de la historia ya dado —es decir, no estaba de antemano constituido—, y sin embargo se le reconocía cierta potencialidad como fuerza política transformadora, había que buscar la manera de impulsarla. Su originalidad radica en reconocer que esto sólo podría ocurrir en espacios democráticos, antes y después de la toma del poder. Democratización y socialismo serían dos caras del mismo proceso,²⁸⁰ con la sociedad civil como espacio de politización y de mediación de las luchas políticas.

²⁷⁶ Carlos Pereyra, “La dimensión nacional”, *Nexos* (agosto de 1981).

²⁷⁷ Sobre el debate de Pereyra con esta línea, y en particular con Bolívar Echeverría, véase Jaime Ortega, “La centralidad de la política: Carlos Pereyra, lector de Gramsci”, en *Gramsci en México*, coords. Diana Fuentes y Massimo Modonesi (México: UAM-UNAM-Itaca, 2020), 115-136.

²⁷⁸ Carlos Pereyra, “Conversación con Carlos Pereyra: La tentación de pensar la historia”, *Nexos* (noviembre de 1984). Véase también Carlos Pereyra, *El sujeto de la historia* (Madrid: Alianza Editorial, 1984).

²⁷⁹ Uno de los estudios más completos sobre su obra constata que sujeto político y democracia son los conceptos que articulan las preocupaciones teóricas de Pereyra. Luis Ángel Ortíz Palacios, *Teoría y política en la obra de Carlos Pereyra* (México: UNAM-Plaza y Valdés, 2001), 18. Sobre la segunda cuestión, evidentemente, la referencia es su obra póstuma: *Sobre la democracia* (México: Cal y Arena, 1990).

²⁸⁰ Carlos Pereyra, “Sobre la democracia”, *Nexos* (septiembre de 1982)

En términos teóricos, Pereyra se distanciaba aquí de las concepciones de la clase como dato económico,²⁸¹ así como de los elementos utópicos del socialismo y el régimen burocrático de la URSS. Aunque intelectuales como Woldenberg saludarían este aspecto de su obra por su consecuente defensa de la democracia²⁸² —en concordancia con la izquierda que buscaba modernizarse—, el reconocimiento de las formalidades democráticas se enmarca en un intento de definir la lucha socialista de acuerdo con las circunstancias históricas. En uno de sus últimos artículos publicados en *Nexos*, antes de su prematura muerte, Pereyra lo plantea como una problemática entre la “intencionalidad socialista” y los principios democráticos: es decir, la tendencia a pensar que el socialismo, como movimiento identificado con un núcleo mayoritario de la sociedad, es de suyo democrático, sin situar históricamente sus tareas.²⁸³

Contra la izquierda más doctrinaria Pereyra defiende, en este texto, la vía eurocomunista y socialdemócrata que comenzaba a expandirse. No obstante, su crítica a la “estatización de la sociedad” del socialismo burocrático y su orientación democrática no lo alejarán del ideal del proyecto socialista: la socialización de la economía y del poder político. Desde el liberalismo igualitario, autores como Claudio López-Guerra han lamentado este resabio,²⁸⁴ pero el contexto es importante: como lo he propuesto, la crítica al socialismo en el discurso de la izquierda enfrenta distintas paradojas en la medida en que aceptar su fracaso coloca a sus intelectuales en una posición difícil frente a las reformas modernizadoras de fines de siglo. Así como el reclamo democrático se liga a la desarticulación del corporativismo para no alinearse con la modernización,²⁸⁵ la revisión del socialismo de Pereyra se niega a abrazar todos los consensos emergentes en la época.

Esto explica parte de la importancia de la noción de hegemonía y la distinción entre la social y la política: más que de la dominación burguesa a nivel económico, social y cultural, Pereyra elaboró una crítica del dominio a través de la contención de la movilización con el

²⁸¹ Por eso algunos de los principales críticos de Pereyra fueron los discípulos de Ruy Mauro Marini y el dependientismo, aglutinados en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM.

²⁸² Véase José Woldenberg, “Pereyra y la democracia”, *Théoria. Revista del Colegio de filosofía* 19 (junio 2009): 3-5.

²⁸³ Carlos Pereyra, “Democracia y revolución”, *Nexos* (enero de 1986).

²⁸⁴ Claudio López-Guerra, “Socialismo, liberalismo y democracia”, en *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014)*, coord. José Antonio Aguilar Rivera (México: Taurus-CIDE, 2015), 307.

²⁸⁵ En la larga discusión sobre la democracia en México, este fue un rasgo distintivo de muchos intelectuales de *Nexos*. Gallegos Cruz, *La escritura de la democracia*, 142.

apoyo del aparato estatal y sus reglas, ya sea que se expresara en el régimen posrevolucionario o el soviético-burocrático. En cualquier caso, esta perspectiva trataba de revisar el pasado autoritario y algunas de las mitologías más caras al socialismo sin negar el ideal que lo sustentaba o la posibilidad de su proyecto: trascender la dicotomía entre socialismo y democracia sin suscribir las agendas de los regímenes modernizadores de los ochenta ni perpetuar el sometimiento popular al partido hegemónico. Tras la muerte de Pereyra y pese al reconocimiento del que goza su obra, la izquierda del fin de siglo privilegió otros aparatos analíticos en su giro democrático, frente a una orientación aún clásica.

Rescatar la memoria utópica: una lectura trotskista de la crisis socialista

Carlos Illades sostiene que hubo un déficit de reflexión en torno a la caída del socialismo y sus implicaciones para la izquierda en México. El historiador supone que la razón principal fue la apuesta de los intelectuales a la renovada ola de la revolución mexicana en las últimas décadas del siglo XX.²⁸⁶ Al explorar los números de *Nexos* en esta época, es cierto que escasean los balances del socialismo que no sean análisis de coyuntura y de temas puntuales como la economía. Una de las excepciones vino, irónicamente, de uno de los principales impulsores del neocardenismo: Adolfo Gilly, quien lo haría en una ponencia titulada “1989” —presentada en un coloquio internacional de la Universidad Autónoma Metropolitana—, la cual aparecería en *Nexos* en 1991. Sin duda, es una de las reflexiones más insistentes en la preservación de un socialismo desligado de su pasado autoritario, un discurso de connotaciones muy particulares en el fin de siglo mexicano.

Aunque algo marginalizada, esta fue una tesis defendida por varios núcleos. El ciclo de la influyente *Cuadernos políticos* cerraría con una editorial a propósito de la caída del muro de Berlín, escrita por Bolívar Echeverría, donde se afirmaba que si algo fracasó fue la figura enajenada del socialismo que usurpó su ideal, no la doctrina socialista como tal.²⁸⁷ Un argumento parecido lo había expuesto años antes Adolfo Sánchez Vázquez, al hablar de la

²⁸⁶ Carlos Illades citado en José Antonio Aguilar Rivera, “Antes de la derrota. La izquierda en el debate intelectual en México, 1968-1989”, *Nexos* (septiembre de 2012). Como señala Rafael Rojas, entre las notables excepciones se encuentra el libro de Enrique Semo, *Crónica de un derrumbe. Las revoluciones inconclusas en el Este* (México: Grijalbo-Proceso, 1991), con rasgos similares al análisis de Octavio Paz en *Pequeña crónica de grandes días*. Rojas, “De la crítica a la apología”, 102.

²⁸⁷ Bolívar Echeverría, “1989”, *Cuadernos políticos* 59/60 (enero-agosto 1990), 2-4.

dictadura burocrática como un fenómeno no asimilable a todo el ideal socialista.²⁸⁸ En general, Gilly postula la distinción entre el destino del socialismo como un ideal anterior al ciclo del comunismo soviético en los mismos términos: separando al socialismo de su versión burocrática.²⁸⁹ Su trayectoria intelectual, de hecho, calzaba bien con esta perspectiva: desarrollada en las posiciones de la revista *Coyoacán*, la influencia de los intelectuales del cono sur, el trotskismo de Mandel y la revolución antiburocrática.

Como puede verse, se trata de un marco intelectual peculiar: su principal parámetro crítico no venía de las corrientes teóricas más difundidas en la academia de la segunda mitad del siglo, como Althusser o Gramsci, sino de las interpretaciones trotskistas de la revolución y los debates al interior del marxismo soviético. Para Gilly, aun si admite el enriquecimiento que las teorías de izquierda habían conocido en los setenta, el ajuste de cuentas con el comunismo soviético y el estalinismo vendría por esta vía. Al ser una conferencia es un texto largo, aunque basta esta introducción para sintetizar su premisa: el movimiento socialista habría sido derrotado con la temprana represión a la disidencia —en las luchas de los años veinte y treinta— por la nueva clase dominante de la URSS. La larga historia de sujeción en nombre del comunismo habría sido el desarrollo de una política orquestada por esta clase —la clase burocrática—, que adoptó el membrete socialista sin suscribir sus ideales.

Pese a su sencillez, no es una visión acrítica ni ortodoxa: esta perspectiva también es un modo de orientar la lucha socialista en el cauce democrático. Desde su lectura de Rudolf Bahro sobre la transición al socialismo,²⁹⁰ Gilly había hecho de la determinación de las clases obreras frente a la burocracia la palanca para reanudar la revolución socialista.²⁹¹ Esta es la perspectiva que lo acompañará en su lectura sobre la caída del muro de Berlín, en la que recurre a *La revolución traicionada* de Trotsky como una síntesis de los debates del marxismo soviético temprano, que demostrarían que el mercado y la democracia ya habían sido planteados como correctivos a la planificación económica por esta corriente olvidada. La Glasnot y la Perestroika serían, para Gilly, la realización burocrática de esas viejas

²⁸⁸ Durante los ochenta, el filósofo publicó dos ensayos largos dedicados al tema en *Nexos*: “Ideal socialista y socialismo real”, *Nexos* (agosto 1981) y “Reexamen de la idea de socialismo”, *Nexos* (octubre 1985).

²⁸⁹ Adolfo Gilly, “1989”, *Nexos* (noviembre de 1991).

²⁹⁰ Rudolph Bahro, *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente* (España: Alianza Editorial, 1980 [1977]).

²⁹¹ Un texto sobre Bahro y esta cuestión aparece en Adolfo Gilly, “La transición socialista”, *Nexos* (julio de 1979). También es uno de los hilos argumentales en Adolfo Gilly, *Sacerdotes y burócratas* (México: Era, 1980).

demandas. Incluso hay ciertos paralelismos entre su crítica al socialismo nacional y la de Woldenberg a los Estados autoritarios como centros rectores del socialismo.

Ahora bien, el énfasis de Gilly está en la organización social contra el aparato burocrático: es decir, la recuperación del papel de la sociedad en la construcción del socialismo. Es una crítica del pasado autoritario donde la memoria obrera, propensa en el fin de siglo a abandonar el espacio público por otras modalidades del discurso memorial,²⁹² vuelve a adquirir protagonismo y se coloca más allá de la representación histórica del oficialismo soviético: Gilly reconoce la presencia del socialismo en Latinoamérica y sus rebeliones; los movimientos agrarios, sindicales y antimperialistas; en la lucha por el respeto al voto y la democracia. Sin recurrir aún al lenguaje de los estudios subalternos de su obra contemporánea, su conceptualización de la democracia remite, a diferencia del consenso de estos años, más a la identidad que a la modernización²⁹³: “el nombre de los movimientos de los pueblos para conquistar su derecho a gobernarse”.

Esta interpretación del socialismo parece eludir la asimilación a los discursos modernizadores,²⁹⁴ mas no al neocardenismo. A primera vista, esto se explica por una clara afinidad intelectual: la memoria utópica, un motivo que subyace a esa historia de rebelión contra el socialismo burocrático, quedaría inscrita en el caso mexicano en la irrupción de las masas en el sexenio de Cárdenas y los avances sociales de la revolución. En el fondo, también se trata de un conflicto histórico entre dos perspectivas que no se reducen a los intelectuales con los que las nombremos —si bien esto le da sus matices—: una polémica entre una posición que se centra en el margen de acción y el potencial emancipador en el pacto con el Estado mexicano del siglo XX y otra que enfatiza el problema de la dominación.²⁹⁵ Gilly

²⁹² Trasverso, *La historia como campo*, 293.

²⁹³ Así divide Eduardo Devés el pensamiento latinoamericano del siglo XX: entre una inclinación a lo identitario —paradigmas autónomos y autóctonos— y lo modernizador —adaptar modelos exteriores—. Si bien hay que matizar esta dicotomía, es sugerente interpretar la propuesta democrática de Gilly en este sentido. Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la Cepal al neoliberalismo (1950-1990)* (Buenos Aires: Biblos, 2003).

²⁹⁴ En su participación en el Coloquio de Invierno, de hecho, Gilly llamará la atención contra las tendencias al voto individual aislado y los peligros de la delegación de los intereses generales. Adolfo Gilly, “América Latina, abajo y afuera”, en *Coloquio de Invierno. Las américas en el horizonte del cambio II* (México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992), 106-118.

²⁹⁵ Lo plasmaría Gilly en *El cardenismo: una utopía mexicana* (México: Cal y Arena, 1994).

oscilará entre ambas perspectivas, pero desde *La revolución interrumpida* su aparato analítico se mostraba más próximo a la primera.²⁹⁶

La discusión sobre liberalismo y socialismo en el Coloquio de Invierno

Entre los temas internacionales del Coloquio de Invierno, la globalización y la democracia en América Latina ocuparon un lugar destacado. Por esta razón, es interesante que buena parte de las reflexiones sobre el rol del socialismo en una nueva época vinieran de los intelectuales mexicanos, quienes debieron identificar en este dilema una expresión general de las contradicciones que enfrentaba la izquierda nacional. Encargado de abrir el evento sobre la situación mundial, las palabras de Carlos Fuentes ilustran bien la complejidad del fin de siglo: el escritor condena tanto el intervencionismo soviético como los saldos del anticomunismo durante la guerra fría, por lo que invita a trascenderlos.²⁹⁷ Sus referentes dicen mucho de este ánimo: sobresale la sociedad civil del Este de Europa, entendida desde el prisma de la antipolítica de Gyorgy Konrad. También el programa: Fuentes sugiere partir de un punto medio, limitar tanto al Estado como al mercado.

Como menciona Illades, la consigna del novelista podría resumirse así: ni Karl Marx ni Adam Smith.²⁹⁸ Por práctica que parezca, no obstante, esta síntesis no será sencilla: como lo muestran otras conferencias del coloquio, a pesar del pasado autoritario la caída socialista no supone la aceptación inmediata de las corrientes triunfantes. El alegato más convincente es el de Eric Hobsbawm, escéptico de los binomios como tiranía-libertad o totalitarismo-democracia y la caracterización del comunismo y el libre mercado bajo esos parámetros. Al refutar el falso dilema entre un mercado del todo desregulado y un Estado con control absoluto —una quimera abandonada desde los cincuenta— el historiador sugeriría que la diferencia entre ambas visiones seguiría siendo la cuestión del capitalismo.²⁹⁹

²⁹⁶ Una actualización interesante de este debate, en donde Gilly y Revueltas aparecen como dos antecedentes, la hace Joel Ortega, “Estudios gramscianos sobre hegemonía, Estado y subalternidad (2000-2018)”, en *Gramsci en México*, coords. Diana Fuentes y Massimo Modonesi (México: UAM-UNAM-Itaca, 2020), 249-269.

²⁹⁷ Carlos Fuentes, “La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial”, en *Coloquio de invierno I. La situación mundial y la democracia* (México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992), 23-25.

²⁹⁸ Illades, *El marxismo en México*, 282.

²⁹⁹ Eric J. Hobsbawm, “Crisis de la ideología, la cultura y la civilización”, en *Coloquio de Invierno. Las américas en el horizonte del cambio II* (México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992), 58-60.

Las consecuencias de esta postura no son menores: una vez admitido que ni la planeación es exclusiva de la economía socialista, ni el mercado está peleado con las empresas administradas públicamente, debe haber algo que distinga al socialismo de corrientes a las que Hobsbawm se refiere como liberalismo keynesiano o mercadismo social. Ese rasgo distintivo residiría en una convicción: negarse a creer que los aspectos nocivos del capitalismo desregulado pueden corregirse o mitigarse a través de determinadas políticas públicas. Diría Hobsbawm que el socialismo se caracterizaría por considerar que los efectos antisociales del capitalismo son inherentes al sistema: frente a esos problemas, insuperables por serle constitutivos, el horizonte socialista estaría en la búsqueda de un ejercicio de control “más sistemático y permanente del libre objetivo de los intereses privados.”³⁰⁰

Dicha premisa resonará en el discurso de algunos intelectuales mexicanos, enfrentados al doble agotamiento del paradigma nacionalista revolucionario y el socialista. Rolando Cordera afirmarí­a que el tema central del debate no era la asimilación de una corriente por la otra, sino la propia vigencia de las dos grandes ideologías de la modernidad y su posible combinación. Al socialismo lo distinguiría aún la imaginación de un orden diferente —algo connatural a la crítica del presente—, bajo ciertos límites de viabilidad: “un movimiento dentro del capitalismo, como una crítica y una acción colectiva que, en su despliegue, cambia o puede cambiar los términos de intercambio entre los agentes económicos y sociales y la morfología de las clases mismas”.³⁰¹

Frente a la imposibilidad de superar los problemas centrales que el socialismo se había propuesto abolir, los reclamos de equidad e igualación de oportunidades, así como la búsqueda de una sensibilidad cultural solidaria, definirían su espacio de acción. Sin utilizar el lenguaje del posmarxismo, poco próspero en México, se trata de una postura similar a las reflexiones sobre liberalismo y socialismo de Chantal Mouffe en los noventa: una suerte de democratización de las relaciones sociales al interior de las instituciones políticas liberales.³⁰² El problema es que en el contexto mexicano la cercanía con los consensos ganadores sería especialmente problemática: como plantea Devés, aunque es incorrecto confundir los

³⁰⁰ Hobsbawm, “Crisis de la ideología”, 63. Es una tesis similar a la del socialismo como “salvador” del capitalismo tras la 2GM en su *Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991* (New York: Vintage, 1995).

³⁰¹ Rolando Cordera, “Socialismo y liberalismo: ¿química o alquimia?”, en *Coloquio de invierno I. La situación mundial y la democracia* (México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992), 71.

³⁰² Chantal Mouffe, “Toward a Liberal Socialism?”, *Dissent* (winter 1993): 81-83.

liberalismos latinoamericanos con el neoliberalismo, cuyo economicismo y fe en el mercado marca una distancia enorme,³⁰³ ambos suelen suscribir una propuesta modernizadora, que en el fin de siglo era difícil de conciliar con la cuestión social.

Esta última no se abandonó: intelectuales como Aguilar Camín reconocerán el problema de la desigualdad; otros, como Woldenberg, serán firmes críticos de las visiones más estrechas del liberalismo.³⁰⁴ No obstante, la inevitable crítica al socialismo y la necesidad de una renovación discursiva sume a la izquierda mexicana en una situación paradójica. No es sólo que los lenguajes de sus intelectuales se acerquen al de la modernización o al del viejo nacionalismo revolucionario, sino la configuración del espacio público y un factor histórico poco atendido: la carencia de una prensa partidista fuerte en la izquierda, fundamental para entender los límites de la autonomía de su discurso y algunas de sus tendencias y decisiones.³⁰⁵ En el fin de siglo, sus representantes más destacados parecen debatirse entre ser el ala izquierda del PRI tradicional y autoritario o de un liberalismo más acotado al campo cultural y alejado de las preocupaciones sociales.

SECCIÓN 3: LA CRÍTICA AL MARXISMO Y A LA IDEOLOGÍA EN *VUELTA* Y LAS VIRTUDES DE LA MODERACIÓN

El concepto de totalitarismo no sólo se utilizó como una etiqueta a modo para algunas experiencias políticas del siglo XX: al mismo tiempo, como apunta Warren Breckman, se mezcló con la crítica a los sistemas de pensamiento totalizadores o a la categoría filosófica de totalidad.³⁰⁶ Por lo tanto, en el debate intelectual la caída de las alternativas socialistas fue un proceso paralelo a una nueva revisión del marxismo por parte de sus partidarios y detractores. Los intelectuales de *Vuelta* ya habían avanzado esta crítica en años anteriores, es cierto, pero rumbo a fines de siglo sus cuestionamientos al pensamiento marxista tienen una

³⁰³ Devés, *El pensamiento latinoamericano*, 278-280.

³⁰⁴ En un balance de la obra de Enrique Krauze, a la que juzga positivamente por su contribución democrática, señala su escepticismo respecto a la premisa del liberalismo “incontaminado” que a veces encuentra en sus posturas. Woldenberg aboga por rescatar otras tradiciones, incluso el socialismo –democrático–. José Woldenberg, “Krauze: ensayista liberal”, *Revista de la Universidad de México* (enero 2017): 17-22. También concluye con un planteamiento similar en Woldenberg, “Liberalismo e izquierda”, 113.

³⁰⁵ El apunte es de Ariel Rodríguez Kuri, *Historia mínima de las izquierdas en México* (México: El Colegio de México, 2021), 135.

³⁰⁶ Warren Breckman, “The Return of the King: Hegelianism and Post-Marxism in Zizek and Nancy”, en *The Modernist Imagination. Intellectual History and Critical Theory. Essays in honor of Martin Jay*, eds. Warren Breckman et al. (New York: Berghahn Books, 2009), 120.

particularidad: en el reconocimiento de su crisis se advierte una creciente desconfianza hacia la propia noción de ideología. No hay una discusión abierta sobre el concepto, de por sí elusivo, sino más bien una tendencia a sospechar del compromiso con determinados sistemas de ideas, sobre todo los asociados al marxismo y a la izquierda.

Parece contradictorio que en una época tan politizada la adscripción ideológica genere tal controversia. No obstante, para sortear la tensión entre la sujeción del intelectual a la ideología y la necesidad del ejercicio crítico se parte de una premisa implícita: mientras se denuncia la complicidad de ciertos sistemas de pensamiento con la experiencia totalitaria, se construye un consenso sobre las virtudes de la moderación asociadas al liberalismo. Este momento liberal del México de los noventa ha sido entendido de dos formas: como una transición funcional al neoliberalismo o como una recuperación histórica del liberalismo mexicano en el debate público, en el marco de la democratización.³⁰⁷ Lo que me interesa es leer este consenso desde una perspectiva que, me parece, nos permite entenderlo sin asociarlo del todo al auge del neoliberalismo ni desprenderlo del clima intelectual de las políticas de modernización de las últimas décadas del siglo pasado.

El consenso liberal no tiene un sentido unívoco: lejos de constituir un cuerpo homogéneo, sistemático, el acercamiento a posiciones más liberales en el campo intelectual mexicano da cuenta de diversas problemáticas. En particular, me enfoco en el paso a una era que podría denominarse posideológica: donde el conflicto político no ha cesado, sólo que el mecanismo del cambio se ha alejado del determinismo marxista para instalarse en acuerdos más pragmáticos. Si esta aproximación al liberalismo le permite a los intelectuales denunciar el dogmatismo, tendrá a la vez otras implicaciones en el contexto del discurso modernizador: por una parte, su indefinición posibilita respaldar este proyecto sin comprometerse necesariamente con él; por otro lado, se convierte en un arma contra ciertas tendencias de izquierda las cuales se comienzan a asociar, a veces con ligereza, al totalitarismo soviético o al autoritarismo en México y América Latina.

Vuelta fue, sin duda, uno de los bastiones de la recuperación del liberalismo en México, mas este rasgo de su perfil intelectual tiene que atenderse no sólo en un plano nacional. Para comprender con mayor profundidad los modos de articulación del liberalismo

³⁰⁷ Véase Lemus, *La nación está en otra parte*, 109-120 y José Antonio Aguilar Rivera, “Después del consenso: el liberalismo en México (1990-2012)”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* LVIII, 218 (mayo-agosto 2013): 19-52, respectivamente.

en la revista a fines de siglo, y su relación con el trasfondo de la modernización mexicana, reviso primero los antecedentes de las críticas al marxismo y a la ideología en la publicación. Enseguida, hago un repaso parcial de la búsqueda de una genealogía intelectual liberal por parte de algunos de sus colaboradores, con énfasis en la oposición al extremismo ideológico y el carácter defensivo de algunas de sus expresiones. Termino con una breve reflexión sobre el papel del concepto de libertad en el aparato crítico de este grupo de intelectuales, centrada en su rol como el eje de un compromiso crítico que estaría por encima de las ideologías o los dogmatismos de izquierda y derecha.

Contra la ideología: las críticas al marxismo en *Vuelta*

Desde los años setenta, los intelectuales de *Vuelta* habían polemizado con el marxismo. En parte, era una consecuencia natural de algunas controversias políticas. La tensión entre los intelectuales liberales y la izquierda pro-soviética o acrítica con el régimen cubano había aumentado en la región en estos años, con la guerra fría cultural como telón de fondo. Ese es el contexto del duro intercambio entre el consejo de redacción de *Vuelta* y los intelectuales que habían comenzado a colaborar en *Plural* a escasos meses del golpe a *Excelsior* en 1977, como Roberto Fernández Retamar, Mario Benedetti y Ernesto Cardenal.³⁰⁸ Durante su paso por esta última revista, el círculo intelectual de *Vuelta* había discutido de forma vehemente con el marxismo y la intelectualidad de izquierda, y esta distancia no haría más que incrementarse.

Por otro lado, estas discrepancias forman parte de un proceso más amplio, ligado al contacto con distintas esferas intelectuales: la revuelta contra el marxismo encabezada en Francia por los *nouveaux philosophes*, por ejemplo, será saludada por Gabriel Zaid con un artículo sobre la ironía de que sea en París, la otrora capital marxista, donde se despida a Marx.³⁰⁹ Casi una década después, a finales de los ochenta, las críticas al marxismo regresarían al debate intelectual mexicano: como parte de un resurgimiento liberal en la vida intelectual del país y a la vez como complemento del renovado discurso antitotalitario. Un texto algo olvidado, aunque revelador, es el cuento satírico de Leszek Kolakowski que se

³⁰⁸ En una nota editorial, los intelectuales de *Vuelta* criticarían la falta de solidaridad de los nuevos colaboradores de *Plural* tras el golpe. Para dar una idea del tono de la crítica, se les llama “esquirolas marxistas”, al ser figuras reconocidas de la izquierda latinoamericana. Editorial, “El pase de *Plural*”, *Vuelta* 13 (diciembre de 1977).

³⁰⁹ Gabriel Zaid, “De cómo vino Marx y cómo se fue”, *Vuelta* 15 (febrero de 1978), 45-46.

publica en *Vuelta* en 1988: “La leyenda del emperador Kennedy”, un relato ingenioso, si bien caricaturesco, sobre las grandes corrientes teóricas del siglo XX —el psicoanálisis freudiano, el estructuralismo y el marxismo, por supuesto—. ³¹⁰

En general, como señala Malva Flores, la desconfianza hacia las ideologías fue siempre un rasgo característico de *Vuelta*, que las consideraba “nuevas iglesias”. ³¹¹ La metáfora religiosa no es en vano: de hecho, será uno de los núcleos de la caracterización negativa del marxismo y de ciertos compromisos ideológicos. Si en las representaciones convencionales del totalitarismo la ideología es una especie de sistema históricamente cerrado, y por ello sirve para justificar cualquier acción del régimen, en el caso de la militancia a la ideología se le compara con la profesión de fe. La entrevista de Krauze a Kolakowski sobre el declive de las corrientes marxistas ilustra bien este tópico: aunque el filósofo desestima una analogía total entre marxismo y religión —Krauze lo vinculaba con el cristianismo medieval—, sí los compara en un sentido funcional: como un sistema mental invulnerable que opera en un sentido parecido al de la fe religiosa. ³¹²

Hay paralelismos claros entre este tipo de analogías y la recuperación del concepto de religión secular en el temprano siglo XX, una de las fuentes más reconocibles de la crítica liberal al marxismo. Usualmente, el término se ha asociado a Raymond Aron quien, antes de su crítica a la intelectualidad marxista en *El opio de los intelectuales*, lo utilizaría en un artículo menos conocido publicado en *La France libre* en 1944. ³¹³ Sin embargo, como lo muestra Iain Stewart en su amplia biografía del sociólogo francés, la metáfora religiosa aplicada al marxismo se había establecido en el debate público en Europa desde los años treinta, en el auge de las discusiones sobre las peculiaridades del fascismo y el comunismo propias del clima de entreguerras. ³¹⁴ De modo que no es sorprendente que este tipo de alusiones religiosas, con fines más polémicos que descriptivos, reaparecieran con frecuencia en el México de fin de siglo.

³¹⁰ Leszek Kolakowski, “La leyenda del emperador Kennedy”, *Vuelta* 136 (marzo de 1988), 24-27.

³¹¹ Flores, *Viaje de Vuelta*, 137.

³¹² Leszek Kolakowski, “La noche del marxismo”, *Vuelta* 101 (abril de 1985).

³¹³ El artículo puede encontrarse en Raymond Aron, “L’avenir des religions séculières”, *Chroniques de guerre* (Paris: Gallimard, 1990), 925-944.

³¹⁴ Stewart cita a intelectuales diversos como el filósofo alemán Eric Vogelín, impulsor del concepto de “religión política”, o incluso el influyente crítico literario francés Albert Thibaudet. Más recientemente ha explorado esta perspectiva el historiador italiano del fascismo, Emilio Gentile. Iain Stewart, *Raymond Aron and Liberal Thought in the Twentieth Century* (New York: Cambridge University Press, 2020), 97.

Aunque este tópico se utilizará sobre todo contra el marxismo, se extenderá a los debates con la izquierda mexicana en general. Un ejemplo claro es el artículo “Nuevas inquisiciones”, de Enrique Krauze, escrito en uno de los puntos más álgidos de la polémica por el Coloquio de Invierno. Ya me he referido a este texto, centrado en la tesis sobre la causalidad entre la herencia colonial y el dogmatismo en el debate intelectual mexicano. Lo que ahora quiero subrayar son sus alusiones al componente religioso del compromiso de izquierda. Krauze critica el lugar que ocupan ciertos “textos sagrados” en la vida nacional, como la constitución de 1917 o las obras del marxismo universitario, a las que compara con la *Summa theologica*. El símil llega a ser más explícito —un apartado se titula “La iglesia de izquierda”— y el tono del artículo es bastante combativo: “la exacerbación ideológica es la enfermedad senil de nuestra izquierda”.³¹⁵

Que la crítica al marxismo tenga tanta importancia en el discurso intelectual de la época es entendible: aunque se puede debatir su resonancia en la esfera pública, estaba muy presente en la vida intelectual a través de revistas y una amplia literatura de ciencias sociales. Lo interesante es, en todo caso, el trasfondo de la discusión: en pleno renacimiento del discurso antitotalitario, términos tan diversos como marxismo y utopismo se hacen indistinguibles del totalitarismo, para polemizar.³¹⁶ Acaso el concepto clave en el debate mexicano sea el de ideología, que se vuelve la forma de caracterizar negativamente a determinados compromisos críticos. En los años cincuenta, en el contexto de la política económica de posguerra, la tesis del fin de las ideologías redefinía el debate intelectual: desplazado el conflicto de clases del horizonte político, instancias como el *Congress for Cultural Freedom* promoverían este argumento para desacreditar al comunismo.³¹⁷

De esta circunstancia provendrían algunas de las visiones más autocomplacientes de la democracia liberal occidental, como las de los primeros teóricos de la modernización.³¹⁸ En el fin de siglo hay un escenario similar. Aunque no todos los intelectuales reproducirán esas perspectivas, los impulsores del tópico de la ideología suponen que el compromiso

³¹⁵ Enrique Krauze, “Nuevas inquisiciones”, *Vuelta* 185 (abril de 1992), 17.

³¹⁶ Véase Russel Jacoby, *Picture Imperfect: Utopian Thought for an Anti-Utopian Age* (New York: Columbia University Press, 2005), en especial las críticas a los conceptos de historicismo e ideología en Popper y Arendt, en el capítulo “On Anti-Utopianism: More or Less”, 37-82.

³¹⁷ Giles Scott-Smith, “The Congress for Cultural Freedom, the end of ideology and the 1955 Milan conference: defining the parameters of discourse”, *Journal of Contemporary History* 37 (July 2002): 437-455.

³¹⁸ Seymour M. Lipset, *Political Man: The Social Basis of Politics* (New York: Doubleday, 1963).

liberal no es ideológico: al contrario, este se construye con las virtudes opuestas del pragmatismo y la moderación, así como una postura defensiva frente a las ideas y formas de intervención intelectual que tratarían de cuestionar lo establecido. Pocos lo reconocen explícitamente, mas este consenso tiene afinidades con la reactivación del discurso modernizador en México, sobre todo en dos aspectos: al vincular a sus críticos con las desgastadas ideologías y el dogmatismo que conllevan, y al definirse a partir de valores que calzan bien con el oficialismo de la época.

El liberalismo defensivo y una genealogía intelectual contra el extremismo

La construcción de una genealogía intelectual alternativa será indispensable en este contexto y sus referentes se buscan en el liberalismo. Ciertamente, este último se entiende de forma heterogénea,³¹⁹ pero hay algunas premisas reconocibles —aunque esto implique hacer una revisión algo selectiva—. Me enfoco sobre todo en el impulso a un liberalismo negativo que prolonga ciertas tendencias de la guerra fría: en particular, el temperamento defensivo y lo que Judith Shklar llama el liberalismo del miedo, que no es una teoría sistemática sino cierta sensibilidad, incluso moralismo político.³²⁰ Las viejas críticas a la filosofía de la historia marxista, la defensa del pluralismo epistemológico y de la virtud de la prudencia en la política se dirigen ahora contra nuevas expresiones del pensamiento de izquierda. A la vez, conforman la base de la apología de la moderación liberal.

Una referencia notable es la de Raymond Aron, figura constante en *Vuelta*³²¹ y cada vez más asentada en el campo intelectual francés en estos años.³²² Para intelectuales cercanos a la revista, como José Guilherme Merquior, la reivindicación del pensamiento aroniano ofrecía la posibilidad de recuperar una tradición liberal en América Latina que rivalizara con la larga influencia del compromiso sartreano.³²³ La tesis de Merquior parte, en general, del

³¹⁹ Ya hemos visto que Octavio Paz, por ejemplo, solía aludir sobre todo a escritores.

³²⁰ Jan-Werner Müller, “Fear and Freedom: On Cold War Liberalism”, *European Journal of Political Theory* 7, no. 1 (January 2008): 59.

³²¹ Aunque a raíz de la veta antimperialista de la revista no se compartían todas sus posiciones, su antiutopismo y compromiso liberal fue muy valorado tanto en *Plural* como en *Vuelta*: véase Maarten Van Delden, “Mirando hacia París: la presencia del debate intelectual francés en la revista *Plural* de Octavio Paz”, en *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, coord. Aimer Granados (México: UAM Cuajimalpa-Juan Pablos Editor, 2012), 195-207.

³²² Emile Chabal, “In the shadow of Raymond Aron: the ‘liberal revival’ of the 1980s”, *A Divided Republic: Nation, State, and Citizenship in Contemporary France* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015), 138.

³²³ José Guilherme Merquior, “Raymond Aron desde América del Sur: un liberalismo diferente”, *Vuelta* 138 (mayo de 1988), 61-64.

mecanismo histórico común en la época: una mitología retrospectiva en la que, si el régimen liberal había sorteado la caída de los fascismos y el socialismo autoritario, la figura de Aron habría hecho algo similar en el plano intelectual, al sobreponerse a la polarización ideológica de la guerra fría y a las reinenciones del utopismo revolucionario. Este triunfalismo se sustenta en la virtud del carácter moderador del liberalismo,³²⁴ que lo habría hecho resistir tanto al marxismo como al ultralibertarismo económico.

Al pensar desde América Latina, la obra de Merquior buscó trazar un horizonte político que conjuntara la defensa de la libertad individual con los derechos sociales: aquí, su referencia es el Aron del *Essai sur les libertés* de 1965, como lo serían Bobbio o el doctrinarismo francés en su póstumo *Liberalismo viejo y nuevo*.³²⁵ No obstante, el brasileño reconoce en esta empresa otra intención, que es el combate a ciertas pautas que le parecen inherentes al problema social en la región: la pasión política —la política como destino, en palabras de Malraux— y el entusiasmo por las ideas marxistas. De suerte que, aunque Merquior también tenía en mente al neoliberalismo ingenuo al plantear la asimilación de la cuestión social por el liberalismo,³²⁶ la celebración de la prudencia política se utiliza para atribuirle al marxismo latinoamericano un extremismo ideológico casi intrínseco.

Esto conduce a una postura defensiva que es evidente en las controversias contra algunas de las corrientes teóricas de la segunda mitad del siglo: una actualización de la *politics of knowledge* de los liberales de guerra fría más representativos, como Popper, Berlin y el mismo Aron. La denuncia de la religión secular y la semilla totalitaria del marxismo se transfirió a la epistemología de la teoría de posguerra, tan popular entre la intelectualidad de izquierda. En el caso de Merquior, para seguir con el brasileño, esta querrela adquiere el matiz de una defensa del proyecto cultural de la modernidad frente a lo que denomina el irracionalismo contemporáneo, pero sus propias fuentes dan cuenta de su talante predominantemente polémico. Recurre, por ejemplo, a críticos de la tradición franco-

³²⁴ También en la izquierda nociones como la responsabilidad adquirirían un prestigio notable, como polo opuesto del desvirtuado compromiso. Véanse, de Tony Judt, *Past Imperfect: French Intellectuals, 1944-1956* (California: University of California Press, 1992) o *The Burden of Responsibility: Blum, Aron, Camus, and the Twentieth French Century* (Chicago: Chicago University Press, 1998).

³²⁵ José Guilherme Merquior, *Liberalismo viejo y nuevo* (México: FCE, 1993).

³²⁶ Por ejemplo, en José Guilherme Merquior, *O argumento liberal* (Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1983).

germana como Jacques Bouveresse,³²⁷ a cuya lucha contra las modas intelectuales de los setenta se le da un carácter heroico algo discutible.

Dicha épica descansa en una visión sesgada de la filosofía francesa de los setenta que la reduce a una suerte de “heideggerianismo galo”.³²⁸ La denuncia de Merquior sigue esta diatriba contra las influencias irracionales de Nietzsche y Heidegger en la teoría y el campo de las humanidades de la segunda mitad del siglo, al tiempo que reivindica algunas de las críticas liberales más decididas hacia el estructuralismo y la deconstrucción.³²⁹ Es indudable que esta línea está en sintonía con las propias posturas de los intelectuales de *Vuelta* en relación con los excesos de la teoría y otros rasgos de la academia de la época. Lo más notable, sin embargo, es el rol que cumple el reclamo de la desintoxicación teórica en el resurgimiento liberal, al dar pie a la necesidad de un carácter defensivo frente a la cultura iliberal asociada a la filosofía radical de la época, a la que se le opone la recuperación del humanismo occidental más tradicional.

La revista publicará en septiembre de 1988 un número especial dedicado al *affaire* Heidegger donde encontramos ecos de esta posición. En general, la editorial de esta edición —en la que se habla del nexo entre pensadores distinguidos y los sistemas totalitarios—³³⁰ sigue la tendencia a hacer de ciertas teorías o motivos intelectuales una causa de los totalitarismos, reanimada por la controversia que provocó la publicación de *Heidegger et le nazisme* de Víctor Farías en 1987. Autoras como Kristin Ross han cuestionado la equivalencia a la que he aludido entre la categoría de totalidad y el totalitarismo que está en la base de las denuncias más mediáticas a ciertos sistemas de pensamiento, cuyo efecto fue ligar de manera ingenua las tentativas de cambio social al Gulag.³³¹ No sólo la nota introductoria a este número da indicios de la misma confusión, sino que esta aparece aun en las críticas más sofisticadas de colaboradores como Tzvetan Todorov.

³²⁷ José Guilherme Merquior, “El logocidio occidental”, *Vuelta* 149 (abril de 1989), 7. La referencia es Jacques Bouveresse, *Le Philosophe chez les Autophages* (Paris: Éditions de Minuit, 1984).

³²⁸ Para una crítica de esta perspectiva véase Alan D. Schrift, “Is There Such a Thing as ‘French Philosophy’ or Why Do We Read the French So Badly?”, *After the Deluge: New Perspectives on the Intellectual and Cultural History of Postwar France*, ed. Julian Bourg (Maryland: Lexington Books, 2004), 21-47.

³²⁹ Frederick Crews, *Skeptical Engagements* (New York: Oxford University Press, 1986) y Thomas Pavel, *Le mirage linguistique: essai sur la modernization intellectuelle* (Paris, Minuit, 1988), por ejemplo.

³³⁰ *Vuelta*, “El experimento del Doctor Heidegger”, *Vuelta* 142 (septiembre de 1988), 50.

³³¹ Kristin Ross, *May '68 and Its Afterlives* (Chicago: University of Chicago Press, 2002), 170.

Este último publicaría un texto cuyo argumento central es que la relación entre la intelectualidad y este tipo de regímenes, entre un Heidegger y el nazismo, no es excepcional, sino la regla del siglo XX.³³² Todorov parte de una tesis sugerida por Luc Ferry y Alain Renaut en su *Heidegger et les modernes* de 1988: la propensión de los intelectuales a entender la crítica como una crítica de los valores constituidos. Por ejemplo, el heideggerianismo de izquierda sería el relevo del marxismo como crítica de lo constituido: es decir, de los valores de la democracia y la modernidad.³³³ Es sintomático que, aun sin caer en el paralelismo absoluto entre totalidad como categoría filosófica y totalitarismo, Todorov sancione la exploración del espacio entre ideal y realidad, un motivo del pensamiento crítico que se representa como una vía intelectual hacia la destrucción totalitaria.³³⁴

Para no proponer una renuncia a la crítica, Todorov sugiere que el intelectual la ejerza desde otra posición: la de la modernidad y la del proyecto democrático. Una suerte de sensibilidad posttotalitaria que, no obstante, sigue el mismo patrón defensivo de cierto liberalismo de fin de siglo, que establece un vínculo directo entre determinadas posiciones intelectuales y las violencias del siglo XX para desacreditarlas con facilidad.³³⁵ Como ha señalado Richard Wolin, uno de los límites de este liberalismo ha sido eludir esa tensión entre lo ideal y lo real: creer que el ideal —la democracia, por ejemplo— está encarnado por completo en las instituciones, lo que en los ochenta pudo traslapar el fortalecimiento de la tradición liberal, sin duda desestimada en décadas anteriores, con el apoyo a las políticas de modernización en boga en diferentes países.³³⁶

³³² Tzvetan Todorov, “Los intelectuales y la tentación del totalitarismo”, *Vuelta* 142 (septiembre de 1988), 65-67.

³³³ En esa línea, Merquior culminaría su artículo sobre el tema —por lo demás, muy sugerente— enfatizando que Heidegger era irreconciliable con los valores de la libertad. José Guilherme Merquior, “Heidegger: más allá del nazismo”, *Vuelta* 142 (septiembre de 1988), 58-61.

³³⁴ Juan María Alponete suscribiría los ataques de Popper hacia Hegel como el iniciador de la “era de la deshonestidad” en la filosofía. Desde una noción de ideología entendida llanamente como “desapego de la realidad”, Popper denuncia el culto a las ideas abstractas del marxismo, cuya presencia en la academia constituye, para Alponete, una “ocupación *totalitaria* del territorio intelectual”. Juan María Alponete, “Ética y desarrollo, ética y política” *Vuelta* 166 (septiembre de 1990), 46-47. Énfasis mío.

³³⁵ Vargas Llosa, por ejemplo, se refiere al legado del momento libertario de fin de siglo como “el cuestionamiento del autoritarismo ideológico y el marxismo”. Mario Vargas Llosa, “Liberalismo y política”, *Vuelta* 144 (noviembre de 1988), 31.

³³⁶ Richard Wolin, “Antihumanism in the Discourse of French Postwar Theory”, *Labyrinths: Explorations in the Critical History of Ideas* (Massachusetts: University of Massachusetts Press, 1995). Edición electrónica.

La libertad como categoría no ideológica

Estas tensiones se reflejan en el propio concepto de libertad, tan importante en el aparato crítico de *Vuelta*. De nuevo, no se trata de una categoría cerrada, aunque en una primera aproximación destaca cierto reduccionismo economicista. En el número dedicado a América Latina, en febrero de 1989, Mario Vargas Llosa haría un llamado a acompañar el proceso de democratización, cada vez más extendido en la región, con la modernización del campo económico.³³⁷ El concepto de libertad tendría un papel clave en la argumentación de intelectuales como Vargas Llosa para impulsar esta propuesta: el novelista lo utiliza, entre otras cosas, para caricaturizar a la teoría de la dependencia, a la que se refiere como la teoría del “miedo pánico a la libertad”.³³⁸ Desde esta perspectiva, esta última se vincula excesivamente a la libertad económica. En el Encuentro *Vuelta*, también Jorge Semprún sugeriría que el respeto al mercado es la base de la libertad.³³⁹

Rafael Rojas ha estudiado este proceso de confusión entre democracia y mercado en algunos intelectuales latinoamericanos en el fin de siglo: una simplificación de las teorías de Friedrich Hayek y Milton Friedman aplicadas a la región.³⁴⁰ Otra forma de articular el concepto, también muy reconocida, es desde la noción de la libertad negativa. En una crónica sobre la transición en República Checa, Enrique Krauze advertía que uno de los retos más importantes para la era postcomunista en Europa del Este sería el paso de la libertad positiva, libertad para, a la libertad negativa, libertad de.³⁴¹ Esta distinción, popularizada por Isaiah Berlin y muy anclada al contexto de la guerra fría, tendrá una amplia circulación en la órbita intelectual de *Vuelta*, e innegablemente el carácter defensivo del liberalismo de fin de siglo debe mucho a este concepto.³⁴²

³³⁷ Aunque en sus ensayos literarios la libertad se relaciona con el desarrollo de la creatividad, también hay en ellos una defensa férrea del individualismo que en sus textos políticos tiende a equipararla con el mercado: véase Mario Vargas Llosa, *La cultura de la libertad, la libertad de la cultura* (Santiago de Chile: Fundación Eduardo Frei, 1985)

³³⁸ Mario Vargas Llosa, “Entre la libertad y el miedo”, *Vuelta* 147 (febrero de 1989), 15.

³³⁹ Jorge Semprún, *La experiencia de la libertad* 1, 43.

³⁴⁰ Rafael Rojas, “De la crítica a la apología”, 101-104. En una entrevista citada anteriormente, Vargas Llosa reivindicará la influencia de Hayek en su pensamiento. Vargas Llosa, “Liberalismo y política”, 32.

³⁴¹ Enrique Krauze, “Diario de Praga”, *Vuelta* 158 (enero de 1990), 21.

³⁴² Una crítica de esta noción y de su peso en varios exponentes del liberalismo en el espacio público mexicano está en Roberto Breña, “La tradición liberal occidental”, en *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014)*, coord. José Antonio Aguilar Rivera (México: Taurus-CIDE, 2015), 70. También véase la crítica de Perry Anderson, “El pluralismo de Isaiah Berlin”, *Campos de batalla* (Barcelona: Anagrama, 1990), 327-354.

Hay otros indicios de esta discutida conceptualización en el Encuentro Vuelta. Al hablar sobre la libertad a la que hace referencia la mesa inaugural del evento, Kolakowski la define no en un sentido filosófico, sino político: la libertad en el ámbito de las actividades humanas reguladas por el Estado. Es decir, la libertad de la política, la defensa de la esfera individual: la libertad negativa. No obstante, más que en esta última o en la vertiente economicista, me interesa detenerme en una interpretación de Kolakowski sobre la libertad que, como he señalado, sustenta su lectura del colapso del régimen soviético. Para el filósofo polaco, las protestas contra el socialismo en estos países fueron la expresión de un anhelo de libertad más “arraigado antropológicamente” que los anhelos producidos “ideológicamente”, cuyo carácter histórico los condena a desaparecer. La libertad se entiende, en este sentido, como una suerte de esencia que trascendería a las ideologías.

Esta articulación del concepto aparece también en visiones menos esencialistas, como la de Heller, para quien las revoluciones de los antiguos países comunistas se explican por su tentativa de reinventar la libertad, al despojarla de su dependencia del proyecto comunista e incluso del liberal. Si al primero le critica la subordinación de la libertad a la búsqueda de su versión absoluta, al segundo le recrimina haberse convertido también en una ideología del progreso. De modo que estas revoluciones estarían constituidas por su renuncia a la pretensión del mundo perfecto característica de las grandes ideologías de la modernidad.³⁴³ La nueva libertad se plantea como un espacio de resistencia al germen totalitario de la política moderna que culminó en las experiencias del siglo XX: un temperamento posideológico frente a los riesgos de la ambición de la libertad absoluta y la utopía.

Aunque esta perspectiva —parecida a los planteamientos de Paz en la presentación del evento— insinúa un carácter menos defensivo que en otras de sus expresiones, no deja de implicar una división concluyente entre los garantes de la libertad y sus potenciales destructores. Las palabras inaugurales de Paz en el Encuentro Vuelta definirían al siglo XX como el de la *trahison des clercs*, el siglo de la enfermedad totalitaria que contagió a los intelectuales.³⁴⁴ Lo que subyace a esta interpretación histórica es una configuración del espacio público posterior a la guerra fría: las ideologías que quedaron asociadas a los regímenes autoritarios y totalitarios son los enemigos de la libertad, el opuesto negativo de

³⁴³ Ágnes Heller, *La experiencia de la libertad I*, 21-22.

³⁴⁴ Octavio Paz, *La experiencia de la libertad I*, 11.

un sector autodefinido como liberal. Su lenguaje no siempre coincide explícitamente con la modernización, pero comparten ciertas premisas sobre el cambio moderado o pragmático que parece el antídoto contra un ideologismo que sólo se atribuye a las izquierdas.

SECCIÓN 4: DESPUÉS DEL MARXISMO: NEXOS ANTE EL RECELO A LA IDEOLOGÍA Y EL CONSENSO LIBERAL

En realidad, no es un hecho extraordinario que el marxismo haya declinado en las últimas décadas del siglo pasado, pero es necesario analizar su tratamiento crítico y su posterior repliegue a la luz de la sospecha general hacia las ideologías, así como las consecuencias en la búsqueda de nuevos horizontes prácticos y conceptuales para la izquierda. Es conocida la historia: en el fin de siglo esta tendió a reagruparse en torno a nuevos polos como el neocardenismo o el neozapatismo, o bien a alinearse con posiciones más liberales.³⁴⁵ Entre los colaboradores de *Nexos* hay ejemplos para cubrir todos los escenarios. Sin embargo, revisar estas trayectorias en el marco del consenso liberal y la era posideológica podría ayudar a esclarecer procesos complejos como el empate entre los cambios en el campo intelectual y el apoyo a las políticas de modernización de la época.

Reflexiones como las de Nancy Fraser sobre la condición postsocialista han buscado entender las dificultades para articular un discurso de resistencia a varios de los paradigmas económicos y políticos predominantes de las últimas décadas.³⁴⁶ El núcleo de esta transformación es, para Fraser, el paso discursivo del plano de la redistribución al del reconocimiento, visible en el país tras el auge del neozapatismo. Más que este cambio en específico, para nuestro caso me interesa la intuición general. Es decir, la forma en la que la gramática de las demandas políticas se transforma: mientras las retóricas utopistas se agotan y el liberalismo resurge tanto en el plano político como económico, la izquierda tiene que confrontar la ambigüedad ideológica del discurso modernizador, tratar de conciliar la autocrítica con la preservación de su núcleo.

En primer lugar, hago una breve revisión de uno de los últimos debates sobre el marxismo que hay en *Nexos*: entre Carlos Pereyra y Bolívar Echeverría, en 1988, el cual refleja el ascenso de la desconfianza hacia el dogmatismo ideológico. Me ocupo, en segunda

³⁴⁵ Illades, *El marxismo en México*, 297-298.

³⁴⁶ Nancy Fraser, "Introduction: *Justice Interruptus*", *Justice Interruptus: Critical Reflections on the "Postsocialist" Condition* (New York: Routledge, 1997), 1-7.

instancia, de una de las consecuencias de este proceso: de 1990 en adelante, las reflexiones en torno al legado marxista serán relegadas y la incorporación de perspectivas que busquen trascender la rigidez de la guerra fría conducirá a un escenario posideológico, caracterizado por el antiutopismo, el pragmatismo político y la aceptación de la vía modernizadora para resolver la cuestión social. Por último, hago referencia a un evento clave del consenso liberal: la fractura de la intelectualidad de izquierda propiciada por las diferentes posturas ante el levantamiento zapatista en 1994, un momento en el que el tópico de la ideología desacreditará el apoyo a la insurrección en Chiapas.

La sospecha del dogmatismo ideológico: otro debate entre Pereyra y Echeverría

Cuestionado desde los setenta, las polémicas sobre el marxismo se reanimarán en paralelo a las reformas de Gorbachov en la URSS. En el mismo número de *Nexos* donde Ágnes Heller y Ferenc Fehér reflexionan sobre la Glasnot,³⁴⁷ Carlos Pereyra propone una revisión del legado marxista y su relación con el socialismo real a la que responderán otros autores en ediciones posteriores. Su propia biografía intelectual, como ya he dicho, era un buen reflejo de la transformación que el marxismo había atravesado en el país a partir de los setenta y hasta fines de siglo: su recepción de autores como Althusser había contribuido a la “secularización” del marxismo mexicano a finales de los setenta y al desarrollo de la filosofía política en el país,³⁴⁸ mientras que su acercamiento a Gramsci y a varios teóricos de la democracia y la filosofía política liberal era un claro ejemplo de algunas de las nuevas orientaciones que la izquierda comenzaba a asumir.

Este es el trasfondo en el que Pereyra problematiza la identidad y la definición del marxismo. Su punto de partida es una reflexión sobre el constante ejercicio de reformulación y ampliación de la teoría marxista: las críticas de Bobbio a quienes soslayaban la contribución de Engels y otros autores a esta corriente le sirven de ejemplo para mostrar que el marxismo había perdido su sentido de homogeneidad y los referentes analíticos fijos.³⁴⁹ Las formas de definirlo que no se basaban en la delimitación conceptual, como aquellas de quienes

³⁴⁷ Ágnes Heller y Ferenc Fehér, “La política de Glasnot”, *Nexos* (febrero de 1988).

³⁴⁸ Gabriel Vargas Lozano, *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos* (México: CONACULTA, 2005), 109. Illades, *El marxismo en México*, 179-187.

³⁴⁹ Carlos Pereyra, “Señas de identidad”, *Nexos* (febrero de 1988).

proponían entenderlo como un método o un discurso crítico,³⁵⁰ tampoco decían mucho de su identidad: los métodos de los intelectuales marxistas se habían diversificado y la crítica al desarrollo de la modernidad capitalista ya no respondía específicamente a esta adscripción. En última instancia, el movimiento que buscaba trascender al capitalismo precedía a la irrupción de Marx en la cultura moderna.

Hay en estos posicionamientos algunos rasgos característicos de la crítica al marxismo: notablemente, su relación como proyecto político con los Estados despóticos que reivindicaron su ideario, así como la reconocidas limitaciones prácticas de su lógica conceptual, distante e inadecuada para leer los procesos políticos.³⁵¹ Llama la atención, sin embargo, que Pereyra atribuya buena parte de estas fallas al rígido compromiso ideológico que le sería inherente: la misma necesidad de declararse marxista remite, de acuerdo con el filósofo, al sectarismo religioso, sin mencionar lo problemático de su visión teleológica de la historia o su concepción escatológica de la transformación social a través del acto revolucionario.³⁵² Por supuesto, se trata de una crítica desde la izquierda, alejada del uso instrumental que harán de esta otros grupos intelectuales, aunque no deja de ser revelador que compartan un núcleo de premisas.

Una de las réplicas más inmediatas al texto de Pereyra fue la de Bolívar Echeverría, publicada un mes después, en marzo de 1988. En la línea del Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*, Echeverría define al marxismo como el lugar filosófico desde donde se enuncian las preguntas de la cultura contemporánea: negar la adscripción marxista sería más que la renuncia a una identidad teórica ya que, al aludir a una realidad más compleja que la de la teoría, cabría preguntarse si acaso es posible no ser marxista.³⁵³ A primera vista, se trata de un gesto similar a lo que Palti ha llamado el rescate del marxismo como un saber sin verdad: al reconocer la imposibilidad histórica de su práctica política, la verdad del marxismo,

³⁵⁰ A fines del siglo XX estas fueron dos vías frecuentes para el rescate del marxismo: pienso en la obra de Adolfo Sánchez Vázquez y el marxismo como método o en su discípulo, Bolívar Echeverría, y el marxismo como discurso crítico del capitalismo.

³⁵¹ Este giro intelectual se corresponde con la creciente atención de la izquierda hacia “lo político” en los años setenta y ochenta: ya no desde la perspectiva marxista como epifenómeno de la base social, sino como un campo autónomo. Warren Breckman, *Adventures of the Symbolic. Postmarxism and Radical Dmeocracy* (New York: Columbia University Press, 2013), 141.

³⁵² Una crítica similar es la de Enrique Semo quien, en su crónica de la caída de la URSS, reprendería el voluntarismo sobre el que descansaba la concepción del marxismo de la transición hacia el sistema socialista: su resultado, nos dice, fue Stalin, Pol Pot o Ceaucescu. Enrique Semo, *Crónica de un derrumbe*, 234.

³⁵³ Bolívar Echeverría, “Todos somos marxistas”, *Nexos* (marzo de 1988).

entendida como proyecto, cedería el paso a la preservación de su saber: las categorías a partir de las cuales piensa y trata de hacer inteligible el mundo.³⁵⁴

No obstante, Echeverría no renuncia a la praxis, tan central en sus críticas al marxismo más científicista —Althusser incluido—: sostiene que la fuerza del discurso crítico marxista radica en hacer cambios en la cultura política concreta,³⁵⁵ entre ellos la búsqueda de la liberación democrática. Hay algo en lo que coinciden ambos intelectuales en su perspectiva sobre la izquierda: el reconocimiento de la vigencia de algunas formas de resistencia a la autoreproducción de la modernidad capitalista y su complementariedad con el proyecto democrático. Sus discrepancias radican en la pertinencia del marxismo: no sólo como método o corpus teórico, sino por sus implicaciones más profundas. Mientras Pereyra parte de una división tácita entre una izquierda presa de ideologismos y una vertiente antidogmática, Echeverría rechaza las analogías religiosas para caracterizar al marxismo, que encubrirían la oposición entre una vía de transformación revolucionaria y otra reaccionaria-tradicional.

Al ser previo al auge del neozapatismo, aún no vemos una lucha entre redistribución y reconocimiento: tanto Echeverría como Pereyra mantienen en el centro la cuestión del capitalismo. De cualquier modo, se advierte un desplazamiento en los ejes del debate de izquierda. Algunos intelectuales buscan trascender el lenguaje del utopismo revolucionario y el marxismo, otros tratan de rescatar su potencial crítico y emancipador. Para los primeros, el problema es la carga ideológica de estos dispositivos retóricos y su tendencia dogmática, mientras los segundos interpretan esta disputa mediante la clásica dicotomía entre lo revolucionario y lo reaccionario. Puestos en un contexto más general, ambos discursos enfrentan una aporía: la crítica del marxismo y el tópico de la ideología era asimilable a posiciones no siempre socialistas, mientras la reivindicación de esta corriente podía llegar a caer en dogmatismos revolucionarios en las antípodas del giro democrático.³⁵⁶

³⁵⁴ Elías Palti, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

³⁵⁵ Se trata de una reivindicación de la onceava tesis sobre Feuerbach de Marx, que contrasta con el "marxismo de cátedra" en el que suele derivar la corriente del marxismo como preservación de su saber —fundamentalmente anglosajona—. Este será un tema nodal en reflexiones posteriores, sobre todo en Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx* (México: Era, 1996).

³⁵⁶ En su intervención en el debate, Adolfo Sánchez Vázquez respaldaría, a partir de algunas de sus tesis sobre el paso del socialismo utópico al socialismo científico, la importancia del marxismo como "fundamento racional del socialismo" que descubre en el capitalismo "las condiciones de posibilidad del paso de una sociedad a otra". Es decir, el rescate del potencial práctico de la teoría más allá de una forma de leer y entender el mundo. Véase

***Nexos* en los noventa: del balance del marxismo a la vía modernizadora**

No sólo el cambio en los parámetros discursivos propiciaba este *impasse*, sino el repliegue de los intelectuales marxistas: Echeverría y algunos otros explorarían campos teóricos distintos,³⁵⁷ mientras el discurso de la izquierda y la crítica al legado del marxismo recaería, en revistas como *Nexos*, en intelectuales con un perfil diferente. Un buen indicio es un artículo del politólogo José Fernández Santillán publicado en enero de 1990 con motivo del cumpleaños de su mentor, Norberto Bobbio, en el cual aprovechaba para reflexionar sobre el marxismo italiano y reivindicar su pertinencia en otros contextos. Contemporáneo de la quinta generación del marxismo en México,³⁵⁸ Fernández Santillán atribuía a su paso por la universidad en los años setenta su recelo hacia el dogmatismo, un problema que los marxistas italianos habrían sorteado bien al no renunciar a la heterogeneidad de la teoría ni al vínculo entre democracia y socialismo.³⁵⁹

Un vistazo a las colaboraciones de intelectuales extranjeros en ese mismo año da cuenta de la búsqueda de nuevos horizontes en la izquierda, lejos del dogma marxista. Ludolfo Paramio, quien ya había saldado cuentas con el marxismo en 1988 con *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, reafirmaba en un artículo su compromiso socialdemócrata e incorporaba a la izquierda al debate de la globalización, donde proponía abogar por una suerte de keynesianismo global. El sociólogo español también exploraría la importancia de algunas de las corrientes analíticas del marxismo.³⁶⁰ En el número de julio, dedicado a las transiciones del este europeo, el colaborador de *Esprit* —una de las revistas francesas más cercanas a la nueva izquierda— Paul Thibaud aludiría indirectamente al marxismo al referirse a la debacle comunista como el resultado de la lucha contra “el paradigma de esterilidad, de la irreversibilidad, el inmovilismo y los falsos logros”.³⁶¹

Sánchez Vázquez, *Del socialismo utópico al socialismo científico* (México: Era, 1975) y “Marxismo y socialismo hoy”, *Nexos* (junio de 1988).

³⁵⁷ Illades, *El marxismo en México*, 315-323.

³⁵⁸ Para Carlos Illades se trata de la “generación de la derrota” que, tras el abandono del marxismo y los convulsos acontecimientos políticos del fin de siglo, buscaría otras vías intelectuales al no poder transitar a un neomarxismo o postmarxismo mexicano. Illades, *El marxismo en México*, 297-328.

³⁵⁹ José Fernández Santillán, “La vía del marxismo italiano”, *Nexos* (enero de 1990).

³⁶⁰ Ludolfo Paramio, “Keynes o los antibióticos”, *Nexos* (enero de 1990) y Ludolfo Paramio, “¿Qué nuevo marxismo?”, *Nexos* (enero de 1991).

³⁶¹ Paul Thibaud, “La capitulación del comunismo”, *Nexos* (julio de 1990).

Muy ilustrativa del ánimo de la izquierda difundida en las páginas de *Nexos* es la traducción de un texto de Gareth Stedman Jones, publicado originalmente en *Marxism Today*: “Marx después del marxismo”. En la línea humanista de E.P. Thompson, su maestro, el historiador inglés enarbolará una crítica desde la izquierda a quienes tratan de aislar al marxismo del final del comunismo y las catástrofes del siglo XX. Para Jones, esto no supone un problema en tanto los planteamientos fundamentales de Marx habrían sido absorbidos por grupos socialdemócratas o el liberalismo. La organización de las ideas de Marx bajo la etiqueta del marxismo, por lo tanto, sería un asunto distinto que habría terminado por hacer indivisibles teoría y credo.³⁶² Jones dedicaría varios textos, incluida su propia biografía de Marx, a separar su vida e ideas de los dogmas y mitos.³⁶³

En el número de enero de 1991 aparece la última referencia a la cuestión marxista en *Nexos*, al menos en el periodo de este estudio —el texto de Paramio citado arriba—. Una coincidencia bastante simbólica es que en esta edición de la revista se publica un relato del escritor Rafael Pérez Gay donde narra una mudanza reciente que le permitió deshacerse de la caja con los libros de marxismo que había acumulado en su vida.³⁶⁴ De la misma forma, la mayoría de los intelectuales de *Nexos* habrá abandonado el marxismo e incluso los debates a su alrededor. Al igual que los colaboradores extranjeros de la revista, los intelectuales mexicanos buscarían insertar la cuestión social en otras perspectivas y enfoques. No menos representativa que la crónica de Pérez Gay es la reseña de Luis Salazar en este número de *Sobre la democracia*, el libro póstumo de Carlos Pereyra, con un título transparente en sus intenciones: “Una política para la izquierda”.³⁶⁵

Ahora bien, aunque se descubren nuevas opciones y vías, el recelo hacia discursos críticos como el marxismo por su carácter nocivo e ideológico suponía un dilema para el lenguaje de la izquierda en el fin de siglo. Uno de los pocos intelectuales que lo identificó fue Carlos Fuentes en su conferencia inaugural del Coloquio de Invierno. Con el colapso de la URSS, era imprescindible cuestionar los principios y teorías que sustentaron la ideología comunista. Sin embargo, hay un problema en términos discursivos: ¿cómo hacer esta crítica desde la izquierda cuando el ataque a la ideología, en abstracto, suele ser un ataque casi

³⁶² Gareth Stedman Jones, “Marx después del marxismo”, *Nexos* (abril de 1990).

³⁶³ Gareth Stedman Jones, *Karl Marx: Greatness and Illusion* (London: Belknap Press, 2016).

³⁶⁴ Rafael Pérez Gay, “La caja marxista”, *Nexos* (enero de 1991).

³⁶⁵ Luis Salazar, “Una política para la izquierda”, *Nexos* (enero de 1991).

específico a las izquierdas? En palabras de Fuentes: ¿cómo evitar el paso de la teología comunista a la capitalista? Ante los discursos celebratorios del ocaso socialista, Fuentes recordaba que “la otra gran ideología” de la guerra fría seguía en pie.³⁶⁶

Como otros intelectuales, Fuentes parece inclinarse hacia el equilibrio: si la deriva autoritaria del comunismo y la parálisis de la teoría marxista podía explicarse por la falta de la crítica liberal y democrática, los éxitos del capitalismo también serían inexplicables sin la crítica socialista. En cualquier caso, superar la rigidez ideológica de la guerra fría para articular de otro modo las demandas históricas de la izquierda no sería una tarea fácil. El novelista desliza una especie de consigna: democracia, desarrollo y justicia; la complementa con referentes muy heterogéneos: la movilización permanente de Carlos Monsiváis, la sociedad civil y la antipolítica de Gyorgy Konrad, la democracia radical del crítico peruano Julio Ortega. Incluso su concepto clave, la justicia social, se volvería problemático al ser el eje de la épica histórica del liberalismo social mexicano durante el salinismo.

El trinomio democracia-desarrollo-justicia social parece ajustarse mejor al proyecto de un grupo intelectual distinto. Si bien su composición es heterogénea y algunos de ellos se reconocen de centro-izquierda, es una buena referencia la caracterización que propone Aguilar Rivera de dicha línea como la del liberalismo modernizador, en auge durante estas décadas.³⁶⁷ Por supuesto, el apoyo de los intelectuales a este tipo de reformas, en particular a las de los noventa, los distingue de la corriente más izquierdista de *Nexos* y de otros sectores de la intelectualidad mexicana de la época. No obstante, resulta interesante la forma en la que su acercamiento a posiciones más liberales se acompaña de una reorientación de ciertos ideales de la izquierda, mediante un renovado aparato discursivo que será, en efecto, similar a aquel promovido por el gobierno salinista.

La conferencia de Héctor Aguilar Camín en el Coloquio de Invierno ayuda a esclarecer este proceso. A grandes rasgos, el núcleo de este discurso descansa en la oposición entre el *ethos* nacional mexicano, caracterizado por el aislamiento, y el paradigma de modernización al que habían conducido algunas de las transformaciones políticas y económicas a nivel global.³⁶⁸ En última instancia, lo que se plantea es una comparación algo

³⁶⁶ Carlos Fuentes, “La situación mundial”, 15-16.

³⁶⁷ Aguilar Rivera, “Después del consenso”, 39-40.

³⁶⁸ Héctor Aguilar Camín, “El cambio mundial y la democracia en México”, en *Coloquio de Invierno III. México y los cambios de nuestro tiempo* (México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992) 38-56.

sesgada entre las manifestaciones de ese *ethos*, como la economía autosuficiente y la política soberana, y los supuestos criterios de eficiencia del mercado abierto, la competencia internacional y la globalización. Pese a todo, este discurso intenta asimilar algunas demandas históricas de la izquierda. Desde las páginas finales de *Después del milagro*, Aguilar Camín se había pronunciado por “el regreso de la cuestión social”, enmarcada en un nuevo paradigma de crecimiento económico.³⁶⁹

Se trata de una manifestación de la lectura del fin de la utopía como una oportunidad para la izquierda, como lo expuso Jorge Castañeda. Cualquier repaso a los números de *Nexos* mostraría que la atención a la problemática social y a la desigualdad no necesariamente disminuyó —como suele pensarse—, pero en estos años comenzaría a tratar de hacerse compatible con otros paradigmas. A pesar de que el giro democratizador de la izquierda no puede subestimarse, es curioso el resultado de esa transformación: mientras el régimen posrevolucionario había asimilado las demandas de la izquierda a lo largo del siglo XX, en su último cuarto la cuestión social será incorporada por el ala modernizadora del partido oficial y un nuevo grupo de intelectuales, formados con aparatos analíticos diferentes y en un contexto de sospecha hacia discursos críticos tradicionales. El horizonte de la izquierda se piensa desde nuevos consensos, algunos empatados con el proyecto modernizador.

Chiapas, 1994: ¿el regreso de la ideología?

Quienes se han ocupado de las disputas de los años noventa entre *Vuelta* y *Nexos* coinciden en que la rebelión zapatista de 1994 es el símbolo del consenso entre ambos grupos de intelectuales.³⁷⁰ Si bien en las elecciones de 1988 hay convergencias, sobre todo en el reconocimiento a la legalidad del proceso, en cada grupo existe cierta tensión entre quienes apoyan al gobierno salinista y quienes lo reciben con mayor escepticismo. En 1994, la fractura en *Nexos* será más definitiva: culmina con la ruptura con intelectuales como Luis Villoro, Adolfo Gilly o Pablo González Casanova, quienes apoyarán al zapatismo contra una recepción general negativa en la revista.

Como menciona Aguilar Rivera, el carácter de las reivindicaciones del zapatismo fortaleció el consenso liberal en la medida en que los intelectuales rechazaron la violencia y

³⁶⁹ Aguilar Camín, *Después del milagro*, 286.

³⁷⁰ Van Delden, “Conjunciones y distunciones”, 114-116; Illades y Suárez, “La caída del socialismo”, 67. En cierto modo, también Aguilar Rivera, “Después del consenso”, 39.

la vía armada, en un contexto político muy específico: marcado por el ánimo reformista tras la apertura a la participación política desde los setenta, en plena lucha por democratizar el sistema mexicano y con la memoria de la represión autoritaria y la disidencia armada contra el régimen todavía fresca.³⁷¹ Por supuesto, su énfasis y el de otras lecturas de este acontecimiento está en el carácter iliberal del zapatismo. En contraste, lo que propongo es hacer una breve reflexión sobre este hecho como indicio de un cambio más de fondo. Me parece que, en cierto sentido, en la recepción del zapatismo encontramos una expresión del dilema que enfrentaban ciertas posturas de izquierda, desacreditadas como ideológicas al oponerlas a los consensos del fin de siglo.

También Lemus coincide, desde una perspectiva distinta, en que el zapatismo sirvió para reafirmar el liberalismo por parte de los intelectuales de la revista *Vuelta*,³⁷² al margen de algunas ambigüedades de Paz hacia un movimiento que parecía la versión contemporánea de la revolución auténtica —la de Zapata—. Para *Nexos*, en cambio, supuso un quiebre definitivo que ya se advertía en las discrepancias entre los defensores del marxismo y los de las nuevas orientaciones de la izquierda. Como ha apuntado Escalante, es evidente que a un sector de la izquierda este evento le permitió reconectar su identidad a algunos temas clásicos sin comprometerse con un programa de gobierno en específico: la deriva al indigenismo por parte de intelectuales como Luis Villoro puede leerse bien en estos términos.³⁷³ Algo similar ocurre con los intelectuales que se distancian del zapatismo, aunque su recorrido tiene un sentido inverso.

El levantamiento en Chiapas fue una buena oportunidad para fijar la identidad de la izquierda en un marco democrático.³⁷⁴ Sin embargo, en el debate público el rechazo a la violencia tendió a confundirse con la crítica a la ideología, un tópico común para descalificar a quienes mostraron algún signo de apoyo a los zapatistas. Así, a ciertos compromisos intelectuales y militancias se les asocia a la ceguera ideológica o al extremismo: un espejo negativo contra el que los intelectuales liberales reflejan las virtudes opuestas de la moderación política y la participación institucional, a través de los espacios que se habían ido abriendo desde las reformas de los setenta. Al interior de la izquierda, aquella en proceso

³⁷¹ Aguilar Rivera, “Después del consenso”, 36.

³⁷² Lemus, *La nación está en otra parte*, 136-138.

³⁷³ Escalante, “Los años amargos”, 173.

³⁷⁴ Van Delden, “Conjunciones y disyunciones”, 106.

de liberalización termina de separarse de los grupos que, aun habiendo dejado atrás la ortodoxia marxista, no abrazan por completo las posiciones liberales y se mantienen como críticos de la agenda modernizadora de los gobiernos de los ochenta.

Si bien una bitácora detallada de estas polémicas queda fuera del alcance de este texto, una breve referencia a la recepción del zapatismo en *Nexos* puede ilustrar el proceso. Un mes después del estallido del conflicto apareció una editorial en el suplemento *Cuaderno de Nexos*, titulada “Contra la violencia”, la cual marcaría el tono general de la discusión: los actos violentos se condenan como recurso, ya sea que vengan del gobierno o de la sociedad.³⁷⁵ Como mencioné, este distanciamiento con una forma de hacer política tan asociada al pasado autoritario tiene que entenderse en el contexto de su desmoronamiento y la lucha democrática. Al mismo tiempo, es difícil disociar este acuerdo tácito del paulatino abandono del utopismo y el reconocimiento de las formas de participación al interior del régimen, con todo y sus contradicciones: entre ellas, la aceptación resignada del proceso de cambio y la lucha activa frente a las oposiciones que aún buscaban alternativas.

La antología de Raúl Trejo Delarbre refleja ese mismo ánimo. En su presentación, el autor señala que los textos recopilados, sin coincidir del todo, comparten en su mayoría la preocupación por la violencia. El reclamo del propio Trejo es revelador: “se han confundido las demandas sociales con la reivindicación de las armas, el ánimo participativo con el caudillismo milenarista, la democracia con el pasamontaña”.³⁷⁶ Son tres binomios discutibles, pero esa oposición entre participación política y caudillismo representa bien la problemática que recorre esta sección, en el marco del declive de las ideologías y en especial de aquellas asociadas con la izquierda: la línea delgada que se establece entre ciertos compromisos políticos, de carácter intelectual o práctico, y el autoritarismo asociado al siglo XX.³⁷⁷ Más que un programa específico, el consenso liberal de estos años engloba una serie de supuestos que conducen a un establecimiento no siempre explícito entre ideología, entendida sólo en posiciones de izquierda, y un radicalismo anacrónico.

³⁷⁵ *Nexos*, “Contra la violencia”, *Nexos* (febrero de 1994).

³⁷⁶ Raúl Trejo Delarbre, *Chiapas: la guerra de ideas* (México: Editorial Diana, 1994), 19.

³⁷⁷ Es interesante, en este marco, el análisis de las dificultades de los intelectuales de izquierda que se posicionan contra el zapatismo para identificar articulaciones entre el proceso de democratización mexicana, el establecimiento de la hegemonía neoliberal y las problemáticas de la globalización en esta época. El caso de Roger Bartra ha sido criticado por Michael Paul Abeyta, “La jaula de la condición posmexicana. Resignación posmoderna en el pensamiento de Roger Bartra”, en *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*, coords. Mabel Moraña e Ignacio M. Sánchez Prado (México: FCE-Conaculta, 2015), 179-209.

CAPÍTULO 3: LA MODERNIDAD MEXICANA Y LA SINCRONIZACIÓN DEL TIEMPO LOCAL Y GLOBAL

Pese al lugar predominante de la imagen de la transición a la democracia, los cambios del México de las últimas dos décadas del siglo pasado no se agotan en el camino rumbo a la alternancia política. Se trata de un proceso mucho más complejo, como da cuenta la creciente atención prestada al establecimiento del neoliberalismo como programa intelectual y fenómeno cultural. Ahora bien, tampoco esta perspectiva ha logrado capturar del todo esa cuestión fundamental que fue la construcción de un nuevo sentido común: el giro neoliberal no es lo único que explica el consenso de los ochenta,³⁷⁸ compuesto más bien de un supuesto general sobre una disyuntiva de cambio entre lo moderno y lo tradicional.

Aun con la vaguedad del lenguaje político, quizás por esto resulta llamativo que el gobierno haya promovido la categoría de modernización para nombrar a las reformas iniciadas en 1982. No sólo se convertirá en uno de los conceptos básicos del salinismo, sino en toda una orientación para navegar por el intrincado proceso de cambio nacional e internacional. Por supuesto, los intelectuales participarán de este espíritu de época: aunque las razones son diversas, sus dispositivos de lectura en estos años están atravesados por la imagen de una disputa en la que está en juego el paso hacia una forma moderna de la sociedad mexicana. Esta es la base de los consensos que se forjan a fines del siglo pasado: un aparato discursivo articulado por la idea de la modernización.

De manera que, detrás de este término, también está el complejo asunto de la relación entre discurso intelectual y discurso político en estos años. Como mencioné en la introducción, al margen de la literatura sobre el tema, en la conversación pública los intelectuales mexicanos tienden a usar la modernidad como una referencia histórica y la modernización como el proceso en que se manifiesta. Contrastar ambos elementos fue una tarea constante en la historia intelectual mexicana del siglo pasado, sobre todo en un sentido crítico. Sugiero en este capítulo que a finales de siglo esta tensión aparentemente se resuelve. Las pautas en la reflexión intelectual sobre México y la modernidad se superponen con el marco de entendimiento del proceso de cambio del oficialismo: lo que los intelectuales

³⁷⁸ Una descripción más compleja de este acuerdo está en el ya citado Fernando Escalante, “Prólogo: sobre el progreso de nuestra ignorancia”, en *Si persisten las molestias (Noticias de algunos casos de ceguera ilustrada)* (México: Cal y Arena, 2018). Edición electrónica.

entienden por modernidad tiene ciertas correspondencias con el proyecto de modernización, que ambos entienden como calibrar el tiempo nacional con el mundial.³⁷⁹

También es aquí donde intento rastrear las vías de esta afinidad. Para empezar, analizo el tratamiento de la modernidad entre los intelectuales de *Vuelta* y su posterior lectura del proceso de modernización iniciado en los ochenta a través de supuestos asociados a su carácter liberal. Posteriormente, me ocupo de esta polémica entre los intelectuales de *Nexos*, en cuyo caso hay dos respuestas al proyecto salinista: una a partir de la reivindicación de la crítica alternativa de la modernidad y otra a partir de un modelo basado en la defensa de las transformaciones de fin de siglo —la tecnocracia, la globalización, la apertura comercial—. A la luz de estas discusiones, en un último apartado hago un breve análisis de la relación entre el discurso del salinismo y el discurso de los intelectuales.

Habría que adelantar una conclusión: no es que un discurso cause a otro, sino que ambos se retroalimentan. Las diferencias entre cada grupo, incluso entre sus propios miembros, nos indican una autonomía relativa de la reflexión intelectual. Claro que hay imbricaciones más o menos evidentes: la crítica al siglo XX mexicano y su vinculación a la caída del socialismo es un marco que comparten tanto los intelectuales como los círculos de reflexión del priismo. Lo que me interesa de esta premisa, según la cual el tiempo local se alinearía por fin con el global, es una consecuencia más profunda: aquello que se reflexiona sobre la modernidad entra en sintonía con la ola de modernización de fines de siglo, incluso si es en distintos grados y por distintas vías.

SECCIÓN 1: REFLEXIONES SOBRE LA MODERNIDAD MEXICANA EN VUELTA

Uno de los temas recurrentes en el discurso intelectual de *Vuelta*, aun de manera velada, es la reflexión sobre la modernidad. Nuevamente, quien más lo desarrolla es Paz, aunque llega a aparecer en otros colaboradores de la revista. Es algo lógico: la búsqueda del presente, una inquietud que cruza su obra desde sus primeros poemas hasta su discurso de recepción del premio Nobel, se acompaña con la meditación y la crítica de lo moderno. La poesía moderna, sobre todo, pero también la modernidad como modelo histórico: asociado en ocasiones a la

³⁷⁹ Mauricio Tenorio Trillo, “1989. Fin de época”, en *1968-2018: historia colectiva de medio siglo*, coord. Claudio Lomnitz (Ciudad de México: UNAM, 2018), 229.

imposición de la razón y el tiempo lineal, o en ocasiones a cambios de corte más socioeconómico, dos elementos de lo que en la literatura académica se conoce como la modernización social.

Si bien el caso de Paz es un tanto singular, ilustra bien el estatus del concepto de modernidad entre los intelectuales mexicanos del siglo pasado. No se trata de un objeto muy preciso, ni se traduce de antemano en un programa político o económico. Se trata, más bien, de una orientación para pensar sobre distintas problemáticas. De regreso a Paz, la modernidad es el punto de partida de argumentos muy diversos: desde la crítica —en clave romántica u orientalista— a la preponderancia de la técnica en el mundo moderno hasta la condena del totalitarismo —mediante el prisma liberal—. Una constante en el discurso intelectual mexicano, en general, será el análisis la relación del país con la modernidad a partir del contraste entre el modelo y el proceso. De aquí la importancia de entender esta relación en su contexto histórico.

La revisión crítica del siglo XX nacional e internacional estableció nuevas coordenadas para pensar el país. Con el regreso del concepto de modernización al lenguaje político, la cuestión de la modernidad mexicana tendrá una renovada vigencia en los debates de la época. Al no ser un motivo de reflexión nuevo, tiene ciertas particularidades: mientras la tensión entre lo impuesto y lo auténtico encauza las polémicas sobre México y la modernidad a lo largo del periodo posrevolucionario, el fin de siglo reorientará la discusión. Si en el primer momento se definía por el desfase entre la modernidad occidental y la historia mexicana, el proceso de modernización iniciado en los ochenta parece cerrar esa brecha, empatar el cambio mexicano y el global. Esta es la conclusión que subyace al discurso de los intelectuales más visibles, agrupados en *Vuelta* y *Nexos*, si bien se defiende de distintos modos y se llega a ella por caminos diversos.

En este apartado analizaré este proceso en dos intelectuales de *Vuelta*, a partir de las polémicas estudiadas anteriormente y consideraciones sobre el tema de la modernidad en la historia intelectual mexicana. Lo que argumento es que su lectura del proceso de modernización de fines de siglo está condicionada por la defensa de lo que entienden como los rasgos liberales de la modernidad. Inicio con un panorama general a propósito de la modernidad en el discurso de *Vuelta*. Luego, me centro en dos de las articulaciones de este tema frente a los cambios del fin de siglo: Enrique Krauze y la formulación de una

modernidad inconclusa a la que México tiene que regresar; Octavio Paz y la modernidad correctiva, como una forma de enmendar la accidentada relación entre tradición y modernidad en la historia mexicana.

Modernidad interior y exterior en el siglo XX mexicano

La relación entre México y la modernidad es una discusión frecuente en nuestra historia intelectual del siglo pasado. Aunque no siempre se enuncia en estos términos, es innegable que recorre múltiples controversias: la polémica sobre la literatura nacional de 1925 o la discusión sobre la educación socialista de 1932 reflejan, entre otras cuestiones, la tensión entre la búsqueda de una modernidad propia y la recepción de elementos del exterior. No es una sorpresa que los intelectuales de *Vuelta* aterricen en este tema con insistencia: *El laberinto de la soledad* es quizás la obra más destacada de una mitad de siglo que, al ser la cúspide de los debates sobre el nacionalismo de las décadas pasadas, fue en especial fructífera para pensar la modernidad mexicana.

En tanto heredero y crítico de la filosofía de lo mexicano, y al continuar la búsqueda de Alfonso Reyes y Jorge Cuesta de nuestro lugar en la cultura occidental, una de las preguntas clave del ensayo es la naturaleza del vínculo entre México y la modernidad. Son ilustrativas las críticas de Paz a la imposición de una modernidad externa, cuyo epítome sería la modernidad “disfrazada” del porfiriato.³⁸⁰ En el desarrollo de este motivo intelectual, la importancia de *El laberinto* es insoslayable: no sólo porque eleva la historia mexicana a un paradigma del conflicto entre modernidad y tradición, sino porque su defensa de una modernidad propia, auténtica sin dejar de ser universal, definirá una de las grandes inquietudes del siglo XX mexicano: la búsqueda de una conciliación entre lo local y lo global, lo interno y lo externo.

Si bien el monismo histórico propio de la filosofía romántica —una de sus fuentes— sugiere el regreso a una tradición perdida,³⁸¹ la necesidad de conciliar la modernidad propia con la exterior es un supuesto con mayor peso en el ensayo. Como ha señalado Rojas, la lectura de la historia mexicana en el libro revela un mecanismo claro: la independencia y la

³⁸⁰ Octavio Paz, “De la independencia a la revolución”, en *Obras completas V, El peregrino en su patria: Historia y política de México* (Ciudad de México: FCE, 2014), 134-135.

³⁸¹ Enrico Mario Santí, “Introducción a *El laberinto de la soledad*”, en *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz* (México: FCE, 1997), 177.

reforma se muestran como un acercamiento al mundo, a las ideas ilustradas en el caso de la primera y a las liberales en el caso de la segunda; mientras que la revolución contrasta como el evento mexicano por excelencia, sin precursores ideológicos.³⁸² Es decir, se trata de un reencuentro con el pasado, pero también de una ruptura. Tres décadas después, en *El ogro filantrópico*, Paz reiterará que la crítica de la modernidad exógena no implica un regreso a la tradición: México debe inventar, más bien, su propia modernidad.³⁸³

En principio, algunas de estas tesis son indisociables de cierto *Zeitgeist* del medio siglo mexicano. La ideología revolucionaria, cuya realización última llevaría a la nación a la unidad y coherencia, comparte el modelo epistemológico de *El laberinto*, de la filosofía de lo mexicano o de las novelas totalizadoras que buscaban la revelación de la historia de México en un instante.³⁸⁴ Sin embargo, también es a mediados de siglo cuando las contradicciones de la modernización levantan las primeras sospechas sobre el régimen autoritario: un arco que va desde el respaldo intelectual a la exhibición de los contrastes del país en *Los olvidados* de Buñuel hasta la revolución corrompida de *La muerte de Artemio Cruz* de Fuentes. El tránsito es lento y fue opacado por uno de los momentos de mayor asentamiento del autoritarismo mexicano, pero es un periodo que refleja el malestar de los intelectuales a propósito de nuestra problemática relación con la modernidad.

Detrás del desenlace y el simbolismo, esta es una de las razones de la relevancia de 1968: un momento que desnuda la ambigua relación del país con la vida moderna. Por un lado, por el contraste entre el temor a un actor eminentemente moderno como el movimiento estudiantil y el contrapunto exitoso de la modernización mexicana al realizar los juegos olímpicos. Por otro lado, porque el juego entre lo local y lo universal en la olimpiada cultural refleja bien la dinámica del discurso intelectual en relación con el tema de la modernidad.³⁸⁵ Cuando a finales de los setenta *Vuelta* emprende una revisión profunda de la modernidad mexicana, en especial a partir del alemanismo, sus críticas provienen sobre todo de esta

³⁸² Rojas, “La Revolución en Paz”, 27-28.

³⁸³ Octavio Paz, *El ogro filantrópico* (México: Joaquín Mortiz, 1978), 44.

³⁸⁴ Ryan Long, *Fictions of Totality: The Mexican Novel, 1968, and The National-Popular State* (Indiana: Purdue University, 2008), 1-15. Aunque el alemanismo será duramente criticado en años posteriores, su doctrina mexicanista sobre las “soluciones propias a los problemas propios” coincidía con estos proyectos intelectuales: véase Ana Elisa Santos Ruiz, “El grupo filosófico Hiperión en tres publicaciones periódicas de mediados del siglo XX, 1948-1952”, en *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, coord. Aimer Granados (México: UAM Cuajimalpa-Juan Pablos Editor, 2012), 284-285.

³⁸⁵ Véase Ariel Rodríguez Kuri, “La ciudad olímpica o la promesa sin utopía”, en *Museo del universo: Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968* (México: El Colegio de México, 2019), 90.

ambivalencia: de la dificultad para asimilar sus componentes positivos sin atropellar las particularidades del desarrollo histórico nacional.

Lemus ha identificado este discurso en algunos conocidos textos de la época. Por ejemplo, la lectura crítica de Zaid de la política económica del régimen posrevolucionario, en particular del desarrollismo estatista asociado al sexenio de Alemán, acercaría su discurso a la búsqueda de una modernidad propia, alternativa, identificable en la obra del Paz temprano.³⁸⁶ Sugeriría un matiz en la medida en que los artículos de Zaid están más anclados a determinadas coyunturas —como el final de la presidencia de López Portillo—³⁸⁷, pero es cierto que, sin los pasajes de carácter más prescriptivo, su crítica al progreso puede leerse de este modo. En otros de sus textos, de hecho, Zaid parece apuntar a un proyecto más utópico: a la posibilidad de realización de la sociedad mexicana en sus propios términos, es decir, la búsqueda de una modernidad interior.³⁸⁸

En sus estudios sobre la vida intelectual en América Latina, Miller ha establecido la crítica a la tecnocracia como uno de los modos característicos de relacionarse con la modernidad por parte de los intelectuales de la región.³⁸⁹ Muy común entre algunas figuras de la primera mitad del siglo XX, Zaid reproduce en la coyuntura de principios de los ochenta la denuncia a la ideología del progreso y su implementación por la élite burocrática del régimen posrevolucionario. Lo que el análisis de Lemus pierde de vista, no obstante, es que lo que se busca en el fondo es una reconciliación: la crítica de Zaid es al desfase entre lo local y lo universal. Algo similar puede apreciarse en los artículos del final del sexenio de López Portillo escritos por Enrique Krauze. Como en Zaid, el desarrollismo alemanista aparece como un punto de quiebre en la historia mexicana; como en Paz, la historia de México se lee como un conflicto no entre una clase obrera y otra capitalista, sino entre los valores de un sector antiguo y uno moderno.³⁹⁰

Para Krauze, la apuesta triunfalista del alemanismo habría expuesto las contradicciones de la industrialización mexicana, donde una alianza urbana —que incluye lo

³⁸⁶ Lemus, *La nación está en otra parte*, 47.

³⁸⁷ En este sentido, la crítica a la politización de los mercados de Zaid en *El progreso improductivo* antecede a la vertiente neoliberal de estos discursos, con la que los identifica Lemus. Escalante, “Los años amargos”, 159.

³⁸⁸ Por ejemplo, la crítica a la “cultura del progreso” en Gabriel Zaid, “Más progreso improductivo y un presidente apostador”, *Vuelta* 73 (diciembre de 1982).

³⁸⁹ Nicola Miller, *Reinventing Modernity in Latin America. Intellectuals Imagine the Future, 1900-1930* (New York: Palgrave MacMillan, 2008), 16.

³⁹⁰ Enrique Krauze, “El timón y la tormenta”, *Vuelta* 71 (octubre de 1982).

mismo a burócratas que a empresarios y obreros— prosperaría a costa del México rural. Su referencia aquí es Frank Tannenbaum, quien advertía a mediados de siglo algunos de los peligros de una industrialización que no se acompañara del robustecimiento de las comunidades locales.³⁹¹ Sin suscribir el ideal cardenista de un país que viviera a tres partes iguales entre industria, agricultura y minería, Krauze reconoce un problema común entre el alemanismo y sus sucesores: la fe absoluta en el “Progreso” y la incapacidad para ofrecerlo fuera de las grandes ciudades. La ambivalencia de la modernidad mexicana es uno de los ejes de la crítica a los gobiernos posrevolucionarios, incapaces de ofrecer un desarrollo que sintetizara lo nacional y lo universal. Al contrastar el modelo y el proceso, lo que los intelectuales ven es una brecha por cerrar.

Es importante situar estos textos en una red más amplia. La segunda mitad del siglo XX se caracterizó por la proliferación de críticas muy diversas al régimen posrevolucionario: en los setenta encontramos algunos ensayos pioneros sobre lo que se denominaría el sistema político mexicano, así como obras que retan la homogeneidad de lo mestizo o el centralismo desde donde se pensaba la historia mexicana. Aunque son discursos disímiles, los recorre esa inquietud que reflejan algunos artículos de *Vuelta*: el choque irresoluble entre la modernidad interior y exterior. En contraste, salvo algunas excepciones, la coyuntura que presenta el fin de siglo, que se lee como un nuevo episodio de este conflicto, tiende a interpretarse desde cierto consenso sobre la sintonía entre el proceso de modernización y la resolución de los problemas nacionales.³⁹²

Krauze y la tesis de la modernidad inconclusa

Ante un nuevo proceso de modernización, la problemática sobre lo interior y lo exterior parece zanjarse de distintas formas. Sobre todo, se cree que esta nueva etapa de la historia nacional logra conciliar el desarrollo mexicano con el global. Una de las bases detrás de este argumento es la premisa de la modernidad inconclusa. A grandes rasgos, se parte de una afirmación histórica: México representa un proyecto de modernidad no acabado y, en consecuencia, la crítica del pasado o la lectura de los cambios contemporáneos se subordinan

³⁹¹ Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread* (New York: Alfred A. Knopf, 1950).

³⁹² Una excepción evidente es Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada* (Ciudad de México: Grijalbo y CONACULTA, 1990). Perspectivas menos esencialistas vendrían un poco después, como Claudio Lomnitz, *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space* (California: California University Press, 1993).

a la ausencia de elementos asociados a la modernidad occidental, como la democracia o el liberalismo. No es difícil advertir una concepción parecida, central en el discurso intelectual de la época, en los textos de Enrique Krauze.

Tal vez el origen de esta perspectiva sea la historiografía estadounidense sobre América Latina de la segunda mitad del siglo pasado. Ya he identificado en sus intervenciones ciertas tesis de la escuela culturalista de Morse, como aquella de la matriz tomista del continente, pero Krauze no recupera sólo argumentos sueltos, sino que asume todo un supuesto metodológico: la idea de que el terreno mexicano, por su configuración cultural, sería hostil a determinados paradigmas, como lo expusiera Hale a propósito del liberalismo.³⁹³ Su crítica al siglo XX nacional trata de representar, en general, ese ambiente refractario al cambio y las vicisitudes del arribo de la modernidad y algunos de sus componentes, marcadas por una llegada tardía o corrompida bajo las circunstancias locales. Las elecciones de 1988 habrían sido la expresión clara, en plataformas partidistas concretas, de este conflicto histórico.

Desde luego, la crítica al nacionalismo revolucionario fue, en primer lugar, el punto de partida para una necesaria exploración intelectual al margen del discurso predominante. Más allá de sus especificidades como régimen, a veces establecidas sólo de manera retrospectiva, el consenso de la posrevolución estaba ligado a ciertos artefactos culturales y modos de dar sentido como la idea de “lo mexicano”. Hay quienes argumentan, como Bartra en su conocida crítica, que en este relato se sustentaba todo el imaginario de la hegemonía priista. Por lo tanto, cualquier referencia a esta noción y a sus componentes —lo mestizo, la revolución, lo nacional— implicaría de forma necesaria la reproducción de la cultura política autoritaria.³⁹⁴ Aunque la idea de la tradición cultural hegemónica dentro del priismo ha sido matizada,³⁹⁵ es importante resaltar este elemento y los esfuerzos que se extienden hasta el fin de siglo por salir de los aparatos ideológicos del oficialismo.

³⁹³ Richard Morse, *New World Soundings. Culture and Ideology in the Americas* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1989) y Charles Hale, “Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1830”, en comp. Leslie Bell, *The Cambridge History of Latin America. From c.1870 to 1930* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).

³⁹⁴ Roger Bartra, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano* (México: Grijalbo, 1996).

³⁹⁵ Véase Ignacio M. Sánchez Prado, *Naciones intelectuales: La modernidad literaria de la Constitución a la frontera (1917-2000)* (Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2006) o Gilbert Joseph ed., *Fragments of a Golden Age. The Politics of Culture in Mexico since 1940* (Durham: Duke University Press, 2001).

Sin embargo, algunos de sus despliegues se limitaron a releer la historia oficial desde los criterios que tendría que cumplir según un modelo particular. Aunque en su revisión del alemanismo intelectuales como Krauze advirtieron las paradojas del temprano desarrollismo modernizador, el problema no lo constituía el proyecto en sí, sino efectos no deseados como el enriquecimiento de la clase política, entendido como una suerte de desviación cultural ligada a la corrupción. En consecuencia, sus denuncias tienden a constituirse como respuestas a esas cualidades locales que obstaculizarían el desarrollo de un tipo ideal de instituciones, gobierno, organizaciones de la sociedad civil, entre otros. Por eso la crítica desde este punto de vista a los modos de incorporación corporativos, más que verlos como mecanismos de contención a la organización libre de grupos populares, los explica como distorsiones de un arreglo supuestamente funcional mediante conceptos como clientelismo.

Como mencioné, en última instancia, los fundamentos de este discurso lo conducen a plantear un esquema similar al del *telos* revolucionario, que cambia el destino sin por eso dejar de sugerir cierta direccionalidad de la historia. Krauze reemplazaría la meta utópica de la revolución con la de la democracia,³⁹⁶ y afirmaría que para llegar a ella era necesario apoyar una reforma más amplia amenazada por el tradicionalismo. Aquí el liberalismo mexicano juega un rol clave: si el siglo XX se presenta como un extravío del rumbo iniciado por los liberales del siglo pasado, la modernización aparece como un proyecto lógico con la historia del país y no sólo como una imposición externa.³⁹⁷ Por supuesto, en esta interpretación es necesario omitir la complejidad del liberalismo decimonónico,³⁹⁸ algo fácil en un contexto donde las presidencias de los setenta se confundían con un Estado fuerte.

Al tener la noción de un Estado poderoso al cual resistir, el liberalismo del fin de siglo podía aislar las contradicciones de sus antecesores para enfatizar su ética política, en particular la de la república restaurada. Cosío Villegas había dado algunas pistas. No sólo por la crítica al porfiriato y la revalorización de su antecedente republicano,³⁹⁹ sino por su lectura

³⁹⁶ Esta premisa puede observarse en obras como *Biografía del poder*. Véase Lomnitz, “An Intellectual’s Stock”, 1055-1056.

³⁹⁷ Además, el hecho de rastrearlo en un periodo específico de la historia mexicana resolvería el problema de la falta de compatibilidad entre las raíces culturales mexicanas y la tradición liberal como la entendían los intelectuales, en un sentido más anglosajón.

³⁹⁸ Fernando Escalante, “La dificultad del liberalismo mexicano”, en *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014)*, coord. José Antonio Aguilar Rivera (México: Taurus-CIDE, 2015), 35-54.

³⁹⁹ Como señala Escalante, si bien la historia de Cosío Villegas no es apologética, sí insiste en la pertinencia y vigencia del modelo liberal previo a la dictadura de Díaz. Escalante, “Los años amargos”, 164.

pionera del agotamiento del discurso revolucionario, en el que la desviación moral, la corrupción y el fracaso individual en la historia tenían un peso considerable.⁴⁰⁰ Krauze y otros autores elaborarán más estos hallazgos e impulsarán lo que en Cosío Villegas se ofrecía como un remedio apenas de manera sutil: el liberalismo olvidado y su proyecto interrumpido por la dictadura porfirista, el cual se opone al autoritarismo posrevolucionario con un énfasis marcado en el horizonte ético.

Obviamente, el intento de los círculos de reflexión del PRI por fijar la narrativa oficial en el mismo marco histórico era problemático para los intelectuales: Salinas recurrió a la misma construcción *a posteriori* que proclamaba la reincorporación de México a la senda de la modernidad liberal, que se había abandonado con el estancamiento autoritario del porfiriato y la revolución. Krauze discutiría la recepción oficialista del liberalismo del XIX, utilizado para justificar la reorientación de la política económica, a diferencia de su aplicación en el campo cultural, más relacionada con los reclamos por la democratización.⁴⁰¹ Dicho esto, y aun sin defender del todo esta serie de cambios, su pertinencia para remediar la ausencia de ciertos rasgos del desarrollo occidental en el país se invocó siempre que hubo que polemizar contra la izquierda y los críticos de las reformas modernizadoras, sospechosos de los paradigmas exógenos.

Si por un lado la referencia al liberalismo mexicano sorteaba el problema de las particularidades nacionales, las últimas guerras culturales de la guerra fría ayudaban a sincronizar la coyuntura local con la global. Krauze recurre, en algunas de sus controversias con la izquierda intelectual, a la batalla contra el radicalismo y los enemigos de la modernidad. En 1981 *Vuelta* había publicado “La modernidad inconclusa”, un ensayo de Habermas célebre por su defensa del proyecto moderno e ilustrado, en el que proponía la caracterización de ciertos discursos críticos como conservadurismos, al equiparar la sospecha de la razón occidental de algunos teóricos de izquierda con el movimiento neoconservador anglosajón.⁴⁰² Para Habermas, lo que los unificaba era su antiliberalismo, una posición que

⁴⁰⁰ Me refiero específicamente a un conocido texto publicado en 1947 en la revista *Cuadernos americanos*. La versión que cito es Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, en *Extremos de América* (Ciudad de México: FCE, 2004), 13-42.

⁴⁰¹ En este sentido, incluso personajes de izquierda como Carlos Monsiváis se acercaron al liberalismo decimonónico. Ignacio M. Sánchez Prado, “Claming Liberalism: Enrique Krauze, *Vuelta*, Letras Libres, and the Reconfigurations of the Mexican Intellectual Class”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 26 (Winter 2010): 75.

⁴⁰² Jürgen Habermas, “La modernidad inconclusa”, *Vuelta* 54 (mayo 1981).

Krauze replicaría en sus diatribas contra la izquierda y en la instrumentalización del tópico de la cultura “iliberal” mexicana contra opositores de la modernización salinista.

Es notable la flexibilidad que la conformación del espacio público le permite a este discurso al posicionarse sobre los cambios de la época: se puede apelar al carácter incompleto de la transición democrática para criticar a los gobiernos en turno, y a la vez reconocer aquellos aspectos en los que las reformas iniciadas en los ochenta retoman el camino hacia la modernidad —mientras se debate arduamente con quienes sostienen posturas que remiten al camino viciado del nacionalismo revolucionario—. La dificultad para conciliar la modernidad propia con lo exterior, que en los primeros artículos de Krauze apuntaba a la exclusión del México rural, se traslada al ámbito de la cultura: el nuevo proyecto de modernización calibraría el cambio nacional con el global, así que el problema lo constituyen las resistencias tradicionales, vistas como herencias culturales de una suerte de matriz autoritaria a la que históricamente le resiste una minoría liberal.

Paz y la tesis de la modernidad correctiva

El dilema entre modernidad y el proceso de modernización será más complejo en la obra de Octavio Paz. Como su promotor y su crítico, el poeta había previsto con anticipación el debate sobre su agotamiento: desde su obra temprana, percibía algunos cuestionamientos a las grandes narrativas que, sin etiquetarlos de posmodernos, le anunciaban el ocaso de la edad moderna.⁴⁰³ Los cambios de fines de siglo confirmarían esta posición, y la crítica a la modernidad, sobre todo como experiencia de tiempo lineal, ocuparía un espacio central en su discurso. En el caso mexicano tendría una posición distinta: antes que pensar en su fin, el país tenía que incorporar algunos de sus elementos. Si bien reconocía en el movimiento modernista un romanticismo tardío cercano a la modernidad en el sentido cultural europeo, insistía en que a México le faltaba profundizar su modernización, en la acepción más socioeconómica. De aquí provienen algunas de las contradicciones del Paz tardío.

La duplicidad de ciertos conceptos siempre fue un reto y una oportunidad para los intelectuales mexicanos. Tomemos el caso del de nación: el nacionalismo posee

⁴⁰³ Maarten Van Delden, “The Incomplete End of Modernity of Octavio Paz”, *Gunshots at the Fiesta. Literature and Politics in Latin America* (Nashville: Vanderbilt University Press, 2009). Consultado en línea el 18 de junio de 2021: https://zonaoctaviopaz.com/detalle_conversacion/87/the-incomplete-end-of-modernity-of-octavio-paz/?palabra=incomplete&id_autor=0&lugar=&anio=0&id_lustro=0&tipologia=&id_coleccion=0&tema=&id_tipo_espacio=3&page=&rowcount=&rowcount=.

connotaciones negativas que tratan de superarse a través del cosmopolitismo cultural, y al mismo tiempo puede tener potencial como un modo de resistencia al que artistas como Fuentes o los muralistas apelarán en sus posicionamientos políticos.⁴⁰⁴ Algo similar ocurre con el concepto de modernidad y su uso en Paz: su obra oscila entre la crítica a la modernidad —especialmente a la ideología del progreso y al tiempo lineal, que impondrían un camino autoproclamado válido a nivel universal— y la necesidad de que el país asimilara ciertos aspectos de esta, algunos de los cuales reconocía en las reformas de los ochenta. Toda su revisión del siglo XX mexicano está atravesada por este conflicto.

Es sabido que la exploración histórica es crucial en la obra paciana: por la recepción del psicoanálisis en el ensayo latinoamericano,⁴⁰⁵ libros como *El laberinto* o *Postdata* parten de un punto de vista similar al de un investigador que encuentra en el pasado —por ejemplo, en la violencia del rito de los sacrificios aztecas— las raíces de los problemas de adultez, es decir, de los problemas contemporáneos de la nación. No obstante, el escrutinio del pasado como inconsciente colectivo tiene un carácter contradictorio cuando se enfoca en la relación entre México y la modernidad: al igual que Fuentes tendía al nacionalismo en política y al cosmopolitismo en literatura, Paz tendía a la crítica de la modernidad al exterior —sobre todo en su desarrollo estadounidense, ligada al consumismo, a lo material y a la falta de espiritualidad—⁴⁰⁶ a la vez que abogaba por un México moderno, si bien esta convicción podía significar cosas distintas.⁴⁰⁷

Suele reconocerse la ambigüedad que Paz mostró hacia el liberalismo, al acercarse a algunos de sus componentes, sin por esa razón renunciar a las críticas al progreso como fin en sí mismo o a la insistencia en una modernidad propia que recorren *El laberinto* o *Corriente alterna*.⁴⁰⁸ Del mismo modo, su desencanto con la revolución, la utopía y las alternativas

⁴⁰⁴ Van Delden, *Carlos Fuentes*, 148-168.

⁴⁰⁵ Véase, entre otros, Rubén Gallo, *Freud en México. Historia de un delirio* (México: FCE, 2014).

⁴⁰⁶ Las posiciones de Paz sobre Estados Unidos reflejan esta ambivalencia: aunque en *El ogro filantrópico* contrasta las raíces protestantes de la democracia estadounidense —a las que admira— con la herencia patrimonialista de la monarquía española en América Latina, insiste en *Tiempo nublado* en que la ejemplaridad del modelo democrático anglosajón —que debería adoptar la región— no debe conducir a la imitación de paradigmas externos —es decir, a la modernidad estadounidense en un sentido total—. Véase Paz, *El ogro*, 58-59 y Paz, *Tiempo nublado* (Barcelona: Seix Barral, 1983), 119-120.

⁴⁰⁷ Notablemente, en *Pequeña crónica de grandes días*.

⁴⁰⁸ Una periodización más detallada sobre el concepto de modernidad en Paz la hace Xavier Rodríguez Ledesma, “El concepto de modernidad en Paz”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* V, núm. 10 (diciembre 2000): 127-142. Sobre esta categoría en sus escritos de fin de siglo, señala la contradicción entre el

socialistas convivió con la persistencia de cierto espíritu anticapitalista. Es decir, el poeta acepta selectivamente la modernidad: una operación que cambia según las circunstancias. Así como en *Postdata* la diatriba contra las sociedades modernas centradas en el progreso material se acompaña del reconocimiento del espíritu crítico de la modernidad y un reclamo de democratización nacional, sus posteriores dardos contra la tiranía del mercado y los aspectos nocivos del *american way of life* no le impedirán distinguir en la democracia liberal y la economía de mercado una “tabla de salvación” para los dilemas del país.⁴⁰⁹

La aceptación selectiva de la modernidad se enlaza con un motivo de la historia intelectual mexicana: la diferencia entre la nación legal y la nación real.⁴¹⁰ Una de las modalidades críticas de Paz se basa en esta divergencia: la falta de armonía entre la ideología importada y el México *como es*. Su lectura del siglo XIX sigue esencialmente este modelo. Ni siquiera la república restaurada, un tanto idealizada en el espacio público, habría logrado armonizar estos dos ámbitos: sus ideales de libertad e igualdad no se correspondían con la situación real del país. Esa distancia sólo se acrecentó en el porfiriato, ya que el positivismo europeo propio de la burguesía en ascenso sería en México, al contrario, el fundamento de una prologación del dominio feudal y colonial. Los tropos de la inautenticidad y la simulación —mezcla del existencialismo y la sociología cultural francesa— que informan esta perspectiva en *El laberinto* permanecerán implícitos en otras de sus obras.

Cuando Paz define —en “El espejo indiscreto” de 1976— la historia de México como la historia de la búsqueda de la modernidad, podemos intuir que está condicionada por aquella oposición entre lo legal y lo real.⁴¹¹ La pregunta es si la modernización en el fin de siglo teminaría con este desfase. No hay una respuesta explícita, pero en estos años la crítica de Paz en el plano nacional se orienta a elementos —aquellos del nacionalismo revolucionario— que parecerían ser una desviación del proyecto moderno. Su distanciamiento con la revolución, a la que en su interpretación clásica veía como la reconciliación con el México originario, obedecería a ese nuevo parámetro: sospecharía de la persistencia de componentes

reconocimiento de la importancia de una reforma política democrática, opuesta al patrimonialismo premoderno, y su apoyo un proyecto de modernización desde la élite fundamentalmente económico.

⁴⁰⁹ Octavio Paz, *Itinerario* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 40.

⁴¹⁰ Un antecedente temprano es la distinción entre leyes y costumbres de Emilio Rabasa en su análisis del gobierno de Porfirio Díaz, al que entendía como un régimen necesario por la imposibilidad práctica de la constitución de 1857. Emilio Rabasa, *La constitución y la dictadura* (México: Porrúa, 1990 [1912]).

⁴¹¹ Paz, *El ogro filantrópico*, 67.

premodernos en el régimen mexicano y la renuencia a asimilar aspectos de la modernidad que tendrían que haber contribuido a minar el autoritarismo y el anclaje en el pasado de la vida nacional, tanto a nivel cultural como político.

Su relación con el debate internacional también es decisiva, si bien los referentes externos no contradicen la obstinación del poeta por una modernidad que no sea derivativa.⁴¹² En los cuestionamientos al marxismo y su progresiva recepción del liberalismo hay también una aproximación selectiva a la modernidad. Por un lado, el marxismo era una ideología moderna según los criterios de Paz —orientada al futuro, de tiempo lineal y con fe absoluta en el progreso—. Lo que le reprocha es, sobre todo, sus rasgos premodernos, como aquellos de carácter religioso.⁴¹³ No se trata de enlistar de forma definitiva lo que Paz consideraba positivo y negativo de la modernidad. Lo que es evidente es que el marxismo era depositario de los elementos modernos más criticables a la vez que tenía una relación antagónica con mucho de lo que él mismo consideraba como el legado rescatable de la época moderna: la libertad, la crítica, la democracia. El liberalismo, por el contrario, mostraría un mayor equilibrio: su temple crítico compensaba su fe en el progreso.

Este apego a la modernidad liberal, entonces, se forja en polémicas intelectuales que trascienden el debate nacional: puede entenderse como una forma de apelar a la perfectibilidad democrática sin caer en el círculo vicioso del utopismo revolucionario, cuyo intento por cerrar esa brecha entre ideal y realidad sería inevitablemente violento. Así lo muestra la aprobación de Paz por las tesis de quienes veían, como Ágnes Heller en el Encuentro Vuelta, una ideología del progreso en el proyecto socialista que contendría cierto margen de autoritarismo justificable. Ahora bien, al acercarse desde esta perspectiva a la discusión interna sobre la modernización, surgen numerosas tensiones. Lo que es una distinción implícita entre el ideal del utopismo y los ideales más prácticos, alejados del milenarismo y la teleología de la visión marxista, se traduce en posicionamientos algo inflexibles respecto a las visiones enfrentadas en el espacio público mexicano.

⁴¹² Nicola Miller advierte que en los intelectuales latinoamericanos las referencias externas no siempre implican imitación: véase Miller, *Reinventing Modernity*, 20. Críticos como Aguilar Mora han señalado, no obstante, la preponderancia de la noción de la modernidad occidental en Paz, incluso en sus críticas a occidente —por ejemplo, desde el romanticismo alemán—. Aguilar Mora, *La divina pareja*, 106-107.

⁴¹³ Van Delden ha reparado en la analogía entre catolicismo y marxismo en una de las obras tardías de Paz: su estudio sobre Sor Juana, una obra con huellas autobiográficas que da una buena idea de la forma en la que Paz leía la vida intelectual del siglo XX. Véase Van Delden, “The Incomplete End of Modernity”, así como Jacques Lafaye, *Octavio Paz en la deriva de la modernidad* (México: FCE, 2013), 175.

Por ejemplo, el pragmatismo del proyecto modernizador adquiriría una connotación positiva frente a alternativas vinculadas con cierta arbitrariedad a las experiencias autoritarias del siglo, ya sea en su vertiente nacional o global. Las premisas de los detractores de la izquierda de finales de la guerra fría, aunque no se reproducen acríticamente, también se deslizan en las reflexiones de Paz y complementan su lectura de la realidad mexicana, donde el proyecto modernizador representa un cambio anclado en lo concreto frente a una oposición cuyos fundamentos parecen ideológicos. Mientras tanto, el enfoque selectivo hacia la modernidad le permite reconocer el lado racional de las transformaciones de la élite tecnocrática del partido sin dejar de cuestionar el progreso como fin en sí mismo o la noción del tiempo lineal, un tema fundamental para identificar las posturas políticas del poeta.⁴¹⁴

De modo que este es el contexto en el que Paz lee la modernización salinista, la cual corregiría la accidentada historia nacional de lucha entre tradición y modernidad. Es cierto que mantuvo un escepticismo crítico. Del liberalismo diría que este dejaba la mitad de las preguntas importantes sin responder. Sus advertencias al México contemporáneo que miraba con desdén sus tradiciones, sus ensayos literarios y sus poemas de fines de siglo,⁴¹⁵ confirman la lúcida definición de Van Delden sobre Paz como un “promotor escéptico de la modernidad”.⁴¹⁶ Si hay tal afinidad, me parece, es porque en el fin de siglo el poeta subordina la historia mexicana a su disposición a dejarse corregir por los elementos modernos que selectivamente reivindica, a los que encuadra en su concepción del liberalismo. Los obstáculos de la modernidad mexicana ya no serían, como en su obra temprana, aquellos que vienen del exterior, sino los que creó el propio siglo XX mexicano.

SECCIÓN 2: REFLEXIONES SOBRE LA MODERNIDAD MEXICANA EN *NEXOS*

Si bien es menos sistemática entre los colaboradores de *Nexos*, la reflexión sobre la modernidad y su vínculo con la historia y el presente mexicano cruza las coordenadas

⁴¹⁴ Como recuerda Loaeza, su vena conservadora está en la manera de entender el tiempo más que en su crítica al Estado. Al final de su vida, el tiempo cíclico de las civilizaciones primitivas de *El laberinto* o *Postdata* iría cediendo su lugar, aunque sin irse del todo, al tiempo lineal y progresivo moderno. Loaeza, “Octavio Paz, el último intelectual mexicano”, *Nexos* (agosto de 1988).

⁴¹⁵ Pienso, por ejemplo, en su última antología poética, *Árbol adentro* (México: Seix Barral, 1987) y los motivos de algunos de sus últimos ensayos literarios: *La llama doble* (México: Planeta, 1993) o *Vislumbres de la India* (México: Planeta, 1996).

⁴¹⁶ Maarten Van Delden, “Mexico and the United States”, en *Reality in Movement: Octavio Paz as Essayist and Public Intellectual* (Nashville: Vanderbilt University Press, 2021). Edición electrónica.

intelectuales de este grupo. Al menos una de las razones es evidente: la relación de la revista con la izquierda mexicana no sólo se refleja en el lenguaje marxista que aún se filtra en sus primeras publicaciones, sino también en la importancia que se le concede a este tema. La modernidad y el pensamiento de izquierda tienen una relación estrecha en la medida en que una de las fuentes del segundo es la crítica de la primera. En el análisis cultural de Roger Bartra o Carlos Monsiváis, en la filosofía de Bolívar Echeverría o la obra historiográfica de Héctor Aguilar Camín o Adolfo Gilly, la relación de México y la modernidad es una clara preocupación intelectual.

Ya he dicho que este debate recorre una amplia parte del campo cultural mexicano, por lo que habría que resaltar sus particularidades en el caso de *Nexos*. Una de ellas es la consideración del capitalismo como objeto de análisis, por lo menos entre los intelectuales socialistas. La segunda es que esta reflexión se lleva a cabo en los marcos intelectuales de la universidad y las ciencias sociales. Hay en la revista algunos rasgos de la tradición crítica de publicaciones como *La Cultura en México*, pero el despliegue de herramientas reconocibles de ciertas disciplinas es un contraste evidente con los viejos suplementos. En consecuencia, al pensar en la modernidad hay distintas inclinaciones: algunas más políticas y económicas, otras más históricas y culturales. Por la misma razón, el verbo modernizar o el propio concepto de modernidad llegan a tener un uso algo genérico en muchos de sus artículos: se dice que hay que modernizar la economía, al PRI, al sistema electoral.

Más que en estos ejemplos, me centro en las reflexiones sobre la modernidad cuyo trasfondo son los cambios y tendencias del fin de siglo. Como con los intelectuales de *Vuelta*, lo que propongo es que una parte importante de *Nexos* suscribirá la tesis de la sincronización del cambio nacional e internacional: la rectificación del desfase entre México y la modernidad a través de las reformas iniciadas en los ochenta. La diferencia, en términos del argumento, es que coloco este discurso en el horizonte de la historia intelectual de la izquierda mexicana, la parte del campo cultural donde intenta situarse el grupo articulado en torno a *Nexos*. Evidentemente, el proceso a través del cual se llega a dicha conclusión es distinto en comparación con la reivindicación de los rasgos liberales de la modernidad por parte de los intelectuales de *Vuelta*.

En este apartado analizo este proceso y sus especificidades. Para empezar, hago un breve repaso del tema de la modernidad en el discurso de la izquierda socialista cercana a

Nexos, cuya lectura crítica del proyecto modernizador, pese a su marginalidad, refleja bien el clima de la época. Posteriormente reviso dos de las respuestas que, al contrario, respaldaron la tesis del alineamiento del cambio local y global. En primer lugar, describo la lectura de la modernización de fin de siglo a través del supuesto de la transición: no sólo del autoritarismo a la democracia, sino de la sociedad mexicana tradicional a la moderna. En segundo lugar, me enfoco en la interpretaciones de este momento mediante el supuesto de la convergencia global, cuyos argumentos son similares a los de la renovada teoría de la modernización tras la guerra fría.

La imposibilidad de la modernidad alternativa

Empiezo con la relación entre México y la modernidad en el discurso de los intelectuales socialistas. Aunque las aproximaciones a este tema en *Nexos* son intermitentes y no se llega a dar un debate muy abierto, es posible remarcar algunas tendencias a partir de la producción de algunos de sus colaboradores al exterior de la revista. De entrada, y pese al carácter cada vez menos ortodoxo del marxismo mexicano, hay todavía un supuesto más o menos común entre un sector de la izquierda de fines de siglo: la modernidad está asociada de forma casi inevitable al capitalismo, cuando menos a algunos de sus elementos. Por lo tanto, las aproximaciones a esta polémica son esencialmente críticas: algunos de los hitos de la producción intelectual de la izquierda entre los setenta y ochenta, en obras de Bartra o Echeverría, nacen de la crítica a la modernidad.⁴¹⁷

No obstante, el sentido de este discurso crítico es difícil de trazar. Tratar de superar el capitalismo a través de la acción revolucionaria, una de las respuestas del socialismo a la modernidad, no es más una vía legítima: la historia mexicana había asimilado la revolución al oficialismo, y la inercia mundial le daría el golpe de gracia. Con la caída del muro de Berlín las coordenadas del debate intelectual de la izquierda del siglo XX —definido por el conflicto entre historia y sujeto— se moverían;⁴¹⁸ una reconfiguración que tiene, con matices, su episodio nacional. A pesar de la nueva ola de cardenismo, el sustrato teleológico del discurso de la revolución mexicana había quedado desacreditado; mientras que la intervención

⁴¹⁷ Mabel Moraña, “Introducción. Asedios críticos a una poética de la cultura”, en *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*, coords. Mabel Moraña e Ignacio M. Sánchez Prado (México: FCE-Conaculta, 2015), (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 59-60.

⁴¹⁸ Santiago M. Roggerone, “Historia intelectual y marxismo: una conversación con Elías J. Palti”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda IX*, núm. 18 (marzo-agosto 2021): 133.

subjetiva en la historia, su contraparte, ofrecía una alternativa poco viable ante cambios sistémicos como la incipiente globalización.

La vieja disputa entre Lombardo Toledano y Revueltas ya no traducía con precisión la orientación intelectual de la izquierda mexicana, pues la coyuntura abierta por el nuevo proceso de modernización reclamaba nuevas posibilidades: lejos del PRI, del cardenismo acrítico y los partidos vanguardia.⁴¹⁹ En este contexto, el discurso de la modernidad alternativa ofrece a este grupo una posibilidad de lectura distinta para los cambios de esas décadas. Impulsado por intelectuales que se mueven entre la esfera cultural y académica, con influjos de los exilios latinoamericanos, su genealogía puede trazarse hasta la revolución cubana y las movilizaciones del 68 global. Incluso a los albores de la posguerra, con la conceptualización de América Latina como el nuevo lugar de la utopía ante la decadencia europea y la búsqueda de unas ciencias sociales de epistemología distinta. En el caso de la izquierda, también es relevante la presencia del debate modernidad/posmodernidad, muy extendido en los ochenta en América Latina y del que se nutrirían discusiones como la crisis del marxismo o las utopías de desarrollo del Estado planificador latinoamericano.⁴²⁰

Envuelto en esta atmósfera intelectual, *Nuestra caída en la modernidad* de Adolfo Gilly —miembro del consejo editorial de *Nexos* en esa época— ejemplifica bien este discurso y sus vicisitudes en el fin de siglo. En el libro, la modernidad se entiende como un proceso histórico dividido por etapas más o menos bien definidas. Su título es transparente: la modernidad es una caída, un hecho exterior del cual la conquista es un primer arribo. De acuerdo con Gilly, cada ola de modernidad a partir de ese momento lleva en sí un conflicto dual entre valores y formas de dominación que se prolongan o se contraponen. El dominio colonial y la sustitución simbólica de los antiguos dioses por los nuevos es un ejemplo de continuidad; mientras que la modernidad ilustrada representa un choque, al desarrollar las antinomias de lo antiguo y lo moderno, religión y razón, comunidad e individuo.⁴²¹

El argumento es más complejo, pero lo importante es la función del esquema para la izquierda intelectual de estos años: delinear un esbozo de resistencia al proceso de

⁴¹⁹ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX* (México: Era, 1996), 323.

⁴²⁰ Las antologías de Nicolás Casullo, exiliado en México hasta 1983, eran muy conocidas: véase Nicolás Casullo, *Modernidad y posmodernidad* (Buenos Aires: Punto Sur, 1988). Sobre el tema del Estado, ver, por ejemplo, Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina* (Santiago de Chile: FCE, 1994).

⁴²¹ Adolfo Gilly, *Nuestra caída en la modernidad* (México: Joan Boldó i Climent, Editores, 1988), I-XVII.

modernización. No por conservadurismo, nostalgia de un antiguo régimen o de valores tradicionales, sino mediante la fractura que se abre en ciertos momentos históricos. Rescatar el concepto de revolución es vital en este sentido. Gilly la define como la inversión del sentido moderno hacia quienes buscan imponerlo desde arriba: la revolución es la sustitución de la dominación ilustrada por una modernización desde abajo.⁴²² Más que un anhelo del pasado, se trata de una utopía y de un proyecto de futuro: usar lo moderno para hacer otra modernidad. El agotamiento del autoritarismo posrevolucionario representaría una potencial fractura desde esta perspectiva, una nueva expresión del conflicto entre la modernización desde arriba contra su crítica alternativa y desde abajo.

La tesis de Gilly se inscribe en una amplia tradición crítica de izquierda del autoritarismo mexicano. Desde un temprano González Casanova quien, ante la imposibilidad de la revolución, había puesto en el centro de la agenda de la izquierda la lucha por la democracia, hasta la crítica de Bartra a la dicotomía desarrollo/subdesarrollo, para deslizar desde ahí la posibilidad de conjuntar democracia y socialismo en los ochenta.⁴²³ Pese a su compromiso con el cardenismo, Gilly parecía compartir la premisa de que el camino hacia la modernidad alternativa, la resistencia a la modernización, no era realizable desde la lógica de la revolución mexicana: al menos no la revolución asimilada por el régimen, que opera como una dominación desde arriba.⁴²⁴ Muchas de las críticas al nacionalismo revolucionario en estos años pueden leerse como un intento por superar dicho *impasse*: entre la racionalidad capitalista de los modernizadores y la racionalidad corporativa del autoritarismo.⁴²⁵

Como mencioné, el dilema político de fondo era desarticular las estructuras corporativas del régimen autoritario sin respaldar el programa salinista. Para los intelectuales

⁴²² Algo parecido planteaba Bolívar Echeverría en *Las ilusiones de la modernidad*, al recordar el impulso utópico que caracterizó a las tentativas tempranas de modernidad alternativa e incluso a intentos recientes por darle un cauce progresista a la modernización contemporánea a nivel mundial –aunque el filósofo desarrollará en obras posteriores algunas críticas severas a la mitología revolucionaria, en la que aún se basa Gilly–. Véase Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad* (México: UNAM-El equilibrista), 1995.

⁴²³ Me refiero a Pablo González Casanova, *La democracia en México* (México: Era, 1965) y Roger Bartra, *Las redes imaginarias del poder político* (México: Era, 1981). Aunque hay otros ejemplos, señalo específicamente estos por su relación con las polémicas de la izquierda en torno a la revolución mexicana, la democracia y el socialismo, que es el horizonte en el que puede insertarse esta obra de Gilly.

⁴²⁴ Como señalé anteriormente, algunos años después y en un marco más general, Bolívar Echeverría cuestionaba las concepciones tradicionales del concepto de revolución y su pertinencia en la práctica política y la crítica a la modernidad capitalista. Véase particularmente Bolívar Echeverría, “Modernidad y revolución”, en *Valor de uso y utopía* (México: Siglo XXI, 1998), 61-76.

⁴²⁵ Gilly, *Nuestra caída*, 31-34.

de *Vuelta*, la desviación del régimen posrevolucionario había ocurrido en el sexenio de Alemán. La izquierda encuadrará este proceso en un marco distinto: usualmente, en el de la quiebra del pacto cardenista, pero también en los primeros análisis del sistema político mexicano como los de Revueltas, quien había expuesto los mecanismos que ocultaban el contenido de clase de la política nacional.⁴²⁶ Alejada de la ortodoxia, la izquierda de fin de siglo abreviará de la conclusión que subyace a ambos enfoques: el nacionalismo revolucionario es el del partido dominante; un partido socialista tendría que encabezar la democratización. La sociedad civil tiene ese sentido: modificar la relación paternalista entre el Estado y la sociedad basada en la regulación corporativa, ya no para el desenlace de la lucha de clases, sino para democratizar a través de luchas subalternas.⁴²⁷

Sin embargo, los cambios que enfrenta la izquierda intelectual no responden únicamente a la lógica nacional, enredada en una situación mundial no menos problemática. Mientras la caída del socialismo había puesto en crisis la idea misma de utopía y de cambio revolucionario, la ampliación de las instituciones democráticas y el pluralismo era innegable, sobre todo en los países latinoamericanos. Al mismo tiempo, un nuevo paradigma socioeconómico agravaba la cuestión social a causa de un notable crecimiento de la desigualdad. En cierto sentido, esta era una muestra de las dos caras de la modernidad en este contexto histórico. Más que demandar la sincronización de tiempo local y global, parecía necesario aprender a convivir con la multiplicidad temporal: la base filosófica de algunas de las teorías de las modernidades alternativas.

A pesar de que las referencias a los tiempos múltiples pueden hallarse tanto en la obra de Paz como en Fuentes,⁴²⁸ así como en algunos intelectuales cercanos al neozapatismo, las visiones del proceso modernizador que se impondrán en el campo intelectual mexicano referirán a la imbricación del cambio local con el global. Curiosamente, la lectura de la modernidad como una sucesión de etapas y cambios exógenos a los que México debe responder no sólo es el modelo de *Nuestra caída en la modernidad*, sino el de *Después del milagro*, la obra de Aguilar Camín. Este supuesto compartido tiene una consecuencia

⁴²⁶ José Revueltas, *México: una democracia bárbara* (Ciudad de México: Era, 2014 [1958]).

⁴²⁷ En este sentido, llama la atención la vía a través de la cual se llega a la sociedad civil entre los intelectuales mexicanos: un sector del liberalismo y algunos intelectuales de *Vuelta* reivindicaba a Popper, mientras que la izquierda lo hará esencialmente mediante Gramsci.

⁴²⁸ Ya he hecho referencia a este tema en Paz. En el caso de Fuentes, el ejemplo más inmediato es Carlos Fuentes, *Tiempo Mexicano* (México: Joaquín Mortiz, 1991).

fundamental: si los intelectuales que respaldaron la modernización la planteaban como una oportunidad única para insertarse en una nueva ola de progreso mundial, quienes se opusieron a través del neocardenismo —como el propio Gilly— encontraban en este proyecto un modo de ajustar la integración a los tiempos nacionales, pese a su huella corporativa.

Esta paradoja es el síntoma de un cambio más profundo. La izquierda no fue ajena a la reestructuración del debate que siguió a la experiencia traumática de 1982, hecha de ciertos principios de realidad visibilizados por la crisis económica y a partir de ese momento más o menos dogmáticos, al menos hasta el golpe de 1995 que contuvo el entusiasmo neoliberal.⁴²⁹ Como subraya Lomnitz, la retórica emancipadora de las izquierdas también llegó a ceder a la *Realpolitik*: las perspectivas de una modernidad alternativa en el fin de siglo reflejan ese dilema pues, aunque hay un consenso en torno a la lucha por la democracia y en contra del dominio corporativo, quienes no comparten el modelo de futuro del discurso predominante reactivarán el proyecto de la revolución mexicana con el mismo ímpetu realista de la izquierda que decidió apoyar las reformas modernizadoras, mientras cualquier discurso fuera de estos marcos naufragaría en el espacio público.

El supuesto de la transición a la modernidad

Frente a un debate estructurado por rígidos principios de realidad, es comprensible que una de las características del fin de siglo sea el protagonismo de la dicotomía tradición-modernidad como clave de interpretación. Los periodos de cambio transforman nuestra manera de relacionarnos con lo tradicional, y aunque el auge de la tecnocracia es un claro indicio, ciertas rearticulaciones en la conversación pública son más sutiles. Vienen al caso algunos ejemplos de la historia intelectual mexicana: piénsese en la forma en la que la herencia colonial se desacreditaba en nombre del México auténtico a principios del siglo pasado, lo mismo que se haría con la herencia indígena en nombre del mestizaje.⁴³⁰ En ambos ejemplos se traza una línea no siempre explícita entre la modernidad y sus obstáculos. Y

⁴²⁹ Claudio Lomnitz, “Tiempo y dependencia en América Latina”, en *La nación desdibujada: México en trece ensayos* (México: Malpaso Editorial, 2016), 63.

⁴³⁰ Por supuesto, me refiero al famoso discurso de Sierra al inaugurar la Universidad Nacional y al conocido ensayo de Vasconcelos, respectivamente: Justo Sierra, “Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional [1910]”, *El ensayo mexicano moderno I*, ed. José Luis Martínez (México: FCE, 2016), 58-78; José Vasconcelos, *La raza cósmica* (Ciudad de México: Porrúa, 2019 [1925]).

aunque a fines de siglo no hay una tradición en un sentido temporal lejano, sí hay un objeto histórico que cumple dicha función: el siglo XX mexicano.

Lo que subyace a esta dicotomía es el supuesto de la transición: desde una forma tradicional de la sociedad mexicana hacia su forma moderna. Desde luego, este esquema se planteó fundamentalmente en los términos de la retórica de la transición democrática. En su intervención en el Coloquio de Invierno, por ejemplo, José Woldenberg resumía los cambios del México de fin de siglo en el paso discursivo de la revolución a la democracia. Para Woldenberg, el éxito del discurso revolucionario se explica por una cuestión temporal: su capacidad para posponer la democracia con el pretexto de su programa social; usar la revolución como coartada para suspender las formalidades democráticas.⁴³¹ Sin embargo, mientras la desigualdad de una nación en desarrollo permitía desestimar las críticas al régimen autoritario, las transformaciones de esas décadas minarían su fuente de legitimidad: no habría más margen de maniobra para retardar el cambio democrático.

Resulta interesante cómo se reformula el modelo transicional en el que descansan, a final de cuentas, ambas lógicas. En cierto modo, el régimen mexicano de la posrevolución había sido un paradigma del estado desarrollista de las teorías de la modernización, en particular en sus versiones de los sesentas, cuando algunas dictaduras pusieron en duda la correlación entre democracia y desarrollo económico que postulaba la primera generación de estas corrientes. Paulatinamente, la expansión democrática mundial cambió los términos del debate: el eje de lo que se entendía como un momento transicional global —como lo había sido la posguerra— ya no era el cambio de lo tradicional a lo moderno sino de lo autoritario a lo democrático. Sin embargo, en el México de estos años el paso del autoritarismo a la democracia se superpone discursivamente con la antigua transición del tradicionalismo a la modernidad.

La categoría de democracia remite a hechos muy diversos en el espacio público mexicano de la época. Su papel en las luchas desde la oposición de izquierda es sólo un ejemplo de la vida de este concepto fuera de su relación con la modernización. No obstante, es necesario explorar la confluencia entre ambos fenómenos en el discurso intelectual. Al menos desde los años ochenta, era un consenso en la discusión sobre la modernización en las

⁴³¹ José Woldenberg, “De la revolución a la democracia en México”, en *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo* (México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992), 85-86.

ciencias sociales latinoamericanas que la democracia resultaba fundamental para darle estabilidad a este proceso, cuya propensión a ser interrumpido por los vaivenes políticos era conocida en la región.⁴³² Para entender el entusiasmo en *Nexos* por las reformas modernizadoras hay que partir de estas dos cuestiones: la búsqueda por devolver el tiempo mexicano —anclado en el futuro revolucionario— al presente —a la modernidad global— y la doble connotación de este proyecto, democrática y socioeconómica.

En su acepción más económica, la modernización no es un discurso excéntrico entre los intelectuales de izquierda. Como lo ha propuesto Lomnitz, la teoría de la dependencia y su contraparte desarrollista compartían los mismos supuestos. Ambas suscribían una misma concepción histórica sobre América Latina: de algún modo y eventualmente, la región se emanciparía de la pobreza y del atraso. También tenían una misma preocupación: la persistencia de un cronotopo dividido, que hace del espacio latinoamericano un lugar contemporáneo con el mundo civilizado pero asincrónico en otros sentidos.⁴³³ Rumbo a fines de siglo, el régimen mexicano había perdido su marca de contemporaneidad —el desempeño económico— mientras su forma política seguía siendo anacrónica. En este contexto, los intelectuales podían ser críticos del salinismo —sobre todo en la cuestión democrática— sin dejar de compartir el esquema de interpretación del gobierno o sus reformas.

Hay cierto potencial crítico en la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno, que invierte la lógica del nacionalismo revolucionario al proponer que se puede cumplir con la justicia social en un régimen democrático.⁴³⁴ Políticamente, recuerda al paso de la revolución al reformismo que está en el centro de la socialdemocracia europea, la cual tuvo que aprender a competir y gobernar para avanzar la causa socialista. En cualquier caso, la imagen del siglo XX mexicano como tradición despreciable estrechó los márgenes de la crítica a la modernización: el nuevo sentido común desdeñaba la política que no se ajustara a los

⁴³² Lidia Girola, “Del desarrollo y la modernización a la modernidad. De la posmodernidad a la globalización. Notas para el estudio acerca de la construcción y el cambio conceptual, continuidades y rupturas en la sociología latinoamericana”, *Sociológica* 23, núm. 67 (mayo-agosto 2008): 15.

⁴³³ Lomnitz, “Tiempo y dependencia”, 66-67.

⁴³⁴ Este es el núcleo de buena parte de la literatura crítica de la izquierda mexicana en el siglo XX: pienso, por ejemplo, en la crítica de Bartra a la coexistencia de formas de mediación modernas y no modernas en su obra temprana. Roger Bartra, *El poder despótico burgués: las raíces campesinas de las estructuras políticas de dominación* (Barcelona: Península, 1976).

preceptos de ingeniería social dominantes o que promoviera una democracia irresponsable.⁴³⁵ Asimismo, como a los socialdemócratas, los obstáculos inmediatos de los cambios del fin de siglo impedirían al discurso de esta izquierda establecer un horizonte de futuro y desmarcar su perspectiva de la creciente desigualdad.⁴³⁶

Esa combinación de antipopulismo y *expertise* técnica, muy característica de los modernizadores estadounidenses de mediados de siglo, tiene otras consecuencias en el campo intelectual de la izquierda. Lo vemos en la discusión sobre el Estado y la sociedad: por el giro democrático, la renovación teórica de la izquierda occidental y la declinación de la organización partidaria leninista,⁴³⁷ era natural la nueva inclinación hacia categorías como la sociedad civil. Ahora bien, más que la ocupación de ciertos ámbitos sociales como espacios de lucha, en la retórica y en la práctica predominó una visión modernizadora: desde el empresario que cumple funciones antes estatales hasta la élite académica que se adjudica la renovación del viejo sistema político. Contrario a la resistencia desde abajo y a la organización planteada por algunos intelectuales socialistas, se hizo de este concepto un mecanismo de justificación para una reforma desde arriba.

La preferencia por una reforma dirigida desde arriba para no perder el control de un cambio desordenado desde abajo remite a ciertos consensos del siglo XIX: de hecho, Lomnitz se ha referido a la recuperación del lenguaje político de ese siglo tras las crisis que comenzaron en los ochenta, las cuales dispararon las obsesiones por el Estado de derecho, la transparencia y otros principios que respondían a una noción de corrupción generalizada, el cristal desde donde se leyeron dichas coyunturas.⁴³⁸ Este vocabulario es útil para entender las ambigüedades del esquema transicional: mientras en contextos como el del autoritarismo mexicano este tipo de demandas resultaban pertinentes para la lucha democrática, la transformación paralela de la economía que acompañó su auge dificultó la distinción entre los ejes del proceso. En el espacio público, la izquierda opositora a la modernización, de lenguajes anticuados, era fácilmente equiparable con lo antidemocrático.

⁴³⁵ Como sugerí en el capítulo anterior dichos preceptos son, principalmente, los de la sociología y la ciencia política de los ochenta, cuyas teorías del autoritarismo y la democracia ganarían terreno en relación con los paradigmas de los sesenta como la sociología del desarrollo o la teoría de la dependencia.

⁴³⁶ Tomo esta crítica de Adam Przeworski, “De la revolución al reformismo”, *Nexos* (junio 2021). Se trata de una versión acotada de un capítulo de su más reciente libro, aún en prensa: *Market Economies, Market Societies: Interviews and Essays on the Decline of Social Democracy*.

⁴³⁷ Illades, *El marxismo en México*, 218-220.

⁴³⁸ Lomnitz, “Tiempo y dependencia”, 73-74.

Mirar al exterior sólo confirmaba los supuestos de muchos intelectuales. Con rapidez, la tesis de que la transformación mexicana era fruto del mismo proceso que el de la decadencia de la URSS se extendió en el campo intelectual: desde Paz hasta Bartra, desde Aguilar Camín hasta Semo.⁴³⁹ En su intervención, también Woldenberg haría referencia a algunos paralelismos entre la ideología socialista y la ideología revolucionaria mexicana. Si bien reconocía que la maleabilidad de la primera contrastaba con la rigidez de la segunda, proponía que eran comparables por su carácter teleológico: simplemente en México la meta última socialista fue ocupada por la revolución.⁴⁴⁰ Aunque la premisa tiene un énfasis político que la coloca en el plano de la retórica democrática, la matriz de su crítica la superpone con los juicios que tildaban a las alternativas de resistencia como ideológicas y tradicionales en relación con determinados criterios de modernidad.

Todas las ponencias en el Coloquio de Invierno dedicadas a los cambios en México parten de la dicotomía tradición-modernidad.⁴⁴¹ Por supuesto, también encontramos entre ellas interpretaciones alternativas: para Carlos Monsiváis el problema de la izquierda era desdeñar el concepto de modernidad, lo que impedía la disputa por su significado y por lo tanto por el proyecto moderno.⁴⁴² Monsiváis fue un duro crítico del concepto de modernización salinista, al que le oponía una noción de modernidad como liberación: de fuerzas artísticas, sociales, políticas y culturales. En una de las intervenciones más interesantes del evento, Julieta Campos —una de las tres invitadas del grupo *Vuelta*— hizo el alegato más convincente contra este esquema dual: según ella, uno de los modos de esconder las trampas del desarrollo y las diferencias del México ideológico —imaginario, diría Bonfil Batalla— y el México profundo.⁴⁴³

Es decir, una opción emancipadora tendría que inclinarse más por adaptar la modernización al país que el país a la modernización: respetar la multiplicidad de tiempos

⁴³⁹ Es Carlos Illades quien ha reparado en la semejanza de esta tesis en *Pequeña crónica de grandes días* de Octavio Paz y *La sangre y la tinta* de Roger Bartra. Carlos Illades, “Las cuatro transformaciones de Bartra”, en *Revista Gatopardo* (abril de 2021). Consultado en línea el 30 de abril de 2021: <https://gatopardo.com/opinion/las-cuatro-transformaciones-de-bartra/> En cuanto a las otras obras, me refiero a las ya citadas Aguilar Camín, *Después del milagro* y Enrique Semo, *Crónica de un derrumbe*.

⁴⁴⁰ Woldenberg, “De la revolución a la democracia”, 87.

⁴⁴¹ Me refiero a las ponencias reunidas en *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo* (México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992)

⁴⁴² Carlos Monsiváis, “Cultura: tradición y modernidad”, en *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo* (México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992), 139-140.

⁴⁴³ Julieta Campos, “Las trampas del desarrollo”, en *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo* (México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992), 164-165.

locales, no imponerles el global. Por el contrario, el supuesto de la transición a la modernidad que sustentaba los dispositivos de lectura del fin de siglo establecería ciertas coordenadas para ubicarla en relación con elementos “tradicionales”, desestimados por no corresponderse con las referencias del cambio. Al supuesto de la transición a la modernidad lo complementó la tesis de la convergencia global: una vez definidos algunos aspectos del siglo XX mexicano como parámetros de una sociedad tradicional, las transformaciones de estas décadas fueron enmarcadas en un cuadro más amplio que volvería inviable cualquier proyecto que no siguiera su lógica.

El supuesto de la convergencia global

Hay que aclarar que, aunque estas perspectivas parten de una renovada teoría de la modernización, sus mecanismos argumentativos son más flexibles que en sus avatares de mediados de siglo. En el contexto mexicano, además, es normal aparentar cierta resistencia a este cambio: varios intelectuales admiten que no es la modernidad más justa, son críticos con ella. Al final, en cualquier caso, se acepta que la solución más práctica es adaptar inquietudes válidas como la justicia social a los marcos de la nueva ola de modernidad.⁴⁴⁴ De nuevo, no es un fenómeno extraño: la modernización es central en el imaginario de ciertas izquierdas. Para Löwy, por ejemplo, es característica de algunos socialismos del siglo XX que conjuntan dos tradiciones: la crítica del presente y la defensa de la modernidad, lo que se traduce en una crítica a partir de valores modernos.⁴⁴⁵

Ahora bien, en las últimas dos décadas del siglo pasado estos valores se redefinen, lo cual no es un cambio menor: se habla de la racionalidad, la eficiencia, lo tecnológico y lo científico. Es fácil identificar este marco conceptual en los textos de intelectuales como Aguilar Camín o en los “liberales modernizadores”. A este nuevo lenguaje lo complementa la idea de que la modernidad viene del exterior y, en general, un resurgimiento de la teoría de la modernización en los noventa. Nils Gilman ha caracterizado este momento intelectual de acuerdo con un supuesto compartido de filosofía de la historia: el camino hacia la convergencia, es decir, a un patrón más o menos universal de modernidad, usualmente

⁴⁴⁴ Desde antes de las elecciones del 88, ante el creciente protagonismo de la discusión sobre la modernidad, Aguilar Camín proponía que el problema del crecimiento sintetizaba las urgencias del México de la época. Héctor Aguilar Camín, “México y su modernidad”, *Nexos* (noviembre 1987).

⁴⁴⁵ Michael Löwy, “Redefining Romanticism”, *Romanticism Against the Tide of Modernity*, eds. Michael Löwy y Robert Sayre (Durham: Duke University Press, 2001), 28-29.

modelado en Estados Unidos.⁴⁴⁶ Al igual que en las viejas teorías de la modernización, en el centro del cambio está el desarrollo tecnológico⁴⁴⁷: ya sea en su sentido más simple, como instrumento, o en su acepción más política, traducida en la prescripción técnica.

La tesis de la convergencia es la expresión más clara de la sincronización del tiempo local con el global. Y los cambios a los que alude, por supuesto, están en las antípodas de la imagen creada en torno al nacionalismo revolucionario. Aguilar Camín describía este proceso con una metáfora parecida a la de la soledad de Paz: la confrontación entre el *ethos* del aislamiento mexicano y la tendencia mundial a la apertura, al cambio globalizado y convergente.⁴⁴⁸ Una concepción del país similar a la que los modernizadores tenían respecto a las sociedades tradicionales en los cincuenta: aisladas, temerosas del cambio, con un modelo económico anacrónico.⁴⁴⁹ El argumento es más elaborado: la reconstrucción de la caída de los arreglos del régimen posrevolucionario en *Después del milagro* es una de las historias más lúcidas de esta transformación. Sus implicaciones remiten, sin embargo, al renovado discurso modernizador de la posguerra fría.

Sobra decir que no son idénticos: lo que comparten son algunos supuestos, que en última instancia es lo que define al clima intelectual de una época. Tomemos un caso esclarecedor: si bien al hablar de los teóricos de la modernización de los noventa la figura de Francis Fukuyama es ineludible, la tesis del fin de la historia, ampliamente rebatida, en realidad entusiasmó a pocos intelectuales mexicanos⁴⁵⁰: era reduccionista y quizás parecía muy sujeta al debate estadounidense. Esto no contradice que una parte importante del campo intelectual compartía su ánimo modernizador y leía la coyuntura nacional desde premisas similares: en particular, la perspectiva del cambio histórico convergente hacia la modernidad, la cual no implicaba que dejaran de suceder cosas inesperadas, sino que en adelante habría

⁴⁴⁶ Nils Gilman, “The Postmodern and the Aftermath of Modernization Theory”, *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2003), 270-271.

⁴⁴⁷ Aunque no reproducen el lenguaje empresarial que caracteriza a estos discursos, los retos de un mundo globalizado y en vías de tecnologización acelerada han sido centrales en quienes plantean la necesidad de que la izquierda se vuelva moderna –si bien la democracia sigue siendo el valor primario de esta propuesta–. Por ejemplo: Roger Bartra, *La fractura mexicana: izquierda y derecha en la transición democrática* (México: Random House Mondadori, 2009).

⁴⁴⁸ Aguilar Camín, “El cambio mundial y la democracia”, 38-40.

⁴⁴⁹ Nils Gilman, “Modernization Theory and American Modernism”, *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2003), 5.

⁴⁵⁰ En *Nexos* fue criticada, entre otros, por Agustín Basave, “En el centro de la intolerancia neoliberal”, *Nexos* (marzo de 1990).

ciertos límites estructurales como la democracia o el mercado,⁴⁵¹ dos dimensiones muy presentes en el debate mexicano a causa de la doble transición.

Las diferencias y afinidades con esta tesis son claras en el debate del Estado. Mientras la nueva escuela de modernización estadounidense abrazaba el supuesto de la reducción estatal, en el discurso intelectual mexicano la nueva ola de modernidad dejaba al Estado en un lugar ambiguo, por lo menos entre los intelectuales de *Nexos*. Había razones de peso como la persistente desigualdad, aunque en el fondo las teorías modernizadoras de matriz keynesiana no eran irreconciliables con sus sucesoras de los noventa, más forjadas en el neoliberalismo: sobre todo, compartían cierto recelo a la participación popular y al conocimiento no especializado, contrarios a las directrices supuestamente universales de desarrollo económico.⁴⁵² La defensa crítica del Estado podía convivir con la idea del cambio convergente sin respaldar del todo los nuevos consensos económicos, en especial porque sus coordenadas se habían desplazado al eje autoritarismo y democracia.

A diferencia de sus primeras versiones, la convergencia modernizadora de los noventa se fundaba en una noción de modernidad no tan monolítica, o al menos adoptaba algunos matices al introducirse en otros contextos. Por ejemplo, la retórica de la sociedad civil en los intelectuales mexicanos parecía un intento por minimizar las deficiencias de intermediación política que subyacen a la racionalidad tecnocrática de la época, adoptada por las élites mexicanas desde los ochenta.⁴⁵³ Es decir: había cierto margen para lidiar con la carga homogeneizadora que está implícita en este tipo de modelos. En la conversación pública, no obstante, se crearon acuerdos implícitos en torno al México del siglo XX que sirvieron para establecer los límites estructurales que impondría la convergencia global: de manera que, pese a que los referentes del cambio podían ser diversos, había una serie de elementos a los que se les refutaba con la barrera del contexto internacional, que iba por otro camino.

⁴⁵¹ Esta fue la réplica de Fukuyama a algunas de las críticas al carácter tan tajante de su conclusión histórica. Sobre este tema y para una crítica más matizada, véase Perry Anderson, “Fukuyama”, en *Los fines de la historia* (Barcelona: Anagrama, 1996), 97-141.

⁴⁵² Estos lineamientos, por supuesto, estaban basados en los problemas particulares de los países desarrollados europeos. John Brohman, “Universalism, Eurocentrism, and Ideological Bias in Development Studies: From Modernisation to Neoliberalism,” *Third World Quarterly* 16, no.1 (1995): 121-140.

⁴⁵³ Sobre la tecnocracia en México y este problema de gobernanza: Rogelio Hernández, “Entre la racionalidad tecnocrática y la gobernabilidad. La importancia del consenso político en México”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 222 (septiembre-diciembre 2014): 353-368.

Por esta razón, y aunque la relación de la izquierda con el neoliberalismo es un hecho estudiado,⁴⁵⁴ es difícil ponerle esta etiqueta a los intelectuales de izquierda promotores de la modernización mexicana,⁴⁵⁵ aunque hay coincidencias de este sector con el discurso y el proyecto modernizador: la respuesta tecnocrática que es compatible con la justicia social, el papel del Estado como guardian de la implementación de políticas neoliberales, e incluso el carácter más pragmático de la intelectualidad cercana al régimen de Salinas, alejada del redencionismo marxista. Como el gobierno mexicano, usaban el supuesto de la convergencia global selectivamente: aunque no se planteaba que el país terminaría pareciéndose a un lugar en específico —más allá de las referencias al primer mundo—, se impulsaba la idea de una marcha internacional en una determinada dirección, lejos de los paradigmas del siglo pasado al que asociaban a sus opositores.

También hay un giro respecto a la visión del cambio histórico con distintas implicaciones para la práctica y la intervención intelectual. Pese a que no todos los intelectuales cercanos a *Nexos* participan en la discusión sobre el marxismo, su repliegue nos ayuda a entender este discurso. Como vimos, la polémica se centró mucho en el carácter teleológico de la historia marxista, un rasgo más propio de las corrientes evolucionistas del siglo XIX, pero cuya afinidad con la ideología de la revolución lo hacía un tema de interés. Sin embargo, el debate también dio cuenta del desgaste del supuesto del marxismo del siglo pasado: la intervención subjetiva en la historia, es decir, creer que se podía cambiar su curso a través de la militancia. Una huella de esta creencia estaba en las críticas de Aguilar Camín a Octavio Paz y los intelectuales de generaciones anteriores: la intervención en la política aparecía como un signo de madurez frente a la pasividad conservadora.

En el fin de siglo, la relación entre intelectuales y política pierde este matiz: se interviene públicamente para cerrar la brecha entre el pueblo unitario del priismo y la multiplicidad de la sociedad civil, cuya identificación con el sistema político se ha dislocado. De trasfondo tenemos un cambio más general de las últimas décadas del siglo XX: el

⁴⁵⁴ Por ejemplo, en Johanna Bockman, *Markets in the Name of Socialism: The Left-Wing Origins of Neoliberalism* (Stanford: Stanford University Press, 2011).

⁴⁵⁵ Sin mencionar que la prédica neoliberal fue difundida no tanto en revistas culturales y sus intelectuales, sino por economistas y académicos en centros de educación superior —aunque con una exposición mediática nada desdeñable y cada vez más amplia con el tiempo—. María Eugenia Romero Sotelo, *Los orígenes del neoliberalismo en México: La escuela Austriaca* (México: FCE, 2016).

compromiso intelectual no debe poseer ningún sustento exterior o apelar a la trascendencia⁴⁵⁶ en nombre de la cual la violencia de este periodo se desbocó, sino privilegiar la técnica y el análisis neutral. Tras un siglo donde la agencia tuvo un lugar preponderante,⁴⁵⁷ se asume que eventos como la transición democrática vendrán gradualmente, sin que los precipite la intervención revolucionaria. Esto no significa renunciar al espacio público puesto que, como la convergencia mundial ya no garantiza una meta final, se requiere seguir asumiendo un compromiso intelectual, aun si su carácter es más vigilante que creativo.

Algunos de los primeros teóricos de la modernización, para quienes la convergencia era homogénea en términos materiales, propusieron que podía haber diferencias culturales o políticas en el camino a la modernidad, casi siempre nocivas.⁴⁵⁸ Este carácter defensivo es identificable en los impulsores del proyecto modernizador en México, dedicados a advertir cualquier síntoma de regresión a la cultura autoritaria. Se refleja también en la confianza en los contenidos concretos, a diferencia de la izquierda contemporánea que pasó de la lógica trascendente y revolucionaria a las teorías del discurso articuladas desde el concepto del significante vacío.⁴⁵⁹ Después de las polémicas sobre el concepto de democracia, donde adjetivarla remitía aún a una instancia de perfectibilidad, el carácter abierto de las categorías desapareció de la discusión pública: la disputa por el contenido se asociaría a los riesgos de volver al pasado y a la demagogia de la amenaza populista.

Mexico: Splendors of Thirty Centuries, la exposición realizada en el Museo Metropolitano de Nueva York en 1990, simboliza bien el papel de este supuesto en el clima intelectual de la modernización. La cultura oficial sirvió en diferentes ocasiones a lo largo del siglo pasado como una promesa de modernidad propia, comenzando por el arte

⁴⁵⁶ Es parte de lo que Elías Palti llama la des-sustancialización de los conceptos políticos, los cuales remitían no sólo a su forma sino a algo más allá de esta. Elías Palti, *An Archaeology of the Political* (New York: Columbia University Press, 2017), 110-117.

⁴⁵⁷ Badiou se refiere a este como el siglo de la pasión por lo Real: es decir, cuando la propensión al pensamiento del siglo XIX cristalizó en agencia. Véase Alain Badiou, *Le siècle* (Paris: Seuil, 2004).

⁴⁵⁸ Nils Gilman, "The Harvard Department of Social Relations and the Intellectual Origins of Modernization Theory", *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2003), 102.

⁴⁵⁹ Como señala Breckman esta perspectiva, expuesta por postmarxistas como Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, supera la figura del viejo intelectual, universal y *maître à penser*, pero no reduce la importancia de su función para la política de izquierda e incluso la radicaliza. Warren Breckman, "The Post-Marx of the Letter", *After the Deluge: New Perspectives on the Intellectual and Cultural History of Postwar France*, ed. Julian Bourg (Maryland: Lexington Books, 2004), 92-93.

canonizado en los veinte por Anita Brenner.⁴⁶⁰ En el contexto de la apertura comercial hacia Estados Unidos, la exhibición de trescientos años de arte mexicano no sólo aliviaba ciertos temores sobre la pérdida de identidad nacional, sino que mostraba un país que podía abrirse al cambio y conciliarse con el tiempo global.⁴⁶¹ La convergencia hacia la modernidad no era un camino homogéneo como antes, pero había metas menos negociables que otras. A tres años de este despliegue de cultura nacional, por ejemplo, se firmaba el tratado de libre comercio.

SECCIÓN 3: EL SALINISMO, LA MODERNIDAD MEXICANA Y EL DISCURSO MODERNIZADOR

En la historia mexicana hay cierto fetiche por los años de quiebre, y la segunda mitad del siglo XX fue muy propicia para este tipo de inflexiones: en la memoria colectiva, 1968 o 1994 son puntos de ruptura desde los cuales se explican procesos no siempre relacionados. Es más sencillo entender el cambio de esta forma: pocas imágenes tan poderosas como Tlatelolco o el levantamiento zapatista. Si los años ochenta no están menos cargados de simbolismos, es innegable que es más difícil ponerles una sola marca: si bien la crisis de 1982, el sismo de 1985 o las elecciones de 1988 podrían cumplir esta función, algo que caracteriza a esta década es que no se distingue tanto por el desencuentro como por el desengaño, como mencionan Rodríguez Kuri y González Mello.⁴⁶²

El desencuentro es inmediato; el desengaño puede ser más largo, incluso si conduce al quiebre. Por eso los años ochenta, a pesar de sus fechas clave, tienen que entenderse en un marco más amplio. Como es sabido, el sexenio de Miguel De la Madrid es el de la reorientación del modelo económico: aquí es cuando se dan los cambios sustanciales del neoliberalismo mexicano, con el programa de ajuste del Fondo Monetario Internacional como telón de fondo. Su gobierno también es relevante por la forma en la que se comienza a interpretar el pasado: para hacerlo es importante de dónde venimos, y en ese momento el

⁴⁶⁰ Brenner popularizó la noción de un arte mexicano eterno, que iba desde lo prehispánico hasta algunos pintores modernos: al interior, esto definió buena parte del discurso de “lo mexicano”, y al exterior –en 1930 organizó una exposición en Estados Unidos– desmentía la influencia bolchevique en el país. Anita Brenner, *Idols Behind Altars: Modern Mexican Art and Its Cultural Roots* (New York: Dover, 2002 [1927]).

⁴⁶¹ Para una crítica de la exposición remito a Rafael Lemus, “La reinención de México: alrededor de *Mexico: Splendors of Thirty Centuries*”, en *Breve historia de nuestro neoliberalismo* (México: Debate, 2021), 59-91.

⁴⁶² Ariel Rodríguez Kuri y Renato González Mello, “El fracaso del éxito, 1970-1985”, en *Nueva Historia General de México* (México: El Colegio de México, 2010), 736.

pasado inmediato es el de la ilusión petrolera, el crédito externo y la presidencia que aparentaba ser capaz de resolver todas las crisis.

Fenómenos como la animadversión hacia el gobierno y el presidencialismo, el manejo político de la economía o hacia la idea misma de política provienen de la interacción de estos cambios. Ahora bien, si la reforma económica la comienza De la Madrid y las presidencias de los setenta condensan aquello de lo que se distancia la esfera pública de fin de siglo, ¿por qué centrarse en el salinismo? La respuesta es que Salinas le intentará dar sentido a este cambio. Acaso muy reciente en el sexenio que le antecede, la distancia y la polémica electoral reclamarán un planteamiento más elaborado sobre el México en transformación: como estrategia de legitimación, pero también como parte de un clima intelectual de crítica y de ajuste de cuentas con un pasado que puso al descubierto los problemas nacionales. Este es el marco donde se despliega el discurso de la modernización. Aquí veremos cómo participa el oficialismo en su construcción.

Además del discurso de la modernización desde el gobierno, en este último apartado analizaré sus relaciones con el discurso intelectual de la época, sus afinidades y sus diferencias. Comienzo con las características de la retórica salinista: desde su papel en la coyuntura electoral hasta su sentido más profundo, como una rearticulación de la narrativa posrevolucionaria. En segundo lugar, recupero algunos de los paralelismos establecidos entre el discurso oficialista y las reflexiones de los intelectuales de *Vuelta*, con base en su complementariedad como un proyecto para concluir la modernidad sin pasar por encima de supuestas particularidades nacionales. Finalmente, repito el ejercicio con *Nexos* a partir de los presupuestos que animan su discurso: la transición y la convergencia, entre otros elementos similares a los de la teoría de la modernización de la posguerra fría.

El discurso modernizador desde el oficialismo: la tesis de la vía mexicana

Una de las claves de la estabilidad política del régimen mexicano rumbo a mediados del siglo pasado fue el establecimiento de la modernidad como meta. Al menos desde 1940, el desarrollo económico, la democracia y la incorporación de grupos antagónicos se sintetizaron en este marco.⁴⁶³ El compromiso con el proceso de modernización no sólo fue la condición del gobierno para negociar la inclusión de otros actores en el sistema político, sino una

⁴⁶³ Loeza, *Clases medias y política en México*, 111.

bandera frente al exterior y un consenso compartido entre las élites y la población, en una época en la que la democracia —digamos, la variable política del proyecto modernizador— se entendía como desarrollo económico y cambio social.⁴⁶⁴ Si bien en 1945 hubo reformas políticas y electorales para cubrir demandas de participación, este sentido de la modernización lo ilustra bien la definición de la democracia en el artículo 3 como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo.

Como quedaría demostrado en el sexenio de Miguel Alemán, los elementos de este proyecto no eran del todo compatibles: había tensiones entre la extensión de la participación, que era a lo que apuntarían los reclamos de democracia en años siguientes, y los objetivos de crecimiento económico e industrialización.⁴⁶⁵ Sin embargo, y pese a los sobresaltos que enfrentó el régimen desde finales de los cincuenta, la solidez de este acuerdo perduró hasta los últimos años de la década de los sesenta, cuando el ideal revolucionario comienza a desfasarse en relación con algunos sectores de la sociedad, hasta que las crisis de los setenta rompen con la posibilidad de agrupar al país en torno a la meta de la modernidad, frente a los erráticos gobiernos de esta década y con un escenario socioeconómico y político muy diferente al de la posguerra.

Aunque breve, este contexto sobre el concepto de modernización es fundamental para entender el lenguaje de los ochenta y en particular del salinismo. La reforma modernizadora de esta época se proyectará contra las gestiones de Echeverría y López Portillo: en este sentido la categoría no tiene mucho misterio, nombra a las transformaciones económicas y políticas que emprendió la élite tecnocrática que los sucedió.⁴⁶⁶ Dicho esto, también hay algo del pacto nacional de los cuarenta en la selección de este aparato retórico en específico: la modernidad como una meta integradora y un concepto alrededor del cual gira la vida política nacional. Contra la oposición, a la que Salinas asociaba no sólo con el desastre financiero sino con un manejo político de la economía basado en el beneficio propio,⁴⁶⁷ la

⁴⁶⁴ La imagen positiva que proyectó México en la Conferencia interamericana sobre problemas de la guerra y la paz, en 1945, es sintomática del buen momento de ese consenso modernizador. Véase Soledad Loaeza, “Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968”, *Nueva Historia General de México* (México: El Colegio de México, 2010), 653-655.

⁴⁶⁵ Blanca Torres, *Hacia la utopía industrial. Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952* vol. 21 (México: El Colegio de México, 1984), 13-14.

⁴⁶⁶ Lo describe Rogelio Hernández Rodríguez, *El centro dividido: la nueva autonomía de los gobernadores* (México: El Colegio de México, 2008), 109-110.

⁴⁶⁷ Hernández, *El centro dividido*, 174.

modernización representaba una alternativa de proyecto nacional,⁴⁶⁸ un aspecto más profundo que el uso genérico del término para señalar a las reformas.

El gobierno tiene voz en la reflexión sobre la relación histórica entre México y la modernidad, un aspecto que hay que atender al analizar el clima intelectual de estos años. Dice mucho sobre la importancia que la administración salinista le otorgó a este discurso la cantidad de recursos que se movilizaron a su favor. Lo documentó Gavin O'Toole en la reconstrucción más completa de la retórica del salinismo: al margen de los arreglos tácitos del presidente con la élite intelectual más mediática, la maquinaria propagandística y editorial del PRI no dejó de operar durante este sexenio. El sustento ideológico e intelectual del oficialismo, en su versión más elaborada, fue diseñado por un grupo de políticos y académicos al interior del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES) del partido, muy activo desde la campaña de Miguel De la Madrid.⁴⁶⁹

Destaco este hecho en tanto ilumina la relación, a veces exagerada, entre los intelectuales y el gobierno salinista. Es cierto que los canales de comunicación entre ambos eran cercanos: la Comisión de Sociedad y Cultura del IEPES permitió un contacto eficaz, que funcionó para coordinar el establecimiento de CONACULTA y el FONCA, por ejemplo.⁴⁷⁰ Aquellos intelectuales y artistas con experiencia en la función pública —como Víctor Flores Olea o el poeta Marco Antonio Campos— llegaron a integrarse a esta comisión, y prácticamente todas las figuras de la cultura mexicana participaron en el nuevo órgano cultural en sus inicios. Más adelante exploraré esta relación con mayor detalle. Por ahora, el matiz es importante: la tarea de darle sentido a un nuevo régimen fue llevada a cabo, en su parte sustancial, por el aparato oficial.

Funcionarios y académicos reflexionaron sobre el proyecto modernizador en sus libros y en ensayos que aparecían en la revista partidista *Examen*, desde teoría política hasta textos más técnicos sobre economía. De aquí provenía el mayor esfuerzo por dotar de sentido

⁴⁶⁸ Como señala Aitken, este proyecto no sólo era económico sino que se inscribía en un cambio ideológico global: la denigración de las distintas formas de estatismo desde los setenta. Rob Aiken, “Neoliberalism and Identity: Redefining State and Society in Mexico”, *Dismantling the Mexican State?*, eds. Rob Aiken et al. (Londres: MacMillan, 1996), 25.

⁴⁶⁹ Gavin O'Toole, “A New Nationalism for a New Era: The Political Ideology of Mexican Neoliberalism”, *Bulletin of Latin American Research* 22, no. 2 (2003): 275.

⁴⁷⁰ Véase Tomás Ejea Mendoza, “Legitimación y modernización: el CONACULTA y la política cultural”, en *Poder y creación artística en México. Un análisis del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA)* (México: UAM-Azcapotzalco, 2011), 51-119.

histórico al salinismo y a las reformas que lo antecedieron. El principal mecanismo argumentativo era la reconstrucción del liberalismo decimonónico mexicano. Reajustar los preceptos nacionalistas para una época global requería un complejo edificio discursivo que se construyó a través de la noción del liberalismo social. Aunque el liberalismo occidental era un concepto amplio que incluía pensadores muy diversos,⁴⁷¹ rastrear su vertiente social en el siglo XIX mexicano permitía tender un puente entre dos elementos antagónicos: nacionalismo y liberalismo, una mezcla justificable en los marcos todavía comunes de la supuesta excepcionalidad mexicana.⁴⁷²

Para O'Toole, conjugar ambas lógicas tenía un objetivo claro: México viraba al neoliberalismo, pero bajo una perspectiva coherente con el desarrollo de la historia nacional.⁴⁷³ La ruptura con los paradigmas de la posrevolución es ambigua por parte del gobierno salinista y en un nivel general. En el terreno simbólico, los arrebatos de cultura nacional como la exhibición *Mexico: Splendors of Thirty Centuries* conviven con fracturas evidentes como el retiro del Estado de la producción cinematográfica —baluarte de las representaciones de lo mexicano en su época de oro— o las tendencias formalistas del arte de los noventa.⁴⁷⁴ En la política, la liberalización económica cohabita con un programa en la línea del paternalismo estatal más tradicional como PRONASOL.

Las contradicciones son obvias y recorrieron todo este sexenio: el vocabulario moderno del gobierno y el enfrentamiento de Salinas a las élites del PRI contrastaba con la permanencia de algunas características tradicionales de la política mexicana.⁴⁷⁵ Algunos rasgos no sólo no desaparecen sino que se profundizan ante las dificultades del cambio, incluso si muchos de ellos eran la marca por excelencia de los gobiernos pasados, como el

⁴⁷¹ Juan Rebolledo Gout, asesor particular de Salinas, recurría tanto a Friedrich Hayek y Milton Friedman como a Robert Nozick o Ralf Dahrendorf. Por ejemplo, en Juan Rebolledo Gout, *La reforma del estado en México. Una visión de la modernización en México* (México: FCE, 1993).

⁴⁷² En su célebre obra, Jesús Reyes Heróles había reunido en un marco nacionalista los distintos liberalismos del siglo XIX mexicano. La unidad histórica la otorgaba esa tradición social: nacional, agrarista y con una noción de propiedad subordinada al interés público, distinta de la anglosajona. Escalante, “Los años amargos”, 162-163. Véase Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano* (México FCE, 1982 [1961]).

⁴⁷³ O'Toole, “A New Nationalism”, 275-277.

⁴⁷⁴ De acuerdo con Rubén Gallo, el sexenio de Salinas coincidió con una producción artística particularmente apolítica. No es anecdótico señalar que la tendencia se rompe con la crisis de 1995 y la huida del país por parte del ex presidente. Rubén Gallo, *New Tendencies in Mexican Art. The 1990s* (New York: Palgrave MacMillan, 2004), 1-9.

⁴⁷⁵ Alan Knight, “Salinas and Social Liberalism in Context”, *Dismantling the Mexican State?*, eds. Rob Aiken et al. (Londres: MacMillan, 1996), 11-14.

presidencialismo fuerte y el populismo⁴⁷⁶ o la concentración personal del poder.⁴⁷⁷ Mucho lo explica la cuestión del orden político, pues más que cambios de formas tradicionales por modernas lo que hay en el fin de siglo es una complejización de las redes de intermediación que caracterizaban al régimen autoritario.⁴⁷⁸

No obstante, en el discurso intelectual se tomaba por modelo al patrimonialismo weberiano o a la sociedad tradicional de las teorías modernizadoras, de modo que estos problemas solían pasarse por alto. Importaba más que en el centro del discurso modernizador hubiese una actitud conciliadora entre paradigmas aparentemente opuestos. Así lo demostraba la filosofía del liberalismo social y su visión sobre la relación entre la sociedad y el Estado: ya no sería este último la fuente de la modernidad, sino que se valoraría el papel del individuo y la sociedad civil. La cohesión social, una de las principales motivaciones del discurso posrevolucionario —en el que el Estado fuerte integraría a una sociedad dividida por el conflicto armado—, se reorientaría conforme a los propósitos de las nuevas élites: la cohesión vendría de la conciliación de esas dos perspectivas, de un virtual equilibrio entre el individualismo y lo social.

Las políticas como PRONASOL o las discusiones en torno a la reforma del artículo 27 en 1991 ilustran el afán conciliatorio con el que se reviste al discurso de la modernización desde el gobierno. El programa de apoyos sociales insignia del salinismo partía del principio de responsabilidad compartida entre el Estado proteccionista y el individuo que emprende con el apoyo estatal, mientras que la reforma final respecto al ejido se propuso en el relato oficialista como una salida al falso dilema entre la propiedad individual y la social.⁴⁷⁹ Si existe algo tal como el liberalismo social, que además sea aplicable a su versión contemporánea, es esa mezcla de liberalismo económico y conciencia social, una intuición sobre la imposibilidad de que el mercado resuelva por sí mismo problemas sociales.⁴⁸⁰ La sincronización del tiempo local con el global parecía completamente armónica.

En resumen, sin considerar sus deficiencias, el discurso modernizador del gobierno apunta a ordenar el país en torno a una meta. Si bien ya no tomaba la forma de la

⁴⁷⁶ Alan Knight, "Populism and Neopopulism in America Latina, especially Mexico", *Journal of Latin American Studies* 30 (1998): 244.

⁴⁷⁷ Hernández, *El centro dividido*, 176-185.

⁴⁷⁸ Fernando Escalante, *La democracia mafiosa* (México: Reflexiones sobre el Cambio A.C., 1999).

⁴⁷⁹ O'Toole, "A New Nationalism", 279-280.

⁴⁸⁰ Knight, "Salinas and Social Liberalism", 6.

industrialización o la democracia social de antaño, seguía siendo la modernidad, bajo nuevos criterios como la liberalización de los mercados o la reducción de las atribuciones del gobierno federal. Más que un programa en sí, recupera algunos de sus usos en el espacio público.⁴⁸¹ Así como la doctrina de la vía mexicana al desarrollo se le oponía por igual a las ideologías extranjeras y a las oposiciones locales, la modernización mexicana es el antídoto contra el populismo de los setenta y el neocardenismo, y también contra el mercado y el individualismo desbocado del exterior. Por último, lo más relevante: representa una promesa de conciliar los elementos internos y externos en la búsqueda de la modernidad, esa inquietud característica de la historia intelectual mexicana.

¿La traición de los clérigos? Salinas y los intelectuales

Hay afinidades claras entre el discurso intelectual y el del salinismo, pero antes de entrar en ellas es importante despejar una cuestión: la relación entre ambos actores. Como lo adelanté, pese a la cercanía del gobierno salinista con los grupos intelectuales predominantes en el espacio público, es necesario distinguir las coincidencias o los acercamientos de la subordinación. Algunos análisis críticos han sugerido que, en efecto, pudieron tener lugar determinados intercambios entre intelectuales y gobierno: por ejemplo, al analizar la forma en la que se estableció el apoyo a la cultura y las políticas del salinismo en este rubro.⁴⁸² Su relación general, en cambio, debe entenderse a partir de la lógica de administración de los márgenes de disidencia durante el autoritarismo.

Primero que nada, es normal que ambos discursos coincidan o que los intelectuales acompañen ciertas reformas de la época: finalmente, era el sentido común de esos años, y en realidad los intelectuales extraen dichas conclusiones de fuentes muy distintas. Como recuerda Tenorio Trillo, el año de 1989 sólo le daba la razón, de la noche a la mañana, al ya longevo antiestalinismo, antiestatismo y antiacademicismo de *Vuelta*, en la versión nacional del *the end of history*.⁴⁸³ Al igual que en otras ocasiones a lo largo del siglo XX, el poder

⁴⁸¹ Para Knight, la recuperación de este término obedece a su contenido partidista y a las connotaciones que adquiere en el debate político en esta época: es interesante que posteriormente no tuvo una presencia tan reconocida como la democracia o como la revolución la tuvo antes. Alan Knight, "When Was Latin America Modern? A Historian's Response", *When Was Latin America Modern?*, eds Nicolla Miller y Stephen Hart (New York: Palgrave MacMillan, 2007), 93-120.

⁴⁸² Élodie Bordat-Chauvin, "De la mobilisation à la institutionnalisation: Une analyse comparative historique des politiques culturelles au Mexique et en Argentine", *ARPOS* 41 (2014): 49-64.

⁴⁸³ Mauricio Tenorio Trillo, "1989. Fin de época", 229.

observaba y vigilaba, permitía disentir hasta ciertos límites e incluso algo de autonomía: la polémica en torno a la renovación de la catedral nacional en 1967, un conflicto de mucho simbolismo donde mantuvo un perfil bajo, ejemplifica bien la forma de operar del autoritarismo en relación con algunos debates intelectuales.⁴⁸⁴

La relación entre los intelectuales y el gobierno en el fin de siglo supone la renovación de esta política de administración del disenso, aunque con matices propios: los recortes al gasto público en educación superior y la creciente inversión en los espacios culturales ocupados por estos grupos tiene pocos precedentes. Además, la naturaleza del pacto es diferente. Estamos frente a un contexto donde conviene delimitar la discusión pública a pequeños grupos: era un signo de modernidad y de la apertura que iría preparando la transición, y a la vez no implicaba una amenaza mayúscula.⁴⁸⁵ Esto explica, aunque sólo parcialmente, lo poco que se cuestionan los nuevos consensos: tanto los intelectuales como el gobierno se benefician de esta relación.

***Vuelta* y la solución a “otro” trauma de la historia mexicana**

Dicho esto, comienzo con las afinidades y diferencias entre el discurso de *Vuelta* y el del gobierno. La mayoría de coincidencias provienen de una premisa: si el camino mexicano hacia la modernidad estaba incompleto, la receta para terminarlo la ofrece el salinismo. Es la solución contra el populismo cardenista, el fin del Estado propietario/patrimonialista, e incluso promete ciertas garantías para la independencia intelectual con su política cultural.⁴⁸⁶ Si bien la inclinación por Salinas en 1988 es comprensible dentro de los marcos de la narrativa del futuro contra un pasado inconveniente, la lógica de su proyecto calza con el discurso intelectual en un sentido más profundo: finalmente, resolvía la problemática relación entre México y la modernidad, armonizaba lo interior y lo exterior.

El nacionalismo revolucionario había tenido momentos donde parecía conciliar la modernidad occidental con la supuesta particularidad nacional. Ya he aludido a los cincuenta

⁴⁸⁴ Al final, la posición neobarroca se impondría en esta discusión y algunos políticos, como el propio Luis Echeverría, utilizarían el tema de la catedral para alentar el discurso nacionalista y de “lo mexicano”. Ariel Rodríguez Kuri, “La catedral de México o el ánimo público”, en *Museo del universo: Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968* (México: El Colegio de México, 2019), 121-177.

⁴⁸⁵ Fernando Escalante, “Los años amargos”, 153-155.

⁴⁸⁶ Como señala Sánchez Prado, desde una perspectiva crítica la extensión del Estado al espacio cultural suponía un problema para las concepciones de la sociedad civil teorizadas en los ochenta. Ignacio M. Sánchez Prado, “La teoría de la democracia”, 135-136.

y al discurso alemanista de la doctrina de la mexicanidad, a pesar de que las polémicas en torno a la ruta al desarrollo pocas veces cesaron.⁴⁸⁷ Conforme avanzó el siglo, y en particular en el momento en que *Plural* y *Vuelta* se insertan en el debate público, el ideal de la modernidad propia se desvanecía a la vez que la inserción de México en el tiempo global comenzaba a retardarse. De alguna forma, el salinismo ofrecía un arreglo entre los puntos de vista opuestos del cambio mexicano y el global. Ofrecía, además, un modelo ideológico de futuro que compartía la caracterización intelectual de los mitos del nacionalismo revolucionario como arcaicos, aunque fuera selectivamente.

La idea del cambio en la revista estuvo indudablemente marcada por la perspectiva de la transición a la democracia, lo que explica que el entusiasmo por Salinas no fuera homogéneo. No obstante, las concesiones del gobierno, enfrentado a la élite tradicional y obligado a negociar con la oposición, parecían bastar en tanto que la representación de la modernidad en esos años se formó de consensos muy diversos, muchos de los cuales tenían la visibilidad suficiente para aliviar la urgencia de la alternancia.⁴⁸⁸ El final del dominio hegemónico del PRI es una alusión constante en el fin de siglo⁴⁸⁹ y detrás de ella se sugiere que el cambio de la época es más bien el fin del tradicionalismo, de nuestro *Ancien Régime*. Por eso la imagen del nacionalismo revolucionario, algo caricaturizada, lo condensa todo: el Estado, el partido, las corporaciones, los sindicatos, las redes de corrupción.

Es importante entender las razones por las que estos marcos interpretativos son el sentido común. Hay un consenso sobre el Estado ineficiente, corrupto, hecho de una imagen distorsionada, si bien comprensible de los gobiernos posteriores a 1968.⁴⁹⁰ Para los intelectuales de *Vuelta*, que la sociedad desplazara al Estado como fuente de la

⁴⁸⁷ Por poner un ejemplo de la misma época, el debate de Frank Tannenbaum y Manuel Germán Parra entre lo agrario-comunitario y lo moderno. Ariel Rodríguez Kuri, “Urbanización y secularización en México: temas y problemas historiográficos (ca. 1960-1970)”, en *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana I*, coord. Alicia Mayer (México: UNAM-IIIH, 2007).

⁴⁸⁸ Ya he citado la aprobación de Paz de medidas muy específicas: “Ha disminuido la carga de las onerosas empresas estatales –aunque todavía quedan algunos paquidermos–, el gasto público se ha reducido, se ha limitado el abusivo poder burocrático, se ha combatido la corrupción y se ha llegado a un acuerdo con nuestros acreedores”. Paz, *Pequeña crónica*, 59.

⁴⁸⁹ La referencia ineludible es, por supuesto, Gabriel Zaid, “Escenarios sobre el fin del PRI”, *Vuelta* 103 (junio de 1985), 13-21.

⁴⁹⁰ De acuerdo con Escalante esto era una tendencia mundial, pero su éxito nacional se explica por la imagen de Echeverría y López Portillo, cuyos estilos de gobernar sembraron la misma sospecha en la derecha, la izquierda y el propio gobierno. Fernando Escalante, “México, fin de siglo”, eds. Héctor Aguilar Camín y Enrique Florescano (México: FCE, 2006).

modernización se correspondía con una visión de la modernidad clásica, la de las minorías ilustradas del siglo XVIII europeo, tan opuesta a las raíces religiosas de un país sin edad crítica. Más allá del autorretrato intelectual de este grupo, la lectura de este proceso no se alejaba de otras tesis como aquellas que ligaban el desarrollo económico al crecimiento de la autonomía de lo social. Al final, su conclusión no era muy distinta: si no siempre se compartía la solución técnica a este dilema —abrir paso al mercado—, al menos sí su variante política en la que la reducción del Estado era el fin de la fe en el Leviatán.⁴⁹¹

Los vientos del exterior confirmaban la dirección de los cambios. En 1993 el PRI reeditaba sus documentos básicos, aún con el trasfondo de la caída de la URSS, y desde años antes el PSUM se había adelantado a demandar cambios en la forma de entender la relación entre el Estado y la sociedad: es la cresta de la ola democrática. Ahora bien, este proceso tiene una contraparte en la confirmación de ciertos prejuicios contra cualquier alternativa. No por suscribir un programa en específico: después del conflicto bipolar la búsqueda de los intelectuales de un punto medio parece sensata, e incluso el PRI trata de desmarcarse del neoliberalismo. No obstante, sus reservas sobre las transformaciones mundiales no les impide caracterizar negativamente cualquier propuesta fuera de esos marcos: a nivel nacional el discurso crítico es anticuado y populista, mientras lo que viene de la izquierda global se desacredita con el fracaso socialista, en un espíritu aún de guerra fría.

Podría pensarse que en la reorientación de la discusión pública está la mayor diferencia entre estos intelectuales y el salinismo. Es innegable que hay una veta academicista en este cambio que incluye el auge de la consultoría, la estandarización de los modelos formales en las ciencias sociales,⁴⁹² entre otros elementos diametralmente opuestos a la concepción del intelectual de *Vuelta*. Sin embargo, el intelectual académico y el intelectual mediático coexisten junto con las figuras *sui generis* de este grupo, que representan tanto a la vieja intelectualidad que ascendió con el saber literario como capital simbólico como al

⁴⁹¹ Aunque esta caracterización pudo venir de Nexos o de *Vuelta* -uno pensaría sobre todo en esta segunda opción-, en realidad es de Juan Rebolledo Gout: *La reforma del estado en México*, 26-27. También Salinas llegaría a utilizarla en algunos textos y discursos.

⁴⁹² Fernando Escalante, “Sobre el progreso de nuestra ignorancia”. Para Lomnitz, de hecho, esto explicaría una de las razones de la posición incómoda de Paz en el debate de fin de siglo, donde las estadísticas, los datos y los instrumentos para representar a una sociedad en medio de un cambio veloz eran opuestos al modo de representación del *grand récit* paciano. Claudio Lomnitz, “Octavio Paz: el ensayista en su centenario”, en *La nación desdibujada: México en trece ensayos* (México: Malpaso Editorial, 2016), 145-153.

nuevo intelectual crítico, que reafirma su papel en la sociedad ante el diálogo y la crítica a la que aparentemente está expuesto el régimen salinista.

Los nexos de *Nexos*: la racionalidad modernizadora

Como para el resto de intelectuales mexicanos, para aquellos cercanos a *Nexos* la coyuntura de 1988 era sencilla si se leía como un referéndum entre el antiguo régimen y su renovación pacífica y reformista. Dicho esto, los supuestos de la transición a la modernidad y la convergencia global propician cruces menos superficiales entre el discurso oficialista y el de una parte de la revista: no sólo por afinidades temáticas,⁴⁹³ sino porque los aparatos analíticos en los que se inscriben están en sintonía con la racionalidad tecnocrática del gobierno y los nuevos modos de representación de la sociedad. No significa que los intelectuales coincidan del todo con Salinas o que su discurso se reduzca a estos elementos⁴⁹⁴: como he señalado, la autoadscripción de izquierda de la publicación y la presencia de intelectuales de sus corrientes tradicionales requieren un tratamiento más cuidadoso.

Aunque el giro democrático concordaba tanto con la izquierda que abandonaba el lenguaje marxista y revolucionario como con quienes se identificaban con el reformismo y enfoques más contemporáneos de ciencias sociales, sólo quienes de algún modo suscriben la modernización política junto con la económica mantienen su presencia en el debate intelectual. En consecuencia, su discurso es el que más se acerca a la retórica del oficialismo: era algo común en estos años porque el propio gobierno había adoptado el lenguaje de la oposición,⁴⁹⁵ pero en este caso las coincidencias se dan en niveles más específicos. Habrá quienes insistan en la necesidad de cumplir las promesas de democratización, mas los intelectuales cercanos a esta administración llegarán incluso a hacer concesiones a los contrastes del salinismo entre reforma económica y política.⁴⁹⁶

⁴⁹³ Un concepto importante del vocabulario salinista será la interdependencia, con implicaciones similares a las de la visión del cambio convergente. Carlos Salinas de Gortari, *Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994* (México: Secretaría de Programación y Presupuesto, 1989).

⁴⁹⁴ Curiosamente, algunos de los mejores retratos críticos del siglo XX mexicano por parte de este grupo intelectual recurrirán a modos de representación más tradicionales, como los artefactos de la novela hegemónica del siglo XX que se utilizan en la desmitificación de la épica petrolera en *Morir en el golfo* de Héctor Aguilar Camín o la caracterización del temprano caciquismo priista en el best-seller de Ángeles Mastretta, *Arráncame la vida*.

⁴⁹⁵ Escalante, “Los años amargos”, 172.

⁴⁹⁶ En un balance del sexenio, Aguilar Camín comparaba esta situación con los resultados de la doble reforma -política y económica- de la URSS: Héctor Aguilar Camín, “Compuerta”, *Nexos* (noviembre de 1993).

Como cabría esperar, también el diagnóstico sobre el Estado ofrece similitudes. Hay un piso compartido en cuanto a la necesidad de su reorientación en prácticamente todo el campo intelectual. Al interior de *Nexos* la izquierda trató de disputar los términos de esta transformación, pues su lucha era contra la estadolatría —en el sentido gramsciano— y la hegemonía priista más que contra el Estado como tal. No obstante, la inviabilidad de cualquier proyecto que se desviara de lo que se percibía como una tendencia global dejaba poco margen para estas alternativas. Para los intelectuales que respaldaban el programa económico desde una perspectiva más socialdemócrata los reclamos de democracia y de redistribución ayudaban a matizar sus posiciones, sin tocar realmente el consenso: el énfasis del oficialismo en lo social y los cuestionamientos desde el gobierno a los excesos neoliberales acercaba sus perspectivas pese al déficit democrático.⁴⁹⁷

Quizás la afinidad más clara está en el tema de la sociedad civil. Por una parte, la tesis de que la expansión mexicana de las últimas décadas había conducido a una sociedad más de clase media y con reclamos de modernización era un componente esencial del discurso promovido desde el gobierno: es decir, alineaba las premisas históricas y sociológicas de los intelectuales modernizadores con el diagnóstico de la administración salinista.⁴⁹⁸ Por otra parte, este argumento fue uno de los sustentos tanto de la izquierda que adoptó la liberalización de la economía como de la vertiente social del discurso salinista: las características de esta nueva sociedad demandaban el respeto a lo individual por encima de las colectividades, incluso si el Estado seguía atendiendo sus compromisos sociales.⁴⁹⁹

Hay concepciones de la sociedad civil alentadas desde la izquierda, pero la definición anterior coincidía más con la propia representación intelectual de algunos miembros de *Nexos*: si el gobierno mostraba su apertura al diálogo necesitaba interlocutores, y algunos colaboradores de este grupo se asumirían como tales en un contexto donde la intervención intelectual comenzaba a transformarse. Por un lado, su aparición en medios fuera del espacio de la revista los diferenciaba de los viejos intelectuales: tienen programas en televisión y

⁴⁹⁷ Salinas criticaría al neoliberalismo durante su gobierno e incluso en textos posteriores a su administración: ver Carlos Salinas de Gortari, “Liberalismo social: nuestro camino”, *Examen* 3 núm. 35 (abril 1992), 19-22 y Carlos Salinas de Gortari, *México: un paso difícil a la modernidad* (México: Plaza y Janés, 2000). También René Villarreal, “Un proyecto propio: el liberalismo social”, *Examen* 5 núm. 54 (noviembre 1993), 5-7.

⁴⁹⁸ René Villarreal, “Del estado de bienestar al estado solidario”, *Examen* 2 núm. 13 (junio 1990), 9-12.

⁴⁹⁹ Algunas de estas premisas se exponen en Carlos Salinas de Gortari, “Reformando al Estado”, *Nexos* (abril 1990).

radio, escriben artículos en medio de la explosión de las columnas de opinión en los periódicos mexicanos.⁵⁰⁰ Por otro lado, no sólo son la imagen de los contrapesos que tratan de proyectar las revistas culturales de la época, sino que participan activamente en colaboraciones entre sociedad y Estado —vía consultorías o asesorías especializadas— o en los consejos ciudadanos que traerá la transición algunos años después.⁵⁰¹

Cierro con un comentario general sobre la relación entre los intelectuales y el salinismo. Respecto al debate entre los liberales y conservadores del siglo XIX, que discutían sobre la sociedad a la que debería parecerse México, O’Gorman decía que, pese a sus diferencias, ambos buscaban en el fondo la prosperidad del modo de ser estadounidense.⁵⁰² Si una pregunta similar recorre el contexto de debate de fines del siglo XX habría que admitir que, a diferencia del discurso salinista, pocos intelectuales le dan tanta importancia a las dimensiones económicas de la modernidad occidental como modelo para el país, en especial cuando la democracia era una obsesión mayor. Lo que comparten los intelectuales con el gobierno es un dispositivo de lectura que, aunque adopta diferentes formas, se define por la interpretación de los cambios de fin de siglo como un proceso de sincronización del tiempo local y global: una solución a las problemáticas de la modernidad mexicana que inquietaron por igual al discurso intelectual y político a lo largo del siglo XX.

⁵⁰⁰ Además, los libros de *Cal* y *Arena* se publicitan en Canal 22, el canal público estatal en el que participan varios de sus colaboradores. Lomnitz, “An Intellectual’s Stock”, 219-220.

⁵⁰¹ He tratado poco el tema de los proyectos en los que participó *Nexos* durante el salinismo: para un análisis más profundo véase Caballero Escorcía, “Hegemonía cultural disputada en México”, 167-171 o Daniel Patricio Moreno Delgado, *Élites intelectuales y políticas: el caso de Nexos* (tesis de licenciatura) (México: UNAM-FCPyS, 2019), especialmente el capítulo “*Nexos* y la política”, 96-135.

⁵⁰² Edmundo O’Gorman, *México, el trauma de su historia* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1977).

CONCLUSIONES

1. En el discurso intelectual se hizo del siglo XX mexicano un objeto histórico negativo que le daba sentido a las reformas iniciadas en los ochenta.

Más que en una defensa intransigente de las transformaciones de fines de siglo, el consenso de la época descansó en este parámetro. Con mayor flexibilidad que un programa ideológico o un proyecto sistemáticamente elaborado, permitía a los intelectuales poner en duda algunas cuestiones de la modernización sin tocar sus supuestos de fondo. Aquello que rompiera con lo que de manera retrospectiva se había establecido en el imaginario público como las características del régimen posrevolucionario adquiriría, si bien no necesariamente un carácter positivo, al menos cierta legitimidad. Esta orientación guiaba las intervenciones de los intelectuales en diversas polémicas y también interactuaba con las reflexiones a propósito del pasado reciente del país en sus propias obras.

Repasé algunas polémicas específicas del siglo XX mexicano que sirvieron a este fin, como las que se dieron sobre el nacionalismo revolucionario —a veces en un sentido ideológico y otras en uno más organizacional e institucional—, el Estado y la sociedad, o el rol de los intelectuales en la vida nacional. Cada uno de estos temas tiene sus particularidades, y a la vez es posible reconocer una disposición general similar: se toman elementos del pasado de manera aislada que tienden a convertirse en metáforas de las divisiones políticas de este periodo. De modo que algunos objetos encarnan, según la mirada de los intelectuales desde su presente, el autoritarismo o cualquier otra experiencia negativa del siglo pasado, mientras otros se hacen depositarios de un conjunto de virtudes incuestionable. La referencia a los primeros sirve como mecanismo de disuasión frente a las críticas al proyecto de modernización que más se alejan de su núcleo consensual.

Mientras este es el panorama general y podemos identificar dichas tendencias en cada grupo, al acercarnos más a cada uno encontramos algunas diferencias importantes. En el caso de *Vuelta*, muchas de las transformaciones de esas décadas coinciden en líneas generales con las posiciones más definidas de la revista: la crítica al autoritarismo mexicano de la segunda mitad del siglo, al Estado como entidad perniciosa e incluso al compromiso intelectual de izquierda. Ya que cada una de estas tiene sus propias fuentes, no del todo ligadas a la política mexicana, el discurso de sus intelectuales no coincide plenamente con

el de los gobiernos de los años ochenta. Sin embargo, el margen de sus críticas estaba delimitado sobre todo a cuestiones de forma: se entendía que el programa del gobierno era lo único viable en el contexto de esta época.

La presencia en *Nexos* de la intelectualidad de izquierda cercana al socialismo y a otras corrientes propiciaba un desacuerdo más constante con las reformas oficiales, pero este discurso tenía opciones limitadas fuera del encuadre revolucionario de la oposición aglutinada en el neocardenismo. Pocos intelectuales lograron trascender las problemáticas de la izquierda de esos años sin acercarse a los consensos de la modernización o a la nueva ola de la revolución mexicana. Quienes siguieron el primer camino generalmente tendían a enfatizar el modo de dominación de la cultura autoritaria, por lo que la reforma tanto política como económica que desarmaría el corporativismo le daba legitimidad. Los que se acercaron a Cárdenas solían priorizar el espacio de negociación con sectores populares que advertían en el pacto con el Estado de la posrevolución.

2. La crisis y la posterior caída del socialismo a nivel mundial reforzó tendencias en el campo intelectual mexicano que eran más compatibles con la opción modernizadora al comparar los proyectos de cambio de la época.

El debate internacional fue fundamental en la configuración del sentido común de estos años. La crisis de las alternativas socialistas confirmaba la dirección correcta del proyecto modernizador, pese a sus problemas. En buena parte del imaginario público y el discurso intelectual estas alternativas estaban ligadas a modelos autoritarios como la URSS y Cuba, por lo que en visiones matizadas levantaban ciertas sospechas y en versiones menos rigurosas se les presentaba como una amenaza regresiva. Por otro lado, en el contexto de debate de estos años las opciones de corte más democrático que adoptaban las izquierdas en varias partes del mundo podían llegar a ser asimilables a los acuerdos de la modernización: la legitimidad económica que sostuvo durante décadas al autoritarismo hizo apremiante el reclamo de democracia y minó las críticas a la reforma económica, incluso si venían de la izquierda menos ortodoxa.

A lo largo del segundo capítulo me referí con más detalle a estos procesos. Por ahora, concluyo recordando su carácter general: las herramientas conceptuales, aparatos analíticos y discursos críticos con los que se leyó el declive del socialismo tuvieron consecuencias

notables en la interpretación del cambio mexicano. Fue un fenómeno en el que los intelectuales reconocieron algunas de las tendencias que habían marcado a nivel nacional el siglo que llegaba a su fin, o por lo menos un evento que iluminaba las transformaciones globales en las que se insertaba la del país. Aunque no siempre se establecieron paralelismos claros, los recursos empleados son indicios de las problemáticas que enfrentaba el discurso intelectual frente al contexto de la modernización.

La revisión de estos marcos no tiene que entenderse como un intento por adscribir a las revistas posiciones específicas, si bien no deja de ser representativa de un momento intelectual. Traté de enfocarme en cuestiones que estuvieran relacionadas con los cambios que atravesaba México en ese entonces, por lo que la crítica del socialismo, del marxismo o de las ideologías en general no solamente es la continuación esperable de las conocidas batallas de la intelectualidad de *Vuelta*. Nos permite poner en contexto algunas cuestiones como el carácter del liberalismo y las reivindicaciones democráticas en el espacio público, sus alcances y sus limitaciones, o bien la ambivalencia de estos nuevos consensos frente a una transformación económica y política en la que separar ambos elementos era más difícil de lo que el lenguaje de la época parecía reflejar.

Pasa lo mismo en el caso de *Nexos*, cuyos intelectuales reconocen la importancia de disputar el sentido de la crisis socialista y dar un giro hacia una política de izquierda de matriz democrática que se había ido forjando como alternativa al totalitarismo soviético. Al llevar estos discursos a la conversación pública serán visibles algunos dilemas que les subyacían, especialmente por las dificultades de conciliarlos con los proyectos de nación enfrentados desde los ochenta. La reestructuración del debate intelectual alrededor de principios difícilmente cuestionables, ya sea por haberse presentado como la solución a la crisis económica de comienzos de esa década o bien como las únicas opciones de corte democrático contra los socialismos autoritarios, orillará a los intelectuales a asumirse como el ala izquierda de alguna de las dos grandes plataformas de la época.

3. La reflexión intelectual sobre la modernidad mexicana compartiría algunas matrices con el discurso oficial de la modernización en su versión de fin de siglo.

Muchas de las reflexiones sobre la modernidad en la historia intelectual mexicana dieron cuenta del conflicto entre el tiempo local y el global. A fines de siglo, y a la luz de la serie de

consensos que se habían formado en el debate y las polémicas de esos años, algunos intelectuales identificaron que las circunstancias nacionales parecían alinearse con el esquema de cambio mundial. Esta conclusión fue elaborada desde temáticas diversas y formulaciones propias de sus obras, pero también fue impulsada por la correspondencia aparente del proyecto de modernización del gobierno con las preocupaciones que sustentaban las reflexiones intelectuales en torno a la relación de México con la modernidad.

Hay cuestiones muy específicas en las que el discurso intelectual y el político coincidían, que dependen de las particularidades de los autores o el grupo que analicemos. En el último capítulo detallé algunas de estas, por lo que me centro en el panorama más amplio. Como se advierte en la retórica del salinismo —si bien el discurso de la renovación moral de Miguel de la Madrid también podría incluirse en esta tendencia—, las bases del proyecto modernizador estaban en su ruptura con el pasado mexicano reciente y su deriva perjudicial, cifrada en la corrupción de las élites tradicionales o el manejo ideológico de la economía. Se trata de una operación similar a la que recorría el discurso intelectual de la época y su establecimiento del pasado como un parámetro negativo.

La referencia en el discurso oficial al liberalismo decimonónico mexicano, sus críticas al neoliberalismo y la insistencia en ajustar los preceptos del exterior a las peculiaridades nacionales continuaban los mecanismos de legitimación de la retórica modernizadora de los gobiernos del siglo pasado. Esto era una coincidencia importante con el discurso intelectual, el cual adoptó selectivamente los influjos del exterior con el fin de no comprometerse con sus tendencias más cuestionables: los extremos de individualismo o de la apología del mercado tendieron a filtrarse por diferentes variantes de la tesis de la excepcionalidad mexicana. Esta armonía entre lo interior y lo exterior fue una de las similitudes centrales entre el marco de interpretación de los intelectuales y el del gobierno.

4. Una contextualización intelectual amplia nos permite entender el consenso del fin de siglo en México fuera de algunos lugares comunes sobre la relación entre los intelectuales y el poder en esta época.

Las rearticulaciones del lenguaje político en el fin de siglo no son el producto de un alineamiento absoluto entre los intelectuales más notables en la esfera pública y los gobiernos mexicanos de las reformas modernizadoras. Al contextualizar de forma más amplia los

discursos de este periodo, notamos que las fuentes del consenso son muy diversas. Me refiero a un plano tanto interno como externo. Por un lado, y sobre todo cuando se trata de una obra extensa, es posible identificar reflexiones que alimentaron la lectura del proceso de cambio en el país cuyo desenvolvimiento forma parte de un proyecto intelectual propio y relativamente autónomo. Por otro lado, las aproximaciones en una lógica más externalista hacia los compromisos asumidos frente a ciertas coyunturas y problemáticas políticas —esto es más visible en el caso de la izquierda, enfrentada a una situación compleja— también iluminan sus planteamientos y su actividad intelectual.

Aunque la categoría de la modernización está en el núcleo del estudio y me enfoqué en mostrar coincidencias y acuerdos, tácitos o más explícitos, la aproximación metodológica fue clave para introducir matices y subrayar algunas discrepancias que había que tomar en cuenta incluso si no tocaban el consenso de la época en lo profundo. Si bien pretendía capturar un momento intelectual, es decir, un marco en el que se inscriben los debates, controversias y discursos de un periodo específico, y por lo tanto remiten a este en múltiples instancias, esto no implicó subordinarlos completamente a su lógica. De hecho, revelar algunas contradicciones o potenciales quiebres con este marco general fue importante para entender la autonomía y las restricciones del discurso intelectual.

HEMEROBIBLIOGRAFÍA

- Abella, María Isabel. “Estado e intelectuales en México. Los escritores como servidores políticos o burócratas 1867-1967”. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* 3 (1982): 65-88.
- Abeyta, Michael Paul. “La jaula de la condición posmexicana. Resignación posmoderna en el pensamiento de Roger Bartra”. En *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*, coordinado por Mabel Moraña e Ignacio M. Sánchez Prado. México: FCE-Conaculta, 2015, 179-209.
- Aguilar Camín, Héctor. “Alba, con nubes”. *La Jornada* (16 de agosto de 1988).
- . “Compuerta”. *Nexos* (noviembre de 1993).
- . “El apocalipsis de Octavio Paz”. *Nexos* (octubre de 1978).
- . “El cambio mundial y la democracia en México”. En *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo*. México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992, 38-56.
- . “La invención de México. Notas sobre nacionalismo e identidad nacional”. En *Subversiones silenciosas. Ensayos de historia y política de México*. México: Aguilar, 1993, 19-56.
- . “La obligación del mundo”. *Nexos* (abril de 1992).
- . “La transición mexicana”. *Nexos* (abril de 1988).
- . “Los reflejos del corto plazo”. *Nexos* (julio de 1988).
- . “México y su modernidad”. *Nexos* (noviembre 1987).
- . “Sin adjetivos: por una democracia liberal”. *Nexos* (octubre de 1986).
- . *Después del milagro. Un ensayo sobre la transición mexicana*. México: Cal y Arena, 1988.
- . *Morir en el golfo*. México: Cal y Arena, 1985.
- . *Saldos de la revolución*. México: Océano, 1984.

- Aguilar Mora, Jorge. *La divina pareja: historia y mito en Octavio Paz*. México: Era, 1978.
- Aguilar Rivera, José Antonio. *La sombra de Ulises: ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.
- . “Antes de la derrota. La izquierda en el debate intelectual en México, 1968-1989”. *Nexos* (septiembre de 2012).
- . “Después del consenso: el liberalismo en México (1990-2012)”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* LVIII, 218 (mayo-agosto 2013): 19-52.
- . “El tiempo de la teoría: la fuga hacia los lenguajes políticos”. *ISTOR: revista de historia internacional* 9, 35 (2008): 129-136.
- . “La nación de Proteo: nacionalismo y Estado en México al final del siglo XX”. *Nexos* (julio de 1994).
- Aiken, Rob. “Neoliberalism and Identity: Redefining State and Society in Mexico”. En *Dismantling the Mexican State?*, editado por Rob Aiken et al. Londres: MacMillan, 1996, 24-38.
- Alponte, Juan Maria. “Ética y desarrollo, ética y política”. *Vuelta* (septiembre de 1990).
- Anderson, Perry. “El pluralismo de Isaiah Berlin”. En *Campos de batalla*. Barcelona: Anagrama, 1990, 327-354.
- . “Fukuyama”. En *Los fines de la historia*. Barcelona: Anagrama, 1996, 97-141.
- Arch Getty, J. y Oleg Naumov. *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*. New Haven: Yale University Press, 1999.
- Aron, Raymond. “L’avenir des religions séculières”. En *Chroniques de guerre*. Paris: Gallimard, 1990, 925-944.
- . *Essai sur les libertés*. Paris: Calmann-Lévy, 1965.
- Badiou, Alain. *Le siècle*. (Paris: Seuil, 2004)
- Bahro, Rudolph. *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*. España: Alianza Editorial, 1980 [1977].

- Bartra, Roger. “El reto de la izquierda”. *Nexos* (octubre de 1982).
- . *El poder despótico burgués: las raíces campesinas de las estructuras políticas de dominación*. Barcelona: Península, 1976.
- . *La democracia ausente*. México: Océano, 2000.
- . *La fractura mexicana: izquierda y derecha en la transición democrática*. México: Random House Mondadori, 2009.
- . *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 1996.
- . *Las redes imaginarias del poder político*. México: Era, 1981.
- Basave, Agustín. “En el centro de la intolerancia neoliberal”. *Nexos* (marzo de 1990).
- Bayle, Mariana. “Arnaldo Córdova sobre la izquierda en los setenta”. *Nexos* (febrero de 2015).
- Bensaïd, Daniel. *Qui est le juge ? Pour en finir avec le tribunal de l’histoire*. Paris: Fayard, 1999.
- Berlin, Isaiah. *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Bockman, Johanna. *Markets in the Name of Socialism: The Left- Wing Origins of Neoliberalism*. Stanford: Stanford University Press, 2011.
- Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo: una civilización negada*. Ciudad de México: Grijalbo y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.
- Bordat-Chauvin, Élodie. “De la mobilisation à la institutionnalisation: Une analyse comparative historique des politiques culturelles au Mexique et en Argentine”. *ARPoS* 41 (2014): 49-64.
- Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura*, editado por Néstor García Canclini. México: CONACULTA-Grijalbo, 1992.
- Bouveresse, Jacques. *Le Philosophe chez les Autophages*. Paris: Minuit, 1984.

- Brands, Hal. *Latin America's Cold War*. Boston: Harvard University Press, 2010.
- Breckman, Warren. "The Post-Marx of the Letter". En *After the Deluge: New Perspectives on the Intellectual and Cultural History of Postwar France*, editado por Julian Bourg. Maryland: Lexington Books, 2004, 73-100.
- . "The Return of the King: Hegelianism and Post-Marxism in Zizek and Nancy". En *The Modernist Imagination. Intellectual History and Critical Theory. Essays in honor of Martin Jay*, editado por Warren Breckman et al. New York: Berghahn Books, 2009.
- . *Adventures of the Symbolic. Postmarxism and Radical Democracy*. New York: Columbia University Press, 2013.
- Brenner, Anita. *Idols Behind Altars: Modern Mexican Art and Its Cultural Roots*. New York: Dover, 2002 [1927].
- Breña, Roberto. "La tradición liberal occidental". En *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014)*, coordinado por José Antonio Aguilar Rivera. México: Taurus-CIDE, 2015, 67-78.
- Brohman, John. "Universalism, Eurocentrism, and Ideological Bias in Development Studies: From Modernisation to Neoliberalism". *Third World Quarterly* 16, no.1 (1995): 121–140.
- Buck-Morss, Susan. *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y Oeste*. Madrid: Machado Libros, 2004.
- Caballero Escorcía, Boris. "Hegemonía cultural disputada en México. Las revistas Nexos y Vuelta enfrentadas (1990-1992)". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 25 (2020): 149-186.
- Campos, Julieta. "Las trampas del desarrollo". En *Coloquio de Invierno III: México y los cambios de nuestro tiempo*. México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992.
- Carr, Barry. *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. México: Era, 1996.
- Castañeda, Jorge G. "Los saldos del milagro". *Nexos* (abril de 1989).

- . “Mexico’s Literary War is Political”. *Los Angeles Times* (18 de septiembre de 1988).
- . *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*. México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1993.
- Castoriadis, Cornelius. “El interludio de Gorbachev”. *Vuelta* 135 (febrero de 1988).
- Casullo, Nicolás. *Modernidad y posmodernidad*. Buenos Aires: Punto Sur, 1988.
- Cauchín, Fernando. “Posibilidades de cambio en la URSS”. *Vuelta* 135 (febrero de 1988).
- Chabal, Emile. “In the shadow of Raymond Aron: the ‘liberal revival’ of the 1980s”. En *A Divided Republic: Nation, State and Citizenship in Contemporary France*. Cambridge: Cambridge University Press, 2015, 135-157.
- Christofferson, Michael S. “French Antitotalitarianism in Comparative Perspective”. En *French Intellectuals Against the Left: The Antitotalitarian Moment of the 1970’s*. New York: Berghahn Books, 2004, 1-21.
- Colletti, Lucio. “A Political and Philosophical Interview”. *New Left Review* I/86 (july/aug 1974).
- Contreras Alcántara, Javier. *La experiencia de la democracia: cambio político y conceptual en el México contemporáneo*. México: El Colegio de San Luis, 2014.
- Cordera, Rolando y Tello, Carlos. *México: la disputa por la nación. Perspectiva y opciones de desarrollo*. México: Siglo XXI, 1981.
- Cordera, Rolando. “El regreso del porvenir”. *Nexos* (diciembre de 1988).
- . “Estatolatría y Estatismo: del cielo a la tierra”. *Nexos* (enero de 1990).
- . “La pasión del futuro, entrevista a Carlos Fuentes”. *Nexos* (julio de 1992).
- . “Privatizar: qué, con qué y para qué”. *Nexos* (junio de 1989).
- . “Socialismo y liberalismo: ¿química o alquimia?”. En *Coloquio de Invierno I. La situación mundial y la democracia*. México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992, 65-72.

- Córdova, Arnaldo, Unzueta Gerardi y Jardón Arzate. *La revolución mexicana y la lucha actual por la democracia*. México: Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, 1984.
- Cordova, Arnaldo. “¿Un nuevo Estado?”. *Nexos* (enero de 1990).
- . “Cómo modernizar al PRI”. *Nexos* (abril de 1989).
- . “Gramsci y la izquierda mexicana”. *NUSO* 115 (septiembre-octubre de 1991): 160-163.
- . *La formación del poder político en México*. México: Era, 1972.
- . *La ideología de la revolución mexicana*. México: Era, 1974.
- . *La Revolución y el Estado mexicano*. México: Era, 1989.
- Cosío Villegas, Daniel. “La crisis de México”. En *Extremos de América*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- . *El sistema político mexicano*. México: Joaquín Mortiz, 1972.
- . *Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida política*. México: Editorial Hermes, 1959.
- Crews, Frederick. *Skeptical Engagements*. New York: Oxford University Press, 1986.
- Deutsch, Karl W. “Social Mobilization and Political Development”. *APSR* 55, no. 3 (September 1961): 493-502.
- Devés Valdés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la Cepal al neoliberalismo (1950-1990)*. Buenos Aires: Biblos, 2003.
- Domínguez Michael, Christopher. *Octavio Paz en su siglo*. México: Penguin Random House, 2019.
- Dosse, François. “Afterword: For Intellectual History”. En *After the Deluge: New Perspectives on the Intellectual and Cultural History of Postwar France*, editado por Julian Bourg. Maryland: Lexington Books, 2004, 353-365.

- . *Histoire du structuralisme, 2 vols.* Paris: La Découverte, 1991-1992.
- Dubiel, Helmut. “Metamorfosis de la sociedad civil: autolimitación y modernización reflexiva”. *Debats* 50 (1994): 109-123.
- Echeverría Bolívar., *Las ilusiones de la modernidad.* México: UNAM-El equilibrista, 1995.
- . “1989”. *Cuadernos políticos* 59/60 (enero-agosto 1990): 2-4.
- . “Modernidad y revolución”. En *Valor de uso y utopía.* México: Siglo XXI, 1998.
- . “Todos somos marxistas”. *Nexos* (marzo de 1988).
- . *El discurso crítico de Marx.* México: Era, 1996.
- . *Las ilusiones de la modernidad.* México: El equilibrista/UNAM, 1995.
- Editorial. “Declaración de intelectuales cubanos”. *Vuelta* 178 (septiembre de 1991).
- Editorial. “El pase de *Plural*”. *Vuelta* 13 (diciembre de 1977).
- Editorial. “Ganar lo principal”. *La Jornada* (22 de agosto de 1988).
- Editorial. “Polonia, Hungría, China, Cuba”. *Vuelta* 153 (agosto de 1989).
- Eilenberger, Wolfram. *El fuego de la libertad. El refugio de la filosofía en tiempos sombríos, 1933-1943.* España: Taurus, 2021.
- Ejea Mendoza, Tomás. “Legitimación y modernización: el CONACULTA y la política cultural”. En *Poder y creación artística en México. Un análisis del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA).* México: UAM-Azcapotzalco, 2011, 51-119.
- Escalante, Fernando. “1971. Año del halconazo y de *Plural*”. En *1968-2018: historia colectiva de medio siglo,* coordinado por Claudio Lomnitz. Ciudad de México: UNAM, 2018.
- . “La dificultad del liberalismo mexicano”. En *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014),* coordinado por José Antonio Aguilar Rivera. México: Taurus-CIDE, 2015, 35-54.

- . “Los años amargos. Las ideas políticas en México a fines del siglo XX”. *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales* 11 (2004): 152-174.
- . “México, fin de siglo”. En *Pensar en México*, Héctor Aguilar Camín y Enrique Florescano eds. México: FCE, 2006. Edición electrónica.
- . “Prólogo: sobre el progreso de nuestra ignorancia”. En *Si persisten las molestias (Noticias de algunos casos de ceguera ilustrada)*. México: Editorial Cal y Arena, 2018. Edición Electrónica.
- . *La democracia mafiosa*. México: Reflexiones sobre el Cambio A.C., 1999.
- Farías, Víctor. *Heidegger et le nazisme*. Paris: Verdier, 1987.
- Fernández Santillán, José. “La vía del marxismo italiano”. *Nexos* (enero de 1990).
- Fernández Sebastián, Javier comp. *La Aurora de la libertad. Los primeros liberalismos en el mundo iberoamericano*. Madrid: Pons, 2012.
- Fernández Sebastián, Javier. *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2021.
- Ferry, Luc y Alain Renaut. *Heidegger et les modernes*. Paris: B. Grasset, 1988.
- Fitzpatrick, Sheila. *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village After Collectivization*. New York: Oxford University Press, 1994.
- Flores, Malva. *Viaje de Vuelta. Estampas de una revista*. México: FCE, 2011.
- Fraser, Nancy. *Justice Interruptus: Critical Reflections on the “Postsocialist” Condition*. New York: Routledge, 1997.
- Fuentes, Carlos. “La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial”. En *Coloquio de invierno I. La situación mundial y la democracia*. México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992, 9-32.
- . “Los hijos de Don Quijote”. *Nexos* (enero de 1991).
- . *Tiempo Mexicano*. México: Joaquín Mortiz, 1991.

- Furet, François. “Las preguntas que nos dejó la URSS”. *Vuelta* 203 (octubre de 1993).
- . “Terror”. En *A Critical Dictionary of the French Revolution*, editado por François Furet y Mona Ozouf. Cambridge: Harvard University Press, 1989.
- . *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXème siècle*. Paris: Laffont/Calmann-Lévy, 1995.
- Gallegos Cruz, Christian. *La escritura de la democracia. Un estudio sobre las transformaciones de lo político y los discursos intelectuales en las revistas Vuelta y Nexos, 1976-2000*. Ciudad de México: Instituto Mora, 2018.
- Gallo, Rubén. *New Tendencies in Mexican Art. The 1990s*. New York: Palgrave MacMillan, 2004.
- Gandler, Stefan. “Introducción. Del marxismo eurocéntrico al marxismo periférico”. En *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007, 29-40.
- Gaonkar, Dilip Parameshwar. “On Alternative Modernities”. En *Alternative Modernities*, editado por Dilip Parameshwar Gaonkar. Durham: Duke University Press, 2001, 1-23.
- García Riera, Emilio. “¿Dónde está el socialismo?”. *Nexos* núm. 156 (diciembre de 1990).
- Garciadiego, Javier. “Relectura de *Biografía del poder*”. En *El templo liberal. Acercamiento a la obra de Enrique Krauze*, compilado por Fernando García Ramírez. México: FCE-Tusquets Editores, 2009.
- Gilly, Adolfo. “1989”. *Nexos* (noviembre de 1991).
- . “América Latina, abajo y afuera”. En *Coloquio de Invierno. Las américas en el horizonte del cambio II*. México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992, 106-118.
- . “El régimen mexicano en su dilema”. *Nexos* (febrero de 1990)
- . “Fin de régimen, fin de época”. *Nexos* (enero de 1989).
- . “La transición socialista”. *Nexos* (julio de 1979).

- . *El cardenismo: una utopía mexicana*. México: Cal y Arena, 1994.
- . *Nuestra caída en la modernidad*. México: Joan Boldó i Clement Editores, 1988.
- . *Sacerdotes y burócratas*. México: Era, 1980.
- Gilman, Nils. *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America*. Baltimore: John Hopkins University Press, 2003.
- Girola, Lidia. “Del desarrollo y la modernización a la modernidad. De la posmodernidad a la globalización. Notas para el estudio acerca de la construcción y el cambio conceptual, continuidades y rupturas en la sociología latinoamericana”. *Sociológica* 23, núm. 67 (mayo-agosto 2008): 13-32.
- González Casanova, Pablo. *La democracia en México*. México: Era, 1965.
- González Torres, Armando. *Las guerras culturales de Octavio Paz*. México: El Colegio de México, 2014.
- Gordon, Peter E. “Contextualism and Criticism in the History of Ideas”. En *Rethinking Modern European Intellectual History*, editado por Darrin McMahon y Samuel Moyn. Oxford: Oxford University Press, 2014.
- Grenier, Yvon. “Octavio Paz and the Changing Role of Intellectuals in Mexico”. *Discourse* 23, no. 2 (Spring 2001): 124-143.
- . *Del arte a la política. Octavio Paz y la búsqueda de la libertad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- . “Paz y el antiliberalismo”. En *Aire en libertad. Octavio Paz y la crítica*, coordinado por José Antonio Aguilar Rivera. México: FCE-CIDE, 2015, 235-254.
- Guerra, François-Xavier. *Le Mexique. De l’Ancien Régime à la Révolution*. Paris: L’Harmattan, 1985.
- Habermas, Jürgen; Lennox, Sara y Lennox, Frank. “The public sphere. An encyclopedian article”. *New German Critique*, 3 (1974): 49-59.
- . “La modernidad inconclusa”. *Vuelta* 54 (mayo de 1981).

- . *The Philosophical Discourse of Modernity*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press, 1987.
- Hale, Charles A. “The Liberal Impulse: Daniel Cosío Villegas and the Historia Moderna de México”. *The Hispanic American Historical Review* 54, no. 3 (August 1974): 485-486.
- Heller, Ágnes y Ferenc Fehér. “La política de Glasnot”. *Nexos* (febrero de 1988).
- . “¿Tiene porvenir el socialismo?”. *Vuelta* 154 (septiembre de 1989).
- Hernández Rodríguez, Rogelio. *El centro dividido: la nueva autonomía de los gobernadores*. México: El Colegio de México, 2008.
- . “Entre la racionalidad tecnocrática y la gobernabilidad. La importancia del consenso político en México”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 222 (septiembre-diciembre 2014): 353-368.
- . “La persistencia de una idea: el nacionalismo revolucionario del PRI a López Obrador”. *Foro Internacional* LX no. 2 (2020): 501-536.
- Hirales, Gustavo. “Adiós al comunismo mexicano”. *Nexos* (enero de 1989).
- Hobsbawm, Eric J. “Crisis de la ideología, la cultura y la civilización”. En *Coloquio de Invierno I. La situación mundial y la democracia*. México: UNAM-CONACULTA-FCE, 1992, 48-64.
- . *Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991*. New York: Vintage, 1995.
- Hopenhayn, Martín. *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile: FCE, 1994.
- Howard, Dick. “From the Critique of Totalitarianism to the Politics of Democracy”. En *The Specter of Democracy*. New York: Columbia University Press, 2002.
- Huntington, Samuel P. “Social and Institutional Dynamics of One-Party Systems”. En *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Established One-Party Systems*, editado por Samuel P. Huntington y Clement H. Moore. New York: Basic Books, 1970.

- Iber, Patrick. “Las dos izquierdas de Jorge Castañeda”. *Nexos* (mayo de 2016).
- . *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge: Harvard University Press, 2015. Edición electrónica.
- Iggers, Georg G. *La historiografía del siglo XX. De la objetividad científica al desafío posmoderno*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Illades, Carlos y Suárez, Rodolfo. “La caída del socialismo y el campo intelectual mexicano”, *Revista Horizontes Sociológicos* 2 núm. 4: (Julio-Diciembre 2014): 59-69.
- Illades, Carlos. “Las cuatro transformaciones de Bartra”. *Revista Gatopardo* (abril de 2021). Disponible en :<https://gatopardo.com/opinion/las-cuatro-transformaciones-de-bartra/>
- . *El marxismo en México: una historia intelectual*. México: Taurus, 2018.
- . *La inteligencia rebelde: la izquierda en el debate público en México, 1968-1989*. México: Océano, 2013.
- Jacoby, Russel. *Picture Imperfect: Utopian Thought for an Anti-Utopian Age*. New York: Columbia University Press, 2005.
- Jaksić, Iván y Eduardo Posada Carbó comps. *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Jones, Gareth Stedman. “Marx después del marxismo”. *Nexos* (abril de 1990).
- . *Karl Marx: Greatness and Illusion*. London: Belknap Press, 2016.
- Joseph, Gilbert ed. *Fragments of a Golden Age. The Politics of Culture in Mexico since 1940*. Durham: Duke University Press, 2001.
- Judt, Tony. *Past Imperfect: French Intellectuals, 1944-1956*. California: University of California Press, 1992.
- . *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century*. New York: The Penguin Press, 2008.

- . *The Burden of Responsibility: Blum, Aron, Camus, and the Twentieth French Century*. Chicago: Chicago University Press, 1998.
- King, John. *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana. De Tlatelolco a “El ogro filantrópico”*. México: FCE, 2011.
- Knight, Alan. “Biografías del poder”, en *El temple liberal. Acercamiento a la obra de Enrique Krauze*, compilado por Fernando García Ramírez. México: FCE-Tusquets Editores, 2009.
- . “Populism and Neopopulism in America Latina, especially Mexico”. In *Journal of Latin American Studies* (30): 1998, 223-248.
- . “Salinas and Social Liberalism in Historical Context”. En *Dismantling the Mexican State?*, editado por Rob Aiken et al. Londres: MacMillan, 1996, 1-24.
- . “When Was Latin America Modern? A Historian’s Response”. En *When Was Latin America Modern?*, editado por Nicola Miller y Stephen Hart. New York: Palgrave MacMillan, 2007.
- Kolakowski, Leszek, Włodzimierz Brus y Adam Michnik. “La resistencia polaca”. *Vuelta* 4 (marzo de 1977).
- Kolakowski, Leszek. “La leyenda del emperador Kennedy”. *Vuelta* 136 (marzo de 1988).
- . “Filosofía marxista y realidad nacional”, *Vuelta* 50 (enero de 1981).
- . “Incertidumbres de una era democrática”. *Vuelta* 164 (julio de 1990).
- . “La noche del marxismo. Leszek Kolakowski entrevistado por Enrique Krauze”. *Vuelta* 101 (abril de 1985).
- . “Qué es el socialismo”. *Vuelta* 108 (noviembre de 1985).
- . *La modernidad siempre a prueba*. México: Vuelta, 1990.
- Krauze, Enrique. “América Latina: el otro milagro”. *Vuelta* 169 (diciembre 1990).
- . “Autoexamen”. *Reforma* (23 de enero de 1994).

- . “Balance político”. *Vuelta* 180 (noviembre de 1991).
- . “Chihuahua: ida y vuelta”. *Vuelta* 115 (junio de 1986).
- . “Después del milagro, de Héctor Aguilar Camín (reseña)”. *Vuelta* 146 (enero 1989).
- . “Diario de Praga”. *Vuelta* 158 (enero de 1990).
- . “El timón y la tormenta”. *Vuelta* 71 (octubre de 1982).
- . “Falsos profetas”. *Vuelta* 171 (febrero de 1991).
- . “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”. *Vuelta* 139 (julio de 1988).
- . “Neoconservadores”. *Reforma* (21 de abril de 1996).
- . “Nuevas inquisiciones”. *Vuelta* 185 (abril de 1992).
- . “Oráculos de Tocqueville”. *La Jornada* (13 de agosto de 1988).
- . *Por una democracia sin adjetivos*. México: Joaquín Mortiz-Planeta, 1986.
- Kundera, Milan. “Un occidente secuestrado o la tragedia de Europa Central”. *Vuelta* 90 (mayo de 1984).
- Kurzman, Charles y Lynn Owens. “The Sociology of Intellectuals.” *Review Literature And Arts Of The Americas* 28 (2002): 63–90).
- Lafaye, Jacques. *Octavio Paz en la deriva de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Lane, Jeremy. *Bourdieu’s Politics. Problems and Possibilities*. London: Routledge, 2006.
- Leffler, Melvyn P. y Odd Arne Westad eds. *The Cambridge History of the Cold War Vol. 1*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
- Lemus, Rafael *La nación está en otra parte: cultura y neoliberalismo en México, 1977-1996*. New York: CUNY, 2017.
- . *Breve historia de nuestro neoliberalismo*. México: Debate, 2021.

- Lerner, Daniel. *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. New York: Free Press of Glencoe, 1958.
- Lewin, Moshe. "The Immediate Background of Soviet Collectivization". En *The Making of the Soviet System: Essays in the Social History of Interwar Russia*. New York: The New Press, 1985.
- Linz, Juan y Alfred Stepan. *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1996.
- Lipset, Seymour Martin. *Political Man: The Social Basis of Politics*. New York: Doubleday, 1963.
- Loeza, Soledad. "El fin del narcisismo político mexicano". En *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo*. México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992, 75-84.
- . "Izquierda y derecha en el México de hoy". *Nexos* (enero de 2020).
- . "La metamorfosis del Estado: del jacobinismo centralizador a la fragmentación democrática". En *Los grandes problemas de México volumen IV, edición abreviada*, coordinado por Manuel Ordorica y Jean-François Prud'homme. México: El Colegio de México, 2012.
- . "Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968". En *Nueva Historia General de México*. México: El Colegio de México, 2010, 653-698.
- . "Octavio Paz, el último intelectual mexicano". *Nexos* (agosto de 1998).
- . *Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963*. México: El Colegio de México, 1988.
- Lombardo Toledano, Vicente. "Definición de la nación mexicana". En *La revolución mexicana, 1921-1967 volumen 1*. México: INEHRM, 1988.
- Lomnitz, Claudio. *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space*. California: California University Press, 1993.

- . “1984. Cuando el 68 quedó fijado como el “año axial””. En *1968-2018: historia colectiva de medio siglo*, coordinado por Claudio Lomnitz. Ciudad de México: UNAM, 2018.
- . “An Intellectual’s Stock in the Factory of Mexican Ruins: Enrique Krauze’s ‘Biography of Power’”. *American Journal of Sociology* 103 (1998): 1052-1065.
- . “Hacia una antropología de la nación mexicana”. *Revista Mexicana de Sociología* 5 (abril-junio de 1993) 169-195.
- . *La nación desdibujada: México en trece ensayos*. México: Malpaso Editorial, 2016.
- Long, Ryan. “The Institution of Fiction: From Yáñez, Rulfo, and Fuentes to Pitol and Del Paso”. En *History of Mexican Literature*, editado por Ignacio M. Sánchez Prado, Anna M. Nogar y José Ramón Ruisánchez. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.
- . *Fictions of Totality: The Mexican Novel, 1968, and The National-Popular State*. Indiana: Purdue University, 2008.
- López-Guerra, Claudio. “Socialismo, liberalismo y democracia”. En *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014)*, coordinado por José Antonio Aguilar Rivera. México: Taurus-CIDE, 2015, 305-311.
- Löwy, Michael. “Redefining Romanticism”. En *Romanticism Against the Tide of Modernity*, editado por Michael Löwy and Robert Sayre. Durham: Duke University Press, 2001.
- Mainwaring, Scott y Aníbal Pérez-Liñán. *Democracies and Dictatorships in Latin America: Emergence, Survival, and Fall*. Nueva York: Cambridge University Press, 2013.
- Mastretta, Ángeles. *Arráncame la vida*. México: Cal y Arena, 1985.
- Merquior, José Guilherme. “El logocidio occidental”. *Vuelta* 149 (abril de 1989).
- . “Raymond Aron desde América del Sur: un liberalismo diferente”. *Vuelta* 138 (mayo de 1988).
- . “Heidegger: más allá del nazismo”. *Vuelta* 142 (septiembre de 1988).

- . *Liberalismo viejo y nuevo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- . *O argumento liberal*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1983.
- Meyer, Lorenzo. *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*. México: Cal y Arena, 1992.
- Miller, Nicola. *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-century Spanish America*. New York: Verso, 1999.
- . *Reinventing Modernity in Latin America. Intellectuals Imagine the Future, 1900-1930*. New York: Palgrave MacMillan, 2008.
- Molina Enríquez, Andrés. *Los grandes problemas nacionales*. Ciudad de México: Secretaría de Cultura-INEHRM, 2016.
- Monsiváis, Carlos. “A menor Estado, mayor presidencialismo”. *Nexos* (enero de 1990).
- . “Cultura: tradición y modernidad”. En *Coloquio de Invierno III: México y los cambios de nuestro tiempo*. México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992.
- . “Deberes, obligaciones, postulados, hipótesis. Notas sobre un tema difícilmente inédito”. *La Cultura en México* 931 (enero de 1980).
- . “La disidencia crónica”. En *Creación y poder. Nueve retratos de intelectuales*, editado por Pilar Jiménez Trejo y Alejandro Toledo. México: Joaquín Mortiz, 1994.
- . “Octavio Paz y la izquierda”. *Letras Libres* 4 (abril de 1999).
- Morales, Cesáreo. “Campos marxistas”. *Nexos* (agosto de 1988).
- Moraña, Mabel. “Introducción. Asedios críticos a una poética de la cultura”. En *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*, coordinado por Mabel Moraña e Ignacio M. Sánchez Prado. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Moreno Delgado, Daniel Patricio. *Élites intelectuales y políticas: el caso de Nexos* (tesis de licenciatura). México: UNAM-FCPyS, 2019.
- Mouffe, Chantal. “Toward a Liberal Socialism?”. *Dissent* (winter 1993): 81-87.

- Moyn, Samuel. "Antitotalitarianism and After". En *Democracy Past and Future/Pierre Rosanvallon*, editado por Samuel Moyn. New York: Columbia University Press, 2006.
- . "Modernity and the Specter of Totalitarianism". En *The Cambridge History of Modern European Thought 11: The Twentieth Century*, editado por Peter E. Gordon y Warren Breckman. Cambridge: Cambridge University Press, 2019, 417-437.
- . *Not Enough: Human Rights in an Unequal World*. Cambridge: Harvard University Press, 2018.
- Müller, Jan-Werner. "Fear and Freedom: On Cold War Liberalism". *European Journal of Political Theory* 7, no. 1 (January 2008): 45-68.
- . "The Cold War and the intellectual history of the late twentieth century". En *The Cambridge History of the Cold War Vol. 3*, editado por Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad. Cambridge: Cambridge University Press, 2010, 1-22.
- Needler, Martin. *Mexican Politics: The Containment of Conflict*. California: Praeger, 1982.
- Nexos. "Contra la violencia". En *Cuaderno de Nexos* (febrero 1994): III-IV.
- . "Nexos y el Coloquio de Invierno. Coloquio de primavera". *Nexos* (mayo de 1992).
- O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter. *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1986.
- O'Gorman, Edmundo. *México, el trauma de su historia*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.
- O'Toole, Gavin. "A New Nationalism for a New Era: The Political Ideology of Mexican Neoliberalism". *Bulletin of Latin American Research* 22, no. 3 (2003): 269-290.
- . *The Reinvention of Mexico: National Ideology in a Neoliberal Era*. Liverpool: Liverpool University Press, 2010.

- Ortega, Jaime. “La centralidad de la política: Carlos Pereyra, lector de Gramsci”. En *Gramsci en México*, coordinado por Diana Fuentes y Massimo Modonesi. México: UAM-UNAM-Itaca, 2020, 115-136.
- Ortega, Joel. “Estudios gramscianos sobre hegemonía, Estado y subalternidad (2000-2018)”. En *Gramsci en México*, coordinado por Diana Fuentes y Massimo Modonesi. México: UAM-UNAM-Itaca, 2020, 249-270.
- Ortíz Palacios, Luis Ángel. *Teoría y política en la obra de Carlos Pereyra*. México: UNAM-Plaza y Valdés, 2001.
- Pagni, Andrea. “Los intelectuales escritores y la importación cultural en Argentina y México entre mediados de los años treinta y fines de los cuarenta”. En *La historia intelectual como historia literaria*, coordinado por Fiedhelm Schmidt-Welle, México, D.F.: El Colegio de México, CELL, 2014.
- Palti, Elías. “El pecado de la teoría: una respuesta a José Antonio Aguilar”. A *Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* 6, núm. 1 (2008): 188-209.
- . “The theoretical revolution in intellectual history: From the history of political ideas to the history of political languages”. *History and Theory* 49 (2010): 194-211.
- . *An Archaeology of the Political*. New York: Columbia University Press, 2017.
- . *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- . *Verdades y saberes del marxismo: reacciones de una tradición política ante su “crisis”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Pappaiouannou, Kostas. *Marx et les marxismes*. Paris: Gallimard, 2001.
- Paramio, Ludolfo. “Keynes o los antibióticos”. *Nexos* (enero de 1990).
- Pavel, Thomas. *Le mirage linguistique: essai sur la modernization intellectuelle*. Paris, Minuit, 1988.
- Paz, Octavio. *Árbol adentro*. México: Seix Barral, 1987.

- . “1972. Los escritores y la política”. *Plural* 13 (octubre de 1972).
- . “1978: Entre las convulsiones y la inmovilidad”. *Proceso* 92-95 (agosto de 1978).
- . “América Latina y la democracia”. *Vuelta* 68 (junio 1982).
- . “Ante un presente incierto. Historias de ayer. Entre luz: ¿alba o crepúsculo?”. *La Jornada* (12 de agosto de 1988).
- . “Coloquio o cuento de invierno”. *Excélsior* (9 de febrero de 1992): 10-A.
- . “De la independencia a la revolución”. En *Obras Completas V, El peregrino en su patria: Historia y política de México*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- . “El parlón y la parleta”. *Plural* 18 (marzo de 1973)
- . “En el filo del viento: México y Japón”. En *Obras completas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- . “Hora cumplida”. *Vuelta* 193 (octubre de 1988).
- . “La conjura de los letrados”. *Vuelta* 185 (abril de 1992).
- . “Poesía, mito, revolución”. *Vuelta* 152 (julio de 1989).
- . “Repaso”. *Vuelta* 180 (noviembre de 1991).
- . “Tela de Juicios”. *Miscelanéa II, Entrevistas. Obras completas* 15. Barcelona: Círculo de lectores, 2002.
- . *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica, 1956.
- . *El laberinto de la soledad*. Madrid: Cátedra, 2015 [1950].
- . *El ogro filantrópico*. México: Joaquín Mortiz, 1979.
- . *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- . *La llama doble*. México: Planeta, 1993.
- . *Pequeña crónica de grandes días*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

- . *Postdata*. México: Siglo XX, 1970.
- . *Sueño en libertad. Escritos políticos*. México: Editorial Planeta, 2001.
- . *Tiempo Nublado*. Barcelona: Seix Barral, 1983.
- . *Vislumbres de la India*. México: Planeta, 1996.
- Perales Contreras, Jaime. *Octavio Paz y su círculo intelectual*. México: Coyoacán-ITAM, 2013.
- Pereyra, Carlos. “Conversación con Carlos Pereyra: La tentación de pensar la historia”. *Nexos* (noviembre de 1984)
- . “Democracia y revolución”. *Nexos* (enero de 1986).
- . “La dimensión nacional”. *Nexos* (agosto de 1981)
- . “Señas de identidad”. *Nexos* (febrero de 1988).
- . *El sujeto de la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- . *Sobre la democracia*. México: Cal y Arena, 1990.
- Pérez Gay, Rafael. “La caja marxista”. *Nexos* (enero de 1991).
- Pettinà, Vanni. *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. México: El Colegio de México, 2018.
- Philip, George. *The Presidency in Mexican Politics*. New York: St. Martin’s Press, 1992.
- Przeworski, Adam. “De la revolución al reformismo”. *Nexos* (junio 2021).
- Rabasa, Emilio. *La constitución y la dictadura*. México: Porrúa, 1990 [1912].
- Rabinbach, Anson. “Totalitarianism Revisited”. *Dissent* 53, 3 (2006): 77-84.
- Rebolledo Gout, Juan. *La reforma del estado en México. Una visión de la modernización en México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Revueltas, José. *México: una democracia bárbara*. Ciudad de México: Ediciones Era, 2014 [1958].

- Reyes Heróles, Jesús. *El liberalismo mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982 [1961].
- Robinson, William I. *Promoting Polyarchy: Globalisation, US Intervention, and Hegemony*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- Rodríguez Kuri, Ariel y Renato González Mello. “El fracaso del éxito, 1970-1985”. En *Nueva Historia General de México*. México: El Colegio de México, 2010.
- Rodríguez Kuri, Ariel. “Urbanización y secularización en México: temas y problemas historiográficos (ca. 1960-1970)”. En *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana I*, coordinado por Alicia Mayer. México: UNAM-IIH, 2007.
- . *Historia mínima de las izquierdas en México*. México: El Colegio de México, 2021.
- . *Museo del universo: Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*. México: El Colegio de México, 2019.
- Rodríguez Ledesma, Xavier. “1968. La reconfiguración de las fronteras entre intelectuales y el poder en México”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 234 (septiembre-diciembre 2018): 133-152.
- . “El concepto de modernidad en Paz”. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* V, núm. 10 (diciembre 2000): 127-142.
- . *El poder frente a las letras: vicisitudes republicanas, 1994-2001*. México: UPN, 2003.
- . *Escritores y poder: la dualidad republicana en México, 1968-1994*. México, UPN: 2000.
- Roggerone, Santiago M. “Historia intelectual y marxismo: una conversación con Elías J. Palti”. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* IX, núm. 18 (marzo-agosto 2021): 123-142.
- Rojas, Rafael. “De la crítica a la apología. La izquierda latinoamericana entre el neoliberalismo y el neopopulismo”. *Nueva Sociedad* 254 (mayo-junio 2013): 99-109.

- . “Gramsci en México”. *La Razón* (15 de mayo de 2021).
- . “La Revolución en Paz”. En *La polis literaria. El Boom, la Revolución y otras polémicas de la guerra fría*. México: Taurus, 2018, 23-46.
- Romero Sotelo, María Eugenia. *Los orígenes del neoliberalismo en México: La escuela Austriaca*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Rosanvallon, Pierre. *Pour un histoire conceptuelle du politique*. Paris, Seuil: 2003.
- Ross, Kristin. *May '68 and Its Afterlives*. Chicago: University of Chicago Press, 2002.
- Salazar, Luis. “La democracia y la idea de revolución”. *Nexos* (mayo de 1989).
- . “Una política para la izquierda”. *Nexos* (enero de 1991).
- Salinas de Gortari, Carlos. “Liberalismo social: nuestro camino”. *Examen* 3 núm. 35 (abril 1992), 19-22.
- . “Reformando al Estado”. *Nexos* 148 (abril de 1990).
- . *México: un paso difícil a la modernidad*. México: Plaza y Janés, 2000.
- . *Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994*. México: Secretaría de Programación y Presupuesto, 1989.
- San Juan Victoria, Carlos. “Tendencias de la sociedad civil en México: la puja del poder y la sociedad a fin de siglo”. En *La sociedad civil: de la teoría a la práctica*, coordinado por Alberto J. Olvera. México: El Colegio de México, 2001. Edición electrónica.
- Sánchez Prado, Ignacio M. “La teoría de la democracia en el país de la hegemonía. Una lectura de *Las redes imaginarias del poder político*”. En *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*, coordinado por Mabel Moraña e Ignacio M. Sánchez Prado. México: FCE-Conaculta, 2015, 112-145.
- . “Claming Liberalism: Enrique Krauze, Vuelta, Letras Libres, and the Reconfigurations of the Mexican Intellectual Class”. In *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 26 (Winter 2010) 47-78.

- . “Introduction”. En *Pierre Bourdieu in Hispanic Literature and Culture*, editado por Ignacio M. Sánchez Prado. London: Palgrave Macmillan, 2018.
- . *Naciones Intelectuales: La modernidad literaria de la Constitución a la frontera (1917-2000)*. Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2006.
- . “The Democratic Dogma: Héctor Aguilar Camín, Jorge G. Castañeda, and Enrique Krauze in the Neoliberal Crucible”. En *Mexican Public Intellectuals*, editado por Debra A. Castillo y Stuart A. Day. New York: Palgrave Macmillan, 2014, 15-44.
- Sánchez Susarrey, Jaime. “¿Popper o Schumpeter” *Vuelta* 146 (enero de 1989).
- . “La izquierda: ¿emisario del pasado?”. *Vuelta* 140 (julio de 1988).
- . *El debate político e intelectual en México*. México: Grijalbo, 1993.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. “Marxismo y socialismo, hoy”. *Nexos* (junio de 1988).
- . “Reexamen de la idea de socialismo”. *Nexos* (octubre de 1985).
- , Adolfo. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. México: Era, 1975.
- Santí, Enrico Mario. “Introducción a *El laberinto de la soledad*”. En *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Santos Ruiz, Ana Elisa. “El grupo filosófico Hiperión en tres publicaciones periódicas de mediados del siglo XX, 1948-1952”. En *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, coordinado por Aimer Granados. México: UAM Cuajimalpa-Juan Pablos Editor, 2012.
- Schmidt-Welle, Friedhelm. “Letrados e intelectuales en Argentina y México”. En *La historia intelectual como historia literaria*, coordinado por Friedhelm Schmidt-Welle. México, DF: El Colegio de México, CELL, 2014.
- Schorske, Carl E. *Fin-de-siècle Vienna: Politics and Culture*. New York: Alfred A. Knopf, 1980.
- Schrift, Alan D. “Is There Such a Thing as “French Philosophy”? or Why Do We Read the French So Badly?”. En *After the Deluge: New Perspectives on the Intellectual and*

- Cultural History of Postwar France*, editado por Julian Bourg. Maryland: Lexington Books, 2004, 21-47.
- Scott-Smith, Giles. “The Congress for Cultural Freedom, the end of ideology and the 1955 Milan conference: defining the parameters of discourse”. *Journal of Contemporary History* 37 (July 2002): 437-55.
- Semo, Enrique. *Crónicas de un derrumbe. Las revoluciones inconclusas en el Este*. México: Grijalbo/Proceso, 1991.
- Servín, Elisa. *La oposición política. Otra cara del siglo XX mexicano*. México: CIDE-FCE, 2018.
- Sierra, Justo. “Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional [1910]”. En *El ensayo mexicano moderno I*, editado por José Luis Martínez. México: Fondo de Cultura Económica, 2016, 58-78.
- Silva-Herzog Márquez, Jesús. “Enrique Krauze, ensayista”. En *El temple liberal. Acercamiento a la obra de Enrique Krauze*, compilado por Fernando García Ramírez. México: FCE-Tusquets Editores, 2009.
- Smith, Peter. *Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.
- Sorensen, Diana. “Tlatelolco 1968: Paz and Poniatowska on Law and Violence”. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 18, no. 2: (Summer 2002: 297-321).
- Sternhell, Zeev. “The Crisis of *Fin-de-siècle* Thought”. En *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*, editado por Roger Griffin. London-New York: Oxford University Press, 1988.
- Stewart, Iain. *Raymond Aron and Liberal Thought in the Twentieth Century*. New York: Cambridge University Press, 2020.
- Tannenbaum, Frank. *Mexico: The Struggle for Peace and Bread*. New York: Alfred A. Knopf, 1950.

- Tenorio Trillo, Mauricio. “1989. Fin de época”. En *1968-2018: historia colectiva de medio siglo*, coordinado por Claudio Lomnitz. Ciudad de México: UNAM, 2018.
- Thibaud, Paul. “La capitulación del comunismo”. *Nexos* (julio de 1990).
- Turner, Mark y Andrés Guerrero, *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham: Duke University Press, 2003.
- Todorov, Tzvetan. “Los intelectuales y la tentación totalitaria”. *Vuelta* 142 (septiembre de 1988).
- Torres, Blanca. *Hacia la utopía industrial. Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952* vol. 21. México: El Colegio de México, 1984.
- Traverso, Enzo. *¿Qué fue de los intelectuales?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2014.
- . *El totalitarismo: historia de un debate*. Buenos Aires: Eudeba, 2001.
- . *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Trejo Delarbre, Raúl. *Chiapas: la guerra de ideas*. México: Editorial Diana, 1994.
- Turrent, Isabel. “La dificultad de mover a Oblomov”. *Vuelta* 135 (febrero de 1988).
- Van Delden, Maarten. “Conjunciones y disyunciones. La rivalidad entre *Vuelta* y *Nexos*.” En *El laberinto de la solidaridad. Cultura y política en México (1910–2000)*, editado por Kristen Vanden Berghe y Maarten Van Delden. Amsterdam: Rodopi, 2002, 105-120.
- . “Frente a frente: Alejandro Solzhenitsyn y Octavio Paz”. Disponible en: https://zonaoctaviopaz.com/detalle_conversacion/125/frente-a-frente-octavio-paz-y-alejandro-solzhenitsyn (consultado el 2 de febrero de 2021).
- . “Mirando hacia París: la presencia del debate intelectual francés en la revista *Plural* de Octavio Paz”. En *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, coordinado por Aimer Granados. México: UAM Cuajimalpa-Juan Pablos Editor, 2012, 195-207.

- . “Octavio Paz: Literature, Modernity, Institutions”. En *History of Mexican Literature*, editado por Ignacio M. Sánchez Prado, Anna M. Nogar y José Ramón Ruisánchez. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.
- . “The Incomplete End of Modernity”. En *Gunshots at the Fiesta. Literature and Politics in Latin America*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2009. Disponible en: https://zonaoctaviopaz.com/detalle_conversacion/87/the-incomplete-end-of-modernity-of-octavio-paz/?palabra=incomplete&id_autor=0&lugar=&anio=0&id_lustro=0&tipologia=&id_coleccion=0&tema=&id_tipo_espacio=3&page=&rowcount=&rowcount=
- . *Carlos Fuentes, Mexico, and Modernity*. Nashville: Vanderbilt University Press, 1998.
- . *Reality in Movement: Octavio Paz as Essayist and Public Intellectual*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2021. Edición electrónica.
- Vargas Llosa, Mario. “Entre la libertad y el miedo”. *Vuelta* 147 (febrero de 1989).
- . “Liberalismo y política”. *Vuelta* 144 (noviembre de 1988).
- . *La cultura de la libertad, la libertad de la cultura*. Santiago de Chile: Fundación Eduardo Frei, 1985.
- Vargas Lozano, Gabriel. *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos*. México: CONACULTA, 2005.
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. Ciudad de México: Porrúa, 2019 [1925].
- Villarreal, René. “Del estado de bienestar al estado solidario”. *Examen* 2 núm. 13 (junio 1990), 9-12.
- . “Un proyecto propio: el liberalismo social”. *Examen* 5 núm 54 (noviembre 1993), 5-7.
- Vuelta. “El experimento del Doctor Heidegger”. *Vuelta* 142 (septiembre de 1988).
- Vuelta. *La experiencia de la libertad / 1. Hacia la sociedad abierta*. Prólogo de Eduardo Lizalde. México: Vuelta, 1991.

- Vuelta. *La experiencia de la libertad / 3. La palabra liberada*. Prólogo de Aurelio Asiain. México: *Vuelta*, 1991.
- Walicki, Andrzej. "Totalitarianism and Detotalitarization: The Case of Poland". *The Review of Politics* 58, 3 (1996): 505-529.
- Westad, Odd Arne. *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of our Times*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- Winock, Michel. *Décadence fin de siècle* Paris: Gallimard, 2017.
- . *Le XXe siècle idéologique et politique*. Paris: Perrin, 2009. Edición electrónica.
- Woldenberg, José. "¿Qué queda del ideal socialista?". *Nexos* (septiembre de 1989).
- . "¿Un nuevo animal?". *Nexos* (mayo de 1993).
- . "De la revolución a la democracia en México". En *Coloquio de invierno, III: México y los cambios de nuestro tiempo*. México: FCE, UNAM, CONACULTA, 1992.
- . "Krauze: ensayista liberal". *Revista de la Universidad de México* (enero 2017): 17-22.
- . "Liberalismo e izquierda". En *La fronda liberal. La reinención del liberalismo en México (1990-2014)*, coordinado por José Antonio Aguilar Rivera. México: Taurus-CIDE, 2015, 105-113.
- . "Pereyra y la democracia". *Théoria. Revista del Colegio de filosofía* 19 (junio 2009): 3-5.
- . *Historia mínima de la transición democrática en México*. México: El Colegio de México, 2012.
- . *La construcción de la democracia*. México: Plaza y Janés, 2002.
- Wolin, Richard. "Antihumanism in the Discourse of French Postwar Theory". En *Labyrinths: Explorations in the Critical History of Ideas*. Massachusetts: University of Massachusetts Press, 1995. Edición electrónica.
- Zaid, Gabriel. "De cómo vino Marx y cómo se fue". *Vuelta* 15 (febrero de 1978).

- . “Escenarios sobre el fin del PRI”. *Vuelta* 103 (junio de 1985).
- . “Hacia la CTM cultural”. *Vuelta* 185 (abril de 1992).
- . “Más progreso improductivo y un presidente apostador”. *Vuelta* 73 (diciembre de 1982).
- . “Tres momentos de la cultura en México”. *Plural* 43 (marzo de 1975).
- Zambrano, María. *Horizonte del liberalismo*. España: Ediciones Morata, 2020.
- Zapata, Francisco. “La cuestión democrática en la izquierda latinoamericana: Del dilema izquierda-derecha al dilema democracia-autoritarismo”. *Revista e Estudios e Pesquisas sobre as Américas* 2, núm. 1 (enero-junio): 2008.
- Zermeño, Guillermo. “El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución”. *Historia Contemporánea* 27 (2003): 777-798.
- . *El concepto de intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución*. País Vasco: Universidad del País Vasco, 2004.